José Antonio Hernández Guerrero

El silencio de los profetas

A María del Carmen, mi hermana,
por su arte para decir los cantes y
por su talento para interpretar la vida.

Si atendemos a su origen etimológico, la palabra "profeta" significa tanto el que llama como el que es llamado. Profeta es el intermediario que escucha una llamada y la transmite a otros destinatarios. Su misión está ilustrada en la figura bíblica de Aarón quien traslada al Faraón las palabras de Moisés.

Profeta es, por lo tanto, el administrador de la palabra: el orador, el escritor y el comunicador: el que en nombre de otro, en su lugar y por su encargo, comunica un mensaje a los demás.

Profetas son los sacerdotes que revelan las palabras de sus dioses; los poetas que hablan en nombre de sus musas; los filósofos que se consideran portavoces de las verdades.

Profeta es el ser humano que siente la vocación de transmitir un mensaje de salvación.

El silencio es, a veces, el lenguaje más claro y más eficaz del profeta.

El ejercicio del silencio es tan importante como la práctica de la palabra. (William James)

Primera parte: El silencio de los profetas

Uno

Se despertó aquejado de un intenso dolor de cabeza. No se atrevía a abrir los ojos y se cubrió los oídos con ambos extremos de la almohada. Temía que los tenues rayos de luz que se colaban por las rendijas de las contraventanas de madera o que los confusos ruidos que provenían de la cocina común le difuminaran los colores o le atenuaran los ecos de la revelación que acababa de recibir -sí- tras despertarse. “Porque, no tengo la menor duda -se repetía mentalmente- de que ha sido una revelación y no un sueño”.

> Ya estaba completamente despierto cuando escuché con nitidez la voz clara, modulada y categórica que me decía: Andrés, tú serás importante; harás grandes cosas; redimirás a tu familia de la pobreza y colocarás a tu ciudad en el lugar privilegiado que le corresponde.

Estas palabras rotundas constituían, sin duda alguna, un anuncio, una invitación y, sobretodo, un compromiso. Eran una llamada ineludible a la acción responsable y a la entrega generosa: señalaban las exigencias de una verdadera vocación a la santidad, a la ciencia, a la política o, quién sabe, a la literatura o al arte. Sentía una mezcla de alegría, de responsabilidad y de temor. Era un elegido para desarrollar una alta misión de cuyo éxito dependería el bienestar de muchos.

Andrés hacía esfuerzos por convencerse de que su padre, Juan, a pesar de todo, había sido un buen hombre. La culpa de los sufrimientos que le había proporcionado a Ana, su madre, tenía su origen en las condiciones del trabajo. Se tenía que levantar a las

cinco de la mañana para acudir al matadero en el que compraba los despojos y los huesos que vendería en el Mercado. Para despejarse, tomaba dos copas de aguardiente. Y la lucha en el puesto de la "gandinga", ya se sabe, era sangrante: todas las clientas le exigían los mejores menudos, los codillos más salados, las lenguas más gordas, los hígados más frescos; todas le exigían que estuvieran "bien despachaítos"; todas le exigían un descuento y todas -o casi todas- le dejaban fiada la cuenta. A las tres y media de la tarde, sudoroso, aunque fuera invierno, y con la cabeza hirviendo, tras guardar en un cubo con hielo el "producto sobrante" -como él decía-, cruzaba la calle y, sorbito a sorbito, paladeaba dos medias botellas de "chiclana" y las dos rodajitas -sólo dos- de cazón en adobo que, sin mediar palabra, le ponía sobre el rincón del mostrador del Bar Merodio, Cecilio, el barman de toda la vida. Un poco después de las seis, llegaba a su casa donde vomitaba todo la rabia acumulada durante la mañana:

> Me cago en los muertos de todos los que tienen la culpa de esta puta vida. Me cago en los muertos de todos los que tienen la culpa de esta puta vida.

Repetía la misma frase cinco o, todo lo más, seis veces, hasta que se quedaba profundamente dormido en el colchón que, junto a la cama, había tendido sobre el suelo y que, durante los meses de verano, acercaba al balcón, totalmente abierto.

> "No te preocupes ni sufras", le había repetido una y otra vez Ana a su hijo Andrés. Piensa que tu padre trabaja en estas condiciones desde que tenía nueve años. El pobre era muy bueno, pero "ya estaba totalmente reventaíto de tanto madrugar".

Pero Andrés, a pesar de las explicaciones, no comprendía ni aceptaba la manera agresiva con la que Juan, su padre, había tratado a Ana, su madre. Todavía recordaba aquel ojo izquierdo hinchado del empujón con el que le respondió cuando intentó saludarlo con un beso a la vuelta del trabajo: "Quítate de en medio y déjate de mariconadas". Ana ni siquiera lanzó un suspiro. "Cualquiera sabe lo que le ha pasado hoy en el Mercado", fue su único comentario.

Andrés había contemplado las escenas diarias con notable atención y reflexionaba sobre el pasado, sobre el presente y sobre el futuro de su familia. A esta reflexión le ayudaban los ponderados análisis de su tía Lola, la hermana mayor de su padre, que ya había vivido, luchado y padecido, día a día y noche a noche, durante más de setenta años las penas, penitas, penas de sus ascendientes. Por ella Andrés sabía, por ejemplo, que su abuelo paterno, José, había fallecido a los cuarenta años, tras una galopante tisis, cuando Juan, su padre, sólo contaba nueve años. A esa edad se puso a trabajar en el Vapor del Puerto, en jornadas continuas de día y noche, porque le obligaban a dormir sobre la cubierta, mientras estaba atracado en el muelle, soportando el relente de la desembocadura del Guadalete. "De ahí le vino a tu padre -explicaba Ana- la dichosa manía de dormir durante todo el año con las ventanas abiertas".

El silencio nos asusta, sobre todo, porque nos deja solos y porque permite que escuchemos nuestras voces interiores

Dos

La tía Lola fue la primera en enterarse de la revelación de Andrés. Lo escuchó, como siempre, con atención pero, en esta ocasión, no le hizo comentario alguno.

"Pienso que es preferible que la dejes reposar durante una semana y, después, charlamos detenidamente".

La tía Lola era una señora dotada de una sorprendente autoridad moral y de una extraña capacidad de convicción apoyada, paradójicamente, en sus elocuentes silencios. Porque sus silencios eran diferentes a los de Ana y a los de Andrés. En las ocasiones, cada vez más frecuentes, en las que Juan había llegado borracho y patoso, culpando de todos de sus fracasos -no sólo a "los muertos que tienen la culpa de esta puta vida" sino también, a "los hijos y a las hijas de puta de esta casa"-, todos guardaban silencio pero el silencio de Andrés era agresivo; sin pronunciar ni una sola palabra, era un grito cuya traducción se correspondía letra a letra con las mismas frases de su padre: "el culpable de esta puta vida eres tú" y el único hijo de puta que vive en esta casa también eres tú". El silencio de Ana era cobarde; estaba producido por el temor de recibir un empujón o, incluso, una bofetada. Aunque hacía esfuerzos sobrehumanos para justificar las reacciones de su marido, le dolían los golpes en lo más profundo de sus entrañas. Se sentía débil y, a veces, hasta incomprensiblemente culpable. El silencio de Lola, por el contrario, era explícito, claro y significativo. Constituía un lenguaje dotado de singular fuerza expresiva: era el testimonio de su superioridad moral, de su altura intelectual, de su finura espiritual y, en consecuencia, del desprecio con el que contemplaba los comportamientos de Juan, su hermano menor. Los escasos vecinos que los trataron no comprendían cómo dos modelos tan distantes de seres humanos podían ser hermanos e

hijos de los mismos padres. Si Lola era delgada, alta, de piel blanca y de abundante pelo negro, Juan era rechoncho, moreno y medio calvo; si Lola controlaba cada uno de los sonidos de sus breves comentarios, Juan siempre hablaba produciendo la impresión de que estaba pregonando; si Lola escuchaba antes de responder, Juan respondía antes de escuchar.

Cuando falleció su padre, Lola se marchó a Madrid con su amiga Juana en busca de trabajo. Gracias a su buena letra y a su dominio de las reglas de ortografía, logró colocarse de escribiente en el Seguro de Enfermedad. A pesar de los cerca de cuarenta años que residió en la Capital de España, no perdió el acento andaluz. A sus escasas amigas les aseguraba, pidiéndoles discreción, que había tenido varios pretendientes, incluso algunos viudos, pero que ella no había aceptado las propuestas de matrimonio porque no los consideraba adecuados y, sobre todo, para conservar sus tesoros más apreciados: la santa libertad y la santa independencia. Sí, ella estaba convencida de que la libertad y la independencia era valores sagrados. Aquí corrieron rumores de que le hablaba a un coronel casado, pero nadie dio señas ni, mucho menos, se atrevió a preguntárselo. Lo cierto es que, en el pequeño apartamento en el que residía con su amiga, siempre había un ramo de flores frescas. Este dato no le pasó desapercibido a Ana, las dos veces que la visitó. Pero el hecho más revelador fue la coincidencia temporal de la ausencia de tales flores con el luto riguroso que, desde esa misma fecha, Lola vistió de manera ya definitiva. Este cambio externo lo experimentó a los cuarenta años de estancia en Madrid, tras haber perdido, además, a su compañera de apartamento y de trabajo, que había ingresado en un Monasterio de clausura.

Desde ese momento, Lola se sumió en un profundo silencio en su apartamento y en sus reflexiones sobre la esencial e inevitable soledad de todos los seres humanos. Es inútil -pensaba- buscar compañía: el sufrimiento, el placer, la alegría, los temores y los deseos son experiencias individuales e, incluso, cuando tratamos de explicarlos, los desfiguramos y los adulteramos. Es inútil -se repetía para sus adentros- pedir comprensión: cuando contamos cualquier episodio de nuestra vida, los interlocutores están pensando en los sucesos parecidos que ellos han protagonizado; por eso, sus interpretaciones y sus valoraciones distan tanto de las nuestras. En el viaje en tren que hizo a Madrid, cada vez que iniciaba el relato de cualquier episodio, siempre había alguien que lo seguía, relatando otro idéntico que, por supuesto, nada tenía que ver con su experiencia. Tratara de lo que tratara, la señora gruesa que se había subido al tren en San Fernando y que viajaba a Madrid para visitar a su hijo que hacía la mili en Toledo, le cortaba la conversación con la misma frase introductoria: "Me lo va a decir usted a mí, si a mí me ocurrió eso mismo tantas veces...". Cuando ya habían pasado Sevilla, ocupada como iba en la inesperada muerte de su padre, se le escapó la exclamación ¡Hay que ver cómo son los hombres! Pensaba reflexionar en voz alta sobre su profundo dolor por una pérdida tan incomprensible. No entendía que un hombre cuya vida había consistido sólo en el trabajo, hubiera muerto tan joven, dejando a su mujer y a sus tres hijos en el más absoluto abandono y miseria. Pero la señora gorda, inevitablemente, le interrumpía. "A mí me va a decir usted cómo son los hombres; yo que he tenido cinco hijos". Y, sin apenas respirar, contaba con todo lujo de detalles la vida y los milagros de cada uno de sus chiquillos.

El silencio es imprescindible para extraer los jugos a las palabras que escuchamos.

Tres

En Madrid se instaló con su amiga en un apartamento de dos pequeñas habitaciones a las que subían por una empinada y estrecha escalera. Antes de los quince días, las dos, que encontraron trabajo en la Seguridad Social, empleaban la tarde en conversar en un banco del pequeño jardín situado a escasos metros de su vivienda y, durante el mal tiempo, sentadas en las dos únicas sillas del cuarto de estar. Al principio, los temas eran las anécdotas comunes de la vida pasada. Las dos habían estudiado en el colegio de la Palma, las dos habían tenido las mismas amistades, las dos eran huérfanas de padre, las dos poseían un profundo sentido de la libertad y, sobre todo, una innegociable ansia de independencia. Por eso, entre las reglas de juego de la convivencia, habían establecido que dos días a la semana -martes y jueves- organizarían el tiempo de manera "libre e independiente". Esta norma la cumplieron de una manera tan rigurosa que, a pesar de la mutua confianza, nunca hablaron sobre sus respectivas actividades. Lola nunca supo que Juana acudía los martes al jubileo del Santísimo y los jueves al locutorio del monasterio de las Carmelitas Descalzas, y Juana tampoco se enteró de que Lola los martes se dedicaba a la lectura en la Hemeroteca Municipal ni que los jueves conversaba sobre esas lecturas con otro lector interesado en los periódicos de comienzos de siglo. Aunque no habían acordado el horario, las dos llegaban a casa alrededor de las nueve de la noche hasta aquel jueves en el que Lola no regresó hasta el día siguiente. Esta fecha coincidió con la llegada puntual del ramo semanal de rosas rojas. A pesar de que Juana pasó toda aquella primera noche sin pegar ojo, al día siguiente no preguntó a Lola la razón de su ausencia. Muy pronto se acostumbraría a dormir sola, todos los primeros jueves de mes.

Los demás días, en el banco del jardín o en las incómodas sillas de la casa, charlaban de manera pausada sobre asuntos cada vez más teóricos o más etéreos. Las dos se daban mutuamente la razón; las dos coincidían en la formulación verbal de sus ideas, pero sin advertir que los contenidos concretos de sus pensamientos eran totalmente opuestos. Juana hablaba de la dulzura y de la serenidad que infundía el amor profundo, de esa entrega incondicional que llena de contenido y que dota de sentido a la vida.

> Cuando se piensa en la persona amada -decía textualmente- se nos llena la boca de palabras y las palabras se convierten en sensaciones profundas, en emociones íntimas y, al mismo tiempo, envolventes. Cuando amo me siento habitada; tengo la impresión de que el ser al que amo está dentro de mí. Me siento comprometida y, al mismo tiempo, libre.

Lola escuchaba estas palabras con atención y con fruición; recibía la impresión de que su amiga íntima le estaba adivinando y dibujando sus propias vivencias, y hacía esfuerzos imaginativos por identificar el sujeto y el objeto de las emociones de Juana. No, -pensaba- Luis no puede ser; es demasiado tímido y excesivamente frío; está obsesionado con ascender y emplea todo el tiempo libre en copiar los apuntes que le proporcionan sus compañeros de la Escuela de Periodismo. Paco, el del bigotito y las gafitas de miope, es un cuentista incapaz de fijarse en otra persona; es un acomplejado que sólo habla para defenderse. ¿Y don Paco? Es cierto que le lleva más de veinte años; es verdad que está casado y presume de católico practicante; y no podemos olvidar que ejerce de jefe: todos le hablamos de usted y él pone especial cuidado de mantener las distancias.

Lola también se esponjaba describiendo los sentimientos inéditos que últimamente estaba experimentando y que, de manera sensible, estaban modificando muchas de sus ideas y de sus convicciones:

> Sí, los hechos me acaban de convencer de que el amor es una puerta abierta a la libertad. El que ama y el que se siente amado tienen la sensación de que los espacios se dilatan, los colores brillan con mayor intensidad, el aire se hace más respirable y de que los tiempos se alargan. El amor destruye las barreras físicas y deshace las vallas impuestas por las convenciones sociales. El amor, incluso, nos desata las cadenas de las leyes humanas.

Juana asentía con la cabeza y, con su mirada fija en el rostro traspuesto de su amiga. "Sí -pensaba para sus adentros y casi decía con sus expresiones- Lola está entregada a una intensa vida de oración. Está penetrada del amor divino. Vive intensamente su fe y, por eso, se siente cada vez más libre de las ataduras terrenas. Estoy segura de que ha calado profundamente en la doctrina de San Agustín que decía algo así como *ama y haz lo que quieras*.

Algunos silencios hieren

Cuatro

Lola y Juana cada vez se querían más y cada vez se comprendían mejor. Las dos estaban convencidas de que, incluso y sobre todo, cuando guardaban silencio, seguían en permanente comunicación. Por eso las charlas eran cada vez más espaciadas y más breves. No necesitaban de las palabras para transmitirse informaciones y para contarse las intensas experiencias vividas. Con las miradas leían las apasionantes secuencias de amor sublime y liberador protagonizado por la amiga. La primera vez que Lola sintió en su brazo el roce suave de la mano de Rafael, cuando pasando las páginas de un periódico, le señalaba la cartelera cinematográfica, escuchó la voz comprensiva de Juana que le repetía:

El amor todo lo perdona, todo lo cura, todo ennoblece, todo lo salva.

Por eso, aunque sintió un calor nuevo en las mejillas, pensó que esa sensación era la expresión física de un impulso vital, la traducción gráfica de un sentimiento de gratitud e, incluso, el soporte sensible de una llamada a la trascendencia. No sabía muy bien el sentido que Juana le daba a esta palabra pero, después de escuchársela tantas veces, estaba convencida de que explicaba de manera precisa lo que ella experimentaba cuando Rafael le cogía delicada y respetuosamente su brazo. Estaba totalmente segura de que Juana también sentía esas mismas sacudidas plenas de significados hondos y vivificantes.

Lola, desde el primer momento, había advertido que Rafael era bastante mayor que ella e, incluso, se había dado cuenta de que llevaba una alianza en su mano derecha. Ni una ni otra cosa le inquietaron lo más mínimo. Se repetía una y otra vez que ella ni

esperaba ni pretendía nada. No sólo se sentía plenamente tranquila, sino que, además, estaba convencida de que su actitud y su comportamiento eran generosos e, incluso, caritativos. Inicialmente se había limitado a proporcionarle información sobre el funcionamiento de la Hemeroteca, sobre los fondos más interesantes y sobre las crónicas y artículos de opinión referidos a la Guerra Civil. Posteriormente, sus conversaciones se fueron adentrando en ámbitos más personales. Lola nunca le preguntó directamente sobre la profesión ni sobre la familia; se limitaba a plantear cuestiones teóricas que tenían mucho que ver con la vida humana. El primer tema sobre el que conversaron fue el de las desigualdades sociales: ella defendía que el problema y la solución estribaban en las "estructuras" que, por sí solas, acentuaban las diferencias y prolongaban las injusticias. Rafael sostenía, por el contrario, que la raíz de las desigualdades estaban alojadas en lo más profundo de las conciencias morales e, incluso, en lo más íntimo de la biología personal. Rafael, más que argumentos trabados, formulaba frases sentenciosas que, la mayoría de las veces eran simples tópicos: "La vida es un proceso de lucha". "Camarón que se duerme se lo lleva la corriente". "El pez gordo se come al pequeño". De los temas políticos pasaron a las ideas sobre la familia. Lola insistía, sobre todo, en los peligros de comprometerse para toda una vida y en los riesgos de la elección, mientras que Rafael teorizaba sobre la clave única del amor. Fiel a su costumbre proverbial, dictaba axiomas tan generales como, por ejemplo: "El amor es la única garantía de éxito". "Ama y no te preocupes de lo demás". "Si amas, no pecas". Lola escuchaba estas frases y las comparaba con las de Juana.

Juana charlaba, también mansa y sosegadamente, con la Madre Visitación. También seguía, con atención y con deleite, las descripciones tan vivas y tan detalladas que le hacía la Abadesa sobre la fuerza plenificadora del amor:

> Cuando una se sabe elegida, preferida y llamada te sientes inundada de una luz que te ilumina todos los objetos que te rodean. El amor da sentido a todos tus quehaceres y suaviza el peso de todas las cargas. Entregarse sin condiciones al Amor te proporciona libertad. Cuando amas respiras con mayor profundidad y tus piernas se mueven con mayor agilidad.

Los martes, en el Jubileo, Juana, no sólo regurgitaba todas estas frases, sino que, incluso, empezaba a experimentar sus verdaderos significados. Cada vez de manera más intensa, mientras que, en total silencio, fijaba su mirada en la Custodia expuesta, sentía cómo un calor expansivo le penetraba por todos los sentidos, se le filtraba por todos los poros de su piel, le anegaba todas sus oquedades físicas y le colmaba todas sus cavidades espirituales. Sí, ella se sentía mirada, seleccionada e invitada. Después, en el trabajo, en los desplazamientos hacia su casa y, sobre todo, en la conversaciones con Lola, recibía la confirmación de sus intuiciones y la respuesta a su inquietante pregunta ¿Tendré vocación religiosa?

Otros silencios curan

Cinco

Juana y Lola, trenzando las frases que habían escuchado a sus respectivos interlocutores, construían un discurso sorprendentemente coherente y unitario. Las dos se mostraban plenamente de acuerdo y llegaban a idénticas conclusiones: El amor es todo. El amor proporciona bienestar, equilibrio, lucidez y, sobre todo, serenidad. El amor explica, justifica y perdona todo. El amor es la única ciencia, el único arte y la única religión. El amor es el cielo en la tierra. "¿Te has dado cuenta -preguntaba Lola a Juana- que, cuando amamos, ni siquiera duelen los dolores?". "A mí -respondía Juana- hasta las penas me alegran". Ya hacía tiempo que las dos habían llegado a la conclusión de que el paralelismo biográfico se seguía prolongando con fidelidad milimétrica.

Las dos, sin ponerse de acuerdo, escribieron a sus respectivas familias una carta que parecían fotocopias de un único texto:

"Queridos hermanos y sobrinos: Tras el año transcurrido en los madriles, he llegado a la conclusión que esta ciudad es la más bonita del mundo. Sus habitantes son cordiales, amables y guapos. Los parques y los jardines son deliciosos. Da gusto trabajar, pasear y descansar. En el invierno el frío casi no se nota. Es que no es húmedo como el de allí. Aquí, si te abrigas bien, te da la impresión de que no estás en invierno. En el verano sí hace más calor que allí, pero con esas fuentes y con el aire que, algunos días, viene de las montañas, da gusto pasear por las tardes. En el trabajo también lo paso bien: los compañeros y compañeras son simpáticos y me ayudan. Ya os contaré más detalles de mis correrías y andanzas. A todos os quiero todavía más. Besos y abrazos.

Después del silencio lo que más se aproxima a expresar lo inexpresable es la música. (Aldous Huxley)

Seis

Andrés aceptó con resignación la propuesta de su tía Lola. Por él, hubiera comunicado la revelación a toda la familia, a sus amigos más íntimos y, sobre todo, al hermano José. Él era "monaguillo de adorno" en el Colegio de los Curas. Pertenecía al grupo de alumnos pequeños que habían sido seleccionado para "adornar" con sus sotanas multicolores las misas solemnes. Por ser el más bajo, al principio, se revestía con la sotana rosa, formando pareja con Manolo Galindo, pero, a los pocos meses, pasó a la celeste y, sucesivamente, a la roja, a la azul y, finalmente, a la blanca. A punto estuvo de contar su secreto a Antonio Martínez pero no se atrevió ya que estaba seguro de que llegaría a oídos del hermano sacristán. Todos sabían que el hermano José se había encariñado con Antoñito, como él lo llamaba. Martínez no era un chivato pero sí un "mamela" y los "mamelas" lo contaban todo al Hermano. Todos los monaguillos de adorno aspiraban a llegar a acólitos que eran los que, realmente, ayudaban a misa, pero su ambición suprema era ocupar el puesto de turiferario vistiendo la sotana negra y la blanca sobrepelliz de largas alas almidonadas y, sobre todo, blandiendo rítmicamente el incensario.

El ingreso en el Colegio de los Hermanos había constituido todo un triunfo. Era una meta porque en él habían sido alumnos su padre y dos de sus tíos. Andrés y su hermano mayor, Carmelo, habían estudiado las primeras letras en el Colegio de doña Lola, del Callejón de la Cerería. Esta maestra, que siguió cumpliendo años y años y más años, sin que se hiciera más vieja de lo que ya era cuando abrió el Colegio, era una señora viuda, peinada con un menudo rodete en lo más alto de la cabeza. Siempre vistió un traje negro con menudos dibujos blancos y un blanco delantal. Por la mañana, todos los niños recitaban a coro, una y otra vez, las tablas de sumar, de restar y de multiplicar.

Por la tarde, tras declamar las letras de la cartilla, se abrían las puertas del oratorio y ante la enorme talla de la Virgen, cantaban los cinco misterios del rosario que correspondían, según el día de la semana. Andrés, además de los números y de las letras, aprendió a cantar a media voz y a pedir permiso para todo. Doña Lola le había explicado con notable poder de convicción que, en la habitación de al lado, dormía su hijo don Pepito, un santo que, hacía ya cinco años, estaba tuberculoso. Durante la sesión entera de la mañana -de diez a una- y durante la de la tarde -de tres a cinco-, todos los niños permanecían sentaditos en la sillita, a no ser que pidieran permiso para hacer pipí. Posteriormente, para superar el examen de ingreso en el Colegio de los Curas, ante el Director, el Hermano Ignacio, Andrés asistió durante todo un curso, al "Colegio de detrás de la Plaza" en el que, a dúo, don Antonio y doña Luisa enseñaban a leer, a escribir y a hacer cuentas de las cuatro reglas.

Es posible que fuera Martínez el que influyera ante el Hermano José para que Andrés ingresara en el cuerpo de monaguillos. Desde luego, fue él quien se lo comunicó al amigo:

> Tenemos que ensayar -le dijo- los jueves por la tarde y los sábados, después de la clase de la tarde, vamos con el Hermano a la sacristía para ayudarle a poner las flores y las velas.

Martínez era, sin duda, el compañero de Andrés más educado, más agradable y más delicado. A su lado, todos los demás parecían algo rudos, ariscos y desconsiderados. Pero, sobre todo, era más cariñoso que los demás. La primera vez que

lo acompañó de regreso del Colegio a su casa, le dijo a Andrés una frase que éste no volvió a escuchar a un compañero durante muchos años:

-Andrés, quiero que nunca olvides que yo te aprecio, pero te ruego, con todas mis fuerzas, que no se lo digas a nadie. ¿Me lo prometes?

A Andrés le llamó la atención que una confesión tan simple se convirtiera en materia de secreto.

Yo también te aprecio pero, sin embargo, no me importa que lo comentes, y estoy dispuesto a decírselo a todo el mundo.

Yo también -le respondió Martínez- pensaba antes como tú, pero ahora estoy convencido de que estas cosas conservan su valor si permanecen resguardadas. Les ocurren como a las flores: que los vientos, las luces, los calores y los fríos las marchitan. Ya te contaré por qué he llegado a esta conclusión.

Los monaguillos de adorno se renovaban con relativa frecuencia. Conforme crecían y, sobre todo, a medida que se aficionaban al fútbol o a los demás juegos de la calle como "mangüiti", el trompo o, incluso, las bolas, iban faltando a los ensayos y al arreglo del altar mayor. Los más perseverantes fueron Antonio y Andrés. El primero porque le gustaba vestir la sotana y, sobre todo, por fidelidad al Hermano José, y Andrés porque sentía un impulso irresistible a ascender y, más concretamente, porque estaba decidido a llegar a ser turiferario. Los dos, sin embargo, se decían mutuamente en

secreto que la razón más profunda de su constancia era la amistad. Pero, hemos de reconocer que el debut de Andrés como turiferario no fue muy afortunado. En la Novena de la Inmaculada del año 1948, durante el sermón que predicaba el Canónigo Penitenciario, Andrés permanecía al lado derecho del presbiterio balanceando el incensario. Tuvo la malísima suerte de que en uno de los rápidos movimientos, el borde del incensario rozará con fuerza el suelo de mármol y la pastilla de carbón incandescente saliera disparada. Vino a caer en la falda de una señora que, sentada en la primera fila, escuchaba con devoción las alabanzas marianas. Yo aún no sé si el enorme grito que profirió se lo produjo el dolor de la quemadura o el boquete que se le abrió en "semejante sitio" del vestido.

Desde entonces -solía repetir Andrés- siempre que veía al Canónigo Penitenciario, olía en toda su intensidad el fino aroma del incienso de aquella noche desgraciada.

Pero esa voluntad de discreción que manifestaba Antonio, en realidad, no era una conclusión extraída de sus experiencias o de sus reflexiones, sino la consigna que le había transmitido el Hermano José. Este religioso era un hombre de fe y un maestro por vocación. Sintió reiteradamente la vocación de religioso y escuchó con claridad la llamada a la enseñanza en la Capilla del Colegio madrileño en el que era alumno. El Hermano Rogelio, con su ejemplo y con sus consejos, lo había habituado a las visitas al sagrario: “Ahí, esperándote, con los brazos y con el corazón abiertos, está Jesús. Casi desde que naciste se fijó en ti y está deseando que lo acompañes, que le hables, que lo comprendas y, sobretodo, que lo quieras. Jesús es tu amigo y siente tristeza de que tú no lo adviertas”. Joselito, como le llamaban en el Colegio, adquirió la costumbre de visitar al Señor durante todo el tiempo de recreo de las mañanas. Mientras que los demás compañeros

jugaban, Joselito permanecía arrodillado en el comulgatorio con los ojos fijos y con los oídos atentos a la cortinilla del sagrario. Siguiendo los consejos del Hermano Rogelio, no rezaba padrenuestros ni avemarías, sino que le dirigía palabras de amor y frases cariñosas:

> "Te quiero, te amo, Jesús. "Seré siempre tu amigo". "Sí, la amistad consiste en el amor profundo y en la confianza plena, por eso, los amigos -le decía el Hermano- se cuentan los secretos".

Joselito no tenía secretos, pero él, que pretendía ser muy amigo de Jesús, se los inventaba. Al principio, transformaba en secretos las acciones ordinarias de la vida cotidiana: "Jesús -le decía en voz muy baja- hoy te traigo dos secretos: el primero, que he desayunado café con leche y pan tostado con aceite y azúcar, y el segundo, que me he entretenido cerca de un cuarto de hora en la cama y he estado a punto de llegar tarde al Colegio". Esta media hora de charla se le pasaba tan rápidamente que, en más de una ocasión, no escuchó el timbre que indicaba que el recreo había terminado. Los compañeros le pusieron el sobrenombre de "Pepito el santito".

El silencio es, a veces, una muestra de cobardía

Siete

Pero, a pesar de lo bien que se lo pasaba en las "visitas" diarias, Joselito seguía seriamente preocupado. Tenía dudas fundadas de que, a pesar de sus sinceros deseos, no había logrado la amistad con Jesús. "Los amigos -se repetía una y otra vez- los conseguimos gracias a los secretos" y, él, por más que buscaba, no encontraba nada oculto que revelar a Jesús. Le preocupaba que Jesús y, también, el hermano Rogelio estuvieran con los brazos y con el corazón abiertos de par en par esperando el momento en el que él les contara un episodio oculto o, al menos, una acción desconocida por los demás compañeros. En algunos momentos llegó a pensar en la posibilidad de inventarse una historia o, al menos, de exagerar algún hecho realmente ocurrido -como, por ejemplo, que su madre le había dado dos bofetadas por llegar media hora tarde a la casa el día que, tras las clases, se quedó ante el sagrario- pero no se atrevió ante el temor de que se descubriera la verdad. A veces estuvo a punto de perpetrar alguna travesura para contarla en total secreto como, por ejemplo, arrojar el gato desde la terraza, sabiendo que, por tener siete vidas, no se iba a morir, o copiar en los exámenes las lecciones que, previamente, había aprendido de memoria. Pero tampoco fue capaz porque "aunque no cobarde -decía él- reconozco que soy bastante tímido".

> Yo sí tengo un secreto para ti -le dijo el hermano Rogelio-; estoy convencido de que tú tienes vocación para Hermano de la Salle. No me cabe la menor duda de que el Señor llama a los que quieren ser sus amigos y a los que desean llevarle más amigos. La vocación lasaliana consiste en hacer amigos, muchos amigos, que le cuenten sus secretos a Jesús.

Joselito sintió una profunda sensación de agrado, una intensa satisfacción o, mejor, una alentadora paz interior porque, estas palabras no constituían para él una revelación; hacía ya varios años que había sentido el deseo de ser Hermano y, aunque no se lo había contado a nadie, en su casa se ponía, colgado al cuello de la camisa, un babero que había hecho recortando la tapa de una

caja de zapatos, exactamente igual al del hermano Rogelio. Éste era el verdadero secreto que le contaría a Jesús, su amigo, en la próxima visita al sagrario.

Ahora, treinta años después de aquella confesión, el Hermano José le contaba el secreto a Antonio Martínez a quien, con el cariño de un padre, tenía sentado sobre sus rodillas. Decidí ser Hermano de la Doctrina Cristiana cuando comprendí que mi vocación consistía en responder a la amistad de Jesús y en ganar muchos amigos. Antonio se sabía -no un "mamela" como le decían los demás compañeros- sino un predilecto, un preferido o, más exactamente, un amigo de Hermano José. Por eso sólo él era partícipe de los mayores secretos como, por ejemplo, que había nacido en Madrid y que su apellidos eran Benítez y González. Estos datos y el nombre de pila eran los misterios mejores guardados por los Hermanos, aunque, en este caso, el nombre era el mismo que el de religión y el cambio consistía en que se le había añadido el de Cesáreo.

Antonio llevaba escondido en la intimidad de su corazón este misterio -nadie, excepto yo, se repetía, sabe los apellidos del Hermano José. Por eso se consideraba un portador privilegiado de un gran tesoro y, a veces, pensaba que él era como un San Tarcisio, aquel acólito o ayudante de los sacerdotes en Roma que, después de participar en la Santa Misa en las Catacumbas de San Calixto recibía el encargo por el obispo para llevar la Sagrada Eucaristía a los cristianos que estaban en la cárcel, prisioneros por proclamar su fe en Jesucristo. Recordaba la función de teatro en la que aparecía el joven por la calle en la que se encontró con un grupo de jóvenes paganos que le preguntaron qué llevaba allí bajo su manto. Él no se los quiso decir, y los otros lo atacaron ferozmente para robarle la Eucaristía. El joven prefirió morir antes que entregar tan sagrado tesoro. Cuando estaba siendo apedreado llegó un soldado cristiano y alejó a los atacantes. Tarcisio le encomendó que les llevara la Sagrada Comunión a los

encarcelados, y murió contento de haber podido dar su vida por defender el Sacramento y las Sagradas formas donde está el Cuerpo y la Sangre de Cristo. Sí, él defendería los secretos que le encomendara el Hermano José y estaría dispuesto a entregar, si fuera necesario, su vida.

Aunque el profesor de su clase no era Hermano, a Andrés le llamaba la atención, no sólo la peculiar manera de tratar a los alumnos que tenía estos religiosos, sino también, la forma diferente de relacionarse entre ellos y, sobre todo, la serenidad con la que miraban, juzgaban y afrontaban la vida. En contraste con el ambiente de temor, de dejadez, de desorden, de desconfianza y, sobre todo, de incomunicación que se respiraba en su casa, en el Colegio él encontraba un clima de tranquilidad, de responsabilidad, de orden y de confianza mutua. Por eso deseaba ardientemente pasar a la clase séptima donde ya enseñaba un Hermano. Él contemplaba con atención e imitaba, hasta los detalles más mínimos como, por ejemplo, esas B o M tan elegantes y tan solemnes que, con un grueso lápiz color púrpura dibujaban encima de las cuentas que, respectivamente, estaban bien o mal. El color y la forman le producían una sensación análoga a la de los hábitos cardenalicios renacentistas. Al comienzo de las vacaciones de Navidad, don Emilio, devolvió los cuadernos que los alumnos habían terminado durante el primer trimestre para que los vieran los padres. Convencido de que ya no tendría que devolverlos, Andrés con el lápiz que había pedido a los Reyes, fue rescribiendo con profunda fruición todas las B. Cuando, al final de las vacaciones, don Emilio pidió los cuadernos y comprobó su vocación correctora, le ordenó que subiera a la tarima para recibir el castigo adecuado por semejante atrevimiento. El dolor y la humillación que le produjeron los tres palmetazos que le dio Eulogio, el hijo del portero de la Audiencia, le aflojó todos los controles y Andrés sintió cómo un calor húmedo le

corría piernas abajo y pudo comprobar cómo dejaba en el suelo un pequeño charco amarillento como testimonio de su profundo sufrimiento físico y moral.

Las palabras se llenan de sentidos si explican la vida y descubren las claves de los comportamientos. Cuando los hechos son elocuentes, la mejor explicación es el silencio.

Ocho

Andrés, a pesar de todo, valoraba de manera muy positiva el ambiente del Colegio. En él se sentía más a gusto que en su casa; experimentaba la sensación de que estaba más protegido, más confortable y más cómodo. Apreciaba, sobre todo, el orden, la disciplina y el silencio, porque -como le confesó en secreto a Antonio- "en mi casa sufro mucho por el desorden, por la indisciplina y por el ruido". Don Emilio, el maestro de la octava clase, en la que él ingresó, había explicado el primer día de curso que el orden, la disciplina y el silencio eran las tres reglas principales que debían observar en el Colegio. Éstas eran las condiciones imprescindibles para el trabajo y, al mismo tiempo, la expresión más clara del respeto a los profesores, a los demás compañeros y a uno mismo. Andrés le explicaba a Antonio, siempre en secreto y como prueba de amistad, que, en su casa sufría mucho, demasiado. "Mi padre siempre está en silencio: sólo le escucho la voz cuando le grita a mi madre. Sólo lo veo cuando, al regresar del Mercado borracho, entra en la casa y se dirige directamente al colchón. A veces, cuando lo encuentro completamente dormido, he estado a punto de darle con la barra que hay detrás de la puerta. Por favor, no se lo vayas a decir a nadie. ¿Tú crees que eso es pecado mortal? ¿Me tendré que confesar?"

Andrés, efectivamente, sentía rencor por su padre, lástima por su madre y admiración por su tía Lola. Ésta, las escasas veces que vino de vacaciones, haciendo gala de una infinita paciencia, le había enseñado las primeras letras y, después, también le ayudó, en varias ocasiones, a hacer las tareas que le ponían en el Colegio. Nunca olvidaría que a ella le debía la buena letra y la rapidez en el cálculo. Pero lo que más

admiraba de su tía era la infinita capacidad para guardar silencio y para escuchar sus explicaciones. En esto coincidía con la opinión de Juana quien, no sólo le contaba las peripecias y las habladurías del trabajo, sino que, sobre todo, le detallaba los sucesivos pasos que progresivamente iba dando para entregarse de una manera absoluta a Jesús. Lola, en justa correspondencia, le revelaba, su acercamiento desinteresado y sin reservas a Rafael.

En este mundo saturado de ruidos necesitamos confortables espacios de silencio, instantes prolongados para la pausa, para la interiorización personal y para la apertura solidaria

Nueve

¿Tú crees, entonces, que entregarse por amor es un gesto de generosidad e, incluso, una acción virtuosa? Ésta fue la manera sutil de iniciar su confesión a Juana. Las dos amigas tenían, efectivamente, mucha confianza; las dos habían teorizado, larga y profundamente, sobre la incontestable nobleza, la esencial moralidad y la radical dignidad del amor; las dos estaban seguras de que el objeto del amor era lo de menos: "tenemos que amar -repetían al unísono- a todos y a todo, siempre y en cualquier lugar". Pero, ya en su largas charlas en el jardín próximo a su apartamento, repasando las páginas de los evangelios, como le habían aconsejado la abadesa a Juana y Rafael a Lola, habían advertido que el amor de Jesús y de sus discípulos, no sólo se debía extender de una manera ilimitada, sino que debía optar por los menos favorecidos por las riquezas materiales e, incluso, que debía preferir a los menos dotados de valores morales. Estas palabras, casi idénticas en los labios de la abadesa y en los de Rafael, eran bastante menos claras y mucho menos contundentes que los testimonios y las explicaciones de Jesús, amigo de putas, de tramposos, de adúlteras, de perezosos, de cobardes y, en una palabra, de sinvergüenzas. A pesar de estas reflexiones, Lola no se había atrevido hasta ahora, cuando ya Juana había ingresado en el convento, a contarle su amor "a un hombre que necesitaba alguien que lo escuchara, que lo comprendiera, que lo respetara y, si era posible, que lo amara".

Estas fueron, exactamente, las primeras palabras concretas que Lola empleó para traducir en hechos la teoría que, durante tres años, se habían explicado mutuamente.

Juana había sido la primera en descubrir su secreto. “Supongo -le dijo un mes antes de entrar en el convento- que te habrás dado cuenta de lo enamorada que estoy con Jesús”.

“Sí -le contestó Lola, convencida de que la tardanza de la confesión obedecía a las mismas razones de su propia discreción-, y, además, estoy plenamente convencida de que, como a mí me ocurre, el silencio se debe al respeto que te merece tu amante, Jesús, y, quizás, al convencimiento de que, los demás no nos van a comprender, pero tú sabes, que, como nos ha ocurrido con otras cuestiones, nuestras vidas son paralelas y, sin explicarnos, nos entendemos perfectamente. Cuéntame, ¿cómo es tu Jesús? Lola esperaba que su retrato coincidiera con el su Rafael, pero, como siempre, prefirió callar y escuchar.

> Mi Jesús es, como tú sabes, un hombre bueno, cariñoso, servicial, generoso, delicado y, sobre todo, comprensivo y amable. Lo escucho y lo siento en lo más profundo de mis entrañas; no es necesario que pronuncie palabras para que me comprenda. Cuando trabajo y cuando descanso, cuando sufro o cuando me divierto, me siento acompañada e invadida por él.

Lola estuvo a punto de decirle: “Igualito que mi Rafael”, pero, discreta como es ella y para no restarle importancia a Jesús, prefirió terminar aquella conversación felicitando a su amiga Juana y animándola para que, sin miedo, se entregara en generosa correspondencia. Se decidió, sin embargo, a comunicar la noticia a su familia a la que le escribió esta segunda carta:

"Queridos hermanos y sobrinos: Sigo en Madrid con la misma ilusión con la que vine. En el trabajo me siento más integrada y ya voy haciendo algunas amistades. Ya os contaré. Os adelanto que Juana, mi compañera, tiene algo más que un pretendiente. Todavía no lo conozco pero os puedo adelantar que es un hombre bueno, cariñoso, servicial, generoso, delicado y, sobre todo, comprensivo y amable. Por lo visto, las cosas van muy rápidas porque tengo la impresión de que ella está preparando el ajuar. Hasta es posible que deje el trabajo. De mí, os repito, ya os contaré. Besos y abrazos. Lola.

Cada gota de silencio es un estímulo para que un fruto consiga madurar.

(Paul Valéry)

Diez

Andrés terminó el curso de la octava con buenísimas notas. En el acto solemne que se celebró en el Salón de Actos del Colegio, tras la obra de teatro, Doña María, la insigne dama con cuyo patrocinio se había reconstruido el edificio pasto de las llamas en tiempo de la República, le entregó, no sólo el paquete de caramelos, sino también un corte de tela color cafeconleche, para que su madre le confeccionara una chaqueta de verano. La honda satisfacción que, cuando recogió el regalo en el escenario, Andrés experimentó por las notas, por los aplausos, por las felicitaciones de la mayoría de los compañeros, por los besos de su madre y de su tía y, sobre todo, por el abrazo de Antonio y por la caricia del hermano José en los cabellos, se vio enfriada por la persistente y molesta imagen de su padre, acostado sobre el colchón con las puertas del balcón abiertas. Todos los demás alumnos estaban acompañados de sus padres, de sus abuelos, y algunos, como Antonio, recibían los parabienes de sus primos y de sus tíos, todos ellos alumnos o antiguos alumnos del Colegio. La madre, que sí había interpretado la leve expresión de desilusión reflejada en su semblante, le repetía una y otra vez, sin necesidad de explicitar a quien se refería: “el pobre está reventaíto”. Esta frase, que se había constituido en un permanente estribillo, era la explicación condensada de las razones que la empujaron para que se casara con Juan y para que siguiera queriéndolo con la misma comprensión y con la misma entrega misericordiosa que el día que lo vio por primera vez en el Mercado.

Ana concebía y practicaba el amor como una sublime obra de misericordia. Estaba convencida de que amar era dar y darse sin esperar nada de recompensa; desde niña, se fijaba y se acercaba a los que sufrían, con la intención de aliviar sus dolores y de suavizar sus penas. En las catequesis del Colegio de la Palma, había escuchado cómo

la infinita misericordia de Jesús, no sólo explicaba su amistad con los pobres, sino también, su perdón a los pecadores. Las Hermanas le habían hablado de Sor Ángela de la Cruz, una monja sevillana que, en silencio, vivía el amor acompañando y sirviendo a los más pobres; se había convertido en la criada de las criadas, en la sirvienta de las sirvientas, en la amiga de los ancianos y en la enfermera de los enfermos que no tenían amigos. Había pensado seriamente en ingresar en la comunidad de las Hermanitas de la Cruz, hasta aquel día en el que, en la Plaza de Abastos, contempló el rostro cansado de aquel muchacho silencioso, con expresión de anciano. Hacía tiempo que lo conocía y que le compraba los avíos para el puchero, pero nunca se había fijado en aquellos ojos negros que reflejaban fatiga, desgana y, sobre todo, tristeza: fatiga de tanto trabajar, desgana de vivir y tristeza por su inmensa soledad. Porque Juan, aquella tarde en la que, por fin, se vieron en el Parque, le confesó que, a pesar de no haber cumplido los veinte años, se sentía viejo. Trabajaba desde los nueve años, edad en la que se quedó huérfano de padre. "Desde entonces no he tenido un día libre, ni un amigo, ni una diversión: me cago en los muertos de quien tiene la culpa de esta puta vida". Fue la primera vez que Ana le escuchó esta amarga queja.

Ana sintió una profunda lástima. En lo más profundo de su alma compasiva, escuchó un voz amable que la invitaba al sacrificio; ahora, sin necesidad de meterse a monja, podía entregarse, en silencio, y vivir el amor acompañando y sirviendo a los más pobres; convertirse en la criada de un criado, en la sirvienta de un sirviente, en la amiga de un anciano y en la enfermera de un enfermo que no tenía quien lo acompañara. Fue ella la que, en el tercer o cuarto paseo por el Parque, se lo dijo descaradamente: "Juan creo que deberíamos casarnos". Juan le contestó lacónicamente: "Lo que tú digas". E, inmediatamente, activó el funcionamiento de su imaginación para poner en marcha

todos los preparativos. Gracias a la intervención de la señorita Luisa, en cuya casa había servido de costurera, logró una dote del Cabildo Catedralicio de mil doscientas pesetas. Se las entregó en propia mano el Canónigo Maestrescuela, natural de Alcalá de los Gazules; alquiló un pisito por dos cincuenta al mes, en la calle Pasquín; compró la cama de matrimonio, una peinadora, una mesa de comedor, cuatro sillas y algunos cacharros de cocina. A la boda asistieron, además de los hermanos de los novios, los vecinos de Ana y algunas amigas de su calle y, después, todos se reunieron en el lavadero, para tomar unas copas del vino del Puerto que en una garrafa le había traído la prima Paquita. A las nueve en punto de la noche Juan y Ana cogieron el exprés y se fueron a Jerez para pasar la noche en una pensión. Ana, "reventaíta" por todo lo que había trabajado durante el día, cayó en la cama y se quedó profundamente dormida sin que le diera tiempo a quitarse ni siquiera las medias.

Ahora, que el silencio nos resulta más necesario, es cuando tropezamos con las mayores dificultades para cultivarlo, para aprovecharlo como fuente de vitalidad, de fantasía y de creatividad.

Once

Lola, finalmente, no pudo asistir a la ceremonia. Había recibido con suficiente tiempo una carta de Ana en la que le informaba de que estaba preparando los papeles para casarse con su hermano Juan. Hizo innumerables gestiones para que le dieran permiso en el trabajo, pero los jefes, sintiéndolo mucho, no pudieron acceder a la petición. Eran muy escasos los escribientes en aquella Delegación y tenían papeles atrasados desde hacían varios meses. Le envió veinte duros en un sobre con una carta que decía:

> Querida hermana Ana: No te puedes imaginar la alegría, la esperanza y la tranquilidad que me ha producido la noticia de tu decisión de casarte con mi hermano Juan. No tengo la menor duda de que este paso tan importante está impulsado por tus convicciones cristianas. Vas a realizar una importante obra de caridad que, sin duda alguna, Dios te premiará en esta vida y en la otra. Todo lo que hacemos por amor tiene su recompensa. Mi hermano, el pobre, necesita de tu compañía y de tu ayuda. Yo espero que, poco a poco, con tus consejos y con tus ejemplos, él irá reflexionando y cambiando en su manera de comportarse. Ánimo. Besos a los dos. Lola.

Con este dinero hicieron el viaje de boda: pagaron los billetes de tren, las dos noches de pensión, las comidas e, incluso, la primera borrachera de Juan después del casamiento. A punto estuvo Ana de presenciar la primera pelea de su flamante marido; menos mal que, en esta ocasión, su primer llanto fue capaz de frenar los impulsos irreprimibles de Juan.

Se habían levantado muy tarde y decidieron almorzar directamente, para ahorrarse el desayuno. Allí, al ladito de la pensión, habían descubierto una especie de tabanco en el que, también, servían tapas y raciones de berza. Aunque, hasta entonces, la única que tomaba la

palabra era Ana, esta vez se adelantó Juan y pidió una botella de vino del Puerto. "Mire usted, señor, aquí sólo tenemos vino de Jerez", le contestó el muchacho. "Pues a mí tú me vas a traer vino del Puerto". La misma frase, sin cambiar ni una coma pero subiendo progresivamente de tono, la repitieron tres veces hasta que el señor corpulento y con voz ronca que estaba en el mostrador -probablemente el dueño del establecimiento- se acercó y le dijo al muchacho, dando una sensación de autoridad, "Paco, trae esa botellita de vino del Puerto, que tenemos guardada para los amigos". Paco fue a la bota de fino amontillado de la Bodega de González Byass, de allí cerca, llenó la botella y se la puso en la mesita. "Esto sí que es vino de verdad", dijo, victorioso, Juan.

Si Juan apenas probó la berza, Ana sólo se mojo los labios en el vino. La botella entera se la bebió Juan "vasito a vasito, como Dios manda". Tras regresar a la pensión, Juan tiró el colchón al suelo y, antes de quedarse dormido, repitió la frase que ya le había escuchado Ana: "me cago en los muertos de quien tiene la culpa de esta puta vida". Ana, por el contrario, en esta segunda noche de la luna de miel, no pegó ojo. Contemplaba la respiración pausada de aquel cuerpo cansado, de aquel ser humano que iba a constituir el objeto de su vida, de su acción y de su oración, de su amor carnal y, sobre todo, de su caridad cristiana. Allí hacía la promesa, casi el voto, de entregarse a un Juan que, con su rudeza, con su brusquedad y con su mal humor, demostraba su debilidad, su indefensión y, sobre todo, su soledad. Ella, aunque fuera con su silencio, lograría que se sintiera acompañado, comprendido y querido. A partir de ahora, a Juan no le iba a faltar un plato de comida caliente, la ropa "escamondá" y, sobre todo, la presencia de una mujer dispuesta a aguantar el chaparrón de sus amargas y justificadas quejas.

En este mundo saturado de ruidos necesitamos confortables espacios de silencio, instantes prolongados para la pausa, para la interiorización personal y para la apertura solidaria.

Doce

A la vuelta a su nueva casa, reemprendieron el camino que, en poco se iba a diferenciar de los trayectos ya recorridos por cada uno y que, en nada, se separaría de la senda que seguirían durante el resto de sus respectivas vidas. Juan pasaba la mitad del día en el Puesto del Mercado y la otra mitad, acostado en el colchón junto a la cama. Ana, por las mañanas iba a casa de las señoritas para hacerles las faenas de costura y, por la tarde, estaba pendiente de Juan por si necesitaba algo. Este rígido horario sólo lo cambiaron los segundos domingos del mes de agosto, en los que toda la familia acudía a las corridas de toros en la Plaza del Puerto de Santa María, en el Bautizo y en la Primera Comunión de Andrés.

Es posible que la costumbre de asistir anualmente a una corrida de toros la adquiriera Juan cuando, aún muy niño, acompañaba a su padre; pero lo cierto es que, no tenía conciencia de -primero soltero y, después, casado- haber faltado ni una sola vez a la cita. Ese día, vestido con el traje azul de la boda y con una camisa blanca totalmente abierta, cogían el vapor y se encaminaban -decía él- hacia la mejor plaza del mundo. Llevaban una abundante provisión de bistecs empanados, de tortillas de patatas y tres botellas vacías que llenaban de vino del Puerto en una taberna cercana a la Plaza. Juan, sin probar bocado, empezaba a beber media hora antes de que diera comienzo la corrida y, en cuanto aparecía la cuadrilla, iniciaba su única y eterna cantinela: "¡Olé los cojones del Niño de la Palma, el mejor torero de mundo!". Si toreaba Luis Miguel Dominguín, en cuanto daba la primera verónica, Juan se levantaba y, con aquella voz ronca, le gritaba: "¡Olé lo cojones del Niño de la Palma, el mejor torero de mundo!". Si salía Arruza, en cuanto hacía un quite por chicuelina, Juan repetía: "¡Olé los cojones del Niño de la Palma, el mejor torero de mundo!". Y a punto estuvo de provocar una bronca

cuando un paisano de Rafael Ortega quiso demostrarle que aquél que había matado tan bien no era el Niño de la Palma sino el torero de San Fernando.

El silencio nos permite respirar hondo y oxigenar nuestro espíritu: reflexionar sobre nuestros cambios, meditar pausadamente en el imparable correr de nuestros días y contemplar, asombrarnos, el espectáculo de la naturaleza

Trece

La concepción y el nacimiento de Carmelo y de Andrés, efectivamente, no fueron milagrosos. Es cierto que Juan, al llegar del puesto, se echaba al colchón e, inmediatamente, se quedaba profundamente dormido; pero también es verdad que, a veces, se despertaba a las cuatro de la madrugada y trataba de despertar, sin el menor miramiento a Ana, quien, en esos momentos, perdía las coordenadas espaciales, temporales y familiares; no sólo no estaba muy segura de estar realmente casada, sino que olvidaba la casa en la que vivía, la edad que tenía y las personas con las que convivía. El primer "abordaje" de Juan, cuando ya hacía más de un mes que estaban casados, la cogió tan de improviso que empezó a gritar "socorro, socorro, que me violan". Juan se asustó tanto que, tras ponerse los pantalones, salió corriendo a la calle. Como ocurriría con otros episodios posteriores, nunca hablaron del incidente pero es que, en esta ocasión, el silencio no obedecía a la discreción de Ana, sino a que, realmente, ella, al día siguiente, no se acordaba absolutamente de nada de lo ocurrido. Cuando, justamente a los dos años de la boda, Ana llegó a la conclusión de que estaba embarazada y se lo dijo a Juan, éste mirándola fijamente a los ojos y sin pronunciar palabras, le dio un beso, el primero de su vida, en la boca. Este gesto, unido a dos o tres más que tuvo con ella a lo largo de los veinte años que permanecieron unidos, fueron las reliquias que conservó Ana hasta su muerte, y constituyeron los calmantes que suavizaron los duros golpes que ella recibiría.

Juan asistió al bautismo de Carmelo y, dos años más tarde, al de Andrés, vestido con el traje azul de la boda que, extrañamente, se le había quedado pequeño.

Ana estaba extrañada porque -repetía con preocupación- “nada más que bebe”. El cinturón, por más que lo buscaron, no lo encontraron y Juan, sin la menor preocupación se amarró los pantalones, las dos veces, con un trozo de cordel que cortó en la azotea.

La tercera vez que cambió el horario fue el día de la Primera Comunión de Andrés. A pesar de celebrarse en sábado, Juan decidió no abrir el puesto para asistir a la ceremonia. Vistió el mismo traje azul, aún más estrecho pero, en esta ocasión, sí se ciñó con un cinturón negro que le había comprado Ana. Andrés, con su traje blanco, hecho a medida por su tía Concha, y con la pajarita de seda, igualmente blanca, iba realmente guapo. Bernabé, el barbero, acudió a su casa para peinarlo y ponerle un poco de fijador. Pero, a decir verdad, lo que más emocionó a Ana fue la comunión de Juan. No sólo nunca lo habían visto comulgar, sino que todos tenían fundada seguridad de que ésa era su Primera Comunión. Cuando le preguntaron si se había confesado previamente, el respondió de manera categórica: “Yo nada más que me tengo que arrepentir es de haber trabajado demasiado y de haber sido demasiado bueno”. Ana, en la carta que escribió a Lola, para agradecerle las quinientas pesetas de regalo, le decía:

> *Querida hermana Lola: No te puedes imaginar lo que te echamos de menos el sábado pasado, en la Primera Comunión de Andrés. Me da apuros decírtelo pero te aseguro que no es pasión de madre: tu sobrino era el más elegante, el más serio y, sobre todo, el más devoto. Te voy a confesar un secreto: no me extrañaría nada que Andrés tuviera vocación. No sé si serán mis deseos porque es cierto que se lo he pedido con todas mis fuerzas al Señor.*
>
> *Pero ¿sabes qué es lo que más me emocionó ese día? La comunión de tu hermano Juan. Yo estoy convencida de que, aunque no pise la iglesia, es un santo. Si me escucharan otros pensarían que estoy exagerando pero tú sabes muy bien que él no ha hecho nunca mal a nadie. Ni siquiera le he escuchado una crítica contra alguien y, siempre que está en su mano, hace todos los favores que le piden. Además, nunca se metió en política.*
>
> Ah, se me olvidaba, te damos las gracias por las quinientas pesetas. Con ellas le compramos el corte de traje, la cruz, el misal y los guantes. ¿Cuándo piensas venir por aquí? Un fuerte abrazo y muchos besos de todos nosotros. Tu hermana, Ana.

El silencio nos permite descifrar los mensajes imponentes del mar, del cielo o de la montaña, o, simplemente, percibir la voz discreta de un rosa o el imperceptible crecimiento de una brizna de hierba.

Catorce

Lola releyó la carta varias veces y la guardó en el bolso para volverla a repasar. Traía una información que le alegraba y, al mismo tiempo, la inquietaba. Casi desde su llegada a Madrid, experimentaba un progresivo desasosiego. Cuanto más se adentraba por los senderos de la felicidad y del bien, mayores desazones sentía. Eran unas sensaciones difusas, difíciles de identificar e imposibles de razonar. Ella era una mujer religiosa o, mejor dicho, cristiana. Había aceptado como guía orientadora de su vida los principios fundamentales del Evangelio y, más concretamente, el testimonio de Jesús de Nazaret. Su norma suprema, por lo tanto, era el amor. Se sentía plenamente identificada con las palabras de condena a las leyes farisaicas, a los ritos vacíos, a la esclavitud del sábado, en resumen, a las beaterías: "el amor comprensivo, compasivo, servicial y generoso es lo único que nos salva". Este axioma era claro y ella lo había asumido de manera radical, sin embargo, le daba cierto apuro acercarse a comulgar después de haber estado amando a Rafael.

Uno de aquellos jueves, la conversación sobre las desigualdades sociales se puso tan apasionante que se les fue la hora. No advirtieron que ya era medianoche, que en el café, además de los camareros, sólo estaban ellos; ni se dieron cuenta de que afuera, llovía a cántaros. Rafael, en un tono visible y sinceramente vacilante, dijo: "podemos pedir un taxis o quedarnos en el Hotel Mora, que está aquí al lado". Lola con un tono visible y sinceramente decidido, respondió: "nos quedamos en el Hotel Mora, que está aquí al lado".

Al día siguiente, Lola llegó al trabajo especialmente comunicativa y activa. A pesar de que estaba concentrada en los expedientes que tenía que leer y que redactar, por su imaginación, como si fuera una película de fondo, pasaba una y otra vez todas las escenas de la noche. Sentía una extraña alegría, una profunda paz e, incluso, un intenso agradecimiento. Le llamaba la atención el respeto de Rafael, su delicadeza, su generosidad y, sobre todo, la "extraña alegría, la profunda paz y el intenso agradecimiento" que ella experimentaba. Durante el almuerzo, Juana no le preguntó por su ausencia la noche anterior ni ella le dijo nada, pero le pidió que, por la tarde, la acompañara a la Iglesia de las Reparadoras para hacer una vista al Señor y darle las gracias por todo.

Hay personas silenciosas que son mucho más interesantes que los mejores oradores. **(Benjamin Disraeli)**

Quince

Estas vacaciones de verano fueron, sin duda alguna, las mejores que pasó Andrés durante su dilatada vida de estudiante. El dinero que consiguió de las señoritas a las que visitó el día de su Primera Comunión, el ascenso en la escala de acólitos, su ingreso como monaguillo en la capilla de las Siervas de María, el éxito en las calificaciones escolares, la consolidación de la amistad con el Hermano José y, sobre todo, el grado de intimidad que alcanzó con Antonio Martínez contribuyeron a que los meses de julio y de agosto se le pasaran sin apenas darse cuenta. Durante mucho tiempo evocó aquel verano intenso en el que vivió experiencias nuevas que -estaba seguro- le marcarían las sendas por las que discurriría el resto de su vida.

El día de su Primera Comunión, Andrés llegó a la conclusión de que todas las señoritas a las que lo llevó su madre de visita se habían puesto de acuerdo: todas le regalaron, además de un recuerdo personal, un billete nuevo de veinticinco pesetas, doblado y envuelto en un sobrecito de color celeste. La señorita Concha, la esposa de don Manuel Lahera, por ejemplo, le obsequió, además, con el librito de los cuatro Evangelios; la señorita Concha Alcina, la Jefe de la Sección Femenina, le tenía preparado un rosario que había bendecido el mismo Papa; la señorita Luisa, la madre del padre Sobrino, le tenía reservado, desde hacía varios años, una diminuta pila de plata traída de Lourdes, para que la llenara de agua bendita, la colgara en la cabecera de la cama y se persignara todos los días al acostarse y al levantarse. Por consejo de Lola, la suma total recaudada, cerca de quinientas pesetas, se guardaría en la cajita de madera con espejo, por si había una enfermedad u ocurría una desgracia -¡Dios no lo permita!- familiar. Desde aquel día, Andrés llegó a convencimiento de que, no sólo era el más guapo y el más listo, sino también, el más rico de toda familia.

Tras la Primera Comunión, Andrés ascendió al puesto de acólito. Contraía la obligación, no sólo de ayudar a Misa y a la Bendición con el Santísimo todos los domingos sino, también, de dedicar la tarde de los sábados a preparar las flores, las velas del plan de altar, las vinajeras, el lavabo, los corporales, los purificadores y el misal y, sobre todo, de estar pendiente de la lamparilla del sagrario para que siempre estuviera alimentada de aceite. Todos estos quehaceres le intensificaron la conciencia de responsabilidad, le avivaron el sentido de la obligación y le acentuaron la preocupación por el cumplimiento de los compromisos. Andrés nunca fue escrupuloso, ni perfeccionista; no le afligía el fuego del infierno ni suspiraba por los goces del cielo, pero temía que le pudieran reprochar un error o un descuido porque él era, como decía su tía Lola, "el más listo y el más trabajador".

Esta experiencia le sirvió para lograr su primer trabajo estable y su primer fracaso profesional. Por recomendación del Hermano José, la hermana sacristana de las Siervas de María habló directamente con Ana para ofrecerle el puesto de monaguillo a su hijo. Fue muy sincera al confesarle que las religiosas estaban muy preocupadas porque, a causa del mal genio del capellán que, además era beneficiado de la Catedral, los monaguillos nunca duraban ni un mes. Andrés debería acudir diariamente a la sacristía, un cuarto de hora antes de la misa, que comenzaría a las siete de la mañana. Todos los días tendría que llevar a cabo las mismas tareas que desarrollaba semanalmente en el Colegio de los Hermanos, y recibiría el estipendio mensual de nueve pesetas. Desgraciadamente Andrés nunca cobró este primer sueldo. El cuarto día de trabajo, cuando todas las monjas habían llegado a la conclusión de que Andrés, a pesar de su corta edad -por su seriedad, por su disciplina y por su oficio- sería el monaguillo ideal y definitivo, la aventura terminó por culpa de un episodio desafortunado. Antes de ayudar a revestirse al capellán, Andrés se dispuso a

encender el "plan de altar", compuesto por seis larguísimas velas colocadas sobre candelabros, aún más largos, cuyos lacios y diminutos pabilos tenía que localizar al tacto de aquel dedo artificial, el dichoso apagavelas. Intentó, como los días anteriores, tomar la llama de la lámpara de aceite colgada del techo por tres cadenas pero, con la mala suerte de que el capuchón que protegía la mecha se enganchó a una de las cadenas y, al tirar, el aceite se derramó sobre la toca almidonada de Sor Eulalia, la monja que estaba en la primera fila. Andrés soltó el apagavelas y, con la sotana remangada, salió corriendo calle arriba hacia su casa. El capellán, todavía jadeante, llegó inmediatamente detrás de él y, sin saludo previo, le dijo a su madre: "Quédese con su hijo, señora, y lo guarda en un tarrito de conservas".

Pero, probablemente, los ratos más agradables del verano transcurrieron en las visitas casi diarias que hacía al Hermano José. Los primeros días de las vacaciones acudía a la sacristía la mayoría de los monaguillos de adorno. Se habían comprometido a hacer una limpieza general de los candelabros, vinajeras y floreros, y ordenar los armarios de las casullas y de las capas pluviales, y, sobre todo, las cajoneras. Conforme pasaban los días y apretaba el calor, se fue reduciendo el número de los voluntarios. Unos alegaban que iban con su madre a la Caleta; otros formaron un equipo para jugar en el Corralón; otros dijeron que estaban hartos de trabajar y, finalmente, otros no dijeron nada pero también desaparecieron. A los quince días sólo perseveraban Antonio Martínez y Andrés. Pero Antonio, progresivamente, se fue despegando de las faldas y, sobre todo, fue mostrando con su apatía unas elocuentes muestras de disgusto porque -sólo se lo decía a Andrés y, como siempre, en riguroso secreto- notaba que estaba pasando a una segunda fila en el aprecio y confianza del Hermano José. Andrés, por el contrario, cada vez se sentía más a gusto con las muestras de cordialidad que le dispensaba el Hermano sacristán a las que él

procuraba corresponder de forma adecuada. Sintió una profunda y nueva sensación la tarde en la que el Hermano le entregó una naranja envuelta en un papel que decía: "Me he quedado sin postre para que tú te comas esta naranja. Te tienes que cuidar porque te noto muy delgado"; pero, sorprendentemente, lo que más le emocionó es lo que le escribía al final: "Por favor, guarda el secreto y no se lo digas ni siquiera a Antonio". "Sí -se repetía una y otra vez- esta es la prueba definitiva de que yo ya soy su `mamela´", e, inmediatamente, se fue a la capilla para, entusiasmado, contarle el secreto a Jesús.

Pero este secreto no debilitó la amistad con Antonio Martínez sino, todo lo contrario, la avivó aún más. "El Hermano se cree -le dijo Antonio- que yo estoy disgustado y que te tengo envidia pero está totalmente equivocado. Yo lo único que he hecho es trabajar demasiado -estas palabras le recordaban a Andrés las quejas de su padre- y él, sin embargo, nunca ha tenido un detalle conmigo; ahora soy más libre para ser todavía más tu amigo". Andrés, salvo en el secreto de la naranja, no había advertido ningún trato discriminatorio con Antonio ni siquiera que se hubieran enfriado las relaciones. Pero se sentía profundamente halagado por ser él el objeto de los afectos de los dos amigos tan desiguales. Llevó la naranja a su casa y prohibió a todos que la comieran. La colocó en el centro de la alacena y, si hubiera estado en sus manos, hubiera levantado un altar parecido al de las Siervas de María, para colocar en medio la -resplandeciente y digna de adoración- naranja: era un regalo, un trofeo y un testimonio que ponían de manifiesto que él, al menos ante el Hermano José, no era un alumno cualquiera.

Antonio le rogó que, por favor, siguiera siendo su amigo. Él no le iba a poner condiciones, no le iba a impedir que también tuviera confianza con el Hermano José o con cualquiera de los otros compañeros pero le aseguraba que él sí sería, para siempre, su único

amigo. A Andrés, sorprendentemente, no le llamó la atención semejante declaración de intenciones. Unos meses antes le había confesado que decidió ser su amigo el primer día de clase pero que su resolución no estaba determinada por una especial simpatía sino por el noble deseo de acompañarlo y de ayudarlo: tenía el firme convencimiento de que era un compañero bueno, que soportaba en solitario el peso de la indiferencia, de la incomprensión o, quizás, del menosprecio. Por eso, con decisión y con claridad, en aquella primera entrevista le dijo sin preámbulos: "Andrés, tú eres una de las mejores personas que he conocido", y, Andrés, pensó para sus adentros. "Hay que ver lo bien que éste me ha calado".

El aturdimiento producido por el estruendo de rumores y de murmullos nos impide apreciar el sentido de una sonrisa complaciente o el significado de un sollozo suplicante. Necesitamos el silencio para mirar hacia lo alto y para progresar, para cobrar aliento y para, contentos, seguir la marcha hacia nosotros mismos. Para transformar las actividades en experiencias y para escuchar la música que fluye bajo el murmullo de las palabras.

Dieciséis

Aquel verano fue también el más grato para su tía Lola. Fue el primero en el que le concedieron una semana de permiso. Ella la aprovechó para, en compañía de Juana, venir a la playa. El resto del tiempo lo pasó en Madrid pero, a pesar del intenso calor, las dos disfrutaron porque, no sólo se sentían más relajadas que durante el invierno, sino también porque habían logrado una profunda paz de espíritu, tras haber ordenado las ideas y después de haber calmado los sentimientos.

Lola también encontró a Juan más grueso, más calvo y más feo, y a Ana, más avejentada, más delgada y más guapa. Aunque, antes de marchar a Madrid, la conocía de vista, ésta era la primera vez que habló ella. Le llamó especialmente la atención el tono suave y el control de la voz, la mirada limpia y serena, y el dominio de los gestos acompasados y sobrios. Era una mujer -pensó- distinguida y constituía la prueba palpable de que la elegancia es un don gratuito que no depende de la cuna, de los adornos ni siquiera de la reflexión o de los estudios. Porque, efectivamente, Ana poseía una belleza natural concentrada en la serenidad de su mirada; una mirada que nacía, no en los ojos, sino en el fondo de sus entrañas amasadas durante siglos, quizás, con equilibradas dosis de paciencia, de esperanzas, de silencios, de sorpresas y, sobre todo, de confianza en los seres humanos y hasta en los animales con los que trataba. Lola, cuando la besó y la abrazó, recordó una frase que unos días antes le había dicho Rafael y que ella interpretaba como si fuera sólo un dicho ingenioso: “La cara no es el espejo del alma es... el alma”. Sí, Ana con su mirada mostraba un alma generosa, comprensiva y servicial.

Durante los siete días que Lola permaneció en su casa, a pesar de la estrechez de los espacios y de la sobriedad de las comidas, se sintió extraordinariamente cómoda. Ana

la trató, más que como una hermana o como una amiga, como una cómplice; Lola tenía la sensación de que, con su mirada atenta y respetuosa, la envolvía con un confortable manto de comprensión y, al mismo tiempo, le inyectaba un estimulante tónico que la animaba a seguir viviendo. En honor a ella adelantaron el día en el que todos, a excepción de Juan, lo pasaban en la playa. Invitaron, incluso, a Juana, que dedicó toda la semana a acompañar a su madre, algo enferma y a visitar a los hermanos, nueras, yernos y sobrinos. Lola se llevó todo el día anterior preparando la abundante comida que, en amplios cestos, llevaron a la playa. Todos se sorprendieron de que Juana no se bañara ni siquiera se mojara las piernas en la orilla. A pesar del molesto levante, aprovecharon hasta el último rayo de sol y regresaron en el tranvía, colorados y arenados como salmonetes, y cansados y contentos como colegiales que van de excursión.

A pesar de lo bien que lo estaban pasando, Lola y Juana sentían unas crecientes ganas de regresar a Madrid. "Allí hemos encontrado -le decían las dos a Ana- muchos alicientes de los que aquí carecíamos. Ya te lo contaremos con mayor detalle, pero créenos si te decimos que, todos necesitamos alguien con quien comunicarnos; pero no nos referimos sólo a la comunicación que establecemos cuando conversamos; comunicarse es dar para recibir o, mejor, darse para recibir". A Ana le daba la impresión de que le estaban explicando su propia vida y, más concretamente, que le estaban elogiando su entrega a Juan, por eso, agradecida, asentía con un leve movimiento de cabeza. Las dos se sintieron tan comprendidas que a punto estuvieron de contarle los objetos de sus respectivos afectos pero prefirieron dejarlo para más adelante, cuando ya las dos se hubieran explicado mutuamente.

En el tren, durante el viaje de regreso, comentaron y analizaron los hechos que más les habían sorprendido y llegaron a la conclusión de que las dos estaban asombradas por la extraordinaria talla humana y el sorprendente equilibrio psicológico de Ana, una mujer que brillaba, paradójicamente, por su sencillez, por su discreción y por su sobriedad. Las dos se preguntaron casi al unísonos "¿Te has fijado en los ojos?".

Por el contrario, las dos estaban algo decepcionadas con Andrés. No les parecía tan guapo ni tan despejado como en la foto de la Primera Comunión. Su mirada, más que hacia afuera estaba dirigida hacia él mismo, hacia sus adentros; su silencio, más que atención expresaba suspicacia; sus andares, más que aproximación, declaraban alejamiento y sus vestidos, más que pudor, denunciaban ostentación. Cuando llegaron a Madrid, escribieron la siguiente carta que firmaron las dos:

> *Queridos hermanos y sobrinos: Os damos las gracias por todas vuestras atenciones. Os agradecemos vuestra cordial acogida, las deliciosas comidas, el día que pasamos en la playa y, sobre todo, los ratos de charla que hemos mantenido. Es una lástima que estemos tan lejos y no podamos seguir una conversación tan interesante y tan provechosa. Todos sois muy guapos y muy buenos. Estamos deseando contar nuestras impresiones a nuestros amigos de Madrid. Muchos besos y hasta muy pronto, Lola y Juana.*

El silencio absoluto es irrepresentable e imposible porque su naturaleza radica en la nada

Diecisiete

Tras el larguísimo verano, Andrés regresó a las clases con renovadas ilusiones. Durante el curso anterior -novato y despistado- era alumno de don Emilio, un seglar solterón que contagiaba a la mayoría de los alumnos de desconfianza, de inseguridad y de temor. Andrés nunca olvidará que, tras el percance del cuaderno, pasó el segundo y el tercer trimestre, hasta tal punto asustado, que estaba convencido de que aquel curso fue el más desgraciado de su niñez.

Si el resto del Colegio -sobre todo el patio, la capilla y la sacristía- le resultaba luminoso y tranquilizador, el aula de la octava le parecía sombría y desalentadora. Pero la séptima era otra cosa: el aula no estaba tan arrinconada, casi todos los compañeros eran amigos y, sobre todo, el profesor era un Hermano, el Hermano Julián. Era bastante más joven que don Emilio, más saludable, más guapo y, sobre todo, más amable. Demostraba con los hechos, con las actitudes y con las palabras que, en su escala de valores pedagógicos, los más importantes eran los alumnos. Más que la Historia o la Geografía, más que las Matemáticas o la Física, a él le importaban todos y cada uno de los niños que, por primera vez en sus vidas, deseaban asistir a clase para escribir cuentos, para dibujar casitas, para leer en alta voz y, sobre todo, para charlar con el Hermano porque, efectivamente, todas sus explicaciones tenían el tono, las palabras y los temas de una interesante, amena y personal conversación: sí; todos estaban convencidos de que el Hermano Julián, no sólo les hablaba a cada uno de ellos, sino que, desde los primeros días, los conocía personalmente. El Hermano decía -y la mayoría lo creía- que los alumnos eran los encargados de que él aprendiera Lengua, Historia, Matemáticas, Geografía y, sobre todo, de que fuera, cada día, más educado, más bueno y más servicial. No mandaba tareas sino que indicaba lecturas; no preguntaba la lección, sino que solicitaba que le contaran el contenido de las lecturas: era él, el que tenía interés en enterarse de lo que decían los libros y el que pretendía aprender para la vida; casi todos los ejercicios de escrituras eran cartas dirigidas a él.

Andrés llegó a convencerse de que, efectivamente, él sabía mucho más que el Hermano y, en más de una carta, además de preguntarle su edad, su nombre de pila y el lugar de nacimiento, le preguntaba sobre sus proyectos para cuando fuera mayor. No le cabía la menor duda de que el Hermano Julián era mejor que el Hermano José: más joven, más saludable, más guapo y, quizás, más amable que el Hermano sacristán. Pero, por más que lo intentaba, no encontraba la ocasión para hablar personalmente con él porque sólo lo veía en la clase o en el patio, durante los recreos, donde el Hermano jugaba con los demás niños al fútbol.

En la séptima, Andrés cambió de proyectos, de amigos e, incluso, de actitudes. Se enfriaron las relaciones con el Hermano José que, en algunas ocasiones, le expresó su tristeza; empezó a faltar a la sacristía los sábados porque -decía- tenía otras obligaciones más importantes, y se alejó de Antonio Martínez, quien le reprochaba que lo hubiera traicionado. Se hizo amigo de Paco Rosa -que lo aficionó al fútbol y lo acompañaba los jueves al entrenamiento de Cádiz- y de Manolo Galindo -que había convertido el comedor de su casa en un colegio para darle clases a su dos hermanos menores-. El Hermano Julián, Paco Rosa y Manolo Galindo, desde este nuevo momento, constituyeron unos fragmentos del proyecto vital y profesional que Andrés pretendía construir.

Para ensayarlo, montó, también en el comedor, un colegio en el que se apuntaron su hermano Carmelo, su primo Juanjoselito y Rafalito, el vecino de arriba. La clase, desgraciadamente, no pasó de los primeros cinco minutos. Fue entonces cuando se hizo aquel babero de cartón como insignia de su saber y cuando usó por primera vez la regla como símbolo de su poder. Si los alumnos asistieron convencidos de que se trataba de un juego, Andrés se dispuso a demostrar que aquello era una actividad muy seria: ¡Rafalito, que te calles! Y Rafalito que constestaba ¡Oléeee! Y

los demás irrumpían en un aplauso. ¡Rafalito, que te calles! ¡Oléeee!, y el aplauso. Y, por tercera vez, ¡Rafalito, que te calles! ¡Oléeee, y el aplauso ensordecedor de total cachondeo. Andrés no soportó tal indisciplina y con un golpe de regla le abrió una brecha en la cabeza de la que brotó tal cantidad de sangre que dejó un reguero parecido al de los toros arrastrados tras la mulillas. La sesión terminó con la bofetada seca, la primera y la última, que Juan le propinó a Andrés y la prohibición de dar clases. Andrés no se arrepintió de su inevitable reacción. A Paco y a Manolo les explicaría, al día siguiente, que el reglazo era la respuesta adecuada a un comportamiento irrespetuoso, irreverente y desvergonzado, no con él, sino con la figura del profesor que, en esos momentos, él representaba. Aquel reglazo nada tenía que ver con el que Eulogio le dio a él en la octava clase. Él, entonces, no había faltado el respeto a la Ciencia con mayúsculas. Tras este fracaso profesional, la madre temió que se aislara, se encerrara en un profundo desaliento y que, incluso, bajara en el rendimiento escolar pero ocurrió todo lo contrario: inició o, quizás, continuó un proceso de alejamiento de, como él decía, de "la masa vulgar e incompetente".

A sus nuevos amigos, les reveló algunos datos familiares: su padre era empresario, su madre sastra y su tía, la que residía en Madrid, era una intelectual. "Quizás el próximo verano me vaya con ella una temporada para acompañarla a la Hemeroteca". Todavía desconocía el significado de este nombre pero le había impresionado cuando lo leyó en la última carta que su tía Lola le había enviado a toda la familia. En ella decía lo siguiente:

Queridos hermanos y sobrinos:

Tras mi regreso a Madrid, me he incorporado a todas mis tareas. En la oficina, todos se han sorprendido por el color de mi piel. Les he hablado de lo bien que lo he pasado y de lo ancha, larga y limpia que es nuestra playa. No les he dicho nada del levante.

Por las tardes, la mayoría de los días, sigo yendo a la Hemeroteca. Allí leo periódicos antiguos y tomo notas interesantes que me hacen pensar, imaginar y, a veces, conversar con otros amigos a los que también les preocupan los sucesos del pasado y, sobre todo, los episodios que nos quedan por vivir.

Me gustaría que Andrés, el próximo verano, se viniera unos días y me acompañara a la Hemeroteca; ya veréis cómo él se entusiasma. Besos a todos y os ruego que os cuidéis. Lola.

Como es natural, no se refirió, ni dejó que en el tono de la carta se notara, su estado de ánimo. Estaba seriamente preocupada y tenía la impresión de que Juana y algunos otros compañeros del trabajo lo había advertido. No es que se hubiera mostrado todavía más silenciosa sino que su silencio había cambiado de contenido porque, efectivamente, cada silencio transmite mensajes distintos. Si, anteriormente, sus silencios ponían de manifiesto su discreción en determinados asuntos, su respeto a los interlocutores y su control emocional, los de ahora denunciaban desconcierto, confusión y turbación ante una situación que no comprendía y que, en consecuencia, no era capaz de dominar. Rafael no había aparecido ningún día por la Hemeroteca ni, por supuesto, el jueves por el café. No le había enviado ningún mensaje y, por supuesto, tampoco había recibido el ramo de rosas frescas.

Sin que se pusiera en lo peor, todas las conjeturas eran sombrías. Por eso se le había oscurecido la mirada; por eso se le habían cerrado los sentidos; por eso tenía la impresión de que su cerebro estaba lleno de ruidos; por eso sentía frío: un frío interior, compatible con el calor que sufría en ese pleno mes de agosto madrileño, uno de los más calurosos, como decían los periódicos, de los últimos cuarenta años. En el trabajo, devolvía los documentos sin cumplimentar, en la Hemeroteca se pasaba las horas delante de una misma página sin leer una sola línea y en el café abonaba la consumición sin consumirla. ¿Será -se preguntaba- que está enfermo? ¿Se habrá ido de

vacaciones? ¿Se le habrá acumulado el trabajo? O, quizás, estará arrepentido de la noche que pasamos en el Hotel por culpa de aquella torrencial lluvia?

Lola, a pesar del aturdimiento, hacía unos indecibles esfuerzos por recordar segundo a segundo todo el proceso. ¿Quién fue el que lo sugirió? Por más que trataba de representase la escena, no acertaba a precisar esos detalles, en estos momentos tan importantes.

De cualquier manera, se decía con la intención de tranquilizarse, es igual; fuera quien fuera el autor de la sugerencia, lo cierto es que los dos la aceptamos con la misma naturalidad. ¿Y en la habitación, quien fue el primero que tomó la mano del otro? Y así, segundo a segundo, rebobinaba toda la película una y otra vez sin que fuera capaz de responder a las preguntas más inquietantes: ¿quién sería el primero? ¿quién el autor de la idea? ¿quién, en definitiva, el responsable de una acción que, si al principio les pareció normal y, después, fascinante, en estos momentos le resultaba precipitada e inoportuna. Lo peor era que no disponía de medios para aclarar la situación y para terminar con las cavilaciones. Rafael no le había dado ni la dirección de su casa ni siquiera los apellidos. Ella sí; por eso, hasta entonces, había recibido puntualmente en su casa el ramo de rosas rojas. En esto momentos, los silencios de Rafael le parecían diferentes a los suyos e, incluso, algo sospechosos porque constituían -conscientes o inconscientes- unos reveladores secretos.

Juana había advertido cómo, progresivamente, la expresión de Lola se iba apagando: su mirada había perdido lucidez. Hasta entonces, sus ojos eran focos que iluminaban los objetos que contemplaba. Algunos compañeros de trabajo decían que las cosas que miraba Lola cambiaban de color y, a veces, de dimensiones.

Ahora, rodeados de círculos concéntricos de diferentes tonos de morados, parecía que se habían ahondado y empequeñecidos. Otros colegas comentaban que hasta los cabellos habían perdido el brillo y la consistencia. Otros, finalmente, tenían la impresión de que se estaba encorvando. Pero nadie se atrevía a hacerle preguntas ni siquiera a dirigirle frases de aliento. Juana exageró su discreción y extremó su silencio para comprobar si, de esta manera, era Lola la que le preguntaba y, al mismo tiempo, le respondía. Pero la estrategia tampoco obtuvo el resultado apetecido.

De todas maneras, ella, a pesar de que también sentía preocupación, era la menos alarmada. Hacía varios meses que también había experimentado una honda sensación de desolación y de abatimiento. En las visitas al Santísimo en la iglesia del Monasterio, en contra de lo que le ocurría normalmente -cuando hablaba y escuchaba a Jesús; cuando sentía el calor de su predilección; cuando se iluminaba todo su interior y se le encendían todas las luces de su inteligencia; cuando salía reconfortada y dispuesta a hablar, a proclamar y a pregonar el amor a su Amado-, de pronto, sintió tal sequedad interior y una oscuridad tan profunda, que, cuando salió de la iglesia recibió la impresión de que todas las cosas se habían de pronto marchitado: las casas, las calles, los jardines, los animales y hasta las mismas personas habían perdido los colores. Todas las veía, como las películas, en blanco y negro, y a ella le habían entrado unas ganas irresistibles de dormir, de llorar y hasta de morir. La vida, de pronto, había perdido todo el aliciente.

Ella, finalmente, se lo contó a la Madre Visitación que, sin sorprenderse, le explicó la necesidad de atravesar con paciencia y dignidad los pasadizos profundos e inevitables de la "noche oscura". "El amor -le dijo textualmente- tiene que ser probado por los rigores del frío, de la oscuridad, del dolor, de la incomprensión, del abandono y, hasta, de la soledad; éste es el único camino que nos conduce a la luz de la visión, de la contemplación del Amado". En aquella situación

Lola también advirtió el cambio tan radical del semblante de Juana pero tampoco se atrevió a hacerle preguntas y pensó que habría sido un fracaso amoroso con su Jesús.

Pero, una tarde, cuando aún estaban recogiendo los platos del almuerzo, sonó el timbre. Abrió Lola y, el mismo muchacho de siempre, le entregó el mismo ramo de siempre. Aquellas rosas rojas le iluminaron de forma milagrosa el rostro y los ojos, de manera repentina, recobraron la luz y la casa entera cambió nuevamente de colores y de dimensiones. El paréntesis se había cerrado y el relato seguía su curso con la fuerza con la que discurren las aguas transparentes y libres de los riachuelos, con la naturalidad con la que se deslizan los peces o la aves.

Cuando llegó a la Hemeroteca encontró a Rafael sentado en el mismo sitio que la última vez, con el mismo periódico, con el mismo cuaderno y con la misma pluma estilográfica. A simple vista, sólo advirtió dos diferencias: parecía más joven y la corbata era negra. A su regreso a casa aún no estaba Juana, y aprovechó para escribir otra carta a su familia:

Queridos hermanos y sobrinos:

No os dije en la carta anterior que estoy muy contenta. Me siento muy feliz y llena, no sé si de proyectos o de ilusiones. No es que tenga más amigos pero. cada vez, los amigos nos entendemos mejor y nos queremos más. A alguno ya le he hablado de vosotros y tiene ganas de conoceros. A ver si os animáis y os dais un paseíto por Madrid, de lo contrario vamos a tener nosotros que desplazarnos hasta allí. Besos y abrazos de vuestra hermana y tía, Lola.

Hemos de evitar la fantasía maliciosa de silenciar el mundo para precipitarnos en la nada o para dedicarnos en una búsqueda del ser, enmascarada en la aspiración al silencio absoluto.

Dieciocho

"Nunca te dije -le declaró Rafael- que estaba casado". "Ni yo -le interrumpió Lola- te lo pregunté". Daba la impresión de que, con estas frases negativas, los dos querían justificar sus comportamientos anteriores e, incluso, hacerse mutuamente perdonar, pero sus intenciones eran exactamente las contrarias. Los dos pretendían demostrar que habían actuado de una manera limpia e, incluso, generosa. Rafael prosiguió: "En cierto sentido, estaba casado, estoy casado y seguiré estando casado; pero, desde otro punto de vista, ya no estaba casado, ni en la actualidad, estoy casado". Te lo explicaré de otra manera más clara: amé, amo y seguiré amando a mi mujer. Me enamoré de ella desde que la conocí y, a medida que la trataba, fui descubriendo que era -perdóname el tópico- la mujer de mi vida. Sus ojos profundos, su inteligencia despierta, sus palabras medidas y, sobre todo, sus elocuentes silencios me cautivaron de tal manera que llegué a la conclusión de que era la persona destinada para mí desde el comienzo de los tiempos.

Ella constituía la razón de mis trabajos; ella proporcionaba sentido a mis palabras, dotaba de contenido a mis pensamientos y llenaba de intensidad mis deseos; me dio las dos criaturas más buenas del mundo. Pero, hace cerca de diez años, empezamos a percibir algunos síntomas de Alzheimer: sus silencios, cada vez más prolongados, se iban vaciando progresivamente de significados; ya no eran la muestra de su atención concentrada en mis palabras, en mis actitudes y en mis pensamientos sino que, a pasos agigantados, iban perdiendo su vigor estimulante y su capacidad comprensiva. Eran barreras de hielo, cada vez más anchas y más distanciadoras. Sus frases se acortaban y, la mayoría de las veces, se limitaban a una sola palabra desprovista del calor en el que, anteriormente, iban envueltas. La mirada se fue debilitando y fue disminuyendo aquella agudeza con la que penetraba hasta los fondos más recónditos de mis pensamientos y de mis sensaciones. Hasta entonces, era ella la que me explicaba mis ideas confusas, mis sensaciones ambiguas y mis sentimientos contradictorios. Créeme si te digo que sus ojos se fueron pareciendo

cada vez más a una muñeca que ella conservaba desde su niñez. Éste fue, justamente, el único objeto de sus únicas preocupaciones. Al despertarse repetía una y otra vez el nombre de Rosa. Ni sus hijos ni yo podíamos interpretar la palabra porque, la pronunciación también fue perdiendo claridad -¿cosa? ¿sosa? ¿tosa?- Por fin advertimos que allí enfrente, encima de la cómoda, estaba sentada y siempre muy despierta una muñeca vestida con un traje de seda rosa. Recordamos que ella, cuando la vio en medio de los regalos de Reyes, le puso el nombre de Rosa. A los pocos meses, Rosa fue su única palabra, Rosa la única familia y la única cosa que conocía y que amaba. A todos los demás nos miraba y nos trataba como extraños y, a veces, temblaba de miedo cuando nos veía aparecer por la habitación".

Rafael no le dijo a Lola, en esta ocasión, que hacía dos años que había pedido la baja voluntaria en el Ejército para dedicarse íntegramente a su mujer. Todas la mañanas, la lavaba, la peinaba y le daba, a duras penas, el desayuno porque ella, también progresivamente, iba perdiendo el apetito. De la tostada con mantequilla, pasó al café con leche migado, a la taza de leche sola y, finalmente, sólo admitía en biberón. Menos mal que durante varios años siguió pidiendo "¡Papá, caca! ¡Papá, pipí! Y, ahora, Rafael convertido en su papá la llevaba despacito al baño. Los hijos, tras muchos esfuerzos, lograron que aceptara que los jueves se encargaran los dos de cuidar a la madre para que Rafael saliera un rato a respirar. Aprovechó este tiempo libre para acudir a la Hemeroteca y allí reemprender la lectura de las crónicas y de los comentarios sobre la Guerra Civil, un tema que le interesaba porque la había vivido pero no la había leído. "¡Hay que ver –pensaba y, después le repetía una y otra vez a Lola- la distancia que separa la vida de la escritura; cuando leo estos textos tengo la impresión de que vivo otra aventura totalmente diferente, que me traslado a un mundo que nada tiene que ver con éste, que me alejo a un tiempo distante del que yo he vivido".

Cuando vio entrar por primera vez a Lola en la Hemeroteca la saludó como si la conociera de toda la vida. No tenía duda de que, como su mujer, se llamaba Lola. Se fijó en los ojos negros y penetrantes, y en los cabellos, ligeramente ondulados e intensamente brillantes. A medida en que se repitieron los encuentros fue comprobando, sin sorpresas, que las palabras, las expresiones, los gestos y, sobre todo, los silencios de Lola, su nueva amiga, eran las palabras, las expresiones, los gestos y, sobre todo, los silencios de Lola, su mujer. Por eso el trato fue tan natural, por eso no sintieron la necesidad de contarse su vida anterior y, por eso, aquella noche en la que tanto llovía, pasaron la noche en el Hotel Mora como si todas las noches anteriores las hubieran pasado juntos. Por eso se amaron con tanta tranquilidad y sin sentir ningún remordimiento. El espíritu de Lola, de manera progresiva, se escapaba de su cuerpo y penetraba, por todos los poros, en el cuerpo de la otra Lola.

Lola escuchaba la historia sin mostrar sorpresa. Tenía la vaga impresión de que todos esos hechos le sonaban, de que ese proceso lo había vivido o de que, quizás, lo había leído en un texto olvidado o de que las escenas las había vistos representadas en alguna película de su niñez. Ella no le correspondió relatándole su biografía porque estaba convencida de que, al menos desde su juventud, Rafael ya la conocía con todo lujo de detalles. No tenía la menor duda de que habría identificado las razones profundas de su decisión de trasladarse a Madrid en busca de un ambiente de libertad y de un clima de independencia. “Para llegar a ser nosotros mismos -le dijo- hemos de alejarnos de las trabas convencionales dictadas por la sociedad, por una sociedad hipócrita; hemos de desligarnos de los lazos que atan nuestra imaginación, hemos de desvincularnos de los compromisos impuestos por los demás”. Tras estas breves frases, los dos quedaron en silencio; los dos paladearon unas palabras que, con independencia de sus significados, constituían la confirmación de las sensaciones y de los sentimientos que los dos habían experimentado desde que se conocieron; eran unas estimulantes llamadas al reencuentro y unas claras convocatorias a la

reunión. El tono de las voces, la expresión de los rostros y los gestos de los brazos poseían la dulzura de las caricias más íntimas y el calor de los abrazos más cordiales. No era necesario que emplearan el tradicional léxico amoroso para expresarse mutuamente el respeto, la admiración, la gratitud y el afecto que, desde siempre, se profesaban. Ni, mucho menos, tenían necesidad de que cada uno usara sus manos para sentir el calor del cuerpo y la suavidad de la piel del otro. Los dos, incluso cuando estaban alejados, se sentían acompañados, escuchaban el ritmo de sus respectivas respiraciones y el compás peculiar de sus latidos. No es extraño, por lo tanto, que, sin hacer planes, sin intercambiar invitaciones y, sin ni siquiera, formularse preguntas, se encaminaran al Hotel Mora, como si fuera una práctica habitual.

Desde ese momento, Lola y Juana, en vez de formularse sus coincidentes teorías sobre el amor, empezaron a referirse a sus amantes y a sus amados. "Cuando él me habla –decía Lola- de cualquier cosa, escucho sus palabras como si fueran la expresión de mis pensamientos; estoy convencida de que él es la voz que traduce mis ideas y mis sensaciones, mis deseos y mis temores. Por eso permanezco en silencio sin necesidad de responder. Cuando me describe sus espacios, llego a la conclusión de que me dibuja, con sorprendente precisión, los territorios en los que yo habito. Cuando me cuenta su vida, escucho la narración de los hechos que yo he presenciado y vivido. No tengo la menor duda de que sus pensamientos y sus actos son los míos".

Juana asentía y tenía la impresión de que le estaba leyendo sus propios pensamientos: "Sí -proseguía ella- yo también me he acostumbrado a escucharlo en mi interior. Aunque no escuche sus palabras con los oídos de la carne, capto perfectamente su voz en lo más íntimo de mi ser. Una voz que es dulce y, al mismo tiempo, enérgica; amable y, al mismo tiempo, potente; generosa y, al mismo tiempo, exigente. Cuando, en mi recogimiento, logro estar atenta, advierto que es regalo y súplica; respuesta y pregunta: es la voz de un Amante que pide ser Amado".

Lola seguía pensando aún que Juana tenía otro Rafael, y Juana continuaba convencida de que Lola amaba a su Jesús. Las dos confirmaron sus sospechas al comprobar que dedicaban un tarde a la semana para buscar ropa para sus respectivos ajuares.

Juana se lo comunicó a la Madre Visitación en la charla semanal en el locutorio: "Madre, hace tiempo que quiero comunicarle una gran alegría; mi amiga Lola también va a ingresar en un convento. Ya le dije que, desde que vino conmigo a Madrid, lleva una intensa vida de oración. Yo estoy convencida de que es una verdadera mística. No se puede imaginar con qué entusiasmo me habla de Jesús. Tengo la impresión de que los jueves acude al locutorio de las Carmelitas Descalzas para conversar espiritualmente con la Madre Abadesa de algún monasterio. Algunas veces, incluso, se queda de adoración nocturna. También, la pobre, pasó por la "Noche oscura" pero, gracias a Dios, ya ha salido de ella. No se puede imaginar lo contenta y lo radiante que está ahora. A pesar de lo callada que es, nos pasamos las horas y las horas conversando espiritualmente sobre el Amado. En estos últimos días también sale para comprar la ropa que necesita para ingresar en el monasterio".

Lola no pudo contener su entusiasmo y escribió la siguiente carta en la que ya hablaba de Rafael:

Queridos hermanos y sobrinos:

Supongo que seguiréis tan felices como siempre. Que seguiréis pasándolo muy bien y, sobre todo, queriéndoos mucho. Estoy convencida de que si nos queremos, se nos solucionan la mayoría de los problemas y se alivian la mayoría de los sufrimientos. El amor nos hace más fuertes, más alegres y hasta más sanos. Estas frases se las escucho a Rafael o, mejor, las siento en

mi interior cuando lo escucho hablar de cualquier asunto. Es inteligente, amable, sensible y, sobre todo, respetuoso. Escucharlo es sentirse comprendida, y mirarlo es verse envuelta en una atmósfera de cordialidad. Tengo muchas ganas de que lo conozcáis. Es posible que el próximo verano vayamos los dos. Él estuvo allí hace unos años destinado en el Castillo de San Sebastián. No os podéis imaginar cómo me habla de la Caleta, su sus barcas, de su cangrejos y de las "majestuosas" -como él las llama- puestas de sol. Muchos besos. Lola.

P. D. Hace tiempo que no me habláis de Andrés. ¿Sigue tan estudioso y tan guapo?

Aquel primer fracaso docente no sólo no desanimó a Andrés sino que, por el contrario, lo alentó para que formulara de manera solemne un propósito, para que se fijara una meta irrenunciable que estaba dispuesto alcanzar, si fuera preciso, dando la vida: "Seré profesor; seré un gran profesor; seré el mejor profesor. Cuando logre el puesto que merezco, estaré en condiciones de enseñar a mi hermano, a mi primo, a Rafalito y a todo el mundo cómo hay que comportarse. La desgracia de la gente es consecuencia de su ignorancia y la ignorancia es efecto de la falta de profesores sabios y de maestros valientes que enseñen las verdades y que instruyan sobre los comportamientos. Siento el ineludible deber moral de librar a mi familia de la pobreza material y, sobre todo, de la indigencia intelectual".

Cuando le dijo de un tirón este discurso a su madre, Ana se quedó sorprendida por la cantidad de palabras raras que su hijo acababa de pronunciar. Ya hacía tiempo que todos se reían cuando le escuchaban términos impropios de su edad y de su ambiente, y el Hermano, que sabía que apuntaba en una libretita, aquellas voces que le habían llamado la atención, le advirtió que su empleo, no sólo era inadecuado sino, también, cursi y afectado. Cuando, por ejemplo, conversaba

con sus amigos, para referirse a sus familiares decía “tu fraterno hermano”, “tu paterno padre”, “tu materna madre” o, incluso, “tus ascendientes”.

Cada vez hacía mayores esfuerzos para despegarse de una familia que era -decía él- “excesivamente popular”. A punto estuvo de romper la amistad con Paco Rosa cuando, con la mejor intención del mundo le comentó que los rizos del cogote le daban un interesante aire gitano: ¿gitano yo? -respondió- malhumorado e, inmediatamente, se fue al barbero para que le rapara la cabeza al cero. Pero el Hermano Julián y los compañeros de curso se vieron sorprendidos el día en el que empezó a firmar todos las tareas escolares con el nombre compuesto Andrés José. El colmo fue que pretendió convencer a su misma madre de que ese era su verdadero nombre de pila. Al comenzar el siguiente curso todavía iría más lejos poniendo en los libros el nombre compuesto y los cuatros apellido unidos por guiones: Andrés José López-Martínez y Martínez-López.

El ansia, cada vez más intensa, de producir ruido sólo se explica por la necesidad de sofocar la voz del silencio.

Diecinueve

Andrés José se sentía, efectivamente, un incomprendido, un insatisfecho y, como él decía, un "desubicado". Nadie valoraba en su justa medida sus excepcionales cualidades: su "inteligencia lúcida", su "afanosa laboriosidad" ni, sobre todo, su "agudeza crítica". "La primera cualidad -le decía a Manolo Galindo- la he heredado de mi tía Lola, la segunda de mi padre y la tercera de mi madre. Andrés José se consideraba, por lo tanto, la suma o, mejor, la multiplicación de los factores que componían la familia. Cada uno de ellos era sólo un elemento parcial, insuficiente por sí solo para lograr el equilibrio psicológico, el bienestar familiar y, sobre todo, el triunfo social. A su hermano no lo tenía en cuenta porque era "un cero a la izquierda". El pobrecito no tenía aspiraciones y se conformaba con ayudar a su padre y sólo soñaba con heredar el puesto de la gandinga. Es cierto que Carmelo nunca había obtenido buenas notas pero también es verdad que resolvía todos los problemas prácticos de la casa y zanjaba los conflictos frecuentes de la familia. Hacía de electricista, de mecánico, de albañil, de zapatero, de hojalatero y hasta de peluquero, pero, lo más importante es que era el que acompañaba en silencio durante horas a su madre cuando su padre le proporcionaba algún disgusto; el que buscaba dos o tres pesetas -a veces vendiendo botellas o trozos de tubería- cuando no había dinero para el pan o para el carbón. Era el que, con su silencio denso y con su mirada fija, hacía callar a Andrés José, cuando éste armaba un escándalo por no tener la camisa seca y planchada, o, cuando tenía que esperar el almuerzo con el riesgo de llegar tarde al Colegio. Su arma más eficaz era repetir, con cierto énfasis cachondo, las palabras raras que empleaba su hermano, el "santo intelectual", y, sobre todo, subrayar los gestos afectados de los amigos de éste. Nunca le perdonaría la cobardía de quedarse quieto el día en el que, a la salida del colegio, Fernando y Antonio Martínez se pelearon a piñas.

Por su padre, por su madre y por su tía -los tres componentes complementarios de su modelo global de identificación o, como él prefería decir, "los rasgos constitutivos de su proyecto

de vida"- experimentaba sentimientos diferentes: su padre le inspiraba lástima; su madre, respeto, y su tía, admiración. El padre trabajaba demasiado sin obtener rendimiento ni reconocimiento. Si no fuera por las costuras de la madre, con el dinero que el padre llevaba a la casa, no tenían ni para los tres primeros días de cada semana, pero, además, el puesto era uno de los más "churris" -era la palabra despectiva que él empleaba-, de los más oscuros y de los menos frecuentados. No podía ser de otra manera, situado como estaba en un rincón del Mercado y con sólo dos o tres "pitracos" colgados.

A Andrés todavía le duele al bofetada que recibió de su padre delante de sus amigos "predilectos" cuando se lo encontró a la vuelta del Colegio. Al cruzarse por los Callejones, Andrés pretendió hacerse el despistado pero el padre, a pesar de las dos copitas de más, le dijo:

-"Quillo, ¿ya no saludas a nadie?"

-Claro que sí, es que no te había visto.

Paco Rosa, tras observar que le daba un beso, le preguntó:

-¿Quién es ese tío?

Y Andrés José, de manera resuelta, contestó:

- El ayudante de mi padre.

El padre, se volvió como un resorte y le dio un bofetón acompañado de la siguiente explicación: "Toma, so hijo de la gramputa, para que te acuerdes del retrato del desgraciao que te engendró".

Desde aquel día inolvidable, Andrés regresaba de Colegio por el Callejón de la Cerería para evitar tropezarse con sorpresas desagradables. De este accidente ni el padre ni el hijo contaron nada en su casa. El padre porque, como ya sabemos, sólo profería quejas, y el hijo porque, progresivamente, iba adquiriendo también el hábito del silencio. Un silencio que nada tenía que ver

con el del resto de la familia. Él callaba porque estaba convencido de que sus palabras no podían ser entendidas, porque era consciente de la escasa preparación de sus padres y de su hermano, y, sobre todo, porque, si no envidia, todos le tenían cierta manía por su elevada preparación y capacidad intelectual.

La madre era la que mejor entendía y asumía la situación familiar. Sin pronunciar largos y complicados discursos, cada vez que emitía una opinión, en dos o tres palabras, formulaba un diagnóstico riguroso y, sobre todo, proporcionaba la solución -a veces, la única solución posible- de los problemas planteados. Cuando escuchaba un disparate al marido o a cualquiera de los hijos respondía, en primer lugar, con un prolongado silencio; después, reconociendo la pequeña o la gran razón que cada uno tenía para lanzar el juicio y, finalmente, tras otro prolongado silencio, ponía, con una expresión ingenua, los "posibles peros". Al hijo le llamaban la atención, sobre todo, los prolongados silencios: "Es que yo no me puedo aguantar. Cuando escucho una opinión con la que no estoy de acuerdo, me veo en la obligación -bueno, en la necesidad- de explicar la verdad. Callarme es superior a mis fuerza; además, también hemos de reconocer que el silencio puede ser cómplice del error y colaborador del mal. Reconozco que soy impulsivo, pero lo que me ocurre, sobre todo, es que no puedo aguantar las cosas mal hechas, ni las palabras inexactas". Andrés distinguía entre los comportamientos irracionales y absurdos de las gentes, y su conducta razonable y correcta. La gente estaba loca, desquiciada, y siempre actuaba de una manera incomprensible, de una forma diferente de la que toda la vida de Dios se había actuado. Toda la vida de Dios era, por supuesto, toda su corta existencia. Estas reflexiones se las hacía una y otra vez a Paco Rosa, el compañero más paciente y más discreto de todos los de la clase. "Tu manera de ser -le dijo- me recuerda a la de mi madre".

Andrés José reconocía estos valores de sus "progenitores" pero, repetía una y otra vez, que, desgraciadamente, no tienen suficiente formación porque carecen de una "biblioteca privada" y, además, porque no se saben el catecismo de memoria. En él se contienen las verdades fundamentales de fe del cristianismo, los dogmas de "necesidad de hecho", aquellos que, si no los conocemos y creemos, nos condenamos sin remisión.

La condenación eterna era una de las preocupaciones permanentes de Andrés José. En la catequesis de preparación para la Primera Comunión había aprendido que el que moría con un solo pecado mortal iba directa y eternamente al infierno. Y el Hermano le había repetido que faltar a misa los domingos constituía un pecado mortal hasta tal punto que, si no se confesaba, no podía comulgar. Andrés sabía que su padre sólo había asistido a misa el día de su primera Comunión y en el entierro de Enrique, el vecino del segundo piso. Sentía intranquilidad de conciencia y, también, vergüenza porque estaba seguro de que, tanto los Hermanos como sus compañeros, habían advertido la ausencia continuada de su padre en las "celebraciones litúrgicas", como él decía. Era tal su sonrojo que no se atrevía ni siquiera a contárselo al padre Macías, el capellán, con el que se confesaba todos los sábados. A sus compañeros, sin que ninguno se lo hubiera preguntado, les dijo que iba a la siete de la mañana, a la misa de los cazadores, que se celebraba en la capilla del Hospitalito de Mujeres. Pero su preocupación y su vergüenza aumentaron el día en el que su madre le confesó en secreto que su padre era o había sido de "ideas" o sea de ideas políticas de izquierda y, que algunos vecinos de ella le habían contado -cuando aún eran novios y Juan trabajaba en la herrería de la Plaza de las Canastas- que lo habían visto entre los que prendieron fuego al Convento de Santo Domingo e, incluso, a la misma Patrona, la Virgen del Rosario. No se sabe si este episodio fue verdad, pero sí es cierto que Juan, en varias ocasiones, le manifestó a su mujer el pavor que sentía de que, cualquier día, como había ocurrido con sus compañeros de trabajo, viniera la policía para llevarlo detrás del Campo de Mirandilla y allí fusilarlo. Pasados los años, Andrés José

comprendería el interés del padre por escuchar la Radio Pirenaica, a las cuatro de la noche, antes de salir hacia el matadero.

Su madre tampoco cumplía con el "precepto dominical" pero era muy devota de la Virgen, no la del Rosario ni la que está en el altar mayor del convento del Carmen, sino de la del cuadrito del Hospitalito de Mujeres que es -decía ella- la más milagrosa. Diariamente, antes de ir al mercado a comprar el pescado, pasaba por delante de cuadro para pedirle a la Virgen que "le abriera puertas", y le echaba un pequeña limosna en el cepillo. Pero con su madre, Andrés José estaba tranquilo. En el mes de mayo, en el ejercicio del Mes de María, le habían inculcado el rezo de las tres avemarías antes de acostarse y él sabía que su madre las rezaba siempre, a veces incluso, con los brazos en cruz. Él, para asegurarse todavía más la salvación eterna, había hecho los "Nueve primeros viernes de mes". En estos días iba a comulgar a la Iglesia de la Palma donde los Hermanos escuchaban misa todos los días.

Su tía era otra cosa. En primer lugar, vivía en Madrid. Andrés tenía una especial sensibilidad para valorar los lugares. Estaba convencido de que la calidad de las personas dependía, sobre todo, del lugar de nacimiento y del territorio de residencia. Cuando le hablaban de un personaje, lo primero que preguntaba es dónde había nacido e, inmediatamente, hacía su ficha personal. A todos los que habían nacido en el campo los calificaba de catetos; a los que procedían de pueblos, de bastos. La regiones también las tenía clasificadas según un baremo que medía la calidad. Por los castellanos viejos, por ejemplo, sentía predilección y por los castellanos nuevos, admiración. Los gallegos le infundían simpatía y los catalanes, antipatía. A él le hubiera gustado nacer en Madrid y, desde luego, aprovecharía la oportunidad que se le presentara para trasladarse a la Capital de España con su tía. Porque él sentía orgullo de ser, no andaluz ni europeo, sino -como Dios manda- español. También le preocupaba mucho el lugar del domicilio. Él defendía que su casa

no estaba en el Barrio de la Viña: la calle Pasquín, aunque desemboca en los Callejones, pertenece al Barrio de la Libertad. Y, finalmente, ponía especial cuidado en que no se le notara demasiado su pronunciación andaluza pero, en este ámbito, por mucho que se esforzó, no logró disimularla. Uno de los disgustos más grandes de su vida lo recibió cuando el Hermano Visitador, creyendo que le hacía un elogio, le dijo: "Tienes una estupenda pronunciación andaluza". Andrés se había esforzado en articular la -s final de las palabras, sin ser capaz de controlar la aspiración de las s intervocálicas y así, pronunciaba, por ejemplo, "seihsientossss" por seiscientos o "dihparossss" por disparos.

En el Colegio, Andrés, no sólo era el alumno que mejor entendía y aprendía las lecciones sino, también, el que mejor las explicaba al Hermano Julián. "Ya verás -le decía a Paco Rosa- cómo al final de curso lo ascienden a la clase quinta. Gracias a mis explicaciones el Hermano está aprendiendo, sobre todo, Historia, Matemáticas e, incluso, Religión. Es una pena que don Emilio no me permitiera hacer lo mismo con él, ya verás cómo se queda siempre en la octava". Aquel curso, en el Concurso Diocesano de Catequesis, Andrés había ganado el primer premio de preguntas y de respuestas. El mismo Obispo le impuso la banda y le entregó un lote de tres libros, los primeros que constituirían su "biblioteca privada".

La modesta paga que su madre le daba los domingos -una peseta- la invertía en libros que compraba en los baratillos. El Hermano no le permitía sacar los libros de texto de la clase y él necesitaba una biblioteca. Poco a poco, una de las estanterías de la alacena se iba nutriendo de obras desiguales en sus contenidos, en su antigüedad y en su deterioro. El primer libro fue *Las mil mejores poesías de la Lengua Castellana*, el segundo un *Manual de Mecánica* y el tercero una *Novelita ejemplar*. El primero carecía de portada, al segundo le faltaban las diez primeras páginas y el tercero estaba completo y era totalmente nuevo: aún no le había abierto las páginas. La biblioteca llegó a alcanzar la cifra de diez volúmenes, todos ellos forrados con el papel de estraza que le

proporcionaba Juanito el encargado del Almacén de Los Largos de la Plaza La Cruz Verde. Cuando surgía alguna pregunta en la clase, Andrés levantaba la voz y decía: “Lo consultaré en mis Obras Completas”; todos comprendían que se estaba refiriendo a su “biblioteca privada” que, siguiendo el modelo papal ya él estaba formando. Cuando su tía Lola lo animó para que viajara a Madrid y allí visitara la Hemeroteca, ya él hizo planes de fijarse en todos los detalles para copiarlos en su biblioteca.

Aunque siguió asistiendo a la misa de los domingos en la Capilla del Colegio, dejó la sotana y el roquete de monaguillo porque él -decía- era ya demasiado mayor para ayudar a misa pero, según los comentarios de los compañeros, su ausencia de la sacristía se debía a los celos: Antonio Martínez otra vez era el preferido del Hermano José. Pero sus palabras se vieron desmentidas por los hechos porque, a pesar de su rotundo fracaso en la capilla de las Siervas de María, aceptó encantado otro trabajo de monaguillo en el la Capilla del Caminito, una iglesia pequeñita en cuyo altar se venera la Virgen de las Angustias y el Cristo del Descendimiento. En una hornacina abierta en la pared del lado de la epístola, está colocado el milagroso San Nicolás de Bari, al que se puede visitar los lunes, desde las siete de la mañana, hora en que comienza la Santa Misa.

Para él, esa misa suponía un auténtico suplicio por la distancia que la iglesia está de su casa, por la hora en la que tenía que dar el primer toque de campana -las seis y media- y porque, a sus nueve años, tenía que responsabilizarse de todos los preparativos de la misa. La suerte, en este caso, era el temperamento del cura, el padre Bravo, canónigo de la Iglesia Catedral, varón comprensivo, tolerante y paciente. Llegaba unos minutos antes de la misa, comprobaba que todo estaba a punto y, si descubría algún fallo, solía decir con tono siempre amable:

- Niño, cambia los ornamentos, que hoy tocan rojos, no verdes.

En los colores, Andrés José se solía equivocar casi siempre porque aún no sabía interpretar correctamente la "epacta", el calendario diocesano que traía todas las indicaciones litúrgicas en abreviaturas latinas. Si comprobaba que todo estaba preparado correctamente, le decía:

- Niño, da el tercero.

La misa, de ordinario, comenzaba con puntualidad pero, en esta ocasión, se retrasó algo más de media hora, porque, aunque en realidad no ocurrió nada grave, el susto que se llevaron las cuatro señoras asiduas, obligó al padre Bravo a retrasarla. A una de ellas le dio una "fatiga", las otras dos la abanicaron con un periódico mientras que la cuarta iba al almacén de enfrente por una copita de coñac para ver si se reanimaba. Y todo fue porque, al jalar de la soga para dar el tercer toque, el badajo se descolgó y cayó en el centro de la puerta precisamente en el momento en que entraba doña Juanita. Sólo le rozó el vestido pero el tremendo ruido que produjo el golpe de esa bola de hierro en el suelo, hizo que, tras gritar -¡Padre, una bomba de los rojos!, cayera sin sentido al suelo. Andrés, asustado y temiendo una injusta reprimenda, salió corriendo y regresó a su casa.

En determinadas situaciones, el silencio es la mejor respuesta. **(Ramalho Campelo)**

Veinte

Aunque los más próximos creyeron que, a partir de este momento, empezaría para Lola una nueva vida, ella estaba convencida de que, como demostraron los hechos, no se iba a producir ningún desvío ni, mucho menos, un corte en su trayectoria biográfica. Reiteradas veces ella había explicado sus teorías a Juana y a Rafael, y cada vez que las formulaba, añadía nuevos e interesantes matices. El núcleo de su tesis era la unidad y la continuidad de cada existencia humana; una idea que ella explicaba valiéndose de una imagen: "el árbol -decía-, con sus raíces, con su tronco, con sus ramas, con sus flores y con sus frutos, está contenido, todo él, en la semilla. Los deseos, los temores, los recuerdos y, también, los olvidos, están eficazmente presentes y activos en cada uno de nuestros pasos y -todavía exageraba más- lo que hacemos por primera vez lo hemos realizado ya, en otra ocasión, en nuestros sueños dormidos o despiertos".

Con estas reflexiones -que no comprendía muy bien Rafael- pretendía darle a entender, no sólo que el alma de su mujer se había apoderado de ella, sino que su espíritu, el de Lola, ya hacía muchos años que también había animado el cuerpo de la difunta. Ésta era la razón profunda por la que ella nunca le preguntaba sobre su vida pasada y, quizás, la explicación más verosímil de la ausencia total de peso de conciencia, sobre todo, cuando él la acariciaba y la besaba a ella. La coincidencia y la continuidad de las dos mujeres no era sólo de nombre, de ojos y de cabellos, sino también la identidad de almas. Por eso, posiblemente, había pasado tan malos días coincidiendo con la agonía de su otro cuerpo.

A pesar de que Lola se había comprado nuevos vestidos y de que Juana estaba convencida de que lo hacía para reunir el ajuar, las relaciones entre Lola y Rafael se

siguieron estableciendo en los mismos tiempos y en los mismos lugares. En ningún momento pensó trasladarse a la casa de Rafael. Esta decisión no estaba determinada por la deducción que había hecho tras escuchar algunos cometarios de los hijos de Rafael sino por la convicción profunda de que el alma de la difunta, en gran parte, también se había quedado alojada en su propio hogar. "Algunas almas son tan grandes que se reparten entre varios seres. ¿No te has fijado -Rafael- que, no sólo en los rostros, en los gestos y en algunos comportamientos, tu difunta mujer sigue actuando en tus dos hijos? No me cabe la menor duda de que hasta los muebles están impregnados del espíritu de ella".

A Rafael estas palabras le hicieron cavilar porque, no sólo veía y sentía el rostro de su mujer en la sonrisa leve de su hijo y, sobre todo, en la mirada fija de su hija, sino que, en el silencio de la noche, a veces, escuchaba el ritmo de su respiración y el latido lento de su corazón. Más de una vez, acarició la almohada, convencido de que era el cuerpo de su mujer. No es de extrañar, por lo tanto, que no hubiera experimentado demasiada pena cuando enterró sus restos mortales.

Lola quería dejar claro que estás convicciones no las había bebido en teorías filosóficas o en doctrinas religiosas que ella ignoraba, sino que eran conclusiones extraídas de sus propias experiencias comprobadas en múltiples y en diferentes ocasiones. Su sobrino Andrés, por ejemplo, era idéntico a su hermano el mayor, Andrés, quien, gracias a Dios, murió recién empezada la Guerra Civil. Era el polo opuesto a su hermano el menor, Juan, el padre de Andrés. Andrés había constituido una de las preocupaciones de sus padres y de sus hermanos: desde niño se había sentido tan importante que no comprendía cómo había nacido en el seno de una familia tan vulgar.

Pero, sobre todo, el motivo de la inquietud de toda la familia tenía su origen en los permanentes, radicales y violentos cambios de estados de ánimo. Cuando estaba contento, desbordaba entusiasmo, alegría y ganas de vivir: se consideraba el más agraciado del mundo y vivía, por adelantado y al mismo tiempo, todos sus proyectos; miraba a sus padres, a sus hermanos y a sus compañeros con amabilidad y con generosidad. "Nos os preocupéis, yo os resuelvo inmediatamente los problemas; supongo que sabréis quién soy yo". A los padres, a los hermanos y a los compañeros, este ofrecimiento, al principio, les producía gratitud; después, risa; después, preocupación y, finalmente, miedo. Porque una vez que Lola le preguntó directamente "¿quién eres tú?, contestó sin dudarlo lo más mínimo: "El amo del mundo". El miedo fue subiendo de intensidad porque, con creciente frecuencia, se sentía "vejado" por el mal trato que le dispensaban, sin tener en cuenta "quién era él". ¿Cómo te atreves a hablarme tocado? Le preguntó a su propio padre que se dirigía a él sin quitarse la gorra. Los padres no sabían qué preferir, si los momentos de entusiasmo o los períodos, cada vez más dilatados, de desaliento, porque, cuando se sentía en este estado, se encerraba y pasaba los días y las noches acostado, dormido y, a veces, llorando. Lo peor es que nunca explicaba las razones de semejante abatimiento. En algunos momentos, llegaron a temer que, como había amenazado, se tirara por la muralla del Campo del Sur. Pero, de pronto, sin causa aparente, se levantaba dispuesto otra vez a comerse el mundo, iba al Bar de la Cruz Verde e invitaba a todos los clientes que, en ese momento, se encontrarán allí: "Échale un vaso de chiclana a todo el mundo, que hoy invito yo". Lo peor era que dejaba fiada la cuenta y tenía que ir su madre a abonarla sin que se enterara el padre.

En contra de lo que le ocurría a todos sus compañeros, estaba deseando que le llamaran a la mili. Había solicitado la marina y soñaba con el día en que vestiría el uniforme blanco de verano o el azul de invierno. Él prefería -y tuvo la suerte de lograrlo- el cuerpo de infantería de marina porque -decía- la gorra de plato se parece a la de los oficiales y la bocamanga parece que tiene galones. Durante el período de instrucción, en sus paseos por la calle Real de San Fernando, daba la impresión de que siempre iba desfilando y la primera vez que regresó a su casa obligó al padre, a la madre y a los hermanos que lo saludaran militarmente: "hay que tener un respeto por el uniforme". Cuando, desgraciadamente, cumplió el servicio militar, dijo en su casa que lo habían ascendido a cabo primera, y obligó a su madre para que comprara los galones dorados y se los cosiera en cada una de las mangas de la "sahariana". Esta operación la repetía cada año porque, "según órdenes del Ministerio de Marina" que él recibía directamente, ascendía progresivamente en la escala de suboficiales, primero, y oficiales, después.

Cuando estalló el Movimiento, él fue de los primeros en inscribirse como voluntario. Sentía un ineludible deber moral, cívico y político de defender el honor de la Patria ultrajada y de la bandera manchada, pero, sobre todo, no podía perder la oportunidad de, demostrando su valor, seguir ascendiendo con mayor rapidez a las alturas supremas del mando y a las cumbres inasequibles de los honores del triunfo o del martirio. Él tenía madera de héroe, y no podía perder la oportunidad de demostrarlo. Desgraciadamente, le explotó la bomba que llevaba bajo el brazo y no pudo ser ni héroe ni mártir.

El silencio que acepta el mérito como la cosa más natural del mundo constituye el más elocuente aplauso. (Ralph Waldo Emerson)

Veintiuno

Lola se quedó fría cuando leyó la primera carta que le escribía su sobrino Andrés. No le extrañó la letra ya que conocía la importancia que le daban en el Colegio a la Caligrafía, ni siquiera el léxico porque su cuñada Ana le había hablado de su afición a coleccionar palabras raras. Pero se alarmó ante el contenido de sus afirmaciones y de sus preguntas. Tenía la impresión de que era la carta de su difunto hermano Andrés. ¿Sería -se preguntaba, con cierta alarma- el destinatario de su alma ansiosa, hiperbólica, inestable, impresionable y, a veces, agresiva? Nada más que pensar en la posibilidad de tal herencia le sacaba de quicio. Algunas personas por mucho que mueran -cavilaba- siguen fastidiándonos. Por eso, desear la muerte a los puñeteros es inútil: aunque enterremos sus cuerpos, sus espíritus siguen dándonos "por saco". La carta, escrita en uno de esos momentos de entusiasmo, decía lo siguiente:

Queridísima y admiradísima tía Lola:

Te escribo esta primera carta convencido de que tú eres de las poquísimas personas que me comprenden. Desgraciadamente los que me rodean no poseen la formación que nosotros tenemos. Bueno, ni la preparación ni la capacidad, como más de una vez me dijo el Hermano José.

Me gustaría seguir el camino que me llevase a las alturas que me corresponden; no sé exactamente cuál será mi puesto, pero estoy seguro de que tiene que estar muy arriba. Te pido -queridísima y admiradísima tía- que me hables con sinceridad. Puedes estar segura de que no me asustará ninguna "misión". Esta es una palabra que repite mucho el Hermano Julián, el de mi clase. Dice que Dios nos tiene encomendada a cada uno de nosotros una misión "trascendente" o sea, muy importante. Yo ya he pensado varias misiones muy importantes pero necesito tu ayuda para acertar con la mejor. No me asustan los esfuerzos ni los peligros. Estoy dispuesto a luchar y,

si es necesario, a derramar mi sangre. Por favor, contéstame. Tú sabes que yo soy quien más te quiere y te admira. Muchísimos besos, Andrés José.

Lola, como es natural, no contestó de manera inmediata. Prefirió dejar reposar la carta y enfriar su ánimo. Estaba convencida de que la distancia temporal proporcionaba una visión más desapasionada y una perspectiva más global: "situando los árboles en el bosque -decía corrigiendo el dicho popular- se ven mejor las medidas y la belleza del árbol y las del bosque".

Pero a Andrés le impacientó de tal manera la tardanza de la respuesta que se respondió a si mismo, usando, con algunos leves cambios, el mismo texto que le había escrito a su tía Lola:

Queridísimo y admiradísimo sobrino Andrés:

Te escribo esta primera carta convencida de que tú eres de las poquísimas personas que me comprenden. Desgraciadamente los que me rodean no poseen la formación que nosotros tenemos. Bueno, ni la preparación ni la capacidad intelectual.

Creo que deberías seguir el camino que te llevase a las alturas que te corresponden; no sé exactamente cuál será tu puesto, pero estoy segura de que tú tienes que estar muy arriba. Te pido -queridísimo y admiradísimo sobrino- que actúes con decisión y con valentía. Yo estoy completamente segura de que no te asustará ninguna "misión". Tú sabes que Dios nos tiene encomendada a cada uno de nosotros una misión "trascendente" o sea, muy importante. Yo ya he pensado varias misiones muy importantes para ti, pero tú te tienes que esforzar para acertar con la mejor. Yo sé que no te asustan los esfuerzos ni los peligros. Estoy segura de que estás dispuesto a luchar y, si es necesario, a derramar tu sangre. Por favor, tenme informada. Tú sabes que yo soy quien más te quiere y te admira. Muchísimos besos de tu tía Lola.

Andrés, tras reescribir la carta la llevó al Colegio para leérsela al Hermano Julián. Tras desplegarla ceremoniosamente, la recitó poniendo énfasis en algunas palabras que, como "misión", "esfuerzo", "peligro" o "lucha", repetía con cierta frecuencia el Hermano quien, efectivamente, a pesar de que no pudo tomar con sus manos el escrito, había advertido que la letra era la del mismo lector. "Eres un afortunado -le contestó- por tener una tía que tan bien te conoce, que tanto te admira y que tanto te quiere; estoy seguro de que te ayudará. Yo también estoy dispuesto a orientarte y a animarte. Por lo pronto te aconsejo que sigas estudiando mucho, que ayudes a tus compañeros y, sobre todo, que seas humilde". El Hermano solía insistir en que la bondad resolvía todos los "problemas individuales, familiares y sociales: era la fórmula más eficaz para alcanzar el bienestar personal, la armonía familiar y la paz social". Andrés aceptó de buen grado la recomendación y prometió "solemnemente" que lograría ser "el más humilde del mundo". Cuando regresó a su casa, declaró abiertamente que, a partir de este momento, tendría como meta la bondad o, mejor, la santidad y, para lograrla, había decidido ser "el más humilde".

Los personajes importantes -reflexionaba- alcanzan la gloria con minúsculas durante algún tiempo y en un espacio limitado. La gloria -como dice el Hermano- es un globo que, al menor roce, se desinfla. "Yo aspiro -le dijo a Paco Rosa- a la Gloria con mayúsculas, a la que dura eternamente y se extiende por todo el mundo". Adoptó la decisión de cultivar todas las virtudes para alcanzar todas las perfecciones. Algunos santos se habían especializado en una determinada virtud: San José, por ejemplo, era casto; el Santo Job, paciente; San Francisco de Asís, pobre; Santa Teresita, era humilde. Él, desde el primer día, los imitaría y los superaría a todos pero, en especial, a Santa Teresita: él –repetía- sería "el más humilde del mundo".

Pero lo que más le entusiasmaba era la solemne ceremonia de la beatificación y, después, no pasado mucho tiempo, la canonización en la Basílica de San Pedro de Roma. Allí, alegre y

devota, estaría toda su familia: su madre vestida de negro, su padre con corbata oscura, su hermano con traje nuevo y su tía, posiblemente, con mantilla española. Y no faltaría ninguno de los Hermanos de los cinco continentes, incluso, habría negros y, quizás, japoneses. Y, por supuesto, los cardenales, los obispos y muchísimos curas. Le preocupaba, sin embargo, su retrato: hacía tiempo que no se hacía una foto y la de la Primera Comunión no le parecía la más adecuada. Y él, orgulloso -bueno, orgulloso de ninguna manera, porque él era "el más humilde del mundo"- estaría desde el balcón principal de cielo, contemplando el gentío y escuchando los vítores en su honor, y todos los santos y la virgen y los apóstoles y San Juan Bautista de la Salle e, incluso, las tres personas de la Santísima Trinidad le darían efusivamente la enhorabuena: el Padre, con su larguísima barba blanca, el Hijo, con la Cruz, pero, una cruz delgadita que apenas le pesaría, y el Espíritu Santo, moviendo las alas. Él buscaría por allí, por si acaso, algunos de sus familiares más cercanos hubieran faltado a la cita porque, ya se sabe, la envidia es muy mala; aunque, pensándolo bien, a lo mejor en el cielo la envidia desaparecía totalmente. Y, de pronto, le invadió cierta preocupación: ¿Y su tío Andrés? ¿Estaría allí ocupando una amplia o, al menos, una estrecha parcela? Porque, como le había explicado don Emilio en el curso anterior, en el cielo cada uno posee un terrenito cuyas medidas dependen de lo bueno que haya sido en la tierra. "No se vayan a creer que el sinvergüenza que ha faltado a misa todos los domingos, por tener la suerte de que un cura le da la Extremaunción en el último segundo de vida mortal, va a tener la misma extensión de tierra -bueno de cielo- que el que ha sido santo desde el mismo seno materno".

Andrés seguía entusiasmado imaginando el altar que le levantarían en la capilla de Colegio y, probablemente, en la Catedral. Y se preguntaba a sí mismo ¿es posible que, también, me saquen en procesión el día de mi santo, bueno, el día en el que me celebren a mí como santo, y... se hacía un lío y temía que lo fueran a confundir con el otro San Andrés por el que a él le habían puesto ese nombre. "Lo mejor es -resolvió así el problema- que me unan los dos nombre, o sea, que me llamen

San Andresjosé". Así no habrá posibilidad de error y ya verán la cantidad de niños y de niñas a los que le ponen este mismo nombre.

Lo de las virtudes ya lo tenía claro pero a él le preocupaba, sobre todo, la manera de vestir, de andar, de mirar y de hablar de los santos, porque a todos los había visto totalmente quietos en las hornacinas o en los pasos, y todos vestían con unas túnicas largas, con mantos de colores chillones, estaban descalzos o con ligeras sandalias y con un círculo de alambre clavado en la parte posterior de la cabeza. Sin embargo, no admitiré que me vistan de monaguillo; esa etapa ya la había cerrado y, ahora, con los comentarios que escuchaban sobre el Hermano José, temía que lo fueran a meter en más líos.

Los compañeros y, sobre todo, los amigos de Andrés, no sabían disimular la profunda impresión que les produjo la noticia del destino a mitad de curso, del Hermano José. Lo sustituyó otro del mismo nombre, mucho más alto -el "rompetechos" le pusieron enseguida- más rígido y antipático y menos cariñoso. Paco Rosa le dijo en completo secreto que el traslado se debía a un chivatazo de Antonio Martínez -que, por cierto, había faltado al Colegio durante una semana aduciendo unas anginas agudas- pero ninguno creyó estas habladurías y aceptaron las explicaciones del Hermano Director: "la humedad de aquí le sienta fatal al Hermano José y, el médico le ha aconsejado un traslado a una ciudad con clima más seco". El cargo de sacristán lo ocupó inmediatamente el Hermano Julián.

Tras la noticia, Andrés, de manera automática cambió de opiniones, de propósitos y de estado de ánimo. En primer lugar, la mente se le quedó en blanco; posteriormente, se le fueron desinflando los entusiasmos y, progresivamente, fue entrando en un estado de letargo. Perdió la expresión del rostro y el color sonrosado de las mejillas. Cuando volvía del Colegio, se echaba en la

cama y, según decía la madre, con los ojos completamente abiertos, se quedaba profundamente dormido. Perdió el apetito y le salieron una hondas ojeras. Arrastraba los pies casi como un anciano; finalmente, cuando la madre lo llamó por la mañana para que tomara el desayuno y se fuera al Colegio, le contestó, con una débil voz, “haz el favor de decirle al Hermano, que, como Antonio Martínez, yo también tengo anginas”.

A veces, el silencio es la virtud de los imbéciles. (Francis Bacon)

Veintidós

Finalmente, Andrés recibió la repuesta de la tía Lola que, como era de esperar, no coincidía con la que le había leído al hermano Julián. Las palabras de su tía, desgraciadamente, contribuyeron a hundirlo aún más en ese pozo oscuro, tenebroso y aniquilador del abatimiento. Tenía la impresión física de que las puertas y las ventanas se cerraban a su paso; veía todos los objetos cubiertos de diferentes tonos de grises; creía que su madre no lo comprendía, que su padre lo ignoraba y que su hermano lo despreciaba. A veces, miraba el reloj del comedor y lo veía siempre parado. El paso de los minutos se le hacía lentísimo y el tictac le agujereaba el cerebro. El Colegio le parecía, al mismo tiempo, inmensamente grande y tan estrecho, que le impedía la respiración. Repetía las lecturas sin enterarse y, por más que intentara abrir los cinco sentidos, no escuchaba o no entendía las palabras del Hermano Julián. "Sí, un cerco de murallas -pensaba- me aprieta por todos los lados. Tengo que huir, que salir de este profundo hueco". El plomo del cielo lo aplastaba como una cucaracha y, efectivamente, sentía cómo le crujían y le sonaban los huesos.

Una tarde no regresó del Colegio a la hora habitual. La madre, sin decir palabra, se ilusionaba con la idea de que, mejorado, se habría quedado ayudando al Hermano, pero, al mismo tiempo, se asustaba con el presentimiento de que pudiera cometer una locura. En esta ocasión, pasadas las diez de la noche, acudió a su hijo el mayor para transmitirle sus preocupaciones. Carmelo, diligente y práctico, le dio un beso y salió a la calle. A los tres cuartos de hora, aproximadamente, regresó con su hermano que, en completo mutismo, se dirigió a la cama y se echó sin quitarse los vestidos. Carmelo le explicó a la madre que, como se había imaginado, lo encontró sentado en una de las rocas de la Caleta, mirando, sin ver, el oscuro horizonte y bañándose por las oleadas de luz que rítmicamente le lanzaba el faro. "¿Qué haces aquí?" -le preguntó- -

“Nada”. “Vámonos para casa” Y Andrés, sin decir nada más, se levantó y, silencioso, siguió los pasos de su hermano.

Al día siguiente, sin embargo, se levantó con cierta diligencia. Ana, atentísima a cualquier síntoma de mejoría, advirtió la luz de un nuevo amanecer en su mirada pero, recordando experiencias pasadas, temió que los huecos dejados por el alivio fueran cubiertos por otros totalmente opuestos pero igualmente peligrosos: Andrés, cogió todos los libros de su incipiente biblioteca, su mejor tesoro, y se los llevó al Colegio para repartirlos entre sus amigos y compañeros porque, “probablemente tú -le dijo a la madre- no sabes que todos mis compañeros son amigos míos”. Ana se acordó de las historias sobre su difunto cuñado Andrés que, durante el corto noviazgo, le había contado su esposo Juan.

Juan, en contra de todos los diagnósticos de los familiares y de los vecinos, estaba convencido de que su hermano, más que loco, era un “tontaina”. Usaba esta palabra para definir la enorme cantidad de tonterías que “el niño este” tenía metidas en la cabeza. “¿De dónde le vendrán -se preguntaba- todos esos deseos de grandeza y todos esos inventos sobre sus antepasados y sobre sus apellidos? Hasta los niños de su calle, cuando lo veían aparecer, le gritaban “tirilla, tirilla: mucha corbata y poca morcilla”. En honor a la verdad tendríamos que decir, sin embargo, que aunque no frecuentaba las amistades femeninas, no dio muestras claras de ser de la otra acera. Sus padres y sus hermanos temían que se acercara el día del Corpus porque, cada año salía, no sólo con una estrella más en el uniforme sino, también con una nueva condecoración que él se compraba en la tienda de la calle Columela. La verdad es que el uniforme, salvo el día del Corpus o con motivo de una boda de algún familiar, lo vestía en escasas ocasiones pero, de manera permanente, repartía por doquier su tarjeta de visita con los títulos de “Licenciado en Medicina y en Filosofía y Letras”. Es probable que las épocas de tristeza profunda las pasara peor, pero sus padres y, sobre todo, sus

hermanos se habían acostumbrado con mayor facilidad a ellas y dejaban que uniera las noches a los días con aquellos umbrosos y dilatados sueños. “A mí, la verdad es que no me hubiera importado demasiado -explicaba Juan a Ana- que se hubiera tirado de una vez por la muralla del Campo del Sur”.

Ana estaba convencida de que la ideología, el talante y los hábitos de comportamientos de Juan tenían su origen en su firme voluntad de negar a su hermano, reproduciendo un modelo exactamente opuesto a él: era de izquierdas porque su hermano era de derechas; era callado porque su hermano era un fanfarrón y era trabajador porque su hermano era un holgazán: “un vividor -como él decía- del cuento, un troloso con la cabeza llena de humos, un estafador y un pamplinas. Él se cree que con ese uniforme de opereta disimula su estupidez pero lo que hace es proclamarla sin el menor pudor”. Por eso Juan no se puso ni una vez la corbata; por eso sólo entró en una iglesia el día de su boda y el de la Primera Comunión de Andrés; por eso identificó a los curas con los señoritingos; por eso se casó con Ana, la “mujer más callada, más cariñosa y más sencilla que había conocido”. Juan estaba decidido a saborear -él decía “masticar”- la sustancia y el jugo de la vida, y se había comprometido consigo mismo -él decía “jurado”- a desnudar de apariencias -él decía “ropas”- las cuatro tareas -él decía “cosas”- importantes que tenemos que hacer en la vida: el amor, el trabajo, la comida y el descanso. “Me fastidia que los ropajes de las palabras, de los gestos o de los vestidos de la gente cursi no nos dejen comernos lo que de verdad alimenta”.

Cuando Andrés regresó del Colegio, besó a su madre y se sorprendió al ver la carta de su tía sobre la mesilla de noche. Aunque ya la había leído en la oscuridad ya disipada, la releyó nuevamente interpretándola de una manera totalmente diferente de su primera lectura y dando a las palabras un significado distinto del comúnmente aceptado. La carta decía así:

Querido sobrino Andrés:

He leído con atención tu carta y, apoyándome en la confianza que dices que te inspiro y, sobre todo, en tus sinceros deseos de progresar, te aconsejo que, en estos momentos, fijes metas modestas que, con constancia y con trabajo, puedas alcanzar. Opino que, a tu edad, te deberías preocupar por adquirir, además de conocimientos, las disposiciones y los hábitos que te proporcionen equilibrio y bienestar interior. Estoy convencida de que, si, por ejemplo, estás más atento a las personas con la que convives, lograrás crecer y formarte como un buen miembro de la familia y de la sociedad. Te podré algunos ejemplos: ayuda a tus padres, juega con tu hermano, conversa con tus compañeros y obedece a los profesores. Por hoy, no te suelto más rollos. Un abrazo y dales recuerdos cariñosos a tus padres y a tu hermano. Tu tía, Lola.

Andrés, en esta ocasión, se sintió dichoso y pensó: "Verdaderamente mi tía Lola me comprende, confía en mí y está segura de que soy estupendo. Ella sabe que soy muy bien estudiante, que mis padres están contentos conmigo y que, sin duda alguna, seré "la salvación de la familia". Ésta fue la primera vez en la que pensó en la palabra "salvación". Aquella noche apenas si concilió el sueño. Daba vueltas en la cama y en su mente e, incluso, en su labios, la palabra "salvación" se repetía con diferentes colores y con distintos tonos. Durante bastante tiempo no se preocupó en exceso del significado de la palabra pero, en sus conversaciones con los compañeros, la empleaba cualquiera que fueran los temas que trataban. Todo y todos tenían necesidad de salvación y, lógicamente, -pensaba- él era el salvador. Al principio solía preguntar qué pensaba el interlocutor sobre la salvación, pero, cuando se animaba, afirmaba resueltamente: "España tiene que ser salvada", "la familia necesita la salvación" e, incluso, "cada uno de los hombres deben ser salvados". Finalmente, cuando estaba entusiasmado, hablaba de los salvadores en general y, cuando lo jaleaban, no tenía el menor reparo en decir: "Yo seré un salvador".

Progresivamente, los compañeros se fueron alejando de Andrés. “Es -decía Manolo Galindo- demasiado impositivo: no sólo tenemos que hacer todo lo que se le ocurre, sino que pretende que hablemos y pensemos como él”. A Paco Rosa, por ejemplo, le pidió y trató de prohibirle que fuera al Mirandilla a presenciar los partidos del Cádiz, Club de Fútbol. Intentó de nuevo dar clases en su casa pero, esta vez, la madre no se lo permitió. Lo que más contribuyó al alejamiento de los amigos fue su “manía” -decía Paco- de atribuirnos a nosotros su dichosas ocurrencias. A Paco le confesaba en secreto: “dice Manolo que los aficionados al fútbol son unos desgraciados”, y a Manolo, le repetía lo mismo, cambiando de sujeto: “dice Paco que los aficionados al fútbol son unos desgraciados”. Pero lo más sorprendente era que a cada uno de ellos les refería los mismos comentarios designándolos como autores: “como tú dices, los aficionados al fútbol son unos desgraciados”. Todos tomaron está “manía” como un divertido juego hasta que los contenidos de las afirmaciones fueron aumentando la gravedad como, por ejemplo, “dice Paco que Manolo es un mariquita”, y al otro, “me ha dicho Manolo que Paco es un mariquita”.

A la madre, naturalmente, le aumentó la preocupación cuando le oyó decir: “Por lo menos los domingos, me pondré corbata”.

El silencio es uno de los argumentos más difíciles de refutar. (Josh Billings)

Veintitrés

Juana estaba plenamente convencida de que Lola, tras las detalladas conversaciones sobre el amor a su Amado que las dos habían mantenido durante varios años, habría llegado a la conclusión de que ella ingresaría en el Monasterio, de manera próxima e irremisible. Aunque es cierto que esta palabra no la pronunció, también es verdad que todos su comentarios sobre "las delicias inenarrables del amor absoluto", sobre "la fecundidad incalculable de la entrega incondicional", sobre "las irrenunciables tareas de los compromisos recíprocos" y, en resumen, sobre "la providencial gratuidad y grandeza de la elección con la que había sido agraciada", Lola tendría sobrada información para concluir que ella tenía vocación para la vida consagrada y para la misión contemplativa. Pero Lola, que escuchaba todos estos revelaciones con atención, interpretaba cada una de estas palabras de una manera distinta llenándolas de los significados que le proporcionaban sus propias experiencias: el "amor absoluto" era, naturalmente, un sentimiento muy parecido al que ella experimentaba por Rafael; era ese afecto incondicional y exclusivo que hacía que todos los objetos, todos los lugares, todos los tiempos, todos las ocupaciones, todos las ilusiones, todos los temores y, en resumen, toda la vida, adquirieran sentido sólo si se refería a su Rafael. La "entrega incondicional" era, lógicamente, la expresión sensual del "amor absoluto", la demostración tangible y sin límites de la identificación de los corazones; y, por supuesto, la palabra "gracia" y, mucho más, "agraciada", carecían para ella de sentido trascendente y de valor teológico, ni por asomo, se podría imaginar su referencia a la "gracia de Dios" o a la "vocación monacal", a la "consagración religiosa", al "ingreso en el claustro", a la "huida del mundo" o la emisión de los "votos de obediencia, de pobreza y de castidad".

Pero, a pesar de esta confusión, a Lola no le sorprendió la noticia del ingreso en el Monasterio. La revelación le sirvió de clave para reinterpretar todas las actitudes, todos los comportamientos y todas las conversaciones de Juana desde que la conoció en el Colegio de la

Palma. Sí, su amiga era, y había sido siempre, una contemplativa. Miraba, escuchaba, olía, gustaba y tocaba, más que con los sentidos, con el corazón, pero, sobre todo, en todas las cosas y en todas las personas, miraba, escuchaba, olía, gustaba y tocaba a su Amado, a su Jesús. La vida entera era una permanente y tierna conversación, y una profunda e intensa oración. Por eso, paradójicamente, necesitaba de la soledad y del silencio: para penetrar y ser penetrada por los mensajes de amor que Jesús le transmitía desde el sagrario y, también, desde los hombres y mujeres que sufrían la escasez, la soledad, el desprecio, el dolor de la enfermedad o el sufrimiento de la incomprensión. Lola recordaba cómo, por ejemplo, con sólo diez años, Juana se pasaba las horas y las horas, arrodillada ante la custodia de la capilla de las Esclavas, o cómo, durante el invierno, incluso los días de temporal, acudía a la playa para "disfrutar" -decía ella- de la imponente fuerza del mar, o, también, cómo, los jueves, dedicaba toda la tarde a acompañar a los enfermos del Manicomio de Capuchinos, sin temer lo más mínimo ser agredida por los esquizofrénicos más incontrolables. Ni siquiera cambió de hábito cuando, a sus quince años, fue abofeteada por un enfermo que gritaba: "¡Socorro, socorro, que esta puta me quiere violar"!

A partir de esta conversación, no sólo Lola, sino también Rafael, se unieron aún más a Juana y se entregaron en la preparación de su ingreso en el Convento. Todos disfrutaban con una decisión en la que, en cierta medida, participaban todos y que, sin duda alguna, a todos ennoblecía. Como es comprensible, Lola y Rafael estaban mucho más preocupados que Juana en los aspectos formales de tal resolución como, por ejemplo, solicitar la partida de Bautismo y de Confirmación a la Parroquia de la Palma, pedir la baja en el trabajo y lograr una dote. La partida se la encargaron a Carmelo, el sobrino más eficaz y más servicial; la baja en el trabajo la tramitó Lola y la dote la consiguió Rafael de una amiga viuda de un general del Ejercito de Tierra, que puso como condición que le guardaran el anonimato. Juana, por el contrario, sólo soñaba con que, por fin, llegara el

momento en el que pudiera entregarse sin límites a contemplar el rostro, a escuchar los latidos y a interpretar las palabras de su Amado.

Cuando ya, finalmente, estuvieron resueltos todos los trámites, Lola y Rafael acompañaron en un taxi a Juana al Monasterio. Tras hablar con la hermana portera a través del torno, se abrió una pequeña puerta y Juana, proyectando con su rostro una contagiosa sensación de paz, entró en la clausura, tras abrazar a Lola y a Rafael. Los dos, como le había dicho la hermana portera, esperaron por espacio de media hora en el locutorio hasta que se abrió una cortina y vieron por primera vez tras las dos rejas a Juana, aún sin toca ni velo, pero vestida con un traje marrón que le llegaba por debajo de las rodillas. Junto a ella la Abadesa, la madre Visitación que, con un sincero saludo, les dio las gracias y les informó que, después de los primeros quince días dedicados a los Ejercicios Espirituales, Juana podría recibir visitas quincenales de sus familiares más cercanos. En esta ocasión, Juana permaneció en silencio hasta el momento de la despedida en la que, de manera espontánea dijo: “que Dios os bendiga”.

Cuando Lola, tras despedirse de Rafael, regresó a su apartamento se sintió por primera vez sola y experimentó, también por primera vez, el silencio de la soledad. Hasta este momento no había comprendido que los silencios de Juana estaban llenos de contenidos, sobre todo, emotivos. No eran silencios vacíos sino que expresaban sentimientos sinceros y profundos de respeto y de cordialidad. Eran silencios que transmitían mensajes de una amistad cómplice; eran silencios que acompañaban y que facilitaban la mutua comprensión. Sí, ahora valoraba aquellos silencios, cauces abiertos para la transmisión de ideas y, sobre todo, de afectos. Pero, junto a esta sensación de pérdida, podía comprobar nuevamente como, aunque, encerrada en un monasterio, Juana seguía presente allí, conversando con ella a través del silencio de la silla en la que se sentaba, del hueco que había dejado en la cama y del calor con el que había impregnado todos los muebles e, incluso

las paredes del apartamento. En el aire, igual que aquellas partículas flotantes de polvo, quedaban para siempre los ecos sonoros de su voz dulce y controlada. Juana seguiría allí acompañándola, animándola y, sobre todo, comprendiéndola. La presencia de Juana, no sólo era un eco que resonaba permanentemente en los más íntimos de sus entrañas, sino que también era una atmósfera cálida que la envolvía físicamente.

En la oficina, los compañeros no se sorprendieron aunque tampoco esperaban su ingreso en el Monasterio pero, sí la echaron de menos. Allí, también, su silencio, su discreción y su disponibilidad dejaban un hueco difícil de rellenar. Sin pretender dar lecciones, su presencia hacía difícil la murmuración, la queja y, también, los comentarios obscenos. “Era una mujer -dijeron tras su marcha- limpia, seria, alegre y servicial”. A pesar o, quizás, gracias a esta manera de ser, los compañeros se fiaban de ella y algunos le confiaban sus problemas. No siempre eran conscientes de que su instrumento más eficaz era, precisamente, su silencio. Valoraban su comprensión a pesar de que difícilmente emitía un juicio sobre las cuestiones que le planteaban. A pesar de este silencio, sin embargo, se sentían comprendidos posiblemente porque, al hablar sin trabas, ellos mismos planteaban los problemas en todos sus términos, y ellos solos atisbaban una posible solución. Tanto las compañeras como los compañeros le hablaban de sus parejas, de sus hijos, de sus suegras, de sus nueras y, en menor número, de sus yernos; las más jóvenes le comentaban las intenciones de los novios y, todos, le protestaban del jefe. Si la noticia hubiera sido que acababa de contraer matrimonio, tampoco le hubiera extrañado a nadie.

Cuando Ana, Juan, Andrés y Carmelo se enteraron de la noticia, gracias al encargo que Lola le había hecho a este último para que pidiera la partida de bautismo, cada uno dio una opinión totalmente distinta: Ana afirmó que Juana, dentro o fuera de la clausura, era una monja. Ella entendía por monja una manera de ser, una forma de vivir sin excesivas “preocupaciones por los

asuntos que le preocupan a las que no son monjas": los vestidos, las fiestas y los hombres". Juana vestía con gusto y con sobriedad, pero sin mostrar excesivo interés por seguir las modas; le gustaba divertirse, pero participando en tertulias reducidas, y trataba a los hombres, pero no daba la impresión de que estuviera permanentemente "lanzando el anzuelo". Juan opinó que la decisión de Juana era la mejor salida de este mundo inhumano, injusto y frívolo: "Juana -fueron sus palabras- ha dado un corte de mangas a todo esto". Andrés creyó que la amiga de su tía había escogido el camino más directo a la salvación: "ya verán cómo llega a los altares", y Carmelo estaba convencido de que la única explicación válida era un fracaso amoroso: "seguro que el novio la ha dejado por otra". Lo cierto es que ninguno conocía a Juana ni tenían la menor idea de la naturaleza de la vocación monacal.

Mientras tanto, Juana hacía los Ejercicios Espirituales preparatorios para el ingreso en el juniorado, un período previo al noviciado. Además de asistir a la celebración de la misa y al rezo de las horas de Oficio Divino con todas las monjas, por las mañanas, escuchaba un meditación sobre las postrimerías, que le dirigía un jesuita rodeado de fama de santidad. Las monjas decían que era uno de los "religiosos más espirituales de los que las atendían". La madre Abadesa le leía y comentaba las Santas Reglas de la Orden y, por la tarde, antes de las Vísperas, la Madre Maestra de Novicias le explicaba las normas de convivencia en el Convento como, por ejemplo, la manera sacrificada de sentarse sin apoyar la espalda, la forma modesta de andar por los lados de las galerías y nunca por el centro, el comienzo de cualquier diálogo con la fórmula "Ave María Purísima", el tratamiento de la Madre Abadesa -su Reverencia- y de las demás monjas -su Caridad-, la recepción de las visitas siempre en presencia de la Madre Abadesa o, en caso imposible, de la Monja de mayor edad, el silencio total, salvo en los momentos de recreo, etc. A Juana, todas estas indicaciones le parecieron razonables y fáciles de observar pero le llamó la atención y temió que, al menos al principio le resultara difícil, el control férreo de todas las expresiones sentimentales:

“nadie puede notar al mirar su rostro -le explicó la Maestra de Novicias- si en la carta que acaba su caridad de leer dice que a su hermano le ha tocado el Premio Gordo o si se ha muerto su madre”.

El silencio que nadie escuchó fue el primer hecho que ocurrió. (Arnaldo Antunes)

Veinticuatro

Pasados los quince días, Lola y Rafael fueron al Monasterio para hacer la primera visita a Juana. Se anunciaron a la Hermana Portera a través del torno y ésta le abrió la espaciosa sala del locutorio en el que ya habían estado la tarde del ingreso en clausura de Juana. Se sentaron en las dos sillas colocadas ante las rejas y esperaron en silencio unos largos minutos tras los cuales se abrió una inmensa cortina y aparecieron, también sentadas, la Madre Abadesa y, a su derecha, Juana, que no abrió la boca durante la media hora de la visita, salvo para decir "avemaría purísima", al comienzo y al final, en una silla más baja y levemente atrasada.

Toda la conversación la protagonizaron la Madre Abadesa y Rafael. El único tema fue la Guerra Civil. Éste era el ámbito común de los dos y, sobre todo, el factor determinante del desarrollo divergente de las vidas de cada uno. La Madre Abadesa odiaba esa Guerra que le había arrancado a la persona que daba sentido a su vida. La Guerra mató a su novio y la "asesinó" a ella misma: le arrebató sus ilusiones y sus proyectos compartidos. Ella fue la que aniquiló aquel hogar cálido que Nuria -éste era su nombre de pila- y su novio Alfonso iban formando en detalladas conversaciones -el comedor espacioso, la alcoba con aquella "peinadora", como decía él, o "coqueta", como la llamaba ella, y, sobre todo, el cuartito de estar con sillones forrados de cretona, en el que los dos conversarían sobre sus guapos y numerosos hijos porque, aunque no se habían puesto de acuerdo en el número, los dos habían decidido tener familia numerosa-. Sí; sus hijos y sus nietos murieron sin haber nacido. Aquella mortal bala, no sólo quitó la vida a Alfonso sino, también, a ella y a toda la familia venidera. "Por eso ingresé -concluyó- en este Monasterio, para enterrarme en vida".

Rafael formó también parte del Ejercito Victorioso. Fue llamado cuando aún no había terminado el bachillerato y no llegó a disparar ni una vez, dedicado como estaba a labores

burocráticas gracias a su rapidez mecanográfica. Pero al final de la contienda se vio gratamente recompensado: se enganchó en el ejército con la graduación de alférez y, además, tras un examen de Cultura General y de algunas nociones de Pedagogía ante un tribunal -comentaba él, ufano- integrado por catedráticos de renombre, le dieron "con todo merecimiento" el título de Maestro Nacional. En esta ocasión no expresó su voluntad de solicitar una plaza en algún colegio para entregarse a su vocación de "toda la vida".

Lola y Juana, en completo silencio, mantenían una secreta y viva conversación mental entre ellas. Las dos habían charlado ampliamente sobre la Guerra y las dos habían manifestado, desde perspectivas opuestas, sus valoraciones radicalmente negativas. Lola estaba situada entre el fanfarrón Andrés, su hermano mayor -un "Héroe de la Patria" y un "Mártir de la fe"- y Juan, su hermano menor -un ácrata práctico, defensor de la libertad plena y enemigo de todas las patrias-. La Guerra, todas las guerras, le había comentado hasta la saciedad a Juana, son fratricidas; todas enfrentan a hermanos que tienen razón pero sólo una parte de razón: "el que gana -siempre terminaba con esta frase enigmática- siempre pierde, y el que pierde... también pierde ". Juana mostraba su acuerdo con estas afirmaciones pero aún era más radical: "la violencia, incluso cuando es para contrarrestar la violencia, es una manera inhumana ineficaz de resolver los problemas". Las dos escuchaban atentamente la conversación de la Reverenda Madre con don Rafael -así se trataban los dos- y las dos, silenciosas, conversaban animosamente, a través del cauce de sus discretas miradas.

Exactamente a la media hora de la visita, sonó una leve campanada y la Madre Abadesa y la juniora se levantaron como movidas por un resorte y, tras el "avemaría purísima" de despedida, se cerró el cortinaje.

Lola y Rafael se dirigieron al hotel donde, tras cenar, apenas pudieron conciliar el sueño. Casi toda la noche estuvieron intercambiando sus impresiones sobre la nueva vida de Juana y sobre la figura de la Madre Abadesa, un personaje enigmático que les proporcionaba datos para sorprendentes comentarios y para sugestivos pronósticos. Los dos coincidían en que la Madre, con su rostro inexpresivo, con sus gestos controlados, con su voz monocorde, con su mirada escrutadora y, sobre todo, con la firmeza de sus comentarios, daba pruebas contundentes de poseer una talante "dictatorial" -como decía Lola- o "categórico" -como prefería Rafael- que presagiaba un futuro escasamente confortable para Juana. Lola creía que el origen de esta actitud autoritaria de la Abadesa sería un impreciso y no resuelto resentimiento por la pérdida cruel e inesperada de su novio. Con la designación de "impreciso" se refería a la falta de un destinatario concreto de su ojeriza: "no dirige sus sutiles dardos contra nadie y, al mismo tiempo, los dirige contra todos. ¿Te has dado cuenta cómo repite que el mundo es perverso, depravado, degenerado e injusto, denunciando con estas palabras no sólo a los que están fuera del Monasterio sino, incluso, a las que están en su interior? Tengo la impresión -respondía Rafael- de que la Madre con la que realmente se siente mal es con ella misma. Aún no se ha dado cuenta de que, cuando huía del mundo, trataba de escaparse inútilmente de ella misma, de su rigidez, de su debilidad y, sobre todo, de su cobardía". Pero a ellos dos quien le preocupaba era Juana. Durante los últimos días que vivió en el mundo, les había repetido hasta la saciedad que ingresaba en el Monasterio en busca, no sólo de silencio y de soledad, sino, también, de independencia y de libertad.

Como después de varios años reconocería, esta primera época fue, sin embargo, la más gratificante de todo el tiempo que vivió en el Monasterio. Fue el período en el que se dedicó más a la oración, a la reflexión y a la meditación. Aunque también tenía que ayudar a la madre cocinera, sobre todo expurgando de bichitos y de piedrecitas las lentejas, pelando las papas, encendiendo y soplando la candela y fregando los platos, además de asistir a la Santa Misa, a la Bendición con el

Santísimo, al rezo de Santo Rosario, a la recitación del Oficio Divino y a la lectura espiritual, asistía a la clase de Ascética y Mística que le daba la Madre de Novicias y a la explicación de las Reglas que le hacía la Madre Abadesa. Pero su actividad preferida era la oración que, durante una hora por las mañanas y otra por las tardes, hacía ante el Señor expuesto en el altar mayor de la capilla. En estas ocasiones, no pronunciaba palabras sino que, con los ojos cerrados, contemplaba atentamente el rostro de Jesús, su Amado y, sobre todo, lo escuchaba en el interior más profundo de su corazón; allí resonaban, una y otra vez, ecos de palabras de amor, de frases de cariño: "te he elegido precisamente a ti, te amo, necesito de tu presencia y de tu entrega, ven, acércate, escucha mis latidos". Estas expresiones se le grababan tan profundamente que, después, durante el resto de actividades e, incluso, durante el sueño le resonaban una y otra vez impidiendo, a veces, que escuchara las explicaciones de la Maestra de Novicias, las de la Madre Abadesa e, incluso, las de la Hermana Cocinera. Ésta, sobre todo, temió que, traspuesta como parecía estar, no advirtiera que se quemaba el cocido. Ella, sin embargo, disfrutaba de las dulzuras íntimas y del calor suave de esa presencia permanente y activa del Amado: se creía, efectivamente, la preferida, la deseada, la amada.

Pero una de las sorpresas más gratas de esta primera etapa en el Monasterio fue la detallada explicación que la Madre Maestra le proporcionó sobre el sentido y sobre los instrumentos del sacrificio. "Las cruces -le advirtió- las soportan todos los seres humanos desde el pecado de nuestros primeros padres. Desde el momento del nacimiento -y, quizás antes- todos llevamos amarrada a nuestros hombros cruces de diferentes tamaños y de distintos pesos. La diferencia de los creyentes es que nos pesa menos porque sentimos la estimulante ayuda de Jesús. Pero es que, además, nosotros, en justa correspondencia, podemos aliviar el peso que le supone las cruces de los incrédulos, ¿sabes cómo? Haciendo sacrificios voluntarios. Y, en este momento, le enseñaba un cilicio y una disciplina. Con esta cadena erizada de púas, amarrada, por ejemplo, a una pierna o a un

brazo, acompañas a Cristo en su camino del Gólgota y, al mismo tiempo, logras que pesen un poco menos las cruces que soportan nuestros hermanos los pecadores. Los golpes con este látigo te ayudarán a convivir y consufrir -era la primera vez que Juana escuchaba esta palabra- la pasión de tu Amado. Ésta es nuestra suerte: que Cristo llevó nuestra cruz y que nosotros podemos, también, llevar la suya".

Ésta fue una de las mayores alegrías que Juana experimentó en el monasterio: llegar a la conclusión de que, no sólo podía amar sin límites de tiempo a Jesús, sino que, también, podía sufrir "con Él, por Él y en Él". A partir de este momento, se le abrió un nuevo cauce de amor, de gozo y de pasión.

Las explicaciones sobre la obediencia, sin embargo, no llegó a comprenderlas completamente pero estaba dispuesta a -como le decía la Madre Abadesa- "profundizar en su meollo más rico". La Madre le había adelantado que era la virtud y el voto más importante, más fecundo y más difícil de practicar, pero ella no terminaba de alcanzar las razones por las que la voluntad de su Amado se manifestara con mayor claridad en las órdenes de los superiores que en las directas, personales, claras y cariñosas recomendaciones que recibía en las intensas horas de oración que pasaba ante la custodia. Aceptaba, naturalmente, que la Madre Abadesa, por medio de la elección de las madres capitulares, había sido designada directamente por Dios Padre, por Dios Hijo y por Dios Espíritu Santo; no tenía dificultad para admitir que era ella la que interpretaba con autoridad los designios de Dios pero, al mismo tiempo, sentía la grata responsabilidad de obedecer a su Amado cuando de una manera tan clara le señalaba los caminos, a veces empinados, de la perfección. De cualquier manera, Juana estaba plenamente convencida de que a base de esfuerzo, de humildad, de oración y, sobre todo, de sacrificio -como le repetía la Maestra de Novicias-

alcanzaría la luz necesaria para superar las contradicciones que, insuperables para la razón humana, son disipadas por la fuerza sobrenatural de la fe.

Son escasas las personas que aciertan con el momento psicológicamente exacto para quedarse calladas.

Veinticinco

Ana logró, finalmente, que le proporcionaran costura de ancheta. Al marido de la señorita Mercedes, a la que ella cosía particularmente, le habían concedido la confección de los uniformes de los marineros de San Fernando. Desde este momento, el ambiente y el horario de la casa cambió totalmente porque, además de escucharse de manera permanente el repiqueteo de la máquina de coser, las conversaciones de Trini, la aprendiza, con Ana, contribuían de manera creciente a disolver los amenazantes nubarrones que se cernían sobre aquel, hasta entonces, apacible hogar. Porque, si es cierto que los cambios violentos del estado de ánimo de Andrés alteraban las tranquilas aguas de la convivencia, también es verdad que, gracias a la habilidad de Ana y a la predecible e, incluso, monótona conducta de los demás miembros de la familia, raras veces se ponía en peligro la unidad familiar. Pero, en estos momentos, varios hechos habían sonado como presagios de serio deterioros: la fatiga que días pasados le había dado a Juan, la violenta pelea que habían sostenido Andrés y Carmelo, y el anuncio de desalojo de la vivienda -la había comprado un conocido Procurador y tras declararla en ruina y encalar la fachada, la realquilaría por una renta multiplicada por diez- . Si cada uno de estos augurios constituía un serio peligro para la convivencia familiar, la confluencia de los tres representaba una advertencia para que buscaran amarras donde agarrarse en una posible tempestad.

Ana se llevaba todo el día y gran parte de la noche sentada ante la máquina de coser Singer. Trini hilvanaba previamente las piezas por donde irían los pespuntes de la máquina; después, hacía los ojales y, finalmente, agrupaba las piezas en montones de media docena. Carmelo trasladaba la costura a la tienda y esperaba pacientemente el momento de cobrar el trabajo porque, si éste se tenía que entregar de manera rápida, el momento de su cobro dependía del estado de ánimo de Mota, el encargado, y, sobre todo, de su simpatía por cada una de las costureras. Pero, como advirtió Ana, la simpatía era cambiante, en función de la calidad de los regalitos que

subrepticiamente, le hacían. En la tercera entrega, Carmelo llevaba debajo de la docena de calzoncillos, un bocadillo de chorizo envuelto en papel de estraza. La consecuencia fue que sólo tuvo que esperar tres cuartos de hora para cobrar las doce pesetas. Posteriormente, llevaba una vara de nardos que compraba fiada a don Federico, el señor ese que los cultivaba en macetas, en la azotea que se divisaba por la cocina y, finalmente, Ana encontró la fórmula más eficaz y más barata: rellenaba con colonias baratas de la droguería de Alfonso, el de los Callejones, unos tarros de esencias de lujo que pedía a las señoritas. El invento funcionaba a las mil maravillas gracias a la habilidad de Alfonso para introducir un trocito de corcho en el estrecho gollete del tarro. A partir de este momento, Carmelo era el primero que cobraba.

Andrés no consintió jamás en ir a "entregar la costura"; iba contra su dignidad hacer un trabajo que era propio de niñas "¿y si me encuentro -decía- a un compañero por la calle? Además, yo tengo otras muchas cosas importantes que hacer; ya veréis cómo, cuando ocupe el puesto que me corresponde, ayudaré a la familia, incluso, económicamente. Yo seré, no lo dudéis, vuestro salvador". Con alivio de todos, progresivamente se reducía el tiempo que pasaba en su casa porque, con la ayuda de Paco Rosa y de Manolo Galindo, había logrado que el nuevo Hermano José, el "rompetechos", lo nombrara Presidente de la Congregación del Niño Jesús de Praga. El día de la imposición de la medalla fue, paradójicamente, uno de los más felices y, también, de los más desgraciados de su corta vida. La ceremonia se celebró en la capilla y, después, en el teatro, tuvo lugar un acto académico en el que Andrés leyó tres interminables páginas en las que daba las gracias por la "indigna" -decía él- designación para tan "elevado honor" y para tan "pesada carga". El "elevado honor" consistía, como él explicaba, en llevar esa medalla dorada; y la "pesada carga" era la bandera de la Congregación que llevaría con orgullo durante todo el recorrido del Corpus Grande y del Corpus Chiquito. Su profundo disgusto estaba provocado por la ausencia total de familiares y de amigos en tan importante acontecimiento. La madre no podía dejar la costura, el

padre se sentía algo debilucho, al hermano le fastidiaban esas tonterías y los dos amigos cuya influencia había sido tan decisiva, estaban preocupados porque lo habían hecho, según propia confesión, por "puro cachondeo". Pero a punto estuvo de que terminara mal aquella triunfal jornada, si no hubiera sido porque, una vez más, Ana frenó los guantazos que Juan estaba dispuesto a darle. Andrés, para terminar la fiesta había cogido todos los juguetes suyos y los del hermano y los había repartido entre los niños que encontraba en la calle para así festejar su importante nombramiento. Desde ese momento, no sólo llevó día y noche continuamente la medalla, sino que exigió a los compañeros que, en vez del nombre, lo llamaran presidente. "¡Hay que ver lo poco formados que están mis padres -decía a Paco Rosa- que ni siquiera se dan cuenta de la importancia y de la dignidad del cargo que ocupo". A los padres, por el contrario, que recordaban las escenitas del difunto tío Andrés, se les ponían los pelos de punta y preferían no pensar en el futuro.

Gracias al trabajo permanente de Ana y, sobre todo, a su fecunda imaginación, la economía familiar se fue equilibrando y, todos los días, aunque a veces fuera tarde, se hacían las dos comidas, y muchos domingos tenían fondos para ir a la Venta del Pozo a tomar la media botellita de chiclana y los tres cuartos de kilo de pescaíto frito.

En Madrid, la Madre Abadesa esperaba ansiosa la nueva visita de Lola y de Rafael a Juana. Aunque ella reconocía que era una contemplativa, dedicada a la oración y no a la acción apostólica, sentía la obligación o, quizás, la necesidad de "predicar el reino de Dios" siempre que se le presentara una ocasión propicia y, desgraciadamente, eran muy escasas las oportunidades de hablar de manera tan directa y tan clara como lo había hecho con los amigos de Juana. Pero a Lola y a Rafael, por el contrario, se les habían esfumado todos los deseos de volver al locutorio del Monasterio para escuchar aquellas quejas contra la marcha del mundo, la corrupción de la sociedad y la maldad de los seres humanos. Pensaron en enviarle una carta a Juana pero desistieron tras

recordar que toda la correspondencia epistolar tenía que pasar por las manos de la Abadesa quien, tras su lectura detenida, decidiría si era oportuno que llegara o no a su destinataria. Decidieron enviar un recado a la Hermana Portera justificando la incomparecencia con un leve, pasajero e inoportuno resfriado de Rafael. Con este mensaje no engañaban porque, efectivamente, ya hacía más de una semana que Rafael sentía un excesivo cansancio y un malestar difícil de explicar: una desgana generalizada, una extraña abulia, una incomprensible pereza, sobre todo, por las mañanas.

Es cierto que Juana, tras conocer la noticia, se sintió algo apenada, porque recordaba con agrado el diálogo mudo que había mantenido con Lola durante la primera visita en la que no se había enterado absolutamente de nada de lo que hablaban la Madre Abadesa con Rafael. Aquella conversación silenciosa con Lola le había resultado casi tan franca y cordial como la que mantenía con su Amado cuando estaba expuesto. Igual que le ocurría con Él, podía recordarlo durante los trabajos, durante la lectura e, incluso, durante el sueño pero, para escuchar sus palabras, necesitaba, al menos, mirarlo. Ella estaba segura de que su amiga iba a leer en sus ojos las dificultades con las que tropezaba para entender la virtud de la obediencia tal como la explicaba la Madre Abadesa.

Pero a quien le sentó como un tiro -no mortal como el que le habían dado a su novio- la anulación de la esperada visita fue a la Reverenda Madre Abadesa. Aunque es cierto que en comunidad aprovechaba todas las ocasiones para definir su modelo de vida o, mejor dicho, "el designio que, sobre la marcha de la Historia, Dios tenía fijado desde el comienzo de los tiempos y que, directamente, a ella, en virtud de la gracia de estado, le transmitía, sentía el imperioso deber de conciencia de aprovechar aquella ocasión para hacer resonar en el mundo los ecos sagrados de la voz de Dios". Cuando la Madre Vicaria, sin conocer el origen, observó la blancura y la dureza marmóreas de su rostro, temió que, efectivamente, la Reverenda Madre Abadesa cayera en ese férreo mutismo que contagiaba de temor, no sólo a toda la comunidad, sino también a los muebles,

a las comidas y, sobre todo, a los cantos de la santa misa. Juana, que aún ignoraba la naturaleza de estas situaciones inextricables, experimentó cómo, efectivamente, ella también sentía un extraño vacío y, como siempre, se refugió en la conversación con su Amado.

Mientras tanto, Lola y Rafael seguían caminando por senderos nuevos que abría sus irreprimibles ganas de vivir, de convivir y, cuando llegara el momento, de conmorir. Porque Rafael escuchaba con gratitud las palabras medidas de Lola que le decía "formula de manera precisa todo lo que siempre yo he pensado o, al menos, sentido". "Nuestra vida -le explicaba ella- empieza hoy; tenemos toda la vida por delante; lo mejor de nuestras vida aún está por venir". Y, tras esta introducción, iniciaban la elaboración de los proyectos a corto y a largo plazo porque, "aún que quedaban mucho tiempo por vivir". Partían de otro supuesto: "nadie nos debe marcar el camino ni, mucho menos, poner barreras; las saltaremos todas". Y disfrutaban, sobre todo, con los detalles aparentemente menos importantes: Si, por ejemplo, hablaban de los viajes, de los muchos viajes que harían o discutían sobre los vestidos que iban a llevar. Lola insistía en que Rafael tendría que comprarse ropa más moderna, y cada uno describía los colores, los tejidos y los cortes preferidos. De todas maneras, tendrían que esperar la llegada del verano y aprovechar los escasos días de permiso que le concederían a Lola.

Otro tema frecuente de conversación era el del "magisterio" -era la palabra que él empleaba- de Rafael: había decidido solicitar una plaza en el Colegio de la Salle. Ésta era, sin duda alguna, su vocación y no la de militar que tuvo que aceptar para poder contraer matrimonio y formar una familia. Los detalles de su noviazgo con la otra Lola y las luchas de recién casado no se las tenía que contar porque, estaba convencido, "ya tú las conoces desde que estabas en el otro cuerpo". Lola asentía e, incluso, le proporcionaba algunos datos que a Rafael se le habían olvidado. Pero ellos miraban, sobre todo, hacia delante porque "lo mejor de la vida les quedaba por vivir".

El silencio es más elocuente que las palabras. (Carlile)

Veintiséis

Lola sí le contó a Rafael que, a los quince años, se quedó huérfana de padre y, al año siguiente, también falleció su madre. Aunque estaba muy agradecida a su tía Rosario que la acogió como la hija de la que ella carecía, no pudo superar esa sensación de silencio frío que, como lluvia de invierno, le había calado hasta los huesos y la envolvía día y noche sin que, por mucho que intentara abrigarse, pudiera disminuir la helada humedad de la soledad. Su vida cambió cuando reencontró a Juana, una amiga del Colegio de la Palma, que tampoco tenía padre.

Las dos reanudaron la amistad que, progresivamente, iba creciendo, alimentándose, sobre todo, de prolongados y de fecundos silencios. Porque, ya desde entonces, en sus largos paseos por la playa, practicaron el diálogo del silencio: las dos contemplaban detenidamente cómo el pausado ritmo de las mareas se acompasaba con el contrapunto de las alegres, unas veces, y, otras, furiosas olas. Pero advertían cómo hasta las más agresivas, iban perdiendo fuerza hasta llegar, amables y mansas, a sus descalzos pies que se hundían en la húmeda arena. "Sí, -explicaba a Rafael- aunque la mayoría de los seres humanos está convencido de que las palabras constituyen el vehículo más directo y más claro de la comunicación, las cosas más importantes y más verdaderas nos las decimos en silencio, y, además, esas cosas importantes y verdaderas no podemos traducirlas fielmente con palabras. No te puedes imaginar la conversación tan interesante que, sólo con las miradas, mantuve el otro día, el de nuestra primera visita al Monasterio, con Juana. Llegué a la conclusión de que, aunque está convencida de que aquél es su sitio, y de que se siente plenamente integrada, desde su orilla de juniora, divisa oleadas y nubarrones que, a veces, le hacen perder la calma; menos mal

que, poco a poco, se suavizan y, cuando se las vuelve a contemplar en la distancia de los días, dan la impresión de que, apenas, son juguetonas espumas".

Rafael, por el contrario, seguía analizando el significado de cada una de las palabras de la Reverenda Madre Abadesa y, sobre todo, el sentido de las expresiones de su rostro de mármol, de su larga mirada de buitre y de la estudiada sobriedad de sus gestos . "Fíjate -le decía a Lola- cómo, con todas estas expresiones, niega lo que afirma con las palabras. Cuando, por ejemplo, nos hablaba de "caridad", vaciaba la palabra de todos los sentimientos relacionados con el afecto, con la amistad, con el amor, con el cariño y con la ternura. Ella entendía la caridad como una gesto realizado desde arriba, como una condescendencia del superior, eso, como una `obra de caridad´ del más fuerte, del más listo o del más bueno. Tengo la impresión de que la Reverenda Madre Abadesa ejerce todas las virtudes como el método más eficaz y, al mismo tiempo, el más sibilino de imponer su voluntad y de desplegar el poder y, lo que es peor, un poder que ha perseguido con todas sus ansias impulsada por el estímulo más destructivo: el del resentimiento".

Es cierto que Rafael analizaba las actitudes de la Madre Abadesa con prejuicios. Las experiencias en el ejército lo habían marcado y los modelos que había visto ilustrados en las diferentes escalas de mando le servían de criterios para interpretar las conductas de los ciudadanos civiles e, incluso, de los miembros de las comunidades religiosas. Por eso, en su obsesión, exageraba notablemente. En su opiniones, siempre partía de un supuesto al que le concedía el valor de un axioma matemático y el acatamiento que se debe a un dogma de fe: "Las ansias de poder son, al mismo tiempo, homicidas y suicidas". Lola escuchaba estas afirmaciones y se asustaba ante la

posibilidad de que la Madre Abadesa fuera a asesinar a Juana sobre todo, teniendo en cuenta que, como le había explicado Rafael, “el veneno ese del poder se inocula de manera suave en las venas del espíritu y, después, se contagia al organismo que, poco a poco va perdiendo las energías necesarias para sobrevivir, esas ganas de llegar a ser uno mismo que son necesarias para seguir luchando”.

A Lola, en la medida en que rumiaba las reflexiones de Rafael, se le avivaban los deseos de repetir la visita la vista al Monasterio para reanudar el diálogo silencioso con Juana. Rafael también experimentaba los mismos ganas, pero empujado por otros impulsos menos compasivos. Pretendía seguir estudiando las expresiones, los gestos y los movimientos de la Madre Abadesa para medir el grado de virulencia de su veneno. Decidieron llamar a la Hermana Portera y pedir una visita para el siguiente jueves.

Mientras tanto, Andrés estaba atareado en los preparativos de su gran día, justamente el jueves -el día de Corpus- el día en el que, por fin, toda la ciudad lo reconocería y lo aclamaría como el Presidente de la Congregación del Niño Jesús de Praga. Iría vestido con la camisa blanca, con el pantalón azul que le llegaba un poco por debajo de las rodillas y, sobre todo, con la corbata a la que le haría el nudo su amigo Paco Rosa. Dedicó la tarde del miércoles a limpiar con “sidol” el mástil de la bandera de seda que llevaría él a lo largo de todo el recorrido de la procesión. En el patio del Colegio ensayaron varias veces la formación del cortejo y, sobre todo, los pasos de la marcha: Andrés insistió y todos le hicieron caso, en que tenían que desfilar al ritmo de los compases marcados por los tambores y trompetas. Delante irían las dos filas de congregantes y, detrás, la junta directiva presidida, como lo dice la misma palabra, por su Presidente. Así salieron del Colegio, la mañana siguiente, y así iban delante de la

Custodia por el oloroso y florido itinerario de la procesión. Andrés, enarbolando la bandera al viento, cantaba con toda las fuerzas de sus pulmones: “Cristo vence, Cristo impera, Cristo reinará; flote al viento su bandera y en sus pliegues la victoria va”. Y con su mirada peinaba toda la concurrencia de devotos o de curiosos para comprobar cuántos se fijaban en él, en la medalla que llevaba colgada y lo reconocían simplemente como lo que era, el Presidente. Seguro, se decía para sus adentros, algunos despistados y sin formación desconocen la importancia de este cargo. Allá ellos. No vio a su padre, a su madre ni a su hermano, pero ya le habían advertido que tenían que trabajar ¿estarían cometiendo un pecado mortal por trabajar en un día de precepto? Cuando se recogió la procesión y recibió la bendición solemne con el Santísimo de manos del Señor Obispo, se acercó al prelado para besarle el anillo pastoral y, nuevamente, guardando los mismos portes majestuosos, se encaminaron hacia el Colegio. Aunque, previamente, Andrés había advertido que debían permanecer en silencio y guardar la misma compostura que durante la procesión, algunos congregantes menos disciplinados iban saludando a los amigos con los que se cruzaba el cortejo. Cuando llegaron a los Callejones, un grupo de chiquillos que jugaban a la pelota, se unieron a la comitiva al ritmo de chirigota que uno de ellos marcaba golpeando con un palo un trozo de cartón. Y, finalmente, Carlos, autodenominado “El legionario”, se colocó delante de todo el cortejo con una caña de escoba a guisa de fusil, marcando el paso, convencido de que, efectivamente, era un cabo gastador. Andrés, radiante de entusiasmo, decidía proponer al Hermano la participación de la Congregación del Niño Jesús de Praga en todas las procesiones y, por lo pronto, la asistencia de, al menos, la directiva, en la del Corpus Chuiquito.

De regreso a casa, Andrés contó con toda riqueza de detalles su primer victorioso desfile; alrededor de la mesa del comedor, con la misma seriedad que había ostentado en la procesión, fue repitiendo aquellos pasos seguros, enarbolando esta vez una bandera imaginaria y haciendo leves gestos de saludo a su madre, a su padre, a su hermano y a Trini. Los dos primeros se sentían una ganas inmensas de llorar. Allí estaba viendo al difunto Andrés, el tío, vestido con el uniforme, con las estrellas y con las condecoraciones inventadas que constituían las pruebas de una locura que le llevó a la muerte y que, a punto, estuvo de conducir a la ruina a toda la familia. Sin que Lola le hubiera explicado su teoría, ellos también estaban convencidos de que las personas, desgraciadamente, nunca mueren de una manera completa. Algunas, al menos, se quedaban aquí para seguir dificultando la marcha libre hacia el bienestar, para poner freno a los deseos de felicidad y para poner a prueba el equilibrio individual y la armonía familiar. A Carmelo, por el contrario, le aumentaba el desprecio que, casi desde pequeño, había sentido por su hermano el mayor y a Trini, los comportamientos de Andrés le producían una incontenible e indisimulada risa.

El silencio es torpe cuando somos sabios, pero es sabio cuando somos torpes. (Charles Caleb Colton)

Veintisiete

El escenario, los personajes e, incluso, los preámbulos de la segunda visita al Monasterio coincidieron plenamente con los de la primera. Cada uno de los actores representó el mismo papel aunque, como es lógico, el texto de los diálogos -el silencioso y el oral- cambió considerablemente. A pesar de que Juana ya se había habituado a mantener los ojos bajos, no podía impedir que sus preguntas se le escaparan y llegaran con cierta nitidez a la imaginación de Lola. "¿Tú también piensas que la obediencia ciega es la senda más directa hacia la libertad del espíritu? Si la voz de la Abadesa contradice las llamadas del Amado, ¿a quién debo responder? ¿Es cierto que la expresión de los sentimientos constituye una falta grave contra la modestia religiosa y pueden representar un peligro para la pureza? ¿Pensar durante la oración en las personas amigas es, también, una disipación?" Lola, siguiendo su costumbre, recibía con atención todas estas preguntas mudas; se esforzaba por retenerlas en su memoria para, tras rumiarlas, responderlas con precisión y acierto, pero, en esta ocasión, le resultaba difícil evitar que, también de manera silenciosa, se le escaparan reacciones de sorpresa. Ella tenía los ojos más abiertos que Juana y, sin pretenderlo, decían mucho más de lo que su discreción le dictaba. Muchas veces había hablado con su amiga sobre las relaciones interpersonales y las dos coincidían en que la única fórmula de garantizar su permanencia y su fecundidad era apoyarlas en una amplia plataforma de amistad, entendida como un sentimiento, como un estímulo, como un compromiso y, sobre todo, como un ámbito de comunicación, más que como una obligación de ejecutar determinadas acciones. Por eso Juana había practicado la relación con Jesús como un acercamiento interpersonal, como un acompañamiento vital y hasta físico. Acudía a las visitas al sagrario, simplemente, porque estaba convencida de que Jesús la comprendía, porque identificaba las claves de su peculiar manera de ser, porque descifraba el sentido

profundo de sus pensamientos, de sus deseos íntimos y porque desenterraba las raíces ocultas de sus temores secretos.

Jesús era quien le explicaba, con claridad y con tacto, quién y cómo era ella; Él era quien mejor interpretaba sus palabras. Por eso, le extrañaba que, para vivir de una manera más plena esa relación de amor, se tuviera que apelar permanentemente a los signos y a los atributos del poder, al báculo o al pectoral.

El poder era, justamente, el tema de la conversación -del monólogo- que la Reverenda Madre Abadesa mantenía con Don Rafael. También le formulaba preguntas que no esperaban respuestas; eran simples y burdos procedimientos retóricos que sólo perseguían la finalidad de mostrar recatadamente la imperiosa voluntad de imponer sus convicciones. "¿No cree usted que el mundo está necesitado de una mano dura que, sin contemplaciones, aplique la ley, conserve el orden, castigue a los descarriados y, sobre todo, que haga respetar el Nombre y las cosas de Dios? ¿No piensa usted que la libertad es el caldo de cultivo para que reine la anarquía y el pecado? ¿No es cierto que la sociedad estaría mejor gobernada si las decisiones se encomendaran a los que han recibido el encargo directo de Dios para representarlo aquí en la tierra?" Rafael no sólo sabía que la Reverenda Madre Abadesa no esperaba respuesta, sino que, si las hubiera intentado, no se las habría permitido. Las preguntas eran afirmaciones categóricas que no admitían la más leve vacilación. Pero, también, él pensaba en Juana y, sobre todo, recordaba la conversación que, horas antes, había mantenido con Lola sobre "el ansia de libertad y de independencia que le había empujado a Juana a dejar la profesión, a renunciar a crear una familia e, incluso, a desprenderse de los amigos y, así, desligada de todas las ataduras, entregarse sin límites a contemplar, a escuchar y a amar a su Amado". Ahora, por lo visto a través de su mirada y por lo oído a la Reverenda Madre Abadesa, se estaba atando con los vínculos de los sagrados votos, con las reglas de la orden, con el reglamento

de junioras y novicias, con las orientaciones de la Madre Maestra, con los consejos del confesor y, sobre todo, con las instrucciones de la Madre Abadesa, la única intérprete cualificada, por la "gracia de estado", de los cánones de la Iglesia y de la voluntad de Dios.

Cuando Lola y Rafael salieron del Monasterio, caminaron un largo trecho en completo silencio; prefirieron dialogar secretamente y transmitirse, por vía mental, la honda pena que sentían y los oscuros presentimientos que no se atrevían a formular con palabras. Se sentaron en un café y Rafael, sin referirse a la visita al Monasterio, le transmitió a Lola su obstinada concepción del poder: "Por muy necesario que sean los guardias de la circulación, el poder siempre es dañino y, algunas veces, mortal. Aspirar a él como un deber de conciencia es el peor error en el que el ser humano puede caer y el pecado más grave que puede cometer: el de la autoidolatría. El poder, ni viene del cielo, ni lo puede asumir personalmente nadie y sólo pueden ser designados los que, sinceramente, hayan manifestado de manera clara su rechazo e, incluso, su incompetencia".

Justamente el concepto de "poder" fue el que a punto estuvo de que Andrés fuera despedido del Colegio en esos mismos días, tras protagonizar un -como decía él- "conflicto de competencias". Tras varios intentos y prolongadas discusiones, el Hermano resolvió que los Congregantes del Niño Jesús de Praga, al menos ese año, no saldrían en la procesión del Corpus Chiquito. Tanto la directiva como el resto de congregantes aceptaron la negativa comprendiendo la razón principal: era un día de exámenes para la mayoría de los alumnos. Pero Andrés, que ya tenía lavada y planchada la camisa blanca, rechazó radicalmente la propuesta del Hermano: "Tenemos que elegir entre hacer un acto público de alabanza y de adoración al Señor o realizar un examen: si somos cristianos, hemos de demostrarlo asistiendo a la procesión; pero es que, además, los congregantes somos la guardia o, mejor, los soldados que mejor podemos escoltar al Rey de Reyes y al Señor de los Señores. Si los demás prefieren venir al examen, que vengan: yo no traicionaré a

Cristo y, aunque sea solo, saldré en la procesión llevando con orgullo la bandera de la Congregación".

El Hermano, a pesar de que ya lo conocía, se sintió preocupado por esta reacción tan desproporcionada y, de forma suave pero firme, repitió que, "al menos este año, por la coincidencia con los exámenes, los Congregantes del Niño Jesús de Praga no formarían parte de cortejo procesional del Corpus Chiquito". Andrés, en vez de reconsiderar su decisión, replicó de forma más tajante aduciendo argumentos teológicos: "No se puede consentir -en estos casos siempre hablaba en forma impersonal- que se limite el poder concedido directamente por Dios; el Presidente de la Congregación del Niño Jesús de Praga juró solemnemente defender el buen nombre de la Congregación, representarla en los actos públicos y, sobre todo, hacer que su bandera ondeara a los cuatro vientos; el Presidente irá a la procesión y allá los que no les importe traicionar sus convicciones; el Presidente es una persona de principios".

El Hermano, advirtiendo que su tono sosegado envalentonaba aún más a Andrés, optó por dar por terminada la discusión y por zanjarla con una amenaza: "Te prohíbo terminantemente que salgas con la bandera en la procesión del Corpus Chiquito y, si tengo noticias de que me has desobedecido, te destituiré del cargo de Presidente y, si te obstinas en estos comportamientos que hoy no califico, es posible que hasta nos veamos obligados a expulsarte, al menos temporalmente, del Colegio". Andrés, tras dirigir una mirada de rabia al Hermano y otra de desprecio a los compañeros, dio media vuelta y se encaminó, con paso firme, a su casa. Había resuelto asumir todos los castigos, porque, en manera alguna, estaba dispuesto a admitir que su poder, venido del cielo, sufriera menoscabo y, mucho menos, que su dignidad de Presidente se viera mancillada: "semejante desacato constituía una vejación". Esta palabra, desde que se la escuchó a don Ricardo, el maestro de la sexta clase, la repetía de una manera constante.

Cuando llegó a su casa, todos advirtieron que, como dijo Trini, “no estaba el horno para bollos”. La firmeza de sus andares, la rigidez del rostro y, sobre todo, la concentración de su mirada, descubrían la tormenta que, alojada en su mente, amenazaba con extenderse por toda la casa. Andrés se dirigió al dormitorio, se echó en la cama y allí permaneció hasta la hora de la cena.

Alrededor de la mesa se sentaron Ana, Andrés, Carmelo y Trini, quien, la mayoría de los días, se quedaba hasta altas horas de la noche haciendo los ojales de los calzoncillos. Durante toda la comida, Andrés permaneció en completo silencio pero, al final, antes de levantarse, exclamó de manera categórica y solemne: “No estoy dispuesto a que se pisoteen mis derechos. Los que pretendan debilitar mis poderes se van a enterar de quién soy”. A los demás comensales no les extrañó el tono solemne ni, tampoco, la extravagancia de las palabras que empleaba porque, en los últimos años, todos se estaban acostumbrando a sus grandilocuentes sermones. Pero sí les llamó la atención la incontrolada agresividad y el exagerado malhumor porque, ninguno se imaginaba qué le habría ocurrido aquella tarde. Tras unos minutos de silencio, en el mismo tono, siguió el discurso: “Tened la completa seguridad de que yo saldré en la procesión del Corpus Chiquito y, como Presidente, llevaré con orgullo la bandera y -concluyó- si me expulsan del Colegio, que me expulsen, yo ya sabré dónde ir”. Al oír esta palabra, el padre salió en calzoncillos de la alcoba y le gritó en el mismo tono: “¡Irás al Mercado, al puesto de la gandinga, so peazo de cabrito! ¿Tú quién te crees que eres, so fantoche? No olvides en tu vida que eres el hijo de un trabajador que se levanta diariamente a las cinco de la mañana para que tú tengas un plato de garbanzos que comer. Como te expulsen del Colegio, serás tú el que se levante a esa hora para que tu padre descanse un rato”.

Andrés cambió inmediatamente de semblante: ésta fue la primera vez que su padre lo amenazó con el castigo que él más temía: el del trabajo en la Plaza de Abastos. Él sentía la vocación

de maestro, de profesor, de intelectual, de sabio. “Y la vocación -como le explicaba a los pocos días a Manolo Galindo- es un don divino, un compromiso eterno y una entrega incondicional. Yo la he escuchado y no puedo serle infiel: son muchas las gentes cuya felicidad depende de mi respuesta y a las que no puedo desfraudar”. Andrés, efectivamente, se asustó. Él sabía muy bien que su padre, no admitiría ni daría explicaciones pero que, con una sola frase, lo llevaría en volandas al puesto de la gandinga. Al día siguiente acudió al Colegio como si no hubiera ocurrido nada.

Permanecer callado nos proporciona seguridad; el silencio nunca nos traicionará. (O'Reilly)

Veintiocho

El cambio de actitud y de modales fue sensible. Ana concebía esperanzas de que, aunque fuera por los palos que recibía, "los pajaritos que revoloteaban en su cabeza" se les fueran, poco a poco, escapando, y que las pamplinas -como las frágiles y deleznables amapolas- se fueran también aburriendo. Carmelo, con su elemental realismo, trataba de disipar las ingenuas ilusiones de la madre, y a Trini también le producía risa la forzada discreción de Andrés. Cuando, descaradamente, se fijaba en su rostro, la aprendiza recibía la impresión de que estaba activando, de manera violenta, los frenos delanteros y los traseros, y esperaba, con cierto morbo, que le fallaran y se despeñara por los abismales precipicios en los que, de manera permanente, se asomaba. Todos sabían que los frenos eran las amenazas del puesto de la gandinga y, por eso, siempre que tenían ocasión, expresaban su preocupación por el progresivo cansancio de Juan, su padre.

Cada vez que Andrés escuchaba la palabra "cansancio" apretaba los dientes y cerraba los ojos como si estos movimientos físicos le ayudaran a ahondar en el fondo secreto de sus trascendentes aspiraciones. Pero, por muchos esfuerzos musculares que realizara, le resultaba imposible borrar esas imágenes siniestras que adelantaban sus trabajos serviles e indignos en aquel puesto arrinconado del Mercado de Abastos. Cuanto más cerraba los ojos, más se agrandaba su digna figura despachando a la clientela de su padre los mejores menudos, los codillos más salados, las lenguas más gordas, los hígados más frescos, y, además, "bien despachaítos", con un descuento, para, finalmente, dejarle la cuenta fiada. Pero, incluso en estos momentos de desolación, sentía el consuelo del aire fresco que le proporcionaba la bandera de los Congregantes

ondeando en lo alto del puesto y el balanceo de la medalla dorada, colgada en su cuello mientras despachaba. Sorprendentemente, él tenía mejor memoria para dibujar las ilusiones aún no vividas, que para recordar las experiencias amargas del pasado.

Ana, cuando pronunciaba la palabra "cansado", no lo hacía, ni mucho menos, para zaherir a su hijo, sino porque, efectivamente, estaba preocupada con la expresión de agotamiento que, de manera creciente, se reflejaba, no sólo en el rostro, sino, también, en los andares, en los gestos y, sobre todo, en la manera de hablar de Juan. Hasta entonces, a pesar de la hora en la que se levantaba, sus movimientos habían sido ágiles y el trato, sobre todo, con las clientas, había sido afable y, con algunas, cariñoso. Él decía que, en el puesto, las palabras eran unas herramientas mucho más importantes que el hacha o el cuchillo. Por eso, no escatimaba los piropos, aunque no siempre fueran muy delicados ni originales. A todas, sin excepción, incluso a las que podrían ser su madre, les decía "chiquilla" y, a cada una, además de llamarla por su nombre, le añadía un cariñoso apelativo distintivo como, Juanita, la "blancaflor"; Mercedita, la "escamondá"; Pepi, la "bienplantá"; Rosario, la "distinguida"; Paqui, la "transparente" o Antonia, la "despierta". Todos, menos la interesada, advertían que estas imágenes poseían cierta carga de benévola ironía. Dicen que fue él quien le puso la "guapa" a Carmen Lazaga, la de los churros y las tortillitas de camarones. Pero algunas percibían y comentaban con discreción que las ojeras se le iban ennegreciendo, los ojos hundiendo y, sobre todo, que se mostraba desganado. Pepi, la "bienplantá", le comentó a Juanita, la "blancaflor": "Hay que ver cómo, en tan poquísimo tiempo, se le están echando los años encima". Estos cambios, por mucho que cerrara los ojos, también los percibía Andrés y, por lo tanto, le hacían temer que lo del puesto no era una amenaza sino un proyecto minuciosamente elaborado y, quizás, muy pronto ejecutado.

En el Colegio, los compañeros también se sorprendieron del cambio tan radical de conducta de Andrés pero, sobre todo, de la facilidad con la que borraba de su memoria episodios recientes de cierta importancia. No era, ni mucho menos, una pose artificial sino una eficaz estrategia de defensa más biológica que psicológica: era todo su organismo el que se ponía en marcha para borrar en el cerebro la menor huella de las experiencias negativas. Por eso, cuando Paco Rosa y Manolo Galindo, con tacto y delicadeza, se refirieron a la procesión del Corpus Chiquito, él por más esfuerzo que hacía, no lograba recordar ninguno de sus propósitos. No mentía ni siquiera se engañaba sino que, posiblemente, esos sucesos los había protagonizado otro Andrés, otro ser idéntico a él, salvo en la mente o en la conciencia.

Juana, sin embargo, sí era consciente de que su espíritu -sus ideas, sus convicciones, sus sensaciones, sus emociones, sus aspiraciones y sus temores- se estaban, progresivamente, dividiendo e, incluso, enfrentando. Ella, a fuerza de voluntad, pretendía lograr la unidad pero, cada vez más, llegaba a la conclusión de que, en su interior, se movían dos almas impulsadas por fuerzas contrapuestas que, unas veces se distanciaban entre sí y, si se trataban, lo hacían como dos personas desconocidas que hablaban lenguajes mutuamente incomprensibles; otras veces, se acercaban para conversar y llegar a pactos y, otras, sin embargo, discutían tratando cada una de ellas de vencer a la otra. Y este problema se lo planteaba, no sólo en los grandes temas como, por ejemplo, el de la obediencia, el de la castidad y el de la pobreza, sino también en cuestiones aparentemente menos importantes como, por ejemplo, el de la expresión de las emociones, el silencio e, incluso, el de la oración. Ella, desde pequeña, no solamente estaba convencida sino que, además, trataba de persuadir a los demás de que la

expresión alegre del rostro era el primer regalo que debíamos ofrecer al prójimo todas las mañanas: “incluso, por ejemplo, cuando hemos dormido mal, cuando sentimos un dolor de cabeza o ardores de estómago; pensar en las cosas agradables para sentir alegría y contagiar el ambiente, es la primera obra buena del día”.

Esta idea la había repetido en múltiples ocasiones durante las conversaciones que mantenía en el parque con Lola. Estaba de acuerdo con su amiga cuando ésta le decía que el rostro debe ser como un cristal transparente que deja ver lo más bello y valioso de nuestro espíritu. Pero, al mismo tiempo, por obediencia, por disciplina y, sobre todo, por fe, pretendía identificarse con lo que la Madre Maestra de Novicias le explicaba: que la cara de la buena religiosa debía, como la de las Vírgenes de la Capilla, mostrar un semblante inalterable, imperturbable e impasible, como prueba de su dominio interior. Porque la buena religiosa debía lograr, no sólo dominar las pasiones, sino, en la medida de lo posible, suprimirlas. Pero ella, una veces llegaba a la conclusión de que, efectivamente, ya no sentía ninguna inclinación hacia las cosas mundanas y, otras veces, se creía rara porque le seguían atrayendo los objetos, los actos e, incluso, algunas aspiraciones que por el resto de monjas eran tachadas, al menos, de fuentes de relajación. Sentía sana envidia de las Madres que afirmaban que nunca habían experimentado deseos de poseer un vestido elegante o unos zapatos cómodos; ella, por el contrario, es cierto que no había tenido muchos trajes pero, también es verdad que, cuando compraba uno, daba vueltas y más vueltas por los escaparates para encontrar el más airoso -ésta era la palabra que empleaba para no decir “el más bonito”-. La Madre Maestra de Novicias afirmaba una y otra vez que “el cine era un invento del demonio; era uno de los instrumentos más modernos para tentar a las mujeres y, sobre todo, a los hombres”. Juana no se atrevía a decir que, cuando estaba en el mundo, casi

todos los meses acudía al cine sin tener conciencia de haber sido tentada por el "maligno" -esta palabra la aprendió en el Monasterio-. Una de las prohibiciones de las Reglas era la de la lectura de novelas y, en general, de literatura; en el Monasterio sólo había libros de rezos, de meditación, los Evangelios y vidas de Santos, pero ella se había habituado a leer obras literarias y, en especial, poesía lírica. Si a Lola le confesaba que era una "devota" de Juan Ramón Jiménez, allí no se atrevía ni siquiera a mencionar el nombre del poeta de Moguer. El sufrimiento que le originaba esta división se le aumentaba por el hecho de no atreverse a revelarlo al Confesor ni, mucho menos a la Madre Abadesa. Temía que le dijeran que esos pensamientos y esos deseos mundanos ponían de manifiesto que carecía de vocación a la vida contemplativa.

Pero, en el fondo más profundo de su delicada conciencia o, quizás, en los pliegues más íntimos de sus sensibles entrañas, la preocupación más lacerante estaba motivada por la inevitable opción que debía resolver eligiendo entre unas personas que, todas ellas, eran partes integrantes de su biografía, miembros inseparables de su única vida: tenía que elegir entre Lola y la Madre Maestra, entre Rafael y la Madre Abadesa y, sobre todo, entre su fidelidad al Amado y su obediencia a las Reglas. Porque, sin lograr definirlo con mucha precisión, Juana, más que en las ideas, creía en las palabras y más que en las palabras, confiaba en las personas concretas a las que trataba y a las que quería. La religión era Jesús, la vida monástica era la Madre Abadesa y el mundo, tan despreciado en el Monasterio, era Lola. Pero ella había llegado aún más lejos cuando, en el mundo, le había confesado a Lola que su conciencia eran los ojos de las personas a las que amaba. La norma que guiaba su conducta era el juicio que formularía su madre -cuando ella era pequeña-, Lola -cuando ya vivían en Madrid- y Jesús -desde que decidió ser su amada-. Se vestía, hablaba y pensaba de la manera que, en su opinión, agradaría a

sus interlocutores, porque, efectivamente, concebía y vivía la vida como una permanente, interesante y grata conversación. Le fastidiaba tener que realizar tareas sin destinatarios concretos a los que les viera la cara; sólo leía los libros de los autores que, al menos, tuviera delante en fotografía o en dibujos; la cocina tenía sentido sólo cuando preparaba platos para algún amigo o colega; sólo escribía cartas, "porque -afirmaba- no se me ocurre nada, como no mire a los ojos de quien va a leer mi escritura", y, en el trabajo, había pedido y conseguido el puesto al que la mayoría de sus compañeros rehuía: la ventanilla. En contra de lo que les ocurría a sus colegas, "las caras de los que vienen a arreglar papeles -afirmaba- me interesan más que los papeles; rellenar expedientes me aburre, responder a las preguntas me anima".

Su "condición" -esta palabra la empleaba Lola- era, por lo tanto, la opuesta a la de Andrés quien pensaba, hablaba y actuaba para sí mismo. Él era, al mismo tiempo, no sólo el hablante y el oyente, el actor y el público, sino también, el permanente objeto de sus preocupaciones y el único contenido de sus conversaciones. Porque, cuando hablaba del tiempo, de los estudios, de la casa, de la calle, del colegio, de la comida o de los vestidos, en realidad, se estaba refiriendo de una manera explícita a sí mismo; y cuando conversaba con sus amigos, con su madre, con su hermano, con Trini, o cuando le escribía a su tía Lola, conversaba consigo mismo y se escribía a sí mismo. Todos advertían que lo único que hacía era mirarse, escucharse y aplaudirse.

Me arrepiento muchas veces de haber hablado; nunca de haber callado. (Ciro)

Veintinueve

Tenía razón Pepi la "bienplantá" porque, efectivamente, Juan se estaba avejentando de una manera excesivamente rápida. No disimulaba su agotamiento y cada día se levantaba "un poquito más tarde". Creía que retirándose de una manera gradual, los cambios no se notarían pero los que sólo lo veían de tarde en tarde, no disimulaban su extrañeza y a algunas de sus clientas se les escapaban expresiones que le confirmaban sus temores más recónditos. Él, con innegable candidez, había alardeado de no sentir miedo de los "fantasmas" -era su palabra- que asustaban a las "gentes". Le llamaba la atención que la mayoría de sus conocidos pasaran toda la vida atemorizados por posibles desgracias que no necesariamente ocurrirían. Un amigo de colegio, por ejemplo, gastaba todos sus pequeños ahorros en crecepelos porque, en su adolescencia, había comprobado que, al peinarse, se le caían algunos cabellos. Murió antes cumplir los treinta años conservando posiblemente la misma cabellera que, a esa edad hubiera tenido sin hacer tanto gasto. Otro, que estaba obsesionado con el cáncer, falleció de un infarto, y, mientras cortaba el hueso de jamón, le explicaba una y otra vez a cada una de sus clientas "la manía de la gente de sufrir pensando en males que no les van a sobrevenir y, sobre todo, la ilusión que todos se hacen de evitar unos hechos que, como la muerte, son inevitables".

Y, llegado a este punto, Juan exponía su teoría: "la muerte no nos debe producir ningún miedo porque, aunque parezca una tontería, no es un problema de uno mismo, sino de los demás; los que la experimentan y la sufren son los otros, los familiares y los amigos, no el que fallece". Pero, ahora, al mismo ritmo que advertía cómo, sin aparente causa, iba perdiendo fuerzas, en su interior sentía una especie de "jindama" -ésta era su palabra-, un temor profundo, que paradójicamente expresaba

mediante una inusual sonrisa que acompañaba con una sorprendente locuacidad. Porque -y en esto no había caído en la cuenta anteriormente- ahora sufría cuando pensaba en la muerte: en lo más hondo de sus entrañas, le preocupaban los problemas y le lastimaban los dolores que su fallecimiento pudiera causar en los demás. Aunque nunca se lo había dicho, él sabía perfectamente que Ana se había casado con él para ser su "compañera", para compartir el pan, los hijos, los trabajos, las carencias, las enfermedades, las alegrías, los silencios, los temores y las esperanzas.

Ana se casó con él porque, sin que nunca se lo hubiera confesado abiertamente, estaba decidida a tirar con él del carro común de la vida, porque lo comprendía, aunque él no supiera explicarle todas las razones de sus comportamientos. Ana descifraba sus palabras mejor que él mismo, era la intérprete de las claves de su manera rara de ser; tenía la extraña habilidad de adivinar y de comprender el sentido profundo de sus pensamientos, aunque él no se los formulara con palabras; era una experta que alcanzaba la razón última de sus deseos íntimos y que llegaba hasta las raíces ocultas de sus temores secretos. Ella era quien explicaba, con claridad y con tacto, quién y cómo era él, porque –una acompañante tan sensible, tan respetuosa y tan generosa como era ella- sabía captar las ondas sordas de sus latidos íntimos, descubría su verdad y sus fortalezas y, sobre todo, sus debilidades. A Juan le preocupaba también la situación en la que quedaría Carmelo, su verdadero descendiente, porque era el hijo en quien, quizás, se encarnaría su espíritu, porque tendría que tomar el relevo en el puesto de la gandinga "y ya se sabe cómo están las cosas". Pero lo que más le hacía sufrir era pensar en el futuro de Andrés. Aunque es cierto que apenas había hablado con él de sus problemas, tenía la completa seguridad de que las escasas palabras que le había dirigido e, incluso, el silencio ante algunos de sus comportamientos, constituían unos potentes frenos para

sus peligrosas fantasías porque, justamente, éste era el verdadero problema de su hijo el mayor: que carecía de frenos. Por eso se desbordaba su fantasía y se lanzaba al vacío sin paracaídas. En el fondo era bueno pero, si no quería terminar como su tío, necesitaba que alguien, de manera enérgica, le plantara cara y le quitara los humos.

Pero Andrés representaba el polo opuesto. Él cuando pensaba en los demás, se estaba refiriendo a sí mimo. Cuando, por ejemplo, comprobaba que su padre enflaquecía y que su madre se preocupaba, él rechazaba la posibilidad de una enfermedad grave y, mucho más de una incomprensible e injusta muerte. "¿Cómo mi padre me va a hacer esto a mí?" ¿Tú crees -le preguntaba a Paco Rosa- que hay derecho que mi padre se ponga malo, ahora que yo soy el Presidente y con lo mucho que tengo que estudiar? Algunas gentes no tienen consideración y son verdaderamente inoportunas".

Juana, durante aquellos días, en los que siguiendo los consejos de la Madre Maestra, se esforzaba por penetrar en el interior de su espíritu, cortando amarras con todos los "demonios exteriores" para evitar la disipación y para encontrarse consigo misma, no lograba borrar de su imaginación la presencia permanente de Lola y de Rafael. Con ellos seguía hablando de una manera ininterrumpida y a ellos les preguntaba sobre la conveniencia de tomar los hábitos y sobre las escasos detalles que dependerían de sus decisiones porque, prácticamente, todos los pormenores de esa solemne ceremonia estaban establecidos por el Ritual Oficial, por la costumbre y por la voluntad de la Madre Abadesa. Sin embargo, la Madre Maestra le había preguntado su opinión sobre, por ejemplo, los que iban a figurar como padrinos, sobre las flores del jardín que se iban a colocar en el altar mayor, sobre los sacerdotes que acompañarían al señor Obispo o sobre los seglares a los que pensaba invitar a tan solemne ceremonia.

Ella, cuando lograba concentrarse o, quizás, disiparse, escuchaba con claridad los consejos de sus dos amigos que, por cierto, ya hacía mucho tiempo que no venían de visita. "¿Estará enfermo alguno de los dos?" -se preguntaba- y, mentalmente, escuchaba que Lola le respondían: "Como es natural eliges a quien quieras, pero ten muy presente que nosotros estamos deseando acompañarte ese día". Sobre las flores le sugirieron que, si era posible, escogiera las rosas rojas. La razón de esta elección no la comprendía ella. Sobre los sacerdotes no podían aconsejarle porque, en Madrid, no conocían a ninguno y, sobre los seglares, ellos se encargarían de avisar a todos los compañeros del trabajo.

"La ceremonia fue -en palabras que Rafael le dirigió Beltrán, uno de los colegas de Lola- triste". A pesar de los excelsos cánticos de las monjas, a pesar del ritmo triunfal de los sones del órganos, a pesar de la unción de la homilía pronunciada por el obispo ensalzando las glorias del claustro y a pesar de las felicitaciones que recibió la Madre Sagrario -éste era el nombre de profesión- en la visita extraordinaria en el locutorio, en el ambiente flotaba una -probablemente injustificada- fría corriente de leve desolación. Los rostros de los asistentes reflejaban ese desamparo que se siente en los entierros, y muchos fieles, sobre todo, Lola y Rafael, no pudieron contener las lágrimas. En la despedida, daba la impresión de que le transmitían el más sentido pésame. "Me resulta extraño -decía Rafael- que Juana, vestida con ese antiguo traje de novia, parecía que estaba amortajada". "Es posible -respondía Lola- que esa sensación la produjera la falta de maquillaje y, sobre todo, ese peinado tan rudimentario". Lola, sin hacer demasiados análisis, estaba identificando las claves de esa difusa tristeza: a pesar de los disfraces, gracias a su cara lavada, descubría las sombras inquietas que colmaban su espíritu y rebosaban por las ventanas abiertas de todos sus sentidos.

Si muchas cosas no merecen ser dichas y muchas personas no merecen que las otras cosas se las digan, el resultado es el silencio.

(Henri de Montherlant)

Treinta

De pronto, coincidieron Ana, Trini y las clientas más asiduas en que Juan se estaba milagrosamente reponiendo porque, al menos, la cara le estaba engordando y tenía un aspecto más saludable y alegre. Juan, por el contrario, se sentía más débil y sólo tenía ganas de echarse en la cama. En el puesto, se pasaba toda la mañana mirando el reloj con la ilusión de que dieran las dos, hora en la que dejaba solo a Carmelo y, sin pasar por el Bar Merodio, se dirigía, lo más rápidamente que podía, a su casa donde Ana le tenía preparado un caldito, único alimento que era capaz de tomar. No sólo se le habían quitado las ganas de beber vino sino que, progresivamente, estaba perdiendo el apetito.

Ana lo miró con extrañeza y le dijo: "Tengo la impresión de que te están saliendo paperas. Esa gordura de la cara no es normal". Juan se miró en el espejo de la peinadora y comprobó que, efectivamente, tenía algo hinchados los cachetes, en la parte posterior, debajo de las orejas. Haciendo gala del reciente buen humor, comentó: "ahora me van a salir todas las enfermedades que no padecí de pequeño; ya verás cómo uno de estos días me aparece la rubéola". Al día siguiente, tras comprobar que la hinchazón aumentaba, después de una larga discusión y una vez que se aseó, finalmente acudieron a la consulta del doctor López Cruces quien, tras auscultarlo y tomarle la temperatura, lo tranquilizó con su diagnóstico: "esto es lo que vulgarmente se llama una seca; se le han inflamado los ganglios como efecto de una infección bucal; por lo pronto debe usted visitar a un dentista para que compruebe la caries y le extraiga las piezas que, seguramente, usted tiene picadas". Con el médico, Juan se mostró receptivo pero, en cuanto salió a la calle le dijo a Ana: "Yo no voy a un dentista mientras no me salga un flemón o me dé un dolor de muelas que no pueda aguantar".

Ana prefirió guardar silencio y esperar a que la evolución de la hinchazón le diera nuevas pistas; la experiencia que ella había adquirido con sus hijos le decía que la mayoría de estos síntomas alarmantes desaparecen de un día a otro sin saber de manera fija el origen ni el verdadero remedio. Sin embargo, tras una semana, la hinchazón había progresado de manera tan veloz que la cara de Juan se estaba desfigurando. Siguieron los consejos de Mercedita, la "escamondá" y fueron a la consulta de pago del doctor Garrido quien, inmediatamente, lo reenvió al doctor Germán López para que le hiciera una analítica completa. Juan se sentía desorientado porque tenía un confusa conciencia de que iniciaba un recorrido por un camino oscuro hacia horizontes misteriosos, cargados de amenazantes nubarrones. Por primera vez tenía la seguridad de que había perdido el control de su vida y de que eran los demás -los especialistas- los que iban a determinar la dirección y el ritmo de todos sus pasos. Una vez más, se puso en manos de Ana y le dijo explícitamente, "dime qué tengo que hacer y ya verás cómo te hago caso". Se sentía acobardado y recurría a su mujer para que lo acompañara durante un trayecto tan incierto, tan desnivelado y tan sombrío porque, lo de menos es que se fuera debilitando físicamente a pasos agigantados y que la respiración se le hiciera más costosa, su preocupación se centraba en la falta de ánimos, en el creciente miedo que lo invadía, en la desolación que lo envolvía y, sobre todo, en la inmensa pena que sentía, no tanto por los episodios que tendría que protagonizar, como por los hechos del pasado que ya no estaba en sus manos corregir. Por primera vez en su vida, y sin proponérselo explícitamente, rebobinaba su propia película y experimentaba un confuso e inédito sentimiento de culpabilidad. Por todas estas razones se sentía acobardado y, por primera vez de forma explícita, pedía auxilios a Ana. Hasta entonces, Ana había jugado el papel de amante y él de amado: Ana, no sólo organizaba la casa, preparaba las comidas, lavaba, planchaba y cosía las ropas, sino que, además iniciaba las conversaciones, trazaba los proyectos, elaboraba los escasos presupuestos, educaba a los hijos, los llevaba al médico, hacía y recibía las visitas. Fue ella, por ejemplo, quien le propuso el casamiento y quien fijó el número y la fecha de los hijos. Ahora, ya demasiado tarde,

Juan adquiría conciencia de que él era un inválido, un inútil, y de que, sin la ayuda de su mujer, hubiera sido un desgraciado. Ahora, quizás demasiado tarde, le daba las gracias.

El doctor Garrido, examinó con detención los análisis, palpó nuevamente los bultos y, de manera escueta, se dirigió a Ana y le dijo: "tenemos que practicarle un biopsia, vaya con este volante al Hospital Mora para que ingrese urgentemente". Aunque durante el trayecto fue colgado del brazo de su mujer sin ser capaz de pensar ni siquiera de sentir miedo, cuando entró por la puerta del Hospital, a pesar que ya estaba próximo el verano, recibió una oleada de aire frío que le heló todo el cuerpo y le hizo tiritar. Ana se asustó al escuchar el chasquido de los dientes y, sobre todo, al contemplar la expresión de espanto que se reflejaba en su rostro. Ella también experimentó una sensación de impotencia. No encontraba las palabras adecuadas que pudieran suavizar la amargura de aquel trance porque, los dos intuían que aquella reacción no era racional ni siquiera psicológica sino biológica: no era la mente la que se ponía en guardia ante un peligro incontrolable, sino el cuerpo, los músculos que se quedaban sin fuerzas y los sentidos que se cerraban. Tras los trámites en la oficina de recepción, Juan quedó ingresado y ocuparía la cama número 20 de la sala de San Juan, atendida por sor Carmen Cara.

Lola recibió la noticia del ingreso de su hermano en el Hospital con una semana de retraso, fecha en la que le llegó la carta escrita por su cuñada. En ella, le explicaba su honda preocupación por una enfermedad que, aunque en apariencias, no era grave, estaba debilitando en exceso a Juan. Aunque trataba de restar importancia a los síntomas, si se leía entre líneas, se podía llegar a la conclusión de Ana vislumbraba un diagnóstico alarmante. La carta decía lo siguiente:

Querida Lola:

Hay que ver el tiempo que hace que no tenemos noticias tuyas. Suponemos que estarás bien de salud y agobiada por tantísimo trabajo. Nosotros aquí seguimos como casi siempre: Carmelo ayudando cada día más a su padre, Andrés estudiando y enfrascado en sus cosas, y yo cosiendo días y noches. Juan está un poco pachuchillo; todos estamos convencidos de que sus males no tienen mucha importancia pero, él -tú sabes- se ha acobardado y está perdiendo el apetito. Ayer ingresó en el Hospital Mora sólo para que le hagan unos análisis; no te preocupes porque ahora no lo van a operar: sólo le quitarán un pedacito de los bultos que le han salido debajo de las orejas y, posiblemente, dentro de dos o tres días le darán el alta. Lo peor es -te lo repito- que se está quedando sin fuerzas y sin ánimo. El pobre, cuando estoy yo presente, se esfuerza por estar cariñoso y dicharachero y, te lo confieso, a mi me produce mayor pena porque, como tú sabes muy bien, tu hermano es mucho más noble y bueno de lo que él mismo se cree. Lo que pasa es que, por esa timidez de algunos hombres, le daba vergüenza de expresar sus sentimientos ante el temor de que, como él repite, su palabras parezcan "mariconadas". El pobre es muy bueno y ahora mismo sufre porque sabe que nosotros sufrimos. En el fondo, él está -como todos nosotros- convencido de que su papel es imprescindible para que en la casa reine el equilibrio y la paz. En estos tres días, los primeros en los que él ha estado ausente desde que nos casamos, la casa ha estado fría, vacía y un poco más oscura. Ya te seguiré informando. Cuídate. Besos y abrazos de tu hermana, Ana.

Si nos mantuviéramos callados, es posible que muchos pensaran que somos filósofos.

Treinta y uno

La carta le llegó a Lola en el peor momento: por segunda vez, desde que llegó a Madrid, se sentía abatida. Su amiga íntima había sido enterrada en vida en un Monasterio, y su compañero acababa de recibir sepultura sin que ella se hubiera enterado de su fallecimiento y sin que, por lo tanto, hubiera podido asistir al entierro. Aunque ya hacía unas semanas que lo notaba algo decaído, nunca pudo imaginar que estuviera enfermo ni, mucho menos, que fuera a morir tan pronto. Hacía cuatro días que no aparecía por la Hemeroteca pero ella, en esta ocasión, ni siquiera se ocupó en hacer conjeturas. También ella había faltado dos semanas antes, simplemente, porque tenía que hacer limpieza general en su apartamento. Pero, al quinto día, le entró cierta extraña inquietud y, sin pensarlo, tras salir de la oficina, fue a su casa para preguntarle a él mismo si esa tarde pensaba acudir a la Hemeroteca. Le abrió la puerta la hija mayor de Rafael quien, sin decirle ni una sola palabra, la abrazó con el rostro cubierto de lágrimas: "Papá ha muerto, papá ha muerto". Sorprendentemente, la primera reacción de Lola no fue unirse al llanto de la hija de Rafael ni siquiera acompañarla en su sentimiento de dolor, sino, todo lo contrario, estimularla para que, como una muestra de gratitud a su padre, siguiera viviendo, siguiera orientando todos su esfuerzos y gastando todas sus energías para, con su vida, prolongar la de su padre: "que tu padre siga viviendo ilusionado, depende, en gran medida, de ti".

Lola inició el regresó a su apartamento experimentando un profunda sensación de vacío. Sus ideas y sus convicciones eran las que había expuesto a la hija de Rafael, pero no podía impedir que una parte de su organismo se resintiera, que pretendiera expresar su rechazo a unas teorías tan consoladoras pero carentes de la fuerza suficiente para neutralizar el efecto desolador de una ausencia, al menos física. A pesar de todo, haciendo gala de una incomprensible frialdad, decidió gastar todas sus energías psicológicas en el cierre de un capítulo importante de su vida: la estancia en Madrid. Inició un camino de alejamiento -ella decía- histórico de unos episodios y de unos

personajes que, una y otra vez, evocaría, pero sólo como se recuerda una película o se relee una novela.

Es posible que, de esta manera, sublimara las experiencias vividas y sacralizara a los personajes a los que había tratado, pero ésta era, sin duda alguna, la fórmula más eficaz -posiblemente la única- para seguir aprovechando los caudales de vivencias incorporadas a la propia vida. Porque, efectivamente, las muertes definitivas y eternas de Juana y de Rafael dependían, en cierta medida, de su voluntad o de su habilidad para, superando los sentimientos de dolor, descubrir, en el interior de sus ideas, de sus palabras, de sus sentimientos e, incluso, de los objetos que ellos usaron, los fragmentos más valiosos del espíritu de sus amigos. Sí; tenía que iniciar y prolongar. a lo largo del resto de su existencia, un proceso de intenso silencio para escuchar sus voces, sus sugerencias y sus invitaciones. Ella era la encargada de llevar los testigos para, en su momento, depositarlos en las manos -en el espíritu- de un nuevo corredor de fondo. Antes de llegar a su apartamento, pasó por la floristería y compró el ramito de rosas rojas que Rafael le enviaba cada semana. "Sí -se repetía- la vida sigue, la vida sigue".

Ya en su apartamento, abrió el guardarropas, sacó todos los vestidos y los puso encima de su cama. Al día siguiente, tras la salida de la oficina, los llevó a la tintorería para que los tiñeran de negro: no lo hacía -diría después a su cuñada Ana- para expresar su luto sino, por el contrario, para testimoniar su compromiso de seguir unida a Juana y a Rafael, y sobre todo, para recordarse a sí misma que los acompañaría en la realización de las tareas que, durante mucho tiempo, los dos -o, mejor, los tres- tenían que desarrollar aquí en el mundo -en referencia a Juana- y en la tierra -refiriéndose a Rafael-. Aún permaneció durante quince días más en Madrid, realizando las gestiones de despedida del trabajo, las visitas a sus compañeros y amigos, y ultimando los trámites

para dejar el apartamento. Pero, por supuesto, no acudió al Monasterio ni al cementerio: Juana y Rafael viajarían con ella y seguirían conversando y acompañándola hasta el fin de sus días.

Durante el viaje de regreso -el regreso definitivo-, del que previamente había informado a Ana, Lola no sintió nostalgia ni, mucho menos, alegría. Tenía para ella el gusto agridulce de la vida adulta que es, al mismo tiempo, fruto que se saborea y simiente que se entierra: alegría por lo que disfrutamos y pena por lo que perdemos. Pero, también, como en el viaje de ida, cada vez que iniciaba el relato de cualquier episodio, siempre había alguien que lo seguía, relatando otro "idéntico" que, por supuesto, nada tenía que ver con su experiencia. También ahora, una señora gruesa le cortaba la conversación con la misma frase introductoria: "Me lo va a decir usted a mí, si a mí me ocurrió eso mismo tantas veces...". También aquí, tratando de reflexionar en voz alta sobre la pérdida y las ganancias incomprensibles de todas las muertes, la señora gorda, inevitablemente, le interrumpía. "A mí me va a decir usted cómo son los hombres; yo que he tenido cinco hijos". Y, sin apenas respirar, contaba con todo lujo de detalles la vida y los milagros de cada uno de sus familiares fallecidos. Lola reflexionaba sobre el sentido circular o, más exactamente, espiral de la vida humana: todo lo repetimos, pero de manera diferente; todos los años celebramos la fiesta de Navidad pero cada Noche Buena es diferente a la anterior. Hasta los villancicos nos suenan de manera distinta porque cada repetición está repintada con los colores emotivos de episodios nuevos. Nada se reproduce de manera idéntica ni nada ocurre de forma totalmente nueva. Lola, mientras se entregaba a estas reflexiones observaba cómo el paisaje discurría en la dirección inversa al viaje de ida, y cómo las sensaciones que experimentaban eran las mismas pero en sentido contrario y con significados distintos;

sin embargo, siempre caminaba de lo conocido hacia lo desconocido porque, efectivamente, tras el tiempo transcurrido, Juan, Lola, Andrés y Carmelo serían, a pesar del parecido, cuatro seres diferentes.

Ella tenía momentos ocasionales de silencio que tornaban su conversación un placer. (Sydney Smith)

Treinta y dos

Lola, de manera provisional, se instaló en casa de Juan y de Ana. Todos la recibieron con una mezcla de alegría, de respeto y de preocupación. La veían como aquella tía, la hermana mayor de Juan que, hacía más de cuarenta años, se había trasladado a Madrid en busca de libertad y de independencia y, también, la percibían como un ser extraño que irrumpía en aquel reducido escenario transformando, sin proponérselo, el ambiente, los horarios, los hábitos, el significado de los gestos y hasta el tono de las palabras. A su alrededor se creaba un amplio espacio de silencio, paradójicamente significativo, que obligaba a los demás a hablar sin gritar e, incluso, a medir las palabras. Su mirada atenta a los interlocutores les producía una reacción de bloqueo parecida a la que experimentan los oradores cuando se ponen ante un público expectante. Tanto Andrés como Carmelo se habían vuelto más ordenados, las comidas se hacían a su hora y todos ayudaban por primera vez en la recogida y en el fregado de los platos.

Diariamente, Lola se dirigía al Hospital para visitar a su hermano. Ya le habían practicado la biopsia y Ana conocía el diagnóstico: un retículosarcoma. La locuacidad y el buen humor de Juan se habían apagado de forma rápida. La hinchazón del cuello contrastaba con la extrema delgadez del resto del rostro exageradamente afilado. La primera vez que Lola entró en la sala, él la saludó con la naturalidad que lo hubiera hecho si la hubiera visto el día anterior. “Estaba totalmente convencido de que vendrías” -le dijo-, y puso la mejilla para que lo besara. Durante la hora y media de la visita los dos permanecieron en completo silencio. Los dos, probablemente, repasaban, minuto a minuto, toda la película de sus vidas diferentes pero complementarias. Lola lo miraba y no veía esos dos desproporcionados bultos que tenía debajo de las orejas sino la cara de aquel niño travieso que no tuvo niñez, ni adolescencia, ni juventud. “Porque -recordaba- desde los nueve años en que empezó a trabajar, no ha hecho otra cosa que, como modesta semilla, enterrarse en el silencio y

ahondar las raíces. Si estos bultitos pueden aniquilar esta vida, si estos esfuerzos no germinan y producen los frutos sabrosos, la única verdad es el fracaso y la única justicia, la arbitrariedad".

Ana, a pesar de conocer el diagnóstico, estaba plenamente convencida de que, en cuanto Juan cediera y fuera al dentista, la seca -"que ahora la llamaban de una manera rarísima"- se le reduciría e, inmediatamente, volvería al puesto de la gandinga. Iba al Hospital diariamente, pero sólo permanecía media hora escasa, porque tenía que terminar de coser los calzoncillos para que Carmelo los llevara a la tienda. Andrés seguía en su nube: con su medalla de presidente colgada al cuello, él no era el hijo de Juan y su padre no sufría una enfermedad grave: él era el Presidente y su padre tenía una muela picada. Carmelo, por el contrario, suplía a su padre en el matadero y en el Mercado de Abastos, pero además, pasaba toda la noche en el Hospital, sentado junto a la cama de su padre, pendiente del menor ruido. Juan sí conocía el diagnóstico y el pronóstico de su enfermedad. Se lo desveló -"con toda la mejor intención del mundo"- el capellán del Hospital: "no se preocupe, amigo, que dentro de quince días estará usted en el cielo, gozando de la presencia del Padre". Esta "consoladora" y paternal información constituyó la estocada definitiva: "Me cago en los muertos de todos los que tienen la culpa de esta puta vida". Estas fueron, probablemente, sus últimas palabras porque, a partir de este momento o cayó en coma o fingió un profundo sueño, pero lo cierto es que no volvió a abrir los ojos. A la noche siguiente, a la una y diez de la madrugada, Carmelo notó que no movía la mano que él le tenía cogida. Llamó a la Hermana de la Caridad que hacía la vela; ésta acudió al médico de guardia quien, tras tomarle el pulso, certificó su fallecimiento.

Carmelo corrió hacia su casa para anunciar que su padre estaba a punto de llegar. Echaron el colchón al suelo para que se sintiera cómodo y esperaron con la duda de si había empeorado o, quizás, ya estaba totalmente curado. Cuando lo vieron rígido sobre la camilla en la que lo traían los

enfermeros, todos se negaron a aceptar que Juan hubiera fallecido. Ana comprobó cómo hasta los "bultitos" le habían desaparecido. Andrés, más que fijar la mirada en el cadáver de su padre, centraba la imaginación en el cortejo del entierro, decidido a portar la bandera de la Congregación. Carmelo, pensando en el puesto de la gandinga, a punto estuvo de soltar la frase: "Me cago en los muertos de todos los que tienen la culpa de esta puta vida". Trini fue la que más lloró. Lola empezó a examinar los rostros de cada uno de los que rodeaban el cadáver de su hermano, para comprobar en quién se había encarnado el espíritu de Juan.

Tras el entierro, el único cambio perceptible que experimentó la casa fue la intensificación de los silencios. Todos realizaban las mismas tareas pero, daba la impresión de que, en ellas, estaban más intensamente concentrados. Aunque es verdad que Ana pasaba todavía más horas en la máquina de coser, no es menos cierto que las docenas de calzoncillos no habían aumentado en la misma proporción que el tiempo, sino que se habían multiplicado por tres. A Trini se le "abortaron -como ella explicaba- las ganas de cachondeo". Carmelo sólo repetía, de tarde en tarde, la frase de su padre: "Me cago en los muertos de todos los que tienen la culpa de esta puta vida". Lola, naturalmente, callaba. Andrés, con la medalla colgada al cuello y también en completo silencio, buscaba la fórmula eficaz para sacar a la familia de la ruina, para salvarla de la miseria, para elevarla al nivel de dignidad que sus apellidos exigían.

Justamente a la semana del entierro de su padre, Andrés acudió al Colegio con la misma indumentaria que el día del Corpus y, por supuesto, con la medalla de Presidente colgada al cuello. Ese día recibirían al Hermano Visitador, y el Director, el Hermano Ignacio, había repetido que fueran con el traje de los domingos, aseados y bien peinados. El Hermano Julián había insistido en que la llegada del Hermano Visitador representaba uno de los acontecimientos más importantes del curso escolar. Estas visitas de inspección no tenían, ni mucho menos, un carácter meramente

protocolario sino que constituían verdaderos exámenes que, en ocasiones, eran más decisivos que las pruebas de final de curso.

Los hermanos preparaban cada clase durante varios días y hacían que los alumnos corrigieran los cuadernos y que aprendieran de memoria las contestaciones adecuadas a cada una de las preguntas claves, sobre todo del Catecismo.

- "Sólo debe responder el niño a quien el Hermano Visitador pregunte".

"Los que sepan las contestaciones levantarán la mano derecha". "Deben permanecer en silencio hasta el momento en que el Hermano Visitador les autorice a hablar". Andrés, como era de esperar, fue el que más veces levantó la mano. Al final de la visita, el Hermano Visitador repartió premios a los más aplicados. Todos esperaban con ansiedad ese momento y la mayoría tenía esperanzas de ser recompensado. A los que tenían mejor letra, les dio una barra de regaliz; a los que, además habían resuelto acertadamente los problemas, dos barras; a los que habían respondido adecuadamente a sus preguntas sobre el Catecismo, tres. Finalmente, antes de marcharse, les habló de Griñón, el Noviciado de los Hermanos, y del Seminario donde estudiaban los seminaristas, los que se preparaban para recibir la dignidad del sacerdocio. Cuando terminó su breve charla les dijo: - "Y, ahora, que suban al estrado los que quieren ir a Griñón. El único que acudió fue Nicolás Díaz, que recibió, nada menos, que cinco barras de regaliz. –"Y, finalmente, que suban los que tienen vocación de sacerdote". De manera casi automática, se levantó José Carlos y, de un salto, se encaramó en la tarima. Entonces Andrés, después de dudarlo unos segundos y haciendo cálculos de la cuantía del premio, se puso al lado de José Carlos. Se ganó seis barras de regaliz. En ese momento volvió a escuchar con nitidez la voz clara, modulada y categórica que le decía: "Andrés, tú serás importante; harás grandes cosas; redimirás a tu familia de la pobreza y colocarás a tu ciudad en el lugar privilegiado que le corresponde" y, desde entonces y para siempre, en el Colegio, en su casa y en su calle, Andrés recibió el sobrenombre de "el curita", un apodo que tuvo el efecto de

rodearlo de un halo sagrado, de una aureola de santidad y, sobre todo, de una atmósfera de silencio enigmático; un silencio diferente del que mantuvieron, durante mucho tiempo, los restantes miembros de su familia: el de su padre, ya muerto, era el hueco de la ausencia; el de su madre, definitivamente rota, era la proclamación de la soledad; el de Carmelo, entregado al puesto de la gandinga, era la prolongación del lenguaje sobrio de su padre, y el de Lola, era el silencio claro, valiente, fecundo y directo de los profetas.

Somos dueños de nuestros silencios y esclavos de nuestras palabras.

Treinta y tres

El examen de ingreso en el Seminario consistió en tres preguntas sobre Geografía, Historia y Gramática, respectivamente. De Geografía le preguntaron las tres principales capitales de Europa, los ríos de Italia y las cordilleras de la Península Ibérica; de Historia de España, los Reyes Católicos, el Descubrimiento de América y la Conquista de Granada, y de Gramática, las oraciones subordinadas sustantivas, las adjetivas y las adverbiales. Andrés fue el que obtuvo mayor puntuación de los veinte que se examinaron. Aprobaron dieciséis.

A Andrés le agradaron y le estimularon algunas circunstancias que a los demás o no les llamaron la atención o, incluso, les incomodaron como, por ejemplo, la nobleza del escenario -el suntuoso Salón de Actos-, la dignidad del tribunal- el Rector, el Jefe de Estudios y el Superior de la Comunidad de Mayores- y, sobre todo, la solemnidad del acto. Por riguroso orden alfabético, cada uno de los aspirantes subía al estrado y, tras hacer una reverencia a los miembros del tribunal, tomaba asiento tras una mesita colocada en el lado derecho de la tribuna. De una vasija de madera, extraían sucesivamente las bolas correspondientes a las lecciones de los programas de las distintas asignaturas. En contra de lo que comentaron los demás candidatos, Andrés no sintió nerviosismo alguno: “a mí -repetía- me animan los actos públicos; yo ya estoy acostumbrado”, y contaba todos los pormenores de la procesión del Corpus en la que él, con la medalla dorada colgada al cuello, llevaba durante todo el recorrido la bandera de la Congregación de la que él era el Presidente.

Mientras que los demás se examinaban, él contemplaba detenidamente los retratos de los sucesivos Obispos de la Diócesis. Observaba las miradas serenas, las

expresiones plácidas y las posturas hieráticas de cada uno de aquellos majestuosos prelados, venerables pastores que, con su báculos dorados, durante siglos, habían apacentado la grey de fieles diocesanos, el rebaño de creyentes ovejas que habían sido alimentadas en las frescas praderas. Pero lo que más llamó la atención de Andrés fue la amplia gama de capisayos, de solideos, de esclavinas, de roquetes y de cruces pectorales que ponían de manifiesto la altísima dignidad y los amplios poderes de aquellos sucesores de lo apóstoles. Sucesivamente, se fue revistiendo de cada uno de ellos y decidió que el que mejor le sentaba era el de don Tomás, el obispo que, en ese tiempo, apacentaba la Diócesis. Cuando, pasados unos meses, contó esta diversión a algunos de sus compañeros de curso, Manolo Torrecillas, uno de los que estaban dotados de mayor sentido del humor, dijo que él también se había entretenido con un juego parecido pero sólo se limitó a desnudar a los obispos y a vestirlos con atuendos todavía más divertidos como, por ejemplo, de municipales, legionarios, futbolistas y toreros. A don Tomás, sin faltarle al respeto, le había puesto el uniforme de árbitro de fútbol.

El examen que, a los quince días, hizo en la Delegación de los Sindicatos Verticales para lograr una beca, le resultó más aburrido y menos lucido ya que fue escrito y las preguntas se la dictó, en vez de un tribunal, un simple escribiente. El notable que obtuvo fue suficiente para lograr la beca de estancia y manutención.

Estos resultados le hicieron cambiar la opinión de los Hermanos que, hasta entonces, habían sido sus profesores. Es cierto que, los tres años que permaneció en el Colegio desde el día en el que, por obra y gracia de las seis barras de regaliz, se había transformado en “el curita”, fue sometido a un riguroso régimen de estudio y de disciplina. Su condición de “cura preconizado” le obligaba a sacar las primeras notas, a

ser el más puntual, el más disciplinados e, incluso, a escuchar, a la siete de la mañana, la Santa Misa diaria, en la Iglesia de la Palma, a la que acudían los Hermanos. Durante el curso en el que asistió a la cuarta clase, el Hermano José -el "Rompetechos"- le exigió que prolongara la estancia en el Colegio durante dos horas más por la tarde: de esa manera lograría preparar mejor el programa de ingreso en el Seminario. Pero es que, además, le obligaba a que explicara las lecciones desde la tarima a todos los demás compañeros: ésta era la forma más práctica de aprender a hablar en público. "No te olvides, Andrés, -le decía el Hermano- de que tú serás un predicador". Ana, su madre, encontró, por fin, la fórmula para que colaborara en algunas tareas domésticas; Trini le pedía la bendición cada vez que se cruzaba con él; su hermano Carmelo le cantaba el "gori, gori" y su tía Lola le ayudaba en los ejercicios de Gramática Española. Esta permanente presión, a veces, le hacía dudar de sus propósitos pero, ya desde entonces, le atormentaba la idea de que, si no era fiel a su vocación, podría ser condenado eternamente a las penas del infierno.

Lola recibió en estos días una noticia que la llenó de alegría y, sobre todo, que le abrió las puertas de la esperanza. En la carta que le escribió Rosario, una compañera de trabajo, le comunicaba que la Hermana Sagrario -Juana en el mundo- ocupaba el puesto de Tornera. Ella había ido a comprar unas pastas y, sólo por el timbre de la voz que la saludó con el "Avemaríapurísima", advirtió emocionada que era Juana -la Hermana Sagrario en religión-.

"*Lo que más me ha llamado la atención* -le decía en la carta- *es que Juana no ha cambiado de voz. Por la pronunciación todavía no se nota que es una monja. Tú sabes cómo hablan las monjas: dan la impresión de que los sonidos no le rozan la*

garganta ni la boca, de que las palabras se suavizan y se endulzan. Yo, hasta ahora, sólo me había fijado en la pronunciación untuosa de los curas y de los frailes. Nuestra compañera Virtudes dice que el clero tiene una manera de hablar intermedia entre la de los hombres y las mujeres; no es exactamente como la de los mariquitas, sino una forma especial. Pero lo de las monjas es otra cosa distinta: quizás sea, digo yo, el término medio entre las mujeres y los ángeles que, supongo, también hablarán lo suyo. Bueno, pues -te repito- a Juana no se le nota que es monja o, a lo mejor, es que sólo habla así con nosotras, sus compañeras.

Me ha sorprendido, también, el interés que ha mostrado por enterarse de todos los asuntos de la oficina: me ha preguntado por cada uno de los compañeros, por la salud, por sus familias y por los problemillas del trabajo. Pero, sobre todo, tiene mucho interés de saber cómo se desarrolla tu vida. Está tan despistada que ignoraba que hubiera fallecido Rafael, que hubieras pedido la baja y que ya no te encontraras en Madrid. Le extrañaba que no le hicieras visitas pero prefería no gastar energías buscando posibles razones. Me ha insistido mucho que le gustaría conversar un rato contigo. Espero tus noticias. Una abrazo de tu amiga y compañera, Rosario.

A Lola esta carta le preocupó mucho más de lo que por su contenido se podría esperar. El primer motivo de inquietud se lo producía el interés que mostraba Juana por los asuntos del trabajo. Tenía la impresión de que la Madre Abadesa no aceptaría ese afán por distraerse con los "asuntos mundanos". Aunque ella no pretendía dársela de psicóloga, su experiencia le dictaba que, "cuando se deshace un punto del tejido, se corre el riesgo de quedarse sin jersey". Ésta era un consideración que, con frecuencia le repetía a su sobrino Andrés, poniéndolo en guardia sobre las "pequeñas infidelidades". La segunda causa de su intranquilidad era la insistencia con la que le había pedido a

Rosario que le transmitiera a ella sus deseos de charlar con ella. Es posible que, aprovechando su trabajo como portera, pretendiera, si no faltar a la obediencia, sí interpretarla de una manera menos rígida que la Madre Abadesa. Por lo pronto, adoptó tres decisiones: la primera fue proyectar un viaje a Madrid; la segunda, aplazarlo para dejar que la situación se enfriara y la tercera, escribirle una carta en la que le proporcionaría información de su nueva vida y en la que, sobre todo, le insistiría en su inextinguible amistad. Recordando que sería leída previamente por la Madre Abadesa, pensó en la posibilidad de enviarla a través de su compañera Rosario pero rechazó esta tentación para evitar que Juana se sintiera culpable o, todavía peor, que por no seguir la vía reglamentaria diera ocasión a dolorosas reprimendas y, quién sabe, a que la destituyeran del cargo de tornera. Prefirió remitirla directamente al Monasterio consciente de que sería analizada por más de una lectora. La carta, tras incontables correcciones, decía así:

Querida Hermana Sagrario:

Tras estos larguísimos meses de silencio, le envío a su caridad esta carta en la que pretendo, además de informarle de los últimos episodios, explicarle mi actual estado de ánimo. No sé si decirle que Rafael falleció de forma repentina o que se disolvió de manera inesperada en el paisaje humano de sus hijos y de sus amigos. Si es cierto que físicamente desapareció de nuestra vista, también es verdad que cada vez está más presente y activo en nuestro espíritu. Aunque le parezca exagerada, créame si le digo que sigo escuchándolo, sintiéndolo y hablándole de nuestras cosas. Su caridad sabe mejor que yo, que, si logramos profundizar en el silencio, oímos con sorprendente claridad las palabras de quienes nos respetan y aman, por muy distantes que geográficamente se encuentren de nosotros. El silencio -como su caridad me decía cuando estaba en el mundo- no es una negación, una ausencia ni un vacío, sino el vehículo más rápido y más directo para transmitir los mensajes vitales, sí, las palabras que nos animan para que sigamos viviendo como seres humanos.

Tras la muerte de Rafael, pedí la baja en la oficina y regresé a casa de mi hermano Juan. Lo hice convencida de que el cambio de residencia ya no sería un obstáculo para seguir en contacto con Rafael y con su caridad: los dos estáis en una situación en la que no necesitáis la presencia física para establecer la comunicación. Estoy segura de que la intercesión de Rafael y las oraciones de su caridad me han proporcionado las fuerzas necesarias para aceptar con resignación, serenidad y paciencia las cargas, a veces excesivas, de esta vida tan dura.

Mi hermano también ha muerto. En esta ocasión sí pude estar junto a él los últimos días y asistir al entierro. Ahora es cuando notamos todos el importante papel que desempeñaba en esta casa. Con sus silencios e, incluso, con sus brusquedades ha sido el factor que ha proporcionado sentido a cada una de las actividades del resto de la familia y el vínculo que, a veces de manera violenta, la ha mantenido unida. Tengo intención de comentarle a su caridad todas estas noticias en mi próxima visita que, espero, no será muy tarde.

Sin que sepamos cómo, el universo se ha convertido en un lugar tan ruidoso que el silencio ha adquirido rango de producto de lujo, como el caviar, la pantalla de plasma o el “mercedes”. Félix J. Palma

Treinta y cuatro

La carta fue abierta y releída, tal como disponen las Reglas, por la Madre Abadesa a quien le impresionó, sobre todo, la noticia de la muerte de Rafael. Ella había interpretado los silencios de Rafael, no sólo como la respuesta afirmativa a todas sus preguntas, sino también, como la adhesión inquebrantable a toda doctrina y, sobre todo, como la identificación plena con su persona. Ella, como es natural, no admitía la trasmigración de las almas pero estaba convencida de que Rafael, no sólo había sido un compañero leal de su novio, sino que era, al menos, su alma gemela. Ésa era la razón por la que se había mostrado tan explícita con él durante las dos únicas visitas que Rafael había hecho al Monasterio. Ella, que tanto inculcaba a todas sus monjas -en especial a las junioras y a las novicias- el silencio respetuoso y la escucha atenta, se había mostrado con él locuaz y, quizás, charlatana, en las dos ocasiones, y, ahora se daba cuenta de que no había dejado hablar a ninguno de los otros tres interlocutores.

Pero es natural -se decía a ella misma- que fuera comunicativa con un alma tan idéntica a la de Javier. No es, ni mucho menos, que, con este comportamiento fuera a debilitarse su vocación de monja contemplativa; no es que le pasara por la cabeza la tentación de escaparse con él para proseguir el camino que ya había iniciado con Javier; es, simplemente, que con Rafael, quizás por su biografía semejante a la de Javier, sintonizaba en la manera de pensar, de sentir, de amar y, quizás, de odiar. Sí, de odiar a ese mundo dominado por -digámoslo de una vez- el demonio. Las monjas -y, de una manera especial, la Maestra de Novicias- habían advertido que, desde que habló por primera vez con Rafael- su carácter había cambiado de forma sensible. Hasta entonces, cuando cualquiera de las madres o hermanas acudía a su despacho para solicitarle un

permiso o, incluso, para pedirle un consejo, se limitaba a observarla detenidamente y, tras un considerable rato en completa quietud y silencio, la despedía diciéndole que más adelante le respondería tras consultarlo directamente con Dios. Cuando cualquiera de las tareas encomendadas a las monjas no era de su total agrado, sin explicarles en qué consistía el defecto, les hacía repetirlas hasta comprobar que estaban realizadas "como Dios manda". Pero, coincidiendo con aquella primera visita, la Madre Abadesa se volvió como decían -quizás faltando al silencio- "más humana y hasta más divina": desde entonces preguntaba, escuchaba y respondía. Tras entregarle a la Hermana Sagrario la carta de Lola con el sobre abierto, le dijo de manera nuevamente seca: "Cuando la haya leído su caridad, vaya al despacho y hablaremos detenidamente". Este despacho, que era una herencia de su padre, un abogado prestigioso, estaba formado por elegantes y valiosos muebles de caoba: una biblioteca vacía de libros, un juego de seis sillas cubiertas de terciopelo rojo, una mesa rectangular y un, más que sillón, majestuoso trono.

Mientras tanto, en casa de Ana, las piezas se iban reajustando y, poco a poco, se iban rellenado los profundos huecos producidos por la desaparición de Juan. "¡Hay que ver -le comentaba Ana a Lola- cómo, con la falta de una sola persona, cambiamos las demás personas y se alteran todas las cosas. No es sólo que veo la vida desde otra perspectiva; es que se ha modificado toda la vida: las personas, sus comportamientos, el dinero, el tiempo, los espacios, las luces y los colores poseen otras medidas, otros tonos y otros significados diferentes**.** Fíjate cómo, por ejemplo, esta casa que, por tener menos habitantes, debería parecerme más grande, me resulta mucho más estrecha. Créeme que me siento agobiada y, a veces, tengo la impresión de que el techo me va a aplastar. A Carmelo, desde que murió su padre, lo veo menos tosco, más comunicativo y, en

algunos momentos, hasta algo más delicado. Y Andrés, no sé si por esta misma razón o por su nueva condición de "curita", es, dentro de lo que cabe, más discreto"

Pero es que a Carmelo, efectivamente, la muerte de su padre le había cambiado varias coordenadas vitales: en primer lugar, era ya el único responsable del puesto de la gandinga; en segundo lugar, era el varón mayor de la casa y el que aportaba el dinero para los gastos ordinarios, y, en tercer lugar, daba algunas señales de que se estaba enamorando. La primera que lo advirtió fue Trini quien se fijó en tres "detalles inconfundibles", como decía ella: el peinado, la hora de llegada y, sobre todo, cierta impaciencia nerviosa. Hasta entonces, había sido el más despreocupado por el arreglo personal. En esto, como en otras cosas, salía a su padre pero, como decía Trini, todavía más era más "desastroso".

Pero fue ella, precisamente, quien se dio cuenta de que, sobre todo por las tardes, salía peinado con brillantina, con una raya abierta al lado izquierdo y con un vistoso tupé. Con esta estampa parecía y, sin duda era, si no más guapo, más interesante que Andrés.

Hasta entonces, Carmelo no se había fijado en las niñas de su calle o lo había hecho para gastarles bromas pesadas. Les tiraba de las trenzas y, a veces, hasta les levantaba las enaguas. Él prefería divertirse jugando con los demás niños al trompo, a las bolas y al fútbol, con una pelota de trapo o, incluso, con una lata vacía de leche condensada "La Lechera". Pero hacía unos días que, cuando salía por las tardes saludaba con un "hola" especial a Belli, la rubia, y a Momi, la morena, que estaban sentadas delante de su casapuerta. Lo de especial lo decían ellas porque, cuando varios años después, trataron de explicárselo, Carmelo insistía en que no había nada diferente de los "holas" anteriores. Lo cierto es que cada día se acercaba unos metros más para repetir siempre el escueto saludo. "Al Carmelo le gustamos una de las dos o, a lo mejor, las dos, pero el tontajo no se atreve a decirlo, hay que ver cómo son los hombres" -le comentó Belli a Momi-. Cada una, naturalmente, creía que era ella la preferida. Al día siguiente las dos le sugirieron que las acompañara a la Droguería de Alfonso, la de los Callejones, donde iban a comprar un jabón de olor. Belli se llevó un disgusto cuando comprobó que, a partir de la tarde siguiente, era Carmelo quien tomaba la iniciativa y le pedía a Momi que lo acompañara a comprar cada día un objeto diferente. Trini, en esta ocasión, se

equivocó de pronóstico: estaba convencida de que la pretendida era Belli, la rubia, porque era con quien Carmelo más conversaba; no sabía que el tema de la charla era Momi, la morena.

La Hermana Sagrario, en esta ocasión y por primera vez desde que ingresara en el Monasterio, leyó la carta con los ojos y con la sensibilidad de Juana. Las dos muertes -la de Rafael y la de Juan- le dolieron en sus propias carnes, porque, sí, ella, además de espíritu, tenía cuerpo; un cuerpo que, como el de su Amado, le hacía sufrir y, también, disfrutar. Le resultaba paradójico que ahora -el momento en el que las Reglas le prohibían que se mirarse al espejo para peinarse y cuando no podía desnudarse ni siquiera para lavarse- fuera cuando le había crecido la conciencia corporal. En contra de lo que, posiblemente, le ocurría a las demás monjas, ella, Juana, estaba descubriendo la sensibilidad e, incluso, la belleza de su cuerpo; a esta toma de conciencia contribuyó de manera indirecta el uso de los cilicios y de las disciplinas. Con la mayor naturalidad y sin la menor preocupación, disfrutaba contemplando los colores cambiantes del cielo, los aromas de las flores e, incluso, los sabores de los platos que le recordaban las comidas preparadas por su madre en la más tierna niñez; pero era ahora cuando descubría que le resultaba agradable palpar algunos objetos como, por ejemplo, la suave encuadernación en piel del Breviario, el tapizado aterciopelado del enorme sillón de la Madre Abadesa o, incluso, la blandura de la mullida almohada. Por primera vez sentía, sin admitirlos voluntariamente para no pecar, unos leves deseos de ser discretamente acariciada. De pronto -¡qué tontería!- le vino a la memoria aquel oso de trapo que le trajeron los Reyes cuando apenas tenía cuatro años. No se lo diría a la Madre Abadesa ni siquiera al confesor porque ella no había consentido ningún deseo; es más, lo desechaba, pero era cierto que lo sentía. En esos momentos se acordaba de Lola y, también, deseaba volverla a ver. ¿También estos deseos serían pecaminosos? Sonó la campana y se colocó en las filas para dirigirse a la Capilla donde cantaría con todas las demás monjas las Vísperas. En esta ocasión, la voz tampoco sonó a Monja de Clausura sino, como cuando venía de la oficina, a Juana, la amiga de Lola. Durante todo el rezo de las Vísperas estuvo luchando para desechar la inoportuna e insistente imagen del osito blanco y negro. En su confesión semanal sólo se acusó de distracciones involuntarias durante el rezo del Breviario.

Andrés, tras el examen de ingreso en el Seminario, se sentía plenamente seminarista y, en consecuencia, debía adoptar todos los hábitos de vida y, en especial,

todos los signos distintivos del que se ha sentido llamado a la vocación sacerdotal. Se cortó nuevamente el pelo al cero; pero, en esta ocasión, no para evitar que, por culpa de los rizos, lo confundieran con un gitano, sino para, siguiendo "las instrucciones canónicas", exhibir un "simplex cultus capilorum". Desde ese momento, sólo usó calcetines negros, la señal inequívoca de que era un seminarista en vacaciones, e impuso que, en todas las comidas, él bendijera la mesa en latín: "*Benedic, domine, nos et haec tua dona, quae de tua largitate sumus sunturi, per Christus Dominum nostrum*". Amén. Trini, por más esfuerzos que hizo, no logró nunca dominar la risa nerviosa.

Ante la muerte y ante el sufrimiento, el único lenguaje digno es el silencio

Treinta y cinco

Carmelo también decidió adoptar los signos externos que le correspondían por su nueva condición de "el hombre de la casa". Colocó su colchón en el suelo, acudió diariamente al "Merodio" para tomar las copas de "chiclana" y las rodajas de cazón en adobo, repitió diariamente el lema "me cago en los muertos de quien tiene la culpa de esta puta vida", y fue a hablar con el padre de Momi para comunicarle que se casaría con la hija.

Jeromo lo recibió en el comedor, lo saludó afectuosamente y le indicó que se sentara. "¿Qué te trae por aquí, Carmelito? Al escuchar este diminutivo afectivo, que ya hacía años que no se lo decían, Carmelo se sintió desconsideradamente, más que rejuvenecido, infantilizado, justamente en el momento en el que pretendía presentarse como "el hombre de la casa". A punto estuvo de cambiar de discurso pero no encontró ningún asunto que pudiera sustituir verosímilmente el tema que realmente traía. Tosió dos o tres veces y, mirando fijamente el cuadro plateado de la Santa Cena le dijo: "Como usted sabe ya, ya somos mayores". "Hombre, eso de mayores lo dirás, supongo yo, por mí porque tú bien joven que eres". Esta salida lo dejó nuevamente bloqueado y a punto estuvo de levantarse y del salir del comedor pero, tras toser de nuevo, le dijo directamente: "Mire usted, yo he venido para decirle que me quiero casar con la Momi". Jeromo a quien, sorprendentemente, no le llamó la atención la propuesta de Carmelo, sacó la petaca y le ofreció un cigarrillo como prueba de que reconocía su madurez; y, para explicitar su convicción, le argumentó con la prueba más contundente: la de su propia experiencia. "Yo también me hice novio de Carmela a los dieciséis años; bueno, a los dieciséis años míos y a los trece de ella. Exactamente la edad que tiene mi Momi.

Yo me alegro mucho de tu decisión, por ella y, sobre todo, por ti. Aunque esté mal decirlo, ten en cuenta que la Momi es la niña más guapa, más lista y más buena de toda la calle. Te llevas un buen regalo".

En la habitación de al lado, detrás de la cocina, estaban escuchando Belli, Momi y su Carmela, su madre, quienes, antes de que llegara Carmelo, ya habían hablado con Jeromo y le habían contado los planes del hijo mayor del difunto Juan. Todos estaban entusiasmados porque, como decía Belli, "en aquella calle era difícil pescar un novio". Pero es que Carmelo, además de tener un negocio propio, era formal y trabajador. A partir de esa tarde, Carmelo pasaba toda la tarde en casa de Momi hasta después de la cena. Antes de la diez de la noche se despedía porque, "como ustedes sabéis, mañana me tengo que levantar a las cinco de la mañana para ir al matadero". En su casa también todos se pusieron contentos con la noticia. La contó el mismo Carmelo al tercer día, para justificar la ausencia en la cena: "¿Os han dicho que me voy a casar con Momi? El otro día hablé con el padre y todo está arreglado". Tampoco aquí llamó la atención porque Trini se había encargado previamente de que todos conocieran su entrada formal en casa de la niña "más bonita de la calle". Andrés, sin embargo, a pesar de que estaba presente, entregado a sus fantasías, no se enteró del contenido del anuncio y sólo intervino para decir que a Momi él no la conocía y que, por favor, le explicara si se estaba refiriendo a Jerónima, la hija menor de Jerónimo, el que tenía un puesto de verdura en el Mercado de Abastos. Ana respiró profundamente y sintió una honda sensación de tranquilidad, y Lola, de manera inexplicable, pensó en Juana y en su Amado.

Es posible que este pensamiento estuviera determinado por un hecho que le había ocupado la mente durante todo el día: la carta de Juana. Aunque, en apariencias, era meramente formal, tras varias lecturas Lola identificó algunos detalles que, al menos se prestaban a diversas interpretaciones. No se podía pasar por alto que el texto, antes de llegar al correos, había sido leído y, posiblemente corregido, por la Madre Abadesa. La carta decía así:

Ave María Purísima

Estimada amiga en Cristo Jesús:

He leído con suma atención y con especial gozo la carta que me enviaste días pasados. Ya sabes que la comunicación, incluso cuando la practicamos en silencio, es grata, fecunda y enriquecedora. Las tristes noticias que en ella me transmites me han producido un hondo dolor que se ha aliviado gracias a las fuerzas que he recibido en mi permanente conversación con el Amado. Estoy convencida de que, tanto Juan como Rafael, no sólo hablan entre ellos y se cuentan sus vidas tan diferentes, sino que los dos, mediante su intercesión directa y su influencia espiritual, contribuyen, también de manera eficaz, para que nuestras tareas terrenas sean más llevaderas y para que nuestras cruces sean más ligeras.

Ya sabes que, hace unas semanas pasó por aquí Rosario nuestra compañera de trabajo. Me puso al corriente de la marcha de la oficina y de los problemillas de algunos de nuestros amigos. La conversación con ella me resultó agradable y provechosa: toda esa información constituye el contenido de mi oración y la razón de mis sacrificios. ¡Cómo me

gustaría tenerte más cerca para seguir charlando de tantos temas como comentábamos cuando yo estaba en el mundo! Creo que la vida contemplativa, no solamente no está reñida con la vida activa, sino que las dos se dan mutuamente sentido. ¿Recuerdas cuándo discutíamos sobre el "meollo" de la religión cristiana? Cada vez estoy más de acuerdo contigo en que, más que teoría y más que palabras, el Evangelio nos enseña que el cristianismo es una cuestión de relación de personas, de, como tú decías, "comunicación" y "comunión". Espero que pronto hablemos detenidamente sobre este y sobre otros temas.

Un abrazo de tu hermana en Cristo, Sor Sagrario.

P. D. La Reverenda Madre Abadesa me indica que también te transmita sus deseos de conversar ampliamente contigo sobre Rafael.

La carta había sido leída y corregida, como dictan las Reglas, por la Madre Abadesa quien le hizo las siguientes observaciones: en primer lugar, que suprimiera todos los superlativos: la Hermana había escrito, por ejemplo, "queridísima amiga", "muy grata, muy fecunda y muy enriquecedora"; que la expresión "fuera del convento" la sustituyera por "en el mundo" y que, en vez de "estoy convencida de que la contemplación exige la información de los problemas de los hombres y de la sociedad", escribiera: **"**creo que la vida contemplativa, no solamente no está reñida con la vida activa, sino que las dos se dan mutuamente sentido".

La carta, finalmente, salió del Monasterio y Juana siguió, metro a metro, con la imaginación todo el lento recorrido hasta llegar a las manos de Lola. Fijó su mirada en el rostro de su amiga para leer con todo detalle la interpretación que hacía de cada una de las palabras y, sobre todo, la respuesta que, también mentalmente, daba a cada una de sus afirmaciones.

Si es cierto que vivir en un permanente silencio nos puede resultar agotador, también es verdad que estar inmerso en un continuo ruido, de manera inevitable, nos conducirá a una neurosis crónica.

Treinta y seis

Lola recibió, releyó y, mentalmente, fue interpretando y respondiendo a cada una de las palabras de Juana. Su primera decisión fue viajar a Madrid. Aunque estaba convencida de que la distancia geográfica no era un impedimento insalvable para establecer la comunicación espiritual con Juana, también reconocía que muchos e importantes matices de las mutuas informaciones se le escapaban si, al menos, no se fijaban en sus respectivas miradas. De la lectura detenida de la carta extrajo las siguientes conclusiones: primero, que Juana sentía una necesidad creciente de comunicarse con alguna persona de su total confianza; segundo, que las inesperadas muertes de Juan y de Rafael, no sólo le habían impresionado profundamente, sino que, quizás, le habían cambiado algunos esquemas sobre la vida terrena; tercero, que la convivencia en el Monasterio empezaba a resultarle menos grata -ella reconocía que de la lectura literal de la carta no se podía llegar a esta hipótesis, pero, conociendo a Juana, la suposición no era tan descabellada si se tenía en cuenta que no se le había escapado ningún elogio sobre su vida monástica-; cuarto, que echaba mucho de menos la actividad laboral y las relaciones con sus compañeros y, finalmente, que tenía verdadera necesidad de charlar con ella.

Sin pensarlo más, tomó nuevamente el tren hacia Madrid y, por supuesto, durante el trayecto escuchó a las inevitables compañeras de viaje que aprovechaban cualquier resquicio para contar, con toda riqueza de detalles sus vidas, en todo coincidentes con las de las anteriores viajeras.

En la primera mañana de estancia en la Capital, se dirigió al Monasterio para, sin previo aviso, hablar a través del torno con la Hermana Sagrario. Tras hacer sonar la campanilla y pronunciar el “Avemaríapurísima” de saludo, comprobó con preocupación que, en vez del otro “avemaríapurísima”, sólo se escuchaba un leve sollozo. Juana la había reconocido y no podía contener su emoción. Pero Lola intuyó rápidamente que esta reacción emotiva poseía un origen más

hondo y, posiblemente, era un síntoma de una afección más grave. Las dos guardaron silencio durante unos larguísimos segundos tras los cuales Juana dijo: “Te ruego, Lola, que no solicites una visita en el locutorio; aunque estoy segura de que permanecería durante todo el tiempo en silencio, tú sabes que, con la mirada te diría muchas cosas de las que, en estos momentos, no debería hablar: tengo miedo y me siento sola; por favor, no vengas”.

Estas palabras cayeron como una bomba en los pliegues más íntimos de sus entrañas. Sin ánimo de establecer comparaciones, tuvo la dolorosa sensación de que le habían impresionado de una manera análoga, pero más profunda, que las muertes de Rafael y de Juan. Se fue a la capilla, se sentó en un banco pero no rezó, ni pensó, ni siquiera lloró. Se sintió vacía, sola y, también, experimentó un miedo profundo, desolador e incomprensible. Escuchó un nuevo silencio hueco, frío, mortal. Perdió la noción del tiempo y del espacio. Durante un periodo imposible de calcular, se le borraron los recuerdos de las calles, de las casas y de las personas conocidas. Se le evaporó la conciencia de su propia identidad: de su pasado y de su futuro. ¿Habría muerto ella también o, simplemente, estaba soñando en un posible viaje a Madrid? Ni siquiera poseía capacidad para responder a esta pregunta. Se levantó de una manera casi automática y se dirigió al Hotel Mora donde inmediatamente concilió un profundo y largo sueño.

El viaje de regreso lo hizo sonámbula. Cuando llegó a casa de Ana no comentó nada pero su silencio, en esta ocasión, no estaba determinado por su exquisita discreción sino por la amnesia absoluta y, quizás, definitiva de toda su vida transcurrida en Madrid. Desde este momento, aquellos cuarenta años quedaron enterrados bajo densas capas de un mutismo que, al menos en apariencias, tenía mucho parecido con la muerte. Este silencio coincidió y, más que sumarse se multiplicó, con el de Ana. Fue ahora, transcurrido ya más de dos meses de su viudez, cuando ella fue adquiriendo plena conciencia del vacío que en su casa y en su vida había dejado la muerte de Juan. Daba la

impresión de que Carmelo, que nunca fue muy hablador, gastaba todas su palabras en casa de Momi y Andrés, convencido de que sus palabras no las entenderían, optó también por guardar silencio. Daba la lúgubre sensación de que, al morir el pasado, se habían esfumado todos lo vínculos que los mantenían unidos y que se habían cerrado todos los cauces de comunicación. Cuando alguno, haciendo un esfuerzo, se atrevía a contar un suceso, recibía la impresión de que los demás, como si fueran extranjeros, no entendían el significado de las palabras. El resultado era un silencio cada vez más denso y más frío, intensificado por los vestidos negros de Lola y de Ana.

El silencio es la espuma cotidiana que te hace vivir una fugaz realidad**.**

Treinta y siete

Para lograr reunir todo el ajuar que exigía el ingreso de Andrés en el Seminario, Ana acudió a las señoritas a las que, no sólo les había cosido, sino que, también, les había provisto de alimentos durante aquella prolongada escasez del Racionamiento, originada por la Guerra Civil. Todas acudían a ella para que les confeccionara las cortinas, las colchas, los manteles e, incluso, para que les tapizara los sillones y los butacones. Todas le pedían, además, que les proporcionara los garbanzos, las alubias, las lentejas e, incluso, el pan que no podían lograr en los Almacenes de Ultramarinos donde sólo se despachaban las cantidades que les correspondían a los cupones de sus respectivas Cartillas de Racionamiento, proporcionada por la Comisaría General de Abastecimientos y de Transportes. Ana confeccionó unos corsés que, en Lebrija rellenaban de esas legumbres tan escasas y tan necesarias para nuestra dieta cotidiana. En esos viajes, en los que tan rápidamente cambiaban de imagen, le acompañaban su cuñada Lola y Carmela, la madre de Momi. Todas habían logrado hacerse amigas de los guardias civiles que sólo revisaban las bolsas y las maletas, pero que nunca -no faltaba más- osaron cachearlas. Las señoritas estaban muy agradecidas a Ana porque, también, les proveía de abundantes y de variados pescados: gracias a un pequeño cojín que se colocaba debajo de las enaguas y encima del vientre, lograba que los guardias de asalto le permitieran librarse de aquellas largas colas para evitar el desvanecimiento -la fatiguita- que diariamente estaba a punto de sufrir como consecuencia del avanzado estado de la -aparente- gestación.

Entre sus clientas más agradecidas figuraban las esposas del Gobernador Civil, la del Gobernador Militar, la del Presidente de la Diputación Provincial, la del Alcalde e, incluso, la del Comandante de la Guardia Civil. A todas ellas les hizo una visita para comunicarles el inminente

ingreso de Andrés en el Seminario y para rogarles que, si lo tenían a bien, le ayudaran en la costosa tarea de reunir el ajuar porque "créame, señorita, -repetía a cada una de ellas- para meterse a cura, se necesita hoy más ropa que una mocita cuando se va a casar". Poco a poco, Ana fue depositando de manera ordenada, en aquella maleta de madera que su difunto Juan había llevado a la mili, las dos mudas completas de ropa interior, las dos camisas y los dos pares de pantalones, los dos juegos de cama, de toallas, de calcetines, de pañuelos y los cinco alzacuellos que ella misma había confeccionado con los recortes sobrantes de los pantalones de verano de los marineros. El corte de lana negra para la sotana -que le hizo la prima del padre Ternero-se lo regalaron en la tienda en la que Ana cosía; el bonete y el birrete lo confeccionaron las Hermanas de la Caridad del Colegio de la Palma y don Santiago Peral, el director de Caritas de la Parroquia de San Lorenzo y Presidente de la Acción Católica Diocesana, le donó un misal de los fieles. El colchón de virutas de corcho se lo compró Lola, y Ana le hizo un guardapolvo con un retal de tela negra que, desde hacía más de veinte años, tenía guardado Carmela, la madre de Momi. Trini se encargó de bordar las iniciales del nombre y de los apellidos en punto de cruz, en todas las prendas y en las dos talegas blancas que servirían para llevar semanalmente, a la hora de la visita, la ropa sucia y la limpia.

El treinta de julio, a las cinco de la tarde Ana, Lola y Trini acompañaron a Andrés al Seminario y con él subieron al tercer piso en el que le habían asignado la habitación que ocuparía durante todo el curso; llevaba el nombre de San Pedro Nolasco. Previamente le compraron al portero, Lorenzo, una escoba, una aljofifa y un estropajo que, esta primera vez, usaron las tres acompañantes. Le hicieron la cama, le barrieron y le fregaron el suelo, le limpiaron la palangana y, detrás de la puerta, Ana, en contra de la voluntad de Andrés, le dejo colgada la chaqueta. "Quiero que sepas -le advirtió con cierto énfasis- que tienes una madre y una casa; si en cualquier momento cambias de proyectos, te pones esta chaqueta y, sin más explicaciones, te vienes con nosotros". A partir de ese momento, los familiares, sólo podrían entrar los domingos en la sala de visitas y, por lo

tanto, la limpieza de las habitaciones era una responsabilidad de cada uno de los seminaristas. A las ocho de la tarde, un fuerte repique de campana anunció que los familiares debían abandonar el Seminario.

Cuando Ana, Lola y Trini llegaron a la casa recibieron una nueva impresión: sintieron que entraban en un espacio diferente en el que las luces, los colores de las paredes, los volúmenes de los muebles, el clima y, sobre todo, los sonidos nuevos que habían empezado a aparecer a partir de la muerte de Juan, se habían intensificado de una manera muy sensible. En aquel ambiente desconocido, los rostros, los gestos, los movimientos, las palabras y, sobre todo, los silencios adquirían extraños significados que resultaban difícilmente traducibles. Paradójicamente, los silencios de todos los ausentes, empezaron a sonar de una manera clara e insistente y, desde entonces, sus palabras, ya lejanas, y su figuras, ya distantes, constituyeron el objeto preferente de sus pensamientos, de sus deseos, de sus temores y, progresivamente, de sus conversaciones. De manera, a primera vista incomprensible, Juan se apoderaba de la vida de Ana; Rafael y Juana de la de Lola, y, en cierta medida, Andrés de la de Carmelo. En la profundidad del silencio más intimo y más misterioso, cada uno de los habitantes de esta casa dialogaba con aquellos interlocutores que, de manera definitiva, la habían abandonado. Sus voces silenciosas seguían retumbando. Andrés experimentaba también un nuevo silencio que, durante doce años, constituiría un privilegiado ámbito de resonancia de voces ya conocidas y de trascendentes llamadas.

Segunda parte: Llamada perdida

El lenguaje humano es, en su origen y en su destino, una llamada:

- llamada que es, al mismo tiempo, ruego e invitación, advertencia e insinuación, petición y entrega

- **llama el niño en su primer llanto, en su primera sonrisa y en su primer gesto;**

- **llama el adolescente con su mirada tímida, huidiza y complaciente;**

- **llama el joven con su caricia furtiva, sigilosa y apasionada;**

- **llama el adulto con su palabra y con sus hechos comprometidos;**

- **llama el anciano con sus saludos de despedida.**

Pero los lenguajes encierran en su fondo zonas oscuras de incomprensión: las llamadas nunca son respondidas del todo.

Sólo comprendemos las llamadas que resuenan en la profundidad de nuestras entrañas; las que, previamente, habíamos escuchado, quizás, antes de nacer.

Uno

La tarde en la que Paco entró en el comedor de Jeromo para hablar con Carmelo, ya hacía, al menos, cuatro meses que éste se sentaba allí junto a Momi, tras haberle dicho a su padre que tenía proyectos serios de casarse con ella. Tanto Jeromo como su mujer, Carmela, solían dejarlos solos para que, con libertad, hablaran de sus cosas pero, ordinariamente, tras contestar Carmelo con dos o tres palabras a la pregunta de Momi -¿cómo te ha ido el día?- solían gastar la tarde jugando al parchís.

Paco trabajaba en la Constructora Naval de San Fernando y había sido uno de los escasísimos amigos de Juan, el padre de Carmelo. Por culpa de la Guerra Civil, las jornadas laborales eran de diez, de once o de doce horas y, a veces, tenía que empalmar los días con la noches. Se sentía, desde hacía varios años, excesivamente cansado y, sobre todo, asustado. Sabía que Enrique, un compañero de trabajo, beato y, sobre todo, falangista, cada vez que se chivaba de que uno de los operarios, a su juicio, era "de ideas", éste desaparecía del trabajo tras ser fusilado en el espacio que separa la Plaza de Toros, del Campo de Deportes Mirandilla. En su calle debía haber algún otro de esos "cabrones" porque también allí habían desaparecido para siempre cinco vecinos. "Cualquier día -pensaba- vienen a por mí".

"Hace tiempo que quiero cambiar impresiones contigo" -le dijo sin más saludos introductorios-. "No sé si tu padre, que en paz descanse, te habrá hablado de mí, pero su manera de pensar coincidía, casi completamente, con la mía". En esta ocasión,

Carmelo sólo recordó la frase que le escuchaba a su padre Juan casi a diario: “Me cago en los muertos de quien tiene la culpa de esta puta vida”. Sí, su padre estaba convencido de que esa manera tan dura, tan penosa y tan sin sentido de vida tenía unos culpables: unos seres humanos que, por poseer un sentido más agudo de la moral, estaban decididos a impedir que siguieran viviendo los que no pensaban como ellos o, al menos, que no siguieran viviendo en libertad. Eran los que, por ser más listos, por estar más preparados o por ser más ricos, se creían pertenecientes a una clase superior: “estos canallas están convencidos de que están hechos de una pasta diferente”. Eran los que, por creer en Dios, en la Patria o en el Rey, tenían derecho a obligar a los demás a pensar, a hablar y a vivir “como Dios manda”.

Carmelo aceptó la invitación y concertaron una charla para el día siguiente, en “El Gavilán”, en la Plaza de la Cruz Verde. Cuando Paco salió del comedor, Momi le dijo a Carmelo: “Ten cuidado con este tío que su hija, mi amiga Belli, me ha dicho que es rarísimo, que está “amargao” y que se pasa todo el tiempo libre suspirando y escuchando la “Radio Pirenaica”. “Mi padre, sin embargo, -le contestó Carmelo- las dos o las tres veces que me habló de él, me dijo que era una de las mejores personas de toda la calle, el único que tiene algunas ideas en la cabeza y uno de los pocos con los que se puede hablar de cosas serias”. Los dos se quedaron durante unos minutos en silencio y los dos reflexionaron por primera vez sobre el sentido de esa expresión “cosas serias”. Para Momi, las “cosas serias” eran las que tenían relación con las faenas en la casa y con los asuntos familiares como, por ejemplo, fregar los platos, limpiar el suelo, lavar las ropas y querer mucho al marido y a los hijos. Carmelo, por el contrario, pensaba que las “cosas serias” tenían que ver con el trabajo y con la política como, por ejemplo, levantarse a las cinco de la mañana, aguantar las impertinencias de los clientes y, sobre

todo, tener que soportar como Jefe de Estado a un señor que, con los cañones, usurpó el poder al Gobierno elegido por el pueblo. En esta ocasión, sin embargo, no cambiaron impresiones sobre sus respectivas ideas sino que, sonrientes, reanudaron la partida de parchís.

Carmelo no había pensado demasiado sobre estas "cosas serias", ni sobre el trabajo ni sobre la política. Cuando saltó el Movimiento él tenía sólo cinco años y los únicos datos que poseía e interpretaba eran las sensaciones que experimentó por el ruido estruendoso que causó aquella bomba que cayó en la calle Pasquín, por la cara de desolación y por las frases sueltas de su padre. En una ocasión le escuchó decir a su madre que estaba asustada porque sabía que su padre era un "hombre de ideas". Sin embargo, él percibía cómo su padre se sentía excluido de un mundo tan irracional, injusto, hipócrita e inhumano. No aceptaba que, ni siquiera trabajando día y noche, la mayoría de la gente no tuviera lo suficiente para vivir pero, sobre todo, no podía consentir que unos pocos impusieran por la fuerza su manera de pensar, de hablar y de actuar. Ésa era la explicación de la frase que repetía como estribillo: "me cago en los muertos de quien tiene la culpa de esta puta vida". Aunque su padre nunca le hizo comentarios, por la expresión indignada cuando hablaba de "esa gente", él percibió que eran sus enemigos. "Esas gentes eran los políticos de derecha, los señoritos y los curas".

La muerte de su marido, Juan, y el ingreso de su hijo, Andrés, en el Seminario intensificaron la religiosidad de Ana y cambiaron, de manera sorprendente, su imagen del difunto. Sobre la peinadora del dormitorio colocó su foto y una lamparilla de aceite que mantenía siempre encendida. "Juan fue un santo -le repetía a su cuñada Lola-. Lo que este hombre ha tenido que aguantar no lo habría hecho si hubiera sido un ser normal

como, por ejemplo, yo. ¿Tú crees que Job tuvo más paciencia que él? Es verdad que no iba a misa, pero ¿para qué quieres más misas que su permanente sacrificio en el trabajo? Juan murió consumido por un sufrimiento que soportó en silencio para no contagiar a su mujer ni a sus hijos: Juan es un santo".

Este profundo convencimiento determinó que, si no en una beata, se convirtiera en una permanente rezadora: tras levantarse y antes de acostarse, se arrodillaba ante la foto de Juan y, con los brazos en cruz, le rezaba tres avemarías; a las siete de la tarde, en compañía de Lola y de Trini, rezaba los misterios dolorosos del Santo Rosario pero, en vez de Jesús, pronunciaba el nombre de Juan. Éste era el que sudaba sangre en el Huerto de los Olivos, era coronado de espinas, abofeteado, cargaba con la cruz y, finalmente, era crucificado. Pero es que, además, durante el resto del día, sentía la presencia de Juan; sin exagerar, a veces escuchaba hasta su respiración y, por eso, le hablaba y le pedía consejos y ayuda porque, "estoy convencida de que -perdona- lo único que hiciste mal fue morirte antes de tiempo".

Lola la escuchaba con atención y con respeto. No es que estuviera de acuerdo en la santidad de su hermano pero sí coincidía con su cuñada en la presencia activa de Juan. "Los seres humanos -le había explicado- no morimos de una manera total. El espíritu, no desaparece ni siquiera se marcha a otro lugar lejano; no se va al cielo ni al infierno, sino que se queda aquí y, a su manera, nos sigue acompañando, animando y, a veces, molestándonos. Lo malo es que no permanece instalado en un solo cuerpo sino que se divide entre los seres a los que ha amado e, incluso, se difumina en los objetos que ha usado. ¿No te has dado cuenta de que, por ejemplo, el colchón mantiene algo de su calor? Fíjate en aquella silla en la que Juan se sentaba ¿no notas que, algunas veces,

está ocupada por él? Pero, sobre todo, contempla con atención la mirada, la voz, las palabras, los gestos y los comportamientos de Carmelo, ya verás cómo es Juan el que sigue actuando".

Carmelo, desde que se había hecho novio de Momi, se mostraba aún más serio, más responsable, más reflexivo y más quejoso que antes de morir su padre pero, en vez de lanzar directamente juicios sobre los episodios cotidianos, prefería formular preguntas retóricas que, naturalmente, entrañaban una respuesta, a veces, categórica como, por ejemplo,

- ¿es posible que algunos se crean que ellos son infalibles y los demás ciegos?
- ¿pensarán que, con el agua bendita, se limpian los crímenes?
- ¿temerán que, alguna vez, el pueblo ponga las cosas en su sitio?

Tanto Ana como Lola escuchaban estas cuestiones tan genéricas sin saber exactamente sus sentidos precisos ni sus intenciones concretas, pero intuían ingenuamente que tenían su origen en el malestar que le creaban los problemas del matadero o del puesto de la gandinga. No les pasaba por la cabeza la posibilidad de que fueran las ideas que le inculcaba su padre durante la vida y, todavía más, después de muerto. Porque, aunque es cierto que Juan no solía mantener conversaciones largas, también es verdad que sus sentencias las recibía Carmelo como principios básicos de una doctrina que él iría progresivamente elaborando y, por supuesto, viviendo.

Pero es más verosímil que, como le ocurriera a su padre con su tío Andrés, aunque sin ser plenamente consciente, sus ideas, sus actitudes y sus comportamientos tuvieran como referentes negativos las ideas, las actitudes y los comportamientos de su

hermano el seminarista y los de sus amigos en el Colegio: los monaguillos de adorno y los “mamelas” de los Hermanos. Ya de mayor explicaría uno de sus principios fundamentales: “más que copiando modelos, construimos nuestra personalidad reaccionando contra los antimodelos”. Lo cierto es que una de las causas de su fracaso escolar fue su decisión de mostrar la cara opuesta del “santo” de su hermano. No podía aguantar el tierno cuadro de los dóciles amiguitos del Hermano José, revestidos con aquellas sotanas de colores y con aquellos roquetes almidonados, pero le reventaban aún más los que formaban esa fila de Congregantes del Niño Jesús de Praga rodeando al Presidente que, ufano, blandía la bandera. “Las mariconadas -decía- siempre me han fastidiado; pero, mucho más, las pamplinas de los santos de cartón piedra”. Lo cierto es que rechazó el Colegio y todo lo que él contenía: los profesores, los alumnos e, incluso, las materias que en él se estudiaban. Por eso, su padre le pidió que le ayudara en el puesto de la gandinga.

La pregunta fundamental -¿quién soy?- es una llamada a la comprensión y, en ocasiones, una solicitud de ayuda a los demás.

Dos

A las seis menos cuarto Carmelo estaba ante el mostrador del Bar El Gavilán esperando que llegara Paco. En vez de hacer conjeturas sobre el posible contenido de la entrevista, prefirió cambiar impresiones con Luis, el barman, sobre la noticia aparecida en la prensa según la cual el Carnaval gaditano se reanudaba, cambiando de fecha y de nombre: se celebraría en el mes de mayo y se llamaría Fiestas Típicas. Luis estaba entusiasmado y ya hacía varios días que apuntaba en un libretita posibles temas para tangos y para cuplés. Carmelo, por el contrario, estaba indignado; ya había hablado de este asunto ampliamente con el Batato, el vecino de Momi y el abuelo de Belli, un bajo que había formado parte de coros tan importantes como Los Pamplis. Los dos temían que las agrupaciones perdieran calidad artística y, sobre todo, picardía crítica. "El Carnaval -afirmaba Carmelo- no sólo es una válvula de escape sino, también, el único medio de expresarnos con cierta libertad y de protestar contra las mentiras y contra las hipocresías de los ricos y de los poderosos".

Paco "el Batato" defendía que, tanto la música como la letra carnavalescas, eran manifestaciones peculiares de un arte popular de notable valor, pero Carmelo prefería considerarlo como un grito irónico de las gentes oprimidas y como un lenguaje elemental e inevitable de protesta: "sólo cantamos lo que deseamos, lo que necesitamos, lo que, siendo nuestro, nos lo han arrebatado". Luis, el barman, escuchaba todas estas ideas sin llegar a comprenderlas: las fechas, en su opinión, eran lo de menos y lo importante era, eso sí, la fiesta y el cachondeo. "A mí -afirmaba- lo que me gusta es divertirme y, si salgo en alguna agrupación, es para pasarlo bien".

Paco llegó exactamente a las seis, a la hora convenida; pidió dos chiclanitas y le ofreció un cigarrillo a Carmelo quien, a pesar de que no fumaba, lo encendió para, así, alternar como lo hacen los hombres. “Hace tiempo que quería hablar contigo. No sé si tu difunto padre te dijo alguna vez que yo era amigo suyo. El pobre sufrió mucho con los delirios de grandeza de tu tío Andrés y con las fantasías de tu hermano; menos mal que murió antes de que tu hermanito ingresara en el Seminario. Antes de que saltara el Movimiento, tu padre se reunía con un grupo de militantes del partido socialista; la verdad es que él nunca se afilió pero yo estoy convencido de que tenía las ideas más claras que la mayoría de los que presumían de carné. Él repetía, por ejemplo, que el trabajador es más importante que el dinero, que la vida vale más que el trabajo y, sobre todo, que la dignidad de la persona no depende de sus capitales, de sus títulos o de sus apellidos. Éstos eran los principios en los que apoyaba sus exigencias de igualdad y de libertad”.

Carmelo escuchó todo el discurso sin pestañear y algo extrañado de que su padre hubiera sido capaz de formular todas estas ideas de golpe. Él le había escuchado algunos comentarios sueltos que estaban pronunciados, más con un tono de quejas, que de reflexión teórica. Él, sin embargo, sí se estaba habituando a extraer conclusiones de las afirmaciones que escuchaba y de los episodios que él mismo protagonizaba o contemplaba en los demás; le gustaba indagar en sus causas y buscar conexiones con otros hechos aparentemente distantes. Había pensado muchas veces, por ejemplo, en el modelo de vida de su madre que se entregó a cambio de nada a su padre y a sus hijos; le llamaban la atención sus profundos silencios que transmitían unos mensajes elocuentes sobre las acciones verdaderamente importantes. Se había preguntado sobre las razones

por las que le gustaba Momi y no Belli, porque no se distinguían ni en belleza ni en simpatía pero la primera le atraía y la segunda no.

"Mira, Carmelo -le dijo Paco- hoy lo único que pretendo saber es si tú estabas de acuerdo con tu padre o si, por el contrario, piensas de la misma manera que tu hermano Andrés. Ten la completa seguridad de que voy a guardar total secreto de lo que me digas. Es posible que, más adelante, te comente algunas cuestiones más importantes". Carmelo, en esta ocasión, no supo qué contestar o no se atrevió porque la pregunta le resultaba excesivamente ambigua: ¿en qué estaba de acuerdo y en qué en desacuerdo con su padre? La segunda parte de la pregunta le resultó más fácil de responder: "pienso exactamente lo contrario de mi hermano Andrés". Después advirtió que su respuesta también había sido demasiado imprecisa porque tampoco se refería a asuntos concretos y, en consecuencia, se prestaba a múltiples interpretaciones.

Tras despedirse, Carmelo se dirigió con prisa a casa de Momi: "efectivamente -le dijo- este tío es rarísimo; sólo me ha preguntado si estoy de acuerdo con mi padre o con mi hermano, pero no me ha dicho en qué ni para qué. ¿Qué me contestarías tú si yo te hiciera la misma pregunta?". Momi, sin pararse a reflexionar, le contestó: "Que a él no le importa con quien yo estoy de acuerdo o en desacuerdo; además, con mi padre yo estoy de acuerdo y en desacuerdo y, con mi hermano, lo mismo". Momi no sólo respondió de esta manera tan categórica sino que, además, por primera vez mostró un rostro tan airado que, por breves segundos, se le eclipsó esa serena belleza que, posiblemente, constituía la razón de las preferencias que por ella mostraba Carmelo cuya reacción fue justamente la contraria de la que podría esperar: puso su mano derecha sobre la izquierda de Momi que, tras un gesto de rechazo por la posible e

inoportuna pregunta de Paco, había dejado sobre el hule de la mesa. Quizás, temiendo que la otra Momi, la tranquila y la sosegada, se le escapara, pretendía aguantarla a su lado. Este gesto ruborizó a la novia que, hasta ese momento, no sólo no había recibido ninguna muestra de afecto, sino que -"hay que ver cómo son los hombres"-, Carmelo ni siquiera le había propuesto que fuera su prometido: "Fíjate -le dijo a Belli- que como tú sabes, cuando habló con mi padre, yo no estaba presente". Belli, tampoco había tenido novios pero era seis meses mayor que Momi y presumía ante ella de experiencia con los hombres: "No te extrañe ni te preocupes, Momi, que los hombres son muy vergonzosos y, además, tienen otras maneras de hablar diferentes a las nuestras. Con los gestos, con la miradas e, incluso, con los silencios, dicen muchas más cosas que con las palabras. Las palabras las usan, sobre todo, para mentirnos. Tú fíjate, sobre todo, en la forma de mirarte pero no lo mires de una manera descarada porque también se cortan".

Carmelo, tras tomar el plato de puchero, se despidió de Momi y se marchó a su casa reinando en las preguntas de Paco. "¿Con qué intenciones este tío pretende conocer mi parecido con mi padre o con mi hermano?". Tras quitarse la chaqueta, se sentó junto a su madre que cosía en la máquina y le preguntó directamente: "¿Yo, en qué me parezco a mi padre?". "En lo demasiado bueno que eres", le contestó sin dudarlo Ana. Su tía Lola, que estaba sentada, pensativa y con los ojos semicerrados, le dijo: "No es que te parezca a tu difunto padre, es que eres tu padre; además de lo que se te pegó de él durante su vida, has heredado su espíritu: tras su muerte, muchas de sus experiencias te las ha transmitido a ti, por eso, las huellas de sus pensamientos, de sus sentimientos las tienes grabadas en tus entrañas; por eso, cada día que pasa, tu mirada es la suya y hasta el timbre de voz es el de tu padre. Ayer, cuando te escuché hablar con Trini, me pareció que estaba escuchándolo a él".

Carmelo, se fue al dormitorio, se echó en el colchón pero, a pesar del intenso sueño, no logró durante varias horas quedarse dormido. La imagen, las escasas palabras que había escuchado a su padre y las inquietantes preguntas que le había formulado Paco le daban vueltas y más vueltas en la cabeza pero, sobre todo, a él le inquietaba el posible parecido con su hermano Andrés, el Curita.

Hay llamadas silenciosas que sólo escuchan quienes están dotados de un corazón noble

Tres

Cuando sonó el despertador, Carmelo se sentía excesivamente desfallecido, carecía de fuerzas para desperezarse, tenía la cabeza aturdida y temía que el padre también le hubiera dejado en herencia ese cansancio crónico de sus últimos meses. Tras un supremo esfuerzo, se levantó, se lavó la cara en la palangana y salió a toda prisa para el matadero. Al puesto de la gandinga solía regresar en el tranvía que lo dejaba en el Paseo Canalejas y, desde allí, iba a pie al Mercado tras tomar un café y medio "chusco" con aceite y azúcar. Abría el puesto, sacaba de los cubos con hielo los productos sobrantes del día anterior y esperaba a que llegara el camión con los pedidos que él había hecho para ese día en el matadero. Con expresiones complacientes y con piropos generosos saludaba una a una las fieles clientas a quienes retenía, no sólo gracias a su complaciente trato, sino también, merced a la largueza con la que pesaba las compras y a la paciencia con la que esperaba su abono. En un pequeño blok iba apuntando el precio de la compra diaria que, siempre que podían, le abonaban al final de la semana, cuando sus respectivos maridos les entregaban el sobre.

En esta ocasión, a Carmelo le "escamó" -esta fue su palabra- que dos hombres tan arreglados aguardaran en la corta cola. Vestían con trajes oscuros, camisas claras y corbatas discretas. Ofrecían un aspecto sobrio y unas expresiones -le dijo después a Momi- "antipáticas". Cuando se quedaron solos le preguntaron directamente:

- "¿Es usted Carmelo?".

- "Sí, ¿por qué? ¿Quiénes son ustedes?". Contestó él, con extrañeza y con disgusto indisimulados.

- “¿Es usted hijo de Juan?”

- “Sí, Juan, que en paz descanse, era mi padre”.

- “¿Conoce usted a Paco?”

- “¿Qué Paco? ¿El vecino de Momi?”

Esta última pregunta se le escapó a Carmelo, e, inmediatamente advirtió que esos señores no conocerían a su novia.

- “Venimos para comunicarle la prohibición de participar en reuniones políticas clandestinas; la próxima vez que tengamos noticias de que usted participa en una de ellas, lo llevaremos a declarar a la Comisaría”, y sin dejar que Carmelo le pidiera explicaciones, dieron media vuelta y se alejaron.

Carmelo se quedó atónito y a punto de llorar. Un miedo profundo le invadió todo su organismo y tuvo la impresión de que había contraído la parálisis. Advirtió cómo la vista se le nublaba y los puestos de enfrente, difuminándose progresivamente, desaparecían. Cuando volvió en sí, se encontraba en su casa sobre la cama, rodeado de su madre, de su tía, de Trini y de Momi. Eran ya las siete de la tarde y, aunque se le habían borrado todas las escenas de la mañana, sentía una incontrolable y angustiosa sensación de temor: “me cago en los muertos de quien tiene la culpa de esta puta vida”, fueron sus únicas palabras y su única explicación. Nadie le había preguntado, porque todos habían aceptado el diagnóstico del médico, el doctor López Cruces: “Este muchacho trabaja demasiado, se levanta muy temprano y necesita vitaminas; le ha dado una lipotimia, una bajada de tensión, y ha perdido el conocimiento. En cuanto tome algo caliente, se pondrá bueno”. Y allí estaba su madre esperando que se despertara para darle el caldo sustancioso que acababa de hacer.

Carmelo, durante varios meses, no habló con nadie del episodio que había protagonizado aquella mañana y, por eso, no se enteró de que una de sus clientas, Mercedita, "la escamondá", como la llamaba su padre, lo había encontrado tendido en el suelo del puesto y avisó para que, en las parihuelas en las que trasladaban la fruta del Mercado del Campo del Sur hasta la Plaza de Abastos, lo llevaran a su casa provocando los comentarios lastimeros de los que creían que, desgraciadamente, había fallecido. Nadie supo, tampoco, el contenido de la brevísima entrevista que mantuvo con aquellos dos policías secretas, ni del susto que, durante largos años le invadió todo el organismo porque, como él se decía a sí mismo, "siento miedo en la cabeza, en el pecho, en el estómago y hasta en los dedos de los pies".

Se sucedían los días pero a él le seguían rondando por la cabeza unas inquietantes preguntas que carecían de respuestas verosímiles. ¿A qué reuniones aludían estos señores? No es posible que se refirieran a la entrevista con Paco en el Gavilán: no era una reunión ni era política. Pero también le sobrevolaba otra idea que, en manera alguna, podía admitir: "¿Sería Paco uno de esos chivatos, encargado por la policía social de conocer la ideología de sus vecinos?". Carmelo, a pesar de no poseer ideología; a pesar de no asistir a reuniones; a pesar de no hablar de política, estaba fichado por la policía y, lo que es peor, sentía el pavoroso miedo del que se ve vigilado y perseguido, sin conocer la razón de tales amenazas. ¿Sería este temor otra de las herencias que le había transmitido su padre?

A su regreso a casa de Momi fue recibido con incontrolado alborozo y la misma novia, delante de sus padres, le dio un beso en la mejilla. "Tienes que comer más, que te estás quedando demasiado flaco", fueron las palabras de saludo. Cuando entró Belli para

preguntarle cómo seguía, Carmelo no supo disimular una reacción física de miedo. Fue una respuesta del organismo sin estar acompañada del pensamiento ni casi de sentimientos: le entraron ganas de llorar y, nuevamente, cogió la mano izquierda de Momi. Menos mal que entró Carmela con medio chusco con aceite y azúcar para cada uno y les dijo: "a merendar si no queréis que otra vez os dé una fatiguita".

Conforme avanzaban los días, Carmelo se volvía más taciturno; lo habían notado las clientas, su madre, su tía, Trini y, sobre todo, Momi, Carmela y Belli. Ya habían cambiado impresiones y todas coincidían en que era falta de vitaminas, pero Momi, si atreverse a decirlo, había advertido que, a veces, se quedaba en blanco o demasiado pensativo y que no atendía a sus palabras. Hasta jugando al parchís se paraba antes de mover las fichas dando la impresión de que estaba en otro mundo. Aunque no le comentó nada, se dio perfectamente cuenta de que, cuando le dijo "esta mañana me ha preguntado por ti Paco, el padre de Belli", Carmelo se quedó totalmente blanco y, a los pocos segundos, cambió de conversación.

Ana, finalmente, le expuso a su cuñada el motivo de sus preocupaciones. Ella, aunque repetía que la explicación de la mala cara de Carmelo era la falta de vitaminas, temía que las raíces, mucho más profundas, podían alojarse en los pliegues más hondos de sus convicciones. Hasta este momento, ni siquiera se le había ocurrido pensarlo, pero tampoco había pasado por alto la coincidencia de algunas de frases aparentemente espontáneas con las de su difunto padre. El malhumor de Juan en la casa tenía un origen que ella había identificado: su disconformidad radical con una organización política irracional, injusta e inhumana. Las raíces se hundían en el sufrimiento que le producía su impotencia para, al menos, conversar sobre un modelo de ser humano y de sociedad más

equitativo y menos arbitrario. A pesar de que lo habían detenido por comunista y lo amenazaron con la cárcel y, quién sabe si con el fusilamiento, él le había dicho a ella -y ella lo creía- que "no sabía qué puñeta era eso de comunismo". Nada de esto sabían sus hijos y su cuñada, sin quererlo creer, se estaba enterando en estos momentos.

La tía Lola, a pesar de su tendencia a los análisis y a la reflexión, no entendía nada. Ella era creyente y, sobre todo, una lectora asidua de los Evangelios. No comprendía cómo los señoritos eran los defensores de la Iglesia de Jesús de Nazaret y los obreros eran los que la atacaban. Ella que, sólo de vez en cuando asistía a misa, comprobaba cómo los escasos fieles eran gentes acomodadas y, sin embargo, nunca se encontró con algún vecino de su calle. Pero la prueba más clara la tenía en la procesión del Corpus formada con hombres bien trajeados y compuestos. No le llamaba demasiado la atención el arte de la Custodia de plata ni el lujo de los bordados en oro de los ornamentos de los canónigos y del obispo, sino el nivel social, económico y político del cortejo que representaban a los miembros de una comunidad de seguidores de Jesús, el que nació en una cueva, escogió a sus colaboradores entre los pescadores y murió desnudo en una cruz. Contemplaba el rostro satisfecho de los que, ufanos, portaban los cirios, las banderas y los varales del palio.

La procesión del Corpus constituía para ella la muestra sociológica de los cristianos de la ciudad, de ese grupo de pudientes o de poderosos. Sobre la imagen de Jesús del Evangelio, pobre, sencillo, amigo de enfermos y de prostitutas, ella proyectaba las voces satisfechas de los que cantaban: "Cristo, vence, Cristo impera, Cristo reinará; flote al viento la bandera y a sus pliegues la victoria va", y se acordaba de su hermano Andrés que, año tras año lucía nuevas condecoraciones y galones comprados en la calle

Columela, y, sobre todo, evocaba la figura de su sobrino Andrés, Presidente de los Congregantes del Niño Jesús de Praga, luciendo la medalla y el escudo de la Congregación y exigiendo respeto y veneración a tan alta misión. ¿Quién era más cristiano, su hermano menor, el pobre Juan, abatido ante el espectáculo de un mundo fratricida, o, por el contrario, el mayor, el presumido Andrés, exaltando a los poderosos?

¿Quién sigue el Evangelio -se preguntaba- su sobrino Andrés que pretende salvar al mundo con procesiones, con himnos de victoria, con amenazas de castigos eternos, con ansias de santidad, con voluntad de mando y con una insaciable ambición de poder, o Carmelo, que, mediante el silencio y el trabajo, aspira a lograr un mundo más justo, más libre, más solidario y más fraterno? ¿Cuál de los dos está más cerca del mensaje de Cristo? ¿Los dos o ninguno?

En ocasiones, la mejor manera de responder a una llamada es ignorarla

Cuatro

La noticia, a pesar de ser secreta, corrió de boca en boca por todo el vecindario: a Paco, tras prestar declaración en la Comisaría durante dos días con sus noches, lo habían encarcelado por rojo. Cuando Momi se lo dijo, Carmelo se sorprendió pero, en contra de la sensación general de disgusto que experimentaron los demás conocidos, su impresión era grata y tranquilizadora: "No te puedes imaginar -le dijo- la calma que me ha producido esta información". "A mí también -le replicó Momi-. Te confieso que, desde que su hija me dijo que tenía ideas de izquierda, yo temía que pudiera hacernos algún daño".

Momi había escuchado insistentes comentarios de que los rojos habían incendiado varias iglesias como, por ejemplo, la de Santo Domingo, donde estaba la Patrona, y la de Santa María, donde se veneraba al Nazareno. Sabía que también habían destruido el Colegio de la Viña, el de los Hermanos de las Escuelas Cristianas, y en el que había estudiado su padre. Su madre le había contado con detalle el espectáculo cómico que daban las monjas de clausura peladas al cero y vestidas de paisano, buscando refugio en casa de las señoritas. De la persecución sólo se habían librado las Hermanitas de la Cruz quienes, a veces, eran protegidas por los mismos que quemaban las iglesias. "¿Te imaginas lo que hubiera pasado si a Paco se le ocurre prenderle fuego a esta casa? Créeme que, desde que me dijeron que era rojo, yo me voy fijando en la cara de los demás hombres para comprobar si alguno se le parece".

Pero la tranquilidad de Carmelo se debía a razones totalmente opuestas. Desde la primera entrevista en el Bar El Gavilán temía que Paco fuera, no un rojo sino el chivato que contaba a los policías las conversaciones sobre política que mantenían sus vecinos. En esta ocasión prefirió no darle explicaciones a Momi para no entrar en discusiones sobre la bondad o maldad de los rojos o de los azules.

Mientras tanto Paco, totalmente aislado en una celda de castigo de la cárcel, rumiaba una y otra vez cada una de las preguntas, analizaba las afirmaciones y sentía de nuevo las bofetadas que había recibido en la Comisaría. Por primera vez en su vida había experimentado el sentimiento profundo de la vejación. Unos hombres iguales que él, sin razón alguna lo trataban como nunca lo hubieran hecho con un animal. Sus compañeros le habían advertido que, en caso de que lo detuvieran, se mantuviera digno y fuerte pero él -varios años después se lo confesaría a Carmelo- estuvo a punto de cantar el "caralsol" con el brazo en alto. "Sentí miedo, vergüenza, rabia y, sobre todo, impotencia y debilidad. Sí, lloré como un niño chico y -perdóname que te lo diga- me meé por las piernas abajo. No pude ni supe contestar nada de lo que me preguntaban: te juro que no comprendía nada ni siquiera escuchaba lo que me decían".

A los diez días lo despidieron sin darle explicaciones de su ingreso ni de su salida de la cárcel. En su casa estuvo otros quince días en la cama aquejado de una fiebre alta y de una desgana biológica de seguir viviendo. Cuando, gracias al tratamiento del doctor López Cruces, "se le bajó la calentura", inició la costumbre de sentarse delante de la casa puerta cubierto sólo con la camiseta interior y en completo silencio. Salvo la explicación que le proporcionó a Carmelo diez años después, nunca se refirió a su amarga experiencia en la Comisaría o en la cárcel. Tanto su mujer y su hija como los demás vecinos estaban convencidos de que en la cárcel le habrían aplicado alguna droga para borrarle la memoria y, sobre todo, para dejarlo sin habla. Carmelo, no sólo le perdió el miedo sino que, progresivamente fue sintiendo por el un profundo respeto y un intenso cariño. Diariamente se sentaba a su lado y reflexionaba sobre la misteriosa condición humana y sobre las raíces secretas del odio: esa fuerza destructora tan intensa, tan general y tan incontrolable. "¿Dónde está la clave -se preguntaba- por la que, sin dar razones, los seres humanos consumen todas sus

fuerzas para aniquilarse mutuamente? Unos matan para defender la cruz mientras que otros asesinan para borrarla de la faz de la tierra".

Lola -que había amado a un militar del Ejercito Nacional, adornado de nobles sentimientos- reflexionaba también sobre este enigma pero, en vez de relacionar ideas, comparaba los comportamientos de personas muy próximas que militaban en bandos opuestos. No sólo ponía juntos a sus dos hermanos y a sus dos sobrinos, sino que valoraba el modelo de vida de José Luis, su primo, que era maestro en Conil de la Frontera que había recibido la misma formación cristiana que sus dos hermanos Andrés y Juan. Por culpa de su cojera, no le admitieron el ingreso en la Congregación de los Hermanos de las Escuelas Cristianas pero él, para responder a su vocación, tras estudiar la carrera de magisterio, se dedicó a dar clases a niños pobres. Su modelo era Jesús y su compromiso el de servir a los más desfavorecidos para que se abrieran camino en la vida. Aunque es cierto que lo miraban como "hombre de orden" -"del orden establecido", decían los más críticos- tanto los padres de alumnos de derecha como los de izquierda admiraban su dedicación y le mostraban su agradecimiento. Todos decían que era un hombre bueno y él solía explicar que seguía los consejos de Jesús de Nazaret que era quien, además, le proporcionaba las fuerzas. Era un hombre que inspiraba confianza y respeto. Pero, junto a él, situaba a su otro primo Sebastián quien defendía que mientras los curas no se separaran de los poderosos, no estaba dispuesto a escuchar ninguno de sus vacíos sermones. Ella, sin embargo, no estaba dispuesta a dejarse "comer el coco" ni por los de un lado ni por los de otro y sólo pedía que tanto los de derecha como los de izquierda, tuvieran más vergüenza, más respeto y, sobre todo, mayor humanidad. Hacía poco tiempo que había hecho este descubrimiento tras advertir que tanto los que defendían una mayor justicia como los que predicaban la caridad, adoptaban un tono de suficiencia y, a veces, daban la impresión de que con el énfasis de sus palabras trataban más de imponer sus doctrinas y mediante éstas ampliar sus poderes.

Ana le escuchaba algunas de estas reflexiones pero no solía participar en sus comentarios porque para ella la religión, la política y la vida tenían poco que ver entre sí. “La religión es cosa de la otra vida; de los que ya han fallecido y de nuestro trato con ellos. Fíjate cómo el Señor, la Virgen y todos los santos son muertos, igual que Juan que, cuando más lo necesito, viene a ayudarme. La política es cosa de unos pocos locos que se creen que mandan en los demás pero que, en realidad, lo único que hacen es pelearse entre ellos y fastidiarnos a nosotros. Y la vida es lo que hacemos tú y yo para comer todos los días, para querernos, para ayudarnos y para divertirnos: es el trabajo, el cariño y la juerga”.

“Eso, eso, -subrayaba Trini- lo que hace falta es más juergas. Así se quitan las penas y hasta se olvida el hambre”. Trini era una observadora privilegiada de ese mundo tan “raro” -esta era su palabra- de la casa en la que ella era aprendiza. Tan próxima a su familia, la que allí vivía era totalmente distinta. “¡Qué manera de complicarse la vida! El difunto Juan, un carnicero, continuamente preocupado con la justicia social; su hermano Andrés, un simple cabo del Ejército, presumiendo de galones; Lola, una solterona, reflexionando sobre el amor y sobre el odio; Ana, una viuda, charlando permanentemente con su difunto esposo; Carmelo, un imberbe, discutiendo sobre ideologías políticas mientras que su hermano Andrés, estudia y reza en el Seminario porque tiene vocación de Cardenal”. Ella estaba convencida de que la cosa era más sencilla: era cuestión de vivir cada día, cada minuto; levantarse dispuesta a trabajar lo necesario y a divertirse lo posible. La mayoría de los problemas se arreglan por sí solos y los demás no los soluciona nadie. Para tranquilizar a Carmelo le solía repetir: “los problemas de ayer ya no son problemas y los de mañana, todavía no lo son; si te ocupas sólo de los de hoy, ya verás cómo los puede resolver”. Y siempre terminaba con la misma frase “¡Hay que ver lo complicada que es esta gente!”.

En cualquier momento podemos encontrar la ocasión de recuperar la llamada perdida

Cinco

Belli había notado que Momi no estaba tan contenta como en los primeros días de su noviazgo con Carmelo. Por primera vez la había visto preocupada y un poco ida. Cuando salían de compras, Momi tan comunicativa hasta entonces, guardaba silencio o sólo respondía con monosílabos afirmativos o negativos. Belli daba vueltas a su imaginación para lograr identificar las posibles causas de la progresiva turbación de su amiga. "Lo que le pasa -pensaba- es que se ha asustado con la detención y con el encarcelamiento de mi padre. Ella estaba convencida de que en la cárcel sólo encerraban a los ladrones o a los criminales y, a lo mejor, se cree que mi padre ha cometido algún delito. O, quizás, es que siente miedo por su Carmelo. Ella sabe que, antes de que mi padre fuera a la cárcel había hablado con él y, después, cuando ya se le ha quitado la fiebre, todas las tardes se sienta con él delante de la casapuerta. ¿Temerá que también lo metan en la cárcel?".

La respuesta le vino sin que ella le hiciera la pregunta. "Tengo que hablarte de un asunto importante para mí, y me gustaría, además, pedirte un consejo: ¿cómo crees tú que deben ser las relaciones entre dos novios?". Belli se sintió sorprendida e intrigada por esta pregunta. Ella advirtió que no le planteaba una cuestión teórica sino que pretendía hablarle del comportamiento de Carmelo; por eso, en vez de contestarle inmediatamente, le respondió con otra pregunta: "¿te refieres a la confianza, a la sinceridad o al cariño con el que deben tratarse dos personas que se quieren?". "Me refiero -le constestó Momi- a todo eso y, sobre todo, al cariño. Tengo la impresión de que Carmelo es demasiado callado y demasiado frío. ¿Será que no está enamorado de mí o es que es un poco tímido? Apenas me habla de sí; no me cuenta sus cosas; al

principio del noviazgo sólo jugábamos al parchís y, ahora, desde que tu padre salió de la cárcel, se sienta todos los días junto a él en la casapuerta hasta que mi madre lo llama para que tome el puchero".

Belli la comprendió desde las primeras palabras y, aunque es cierto que no esperaba que le fuera a preguntar sobre este tema tan íntimo, no le sorprendió excesivamente porque estaba convencida de que era de verdad una amiga. "Claro que sí, Momi, los novios tienen que ser, sobre todo, cariñosos. Los maridos se tienen que amar; los hermanos apreciar; a los padres tenemos que respetarlos pero a los novios es otra cosa que se llama cariño y que es el amor convertido en juego, en diversión y en placer. Hasta este momento no había caído en la cuenta de que el noviazgo es la época más divertida y de que el aburrimiento es la señal de que algo -lo principal- no funciona". Momi reaccionó de manera casi automática: "No es que no nos tengamos cariño; es que, a lo mejor, no sabemos expresarlo". Pero justamente ésta era la cuestión que Belli pretendía abordar pero no sabía cómo iniciarla o no se atrevía a plantearla: "En mi opinión, el cariño es, sobre todo, una de las maneras de expresar el amor: la forma más jovial o, como te dije antes, la más juguetona; es muy parecida a la manera que nosotras, las mujeres, tratamos a los niños pequeños ¿No te has fijado cómo los abrazamos, los acariciamos y los besamos? Pues de esa misma forma se tienen que relacionar los novios".

Momi comprendía y aceptaba estas explicaciones pero sus dudas se referían, sobre todo, a la estrategia que debía emplear. No sabía si, por ejemplo, era ella la que debía tomar la iniciativa, si debía hablar con claridad con Carmelo o si, por el contrario, era más eficaz hacerse la tonta y esperar, sin más, a que surgiera la ocasión. Es cierto

que Belli carecía también de experiencia pero tenía mayor soltura para conversar sobre estos temas y es posible que lo que Momi pretendiera era escuchar decir a su amiga lo que ella estaba pensando. “Debes ser hábil -le dijo claramente Belli- para que él solo se convenza de que es el director de todas las operaciones. No pierdas de vista que la mayoría de los hombres son contradictorios, ingenuos y vergonzosos pero, además, suelen ser tan torpes que no se dan cuenta de esta manera de ser. Nuestra fórmula más segura y, también, la más difícil es darle la impresión de que nos creemos que son todo lo contrario: coherentes, astutos y decididos. Creo que si, durante unos días, te muestras discreta y callada, es posible que él, por muy ocupado que esté en esos asuntos de política, se fije más en ti y se esfuerce por animarte. Si te pregunta qué te pasa, tú, en cualquier caso, le dices que no te ocurre nada. Más adelante seguimos hablando de estas cosas que, sin duda alguna, son las más importantes”.

Por una feliz coincidencia, Trini estaba viviendo también en esos mismos días unas experiencias inversas. Hacía menos de una semana que Lorenzo, su vecino, la había invitado al Cine Cómico a una película de Jorge Negrete y, nada más empezar el NODO, le echó el brazo por encima del hombro y, tras darle un sonoro beso en la mejilla izquierda, le dijo: “Trini, tú eres la más guapa y la que estás más buena de toda la calle, y yo quiero ser tu novio”. “Déjate de tonterías ahora y me lo dices después -le respondió ella- que como nos vea el acomodador, nos va a echar del cine”. “Pero, hay que ver cómo son los hombres -le explicaba a Ana-; cuando ya salimos del cine no ha vuelto a decirme nada. ¿Usted cree que podría proponerle que me invite otra vez al cine?” La respuesta de Ana coincidía con la que Belli le dio a Momi, pero era aún más explícita: “Con los hombres, sobre todo con los más atrevidos, tienes que mostrarte comedida y, si hace falta, hasta tímida; como adviertan que eres una presa fácil, pierden

todo el interés y te dejan, nunca mejor dicho, compuesta y sin novio. Después de esta experiencia, no se te ocurra pedirle que te invite al cine; es más, si él toma la iniciativa, le dices que espere para más adelante. Mi caso fue distinto porque el pobre de Juan, no sé si por su trabajo o por la política, estaba ensimismado, no veía lo que pasaba a su alrededor y, si no lo animo, estoy segura de que se queda soltero toda la vida".

Lola escuchaba estas conversaciones en silencio y sin mostrar su profundo desacuerdo. "Nosotras -pensaba- somos, en gran medida, las responsables de que nos sigan tratando como unas simples adolescentes. Aunque dé la impresión de que, al principio, salimos perdiendo, a la larga todos ganaremos si nos comportamos como seres humanos adultos. En nuestras relaciones de pareja hemos de ser claras, directas y sinceras: la palabra es nuestra mejor herramienta y, en caso de que no sepamos emplearla de manera ágil y eficaz, la única manera de sustituirla es el silencio. Hemos de tener claro, además, de que, con nuestras miradas y, sobre todo, con nuestros comportamientos, también podemos explicarnos e, incluso, comunicarnos".

Pero Ana ya conocía su manera de pensar e insistía en un planteamiento más realista y, sobre todo, más práctico: "las relaciones de pareja siguen unas reglas especiales que nada tienen que ver con la lógica y, si no se conocen o no se respetan, fracasan por muy buena voluntad que tengamos. Por eso yo te aconsejo que, mientras que seas novia, no te preocupes si pareces una niña chica; ya verás cómo, cuando te cases, las cosas cambian y, entonces, te haces cargo de la casa, del dinero, de tus hijos y, por supuesto, de tu marido. No pierdas de vista que los hombres siempre necesitan y buscan una madre que los acoja y proteja".

El principal mensaje de las llamadas es dar cuenta de la existencia personal: “soy yo el que te llama”

Seis

Ante la sorpresa de Momi, Carmelo, tras tomar el puchero que le había servido su futura suegra, le dijo: "Mañana daremos un paseíto por la tarde". Era la primera vez que iban a salir de paseo juntos. Antes de ser novios formales, Carmelo había acompañado a Momi y a Belli a hacer compras por el barrio pero, hasta este día, no habían salido solos ni habían ido de paseo. Hacía tiempo que Momi había soñado con ese paseo que iba o constituir la presentación de su noviazgo ante la sociedad. Los vecinos de su casa y los de toda la calle ya sabían que eran novios pero ella tenía deseos de que sus amigas del colegio, las Hermanas de la Caridad, Alfonso, el de la Droguería, Juan el del Almacén de los Largos y hasta Antonio, el ciego que vendía los cupones en la Plaza de la Cruz Verde, se enteraran de que Carmelo era su novio. Tener novio era un título que acreditaba un estatus social peculiar; a partir de ese momento el trato de los demás hombres, y, de manera más concreta, las bromas, debían de cambiar de tono y de contenido: un piropo subido, por ejemplo, supondría una falta de respeto, sobre todo, al novio.

Pasearon por la calle Columela, por la plaza Mina, y por la Alameda donde estuvieron durante un largo rato asomados a la balaustrada contemplando la Bahía y los barcos que volvían de las faenas de pesca. De regreso, en el El Gavilán Carmelo tomó un chiclana y Momi, una naranjada. La tarde había sido, en palabras de Momi, "deliciosa y estupenda" hasta que, sin motivo aparente, Carmelo cambió de manera violenta de expresión y le dijo a la novia: "vámonos inmediatamente". "¿Qué te pasa? -le preguntó ella-. "Nada -respondió él- pero a este tío me lo cargo". Carmelo no entró en casa de Momi; se despidió en la puerta con un suave beso en la mejilla y con un "hasta

mañana". A Ana también le sorprendió el rostro "cabreado" de su hijo y, sobre todo, que sin darle un beso, se dirigiera a la cama sin, ni siquiera, darle las buenas noches ni un beso.

Momi también se acostó sin cenar con la intención de repasar segundo a segundo y centímetro a centímetro todo el paseo. Pero le costó más de lo que esperaba rebobinar esa fantástica película porque, una y otra vez, se superponía la escena final, la del beso espontáneo e inocente de despedida de Carmelo, a pesar de que su mirada preocupada se dirigía a horizontes lejanos, quizás, cubiertos de amenazantes nubarrones. Pero ella quería retener las sensaciones intensas que había experimentado con aquél roce suave, cálido y acogedor, con aquel aliento estimulante y, al mismo tiempo, tranquilizador. Recordaba el viento leve de levante, las luces suaves del ocaso en aquel balcón de la Alameda, el movimiento permanente de aquel mar alegre, el ritmo cansado de los barcos cargados de pescados, pero, en primer plano, una y otra vez, sentía el calor vivificante de ese sencillo gesto que, a lo mejor, había sido un mero movimiento incontrolado. Pero, cuando se despertó por la mañana, la primera imagen que le vino a la cabeza fue la del rostro crispado con el que Carmelo salió del Gavilán tras tomarse la copa de chiclana. "¡Hay que ver lo raros que son los hombres!", se dijo para sus adentros e intentó nuevamente disfrutar con el paseo de la tarde anterior pero, en esta ocasión, se le escapaban muchos detalles porque, lo que realmente le preocupaba era el saludo con el que esa tarde recibiría a Carmelo.

La imagen con la que Carmelo se fue a la cama era muy distinta. Por más esfuerzos que hizo, no fue capaz de borrar de su imaginación la expresión meliflua de Luis, el barman de El Gavilán que, con esa sonrisa hipócrita, le había repetido las

mismas preguntas que los policías secretas -"Y Paco, ¿qué tal? ¿cómo sigue? ¿tú también vas a sus reuniones políticas?"- Sí, ese hijo de puta es policía y está ahí camuflado, escuchando las conversaciones de los ingenuos tontajos que cuentan sus batallitas para, después, llevarlos a la Comisaría y meterlos en la cárcel. Como me vuelva a hacer otra pregunta, le parto la boca".

Menos mal que, tras los jaleos del matadero y de las bromas con las clientas del puesto de la gandinga, Carmelo se serenó y empezó, nuevamente, a enfocar esas cuestiones políticas de una manera más desapasionada porque, como por primera vez le reveló a Momi, "es el único tema que me saca de quicio. Yo no sé si te has fijado que a mí se me puede hablar de cualquier cosa: del trabajo, de la familia, del fútbol, del flamenco y, hasta del carnaval. De todas ellas tengo mis propias opiniones pero también soy capaz de escuchar a los demás, de considerar sus propuestas y, algunas veces, de aceptarlas. No sé si me equivoco, pero tengo la impresión de que soy razonable y controlado a la hora de discutir pero, reconozco que, cuando se trata de política, sobre todo, con ciertos fulanos, me resulta imposible dominarme. Ésta ha sido la razón profunda de mis permanentes y violentas disputas con mi hermano Andrés durante varios años y, sobre todo, ésta es la causa de nuestra irreconciliable separación. Con él sólo hablo del tiempo y de la carestía de la vida. Muchas veces he reflexionado sobre esta sensibilidad maniática y he llegado a la conclusión de que debe tener raíces biológicas y no sólo porque sea una herencia paterna, sino por la relación que existe entre esos temas y mis experiencias vitales primeras. Yo nací cinco años antes de que saltara el Movimiento y el miedo reflejado en el rostro de mi padre durante todo el tiempo de la Guerra lo tengo grabado en los pliegues más íntimos de mis entrañas. Mi padre no murió de un cáncer como diagnosticaron los médicos sino de miedo de que por

el chivatazo de uno de esos hijos de mala madre lo encarcelaran y lo fusilaran por el hecho de haber defendido un reparto más justo de los beneficios de los trabajos. Ese miedo lo he heredado y, posiblemente, ahí reside mi mayor fragilidad y ojalá que no me lleve también a la tumba".

A Momi esta larga charla le conmovió por un lado y le preocupó por otro. A pesar de no haber reflexionado nunca sobre las cuestiones de política, tenía una vaga impresión de que los hombres que trataban estos temas eran raros, sensibles, soñadores y un poco agresivos. En su casa nunca había oído hablar de política y Belli le había dicho en confianza que su padre era un "jartible" dándole vuelta, durante todo el día, al tema de las derechas y de las izquierdas. "A mi padre -decía Belli- no se le puede hablar de otra cosa que ni sea la política: no de cine, ni de flamenco, ni de modas, ni siquiera de carnaval".

Y Momi, que temía que lo mismo le fuera a ocurrir a su Carmelo, tras escuchar su confesión, quiso hacer una prueba formulándole una pregunta sobre carnaval: "A ti ¿qué te gustan más, los coros o las chirigotas?". La pregunta era oportuna porque, justamente, ese año se iban a reanudar la tradición de las agrupaciones carnavalescas, prohibidas desde el comienzo de la Guerra so pretexto de evitar abusos y desórdenes sociales. Pero la respuesta de Carmelo tuvo un alcance más amplio porque se refirió al sentido auténtico de esa fiesta tan profundamente popular: "A mí lo que no me gusta es la adulteración de las manifestaciones más genuinas del pueblo. Prefiero su prohibición. El cambio de fechas persigue, en mi opinión, convertir el carnaval en una simple cabalgata del humor, en una procesión laica, en un desfile de payasos. El carnaval es un espacio y un tiempo que pertenecen en exclusiva al pueblo, es una oportunidad que se le

concede, o una ocasión que el pueblo aprovecha, para expresar su visión de los comportamientos de los poderosos: es un grito, una queja y, al mismo tiempo, la manifestación de un resquicio de esperanza. Las autoridades, con tantas normas, pretenden encauzar una corriente que, por su propia naturaleza, es libre y espontánea".

Momi escuchaba todas estas reflexiones con atención y con sorpresa. No quería perderse ninguna de las palabras pero no comprendía cómo la fecha de una fiesta tan sencilla y popular tuviera una importancia tan decisiva. Ella, hasta este momento, estaba convencida de que se trataba sólo de divertirse y de jugar. "¡Hay que ver lo que saben los hombres!", le dijo a Belli tratando de repetirle algunas de las ideas de Carmelo. "Dice que el carnaval es mucho más que una fiesta; que cuando cantan los coros y las chirigotas lo que hacen en realidad es contar sus penas y, sobre todo, pedirles cuentas a las autoridades de las cosas que ellas hacen mal, de los abusos que cometen y de las promesas que no cumplen. Pero yo pienso que eso se puede hacer en cualquier mes del año y, además, como dice el Alcalde, el mes de mayo es mejor que el de febrero porque no hay tanto peligro de que las lluvias estropeen la fiesta. Yo no me atrevo a contradecirle a Carmelo porque, la verdad es que no entiendo de estas cosas y, sobre todo, porque temo que me diga que esto también es una cuestión de política y me arme otro escándalo".

Belli sí tenía algunas ideas que había escuchado en conversaciones entre su padre y su abuelo quien, antes que ella naciera, había salido en varios coros. No las había examinado ni, mucho menos, se había preocupado por ordenarlas. Por eso, tal como le venían a la boca, se las mostró a Momi como si fueran teorías originales: "Yo estoy convencida de que nuestro carnaval, es sobre todo, arte. Fíjate que es, al mismo tiempo, música, literatura y teatro. Mi abuelo dice que los primeros coros estaban

formados por grupos de esos vascos que, aunque venían de paso, se quedaban aquí para disfrutar de este clima tan suave y sobre todo, para divertirse con nosotros. La verdad es que a mí me caen muy bien todos los que conozco. Las chirigotas, por el contrario, son copias de las charangas de los cubanos. Tú sabes que desde este muelle iban muchos barcos a la Habana. Pero tanto los tangos de los coros como los cuplés de las chirigotas, están aliñados con la sal de este pedazo de tierra por donde han pasado tantísimas gentes". Pero el tema del que Belli quería hablar era otro muy distinto; tenía curiosidad por conocer si, por fin, Carmelo y Momi ya estaban haciendo algunas prácticas en el aprendizaje del lenguaje amoroso. No se atrevió a preguntarlo y prefirió, de momento, prestar mayor atención a sus relaciones.

Toda llamada incluye una oferta

Siete

Aquella profunda impresión que le produjo el primer beso que Carmelo le dio en la mejilla se le desvaneció a Momi a los pocos días, tras comprobar cómo se repetían de manera automática y se convertían en un hábito mimético, en un rito familiar carente de intensidad emocional y vacío de fuerza sorpresiva. Dos veces al día, al encontrarse y al despedirse, acercaban sus rostros y emitían desiguales sonidos: el de Carmelo era imperceptible, el de Momi era, por el contrario, agudo y prolongado, similar al canto del canario que, desde la jaula colgada encima del almanaque del comedor, ilustraba las conversaciones de los contertulios. Momi sentía la urgencia de experimentar la vergüenza que su amiga de colegio, Juany, le había contado en secreto cuando su pretendiente, Pedro, le acariciaba, no sólo los brazos, sino también, los pechos. "Tú sabes cómo son los hombres -le decía- parece que carecen de pudor y hacen todas esas cosas que me producen vergüenza hasta de contártelas a ti, y eso que contigo tengo mucha confianza". Pero Juany, a pesar de su pudor, pretendía, no sólo conocer la opinión de Momi, sino también contrastar con ella sus experiencias, por eso, una y otra vez, le preguntaba: "¿A ti también te pasa lo mismo con Carmelo? ¿También te hace las mismas cosas?". Momi le respondía de una manera tan general que sus palabras se prestaban a las más opuestas interpretaciones: "Claro que sí. A Carmelo le ocurre como a los demás hombres, ¿tú que crees?". Pero a ella le aumentaban las dudas y las inquietudes: "a lo mejor -se decía a si misma- Carmelo no es como los demás hombres o, quizás, no está verdaderamente enamorado de mí". En varias ocasiones tuvo la intención de preguntarle a Belli cuál debía ser su comportamiento pero no se atrevía temiendo que su amiga pensara que ella era demasiado fresca.

Carmelo también pensaba en Momi y sentía por ella, no sólo una honda admiración, sino también un intenso cariño. Desde que los dos eran unos adolescentes, a él le había llamado la atención la larga y negra trenza que rimaba con sus ojos oscuros y profundos. Pensó muchas veces que ella era demasiada mujer para él, por eso dejó pasar mucho tiempo sin atreverse a abordarla; el acercamiento lo facilitó Belli convencida de que era ella y no Momi la elegida. Es cierto que, cuando Carmelo se cruzaba con las dos amigas, la miraba sobre todo a ella, pero este hecho se debía, precisamente, a la cortedad que sentía al fijarse en esos ojos tan oscuros y, al mismo tiempo, tan explícitos y tan luminosos de Momi. Las bromas pesadas que le gastaba, cuando eran los dos pequeños, tenían la misma explicación: le resultaba más fácil divertirse de la trenza que confesar que le gustaba. Ahora, a pesar de que ya eran novios formales, experimentaba el mismo apocamiento a la hora de expresarle sus sentimientos. Todos los días, tras despedirse de ella, formulaba el firme propósito de decirle, al día siguiente, lo mucho que la quería e, incluso, ensayaba mentalmente las fórmulas que emplearía como, por ejemplo, "Hay que ver los ojos tan bonitos que tienes". Pero, cuando se encontraba ante ella, nuevamente se bloqueaba y prefería jugar al parchís. Menos mal que, sin haberlo previsto, encontró una fórmula que, en contra de lo que hubiera imaginado, le resultó muy fácil. Consistía en referirse a Momi pero dirigiéndose a su madre en forma de preguntas: "¿Se ha fijado usted en los ojos tan bonitos que tiene su hija?". Y, de esta manera, fue recorriendo sucesivamente las diferentes parcelas de su cuerpo y, sobre todo, de su espíritu: "¿A quién sale Momi con esa cabellera tan preciosa?". "¿Quién le ha enseñado a hablar tan bien a esta niña?". "Tiene la simpatía de usted, de su marido y hasta de sus abuelos juntos". Y Momi, cada vez más contenta, repetía siempre la misma fórmula de cortesía: "Anda ya, esos son tus ojos que me miran con demasiada bondad".

Carmelo no era capaz de advertir que la irresistible admiración que sentía por Momi se debía, en gran medida, al considerable parecido físico y, sobre todo, temperamental con su madre Ana por quien él sentía una devoción casi religiosa. Desde muy pequeño adquirió conciencia de su dependencia vital de los ojos de su madre: en ellos leía los sentimientos tan generosos de una mujer que decidió entregar su vida a Juan, un hombre bueno, excesivamente sensible, pero incapaz de administrar sus deseos de felicidad y sus ansias de solidaridad. "Tenía -decía ella- muy buenas ideas y mucha voluntad, pero carecía de brújula y de frenos". Carmelo se dio cuenta desde muy pequeño de que su padre se había puesto en manos de su madre para vivir la niñez que no había tenido a su debido tiempo. Tuvo la desgracia -este dato lo repetía Juan al comienzo de cualquier historia- de perder a su padre a los nueve años. A esta edad, a pesar de ser el menor de los hermanos, se puso a trabajar para permitir que los mayores siguieran sus estudios. "Salí del colegio y no pude -explicaba a sus hijos- ni jugar, ni llegar tarde a casa, ni siquiera desobedecer a mis padres como lo hacían los demás niños. No fui mimado ni castigado". Por eso se entregó a su mujer dispuesto a obedecerla y a desobedecerla, a quererla y a temerla, a escucharla y a responderle, a veces, con malos modos. En ocasiones rechazaba la comida para que Ana le obligara a tomarla y sólo se ponía las ropas que ella le compraba. Todo esto es lo que buscaba Carmelo en Momi porque él, sin advertirlo plenamente, no sólo se miraba en el espejo de su padre sino que, como le había explicado su tía Lola, era la encarnación de su espíritu.

Lola, desde su regreso de Madrid, se había constituido en una visionaria, en una mezcla de pensadora, de profeta y de adivinadora, a la que todos prestaban una respetuosa atención. Sus sentencias estaban avaladas por su edad, por su experiencia y,

sobre todo, por sus prolongados silencios que todos interpretaban como densos espacios de reflexión y de meditación. Ella era consciente de su importante responsabilidad y, por eso, calibraba sus palabras, sus expresiones y sus gestos. Desde que tuvo noticias de que Carmelo era novio de Momi, se esforzó para que él advirtiera que, no sólo aprobaba la decisión, sino que le orientaba y le controlaba sus pasos en el delicado proceso de las relaciones prematrimoniales. "El noviazgo -había comentado ella antes de tener información de la existencia del compromiso de su sobrino- es un banco de pruebas y un tubo de ensayos: o se procede gradualmente y con cautelas o puede producir catástrofes irreversibles".

Tanto Carmelo como Trini escuchaban estas sentencias con atención y con sorpresa porque, aunque la verdad es que no entendían el sentido concreto ni la intención expresa de tales afirmaciones, llegaban a la conclusión de que "en cuestiones de amor había que andarse con cuidado". Pero cada uno de ellos adoptó un comportamiento diferente: mientras que Trini se apresuró a contar todos los detalles a Ana, Carmelo optó por guardar un completo silencio y por caminar con extremada lentitud. Él se conocía a la perfección y temía que, de la misma manera que le ocurría con los asuntos relacionados con la política, en las manifestaciones amorosas perdiera los frenos y malograra un futuro de bienestar familiar. Carmelo pretendía copiar el modelo de convivencia de su casa cuya clave estaba en el papel central que, con su comprensión, con su paciencia y con sus silencios, desempeñaba su madre. "Si no hubiera sido por ella -pensaba continuamente- con las rarezas de mi padre y con las tonterías de mi hermano, esto hubiera sido un manicomio". Por eso se conformaba con mirar fijamente a los ojos de la novia convencido de que, no sólo desde allí contemplaría el fondo de su espíritu generoso, sino también los pliegues cálidos de sus

entrañas de compañera y de madre de sus hijos. Porque él quería que su mujer le diera hijos -sí, en plural- que se parecieran todos a ella. Y ese fue uno de los primeros temas de los que los dos hablaron detenidamente. “¿A ti cuántos hijos te gustaría tener?”, le preguntó de sopetón a Momi. “Hay que ver las preguntas que haces -le contestaba ella- eso va a depender de muchas cosas. Ya lo decidiremos más adelante”. Pero Momi se quedaba con la pregunta y, cuando estaba sola, se la repetía a sí misma una y otra vez. Ella advertía que, progresivamente, Carmelo se le iba acercando y que a punto estaba de comportarse como los demás novios. “El pobre es cariñoso -se decía a sí misma- pero demasiado tímido”.

Las ofertas, en su fondo más recóndito, contienen una llamada más o menos explícita.

Ocho

En cuanto entró Carmelo al comedor, Momi antes de darle el beso ritual, le dijo, con cierto tono de misterio, "tengo que darte dos noticias: la primera, que Luis, el barman de El Gavilán, es pretendiente de Belli, y la segunda, que me ha dicho que quiere hablar contigo". Aunque ya Momi conocía el tema que iba a tratar, prefirió no adelantárselo para evitar, en lo posible, ser ella la receptora directa de la reacción violenta de su novio. Pudo conseguirlo pero sólo hasta cierto grado porque las primeras palabras fueron las esperadas: "Ese tío no tiene que decirme nada". Durante el largo e intenso silencio, Momi, muy atenta, fue advirtiendo cómo la crispación de su rostro iba lentamente disminuyendo. Sin poseer aún dato alguno, Carmelo empezó a dudar de su convicción de que Luis era policía o, al menos, uno de sus confidentes. La relación con Belli, hija de Paco, era un dato que facilitaba un replanteamiento de las hipótesis anteriores. Decidió no darle más vueltas y esperar la anunciada entrevista; mientras tanto, lo mejor era echar una partidita al parchís.

Belli entró en el comedor y le repitió el mismo mensaje: "Me ha dicho Luis que quiere hablar contigo. Mi padre, desde que charló con él anteayer, está tan animado que piensa volver al trabajo un día de éstos. Lo malo es que se entusiasme tanto que empiece nuevamente a visitarlo en El Gavilán". Esta información, tan ajena a él aparentemente, estimuló la imaginación de Carmelo que empezó a buscar razones y contenidos verosímiles de la entrevista solicitada: o había cambiado de manera radical de ideas o ni siquiera era aquel Luis, el chivato culpable de las detenciones, de las palizas y de los encarcelamientos de gentes honradas. Incluso le rondó la idea de ir al bar pero, inmediatamente, la rechazó. Tanto Momi como Belli advirtieron que su mente estaba muy lejos del juego: a veces movía las fichas de ellas y, a veces, lo hacía en sentido contrario.

A pesar de que Luis no apareció aquella tarde, el ambiente se distendió gracias a la comparecencia de Paco, el padre de Belli. Había cambiado totalmente de aspecto y de semblante, y venía, incluso, con ganas de cachondeo. La pregunta que le hizo a Carmelo era la prueba de su nuevo estado de ánimo y, sobre todo, de su actitud cordial ante Luis: "Me ha dicho -dijo dirigiéndose a Carmelo- que vas a salir en una chirigota disfrazado de viuda". Carmelo, haciéndose cargo de la intención de esta afirmación, respondió con rapidez y con imaginación: "Sí, de viuda embarazada".

"Hay que ver -siguió hablando Paco- las tonterías que se han dicho de este pobre muchacho. Luis será todo lo infantil que queramos pero, en el fondo, es buena, demasiado buena persona. Y eso es lo que a mi me importa. Las ideas políticas o las doctrinas religiosas sólo me interesan si explican la bondad de las personas que las defienden. Yo conozco a gentes de izquierda y de derecha que tienen las mismas malas ideas. Algunos, incluso, emplean su ideología como arma para hacer daño. A mí me asustan, sobre todo, los salvadores de la humanidad que predican sus dogmas con tono de suficiencia y con gestos de desprecio hacia todos los que no comulgan con sus concepciones de la existencia humana. Yo no sé muy bien ni me interesa saber cuál es la ideología de Luis, pero sí conozco su noble corazón, su sinceridad y su generosidad".

A Carmelo, esta sorprendente confesión le cayó como una revelación cegadora, como una lluvia torrencial que le borró algunos de los senderos por los que discurrían sus principios ideológicos. Le llamó la atención, sobre todo, la afirmación final: "Todos conocemos a gentes de derecha que son imbéciles, aprovechadas, egoístas y sinvergüenzas, y todos conocemos, también, a gente de izquierda que son igualmente imbéciles, aprovechadas, egoístas y sinvergüenzas. Las ideologías, cuando las explican sus defensores, son buenas y sublimes, y, cuando son criticadas por sus adversarios, son malas y perniciosas". Siguió moviendo las fichas de forma automática y todos

advirtieron, con cierta preocupación, la expresión azorada y las muestras de desproporcionado aturdimiento provocadas por unos comentarios que a Momi le parecían simples constataciones de la realidad, a Belli tópicos cansinamente repetidos y a Paco las conclusiones inevitables de su dilatadas "experiencias históricas" -como él mismo decía- y de sus múltiples relaciones políticas.

Tras tomar el puchero, Carmelo regresó a su casa reinando en la idea que más le había sacudido y a la que, posiblemente, los demás habían concedido escasa importancia. La había formulado Paco en forma de pregunta: "¿Tú por qué crees en tus ideas? ¿Por herencia o por reflexión?". Él hubiera respondido de manera automática, pero se encontraba tan confundido que no sólo temía "decir una tontería" sino que, además, se sentía incapaz de pronunciar una sola palabra. En otro momento hubiera dicho enfáticamente que todas sus convicciones eran el resultado lógico de dilatadas reflexiones pero, en esta ocasión, tras escuchar a Paco, se sentía obligado a admitir serias dudas. Es cierto que había recapacitado reiteradas veces sobre sus certezas ideológicas, pero también es verdad que sus cavilaciones tenían por objeto las convicciones que su padre le había transmitido a través de sus breves comentarios, de sus dilatados silencios y de sus elocuentes actitudes de rechazo a los comportamientos de algunos portavoces de la derecha. Pero tampoco esta conclusión era tan evidente porque, por ejemplo, su hermano Andrés, que había recibido las mismas influencias paternas, profesaba justamente la ideología opuesta hasta tal punto que había ingresado en el Seminario donde se estaba preparando para cura. Llegado es este punto, no fue capaz de seguir reflexionando y se quedó profundamente dormido.

En el comedor y al ritmo frenético de las puntadas de la máquina de coser que movía Ana, su cuñada Lola intentaba también responder a una pregunta que, desde hacía muchos años, constituía el objeto de sus observaciones y la materia de sus reflexiones: "¿Cuáles serán las ideas que orientan y estimulan unas conductas tan diferentes entre los miembros de una familia que, aparentemente al

menos, han recibido una misma educación?". Pensaba, por ejemplo, en sus hermanos ya difuntos, en Andrés, defensor de los poderosos y dispuesto siempre a dar la vida "por Dios, por la Patria y el Rey", y en Juan, identificado con los desfavorecidos, con los marginados y defensor de la igualdad, de la fraternidad y de la solidaridad. Pero aún le llamaba más la atención los caminos tan divergentes que habían seguido su amiga Juana y ella misma: las dos eran almas gemelas y compañeras de curso; las dos se habían trasladado a Madrid, en busca de libertad y de independencia pero, mientras que su amiga descubrió su destino en un monasterio de clausura, ella encontró su meta en un íntimo amigo militar retirado y casado. Lo que más le llamaba la atención a ella era el enfrentamiento de personas y de grupos que afirmaban defender idénticos valores fundamentales "Es posible -se preguntaba- que dos hermanos discutan, se peleen, luchen y se maten para lograr el triunfo de la verdad, de la justicia, de la solidaridad y hasta de la fraternidad?". Su rica experiencia acumulada gracias a las conversaciones que mantuvo en Madrid con su querido, un militar que luchó en las fuerzas nacionales, y las conclusiones a las que llegó tras observar detenidamente a Juan, su hermano menor, solidario con los obreros y con los marginados, le empujaban a pensar que, tanto en un bando como en otro, había gente de buena voluntad y de nobles sentimientos.

Ana, en esta ocasión, sólo pensaba en la media docena de calzoncillos que aún le quedaban por coser para cobrar ese dinero que necesitaba para poner la comida del medio día y la de la tarde. Ella, las escasas veces que se abordaban estos temas, no solía intervenir porque, entre otras cosas, las discusiones sobre política le parecían inútiles y peligrosas: podían romper una amistad cultivada durante muchos años e, incluso, destrozar el clima familiar pero, cuando se veía obligada, solía repetir que ella poseía muy pocas ideas pero, también, muy claras.

A veces nos empeñamos en llamar a las puertas de casas que están totalmente vacías.

Nueve

Ana había nacido en el seno de una familia modesta, trabajadora y, sobre todo, desideologizada. Contemplaba y afrontaba la vida humana de una manera elemental. "Para plantear y para resolver los problemas -solía repetir- me bastan las cuatro reglas". Pero, cuando explicaba esta afirmación, dejaba claro que no sólo se refería a las operaciones aritméticas, sino también, a las normas morales, a las pautas sociales, a los hábitos familiares y, sobre todo, a las cuestiones de la mente. Éste era uno de los principios que, por pura intuición, ella aceptaba como axioma: "la mayoría de los conflictos tiene su origen en la mente". Ana aplicaba este nombre a toda la actividad interior, a los pensamientos, a las sensaciones, a los sentimientos y, sobre todo, a los fantasmas. Ella, que usaba esta palabra en su sentido más coloquial y aunque no lo explicaba de esta manera, estaba convencida de que las ideas, los deseos y los temores estaban originados, la mayoría de las veces, por simples o complicadas imaginaciones que poco tenían que ver con la realidad tal como era fuera de nuestras cabezas. "Muchas gentes -repetía con frecuencia- luchan a favor o en contra de ilusiones, de sueños y de delirios". Y, cuando hacía esta afirmación, pensaba -como le había confesado a su cuñada Lola- en su cuñado Andrés -de derechas- y en su marido Juan -de izquierdas-, en su hijo mayor, Carmelo –revolucionario- y en su hijo menor, Andrés -seminarista-. "Los cuatro -explicaba- pretenden vivir en unos mundos que nada tienen que ver con el real".

Este realismo o, como ella decía, "esta manía de poner los pies en el suelo, agarrar el toro por los cuernos y, sobre todo, llamar a cada cosa por su nombre, no sólo proporcionaba lucidez a sus comentarios sobre los comportamientos de los miembros de su familia, sino que, también, le aportaba una profunda tranquilidad interior que se

reflejaba en su mirada siempre serena que proyectaba en sus interlocutores unas sensaciones reconfortantes y unos alentadores sentimientos. Porque, efectivamente, Ana era, como decía Carmela, la madre de Momi, una mujer positiva: le daba vueltas a las cosas hasta encontrar su lado bueno, su parte aprovechable y su sentido práctico.

Pero Ana era tajante, sobre todo, en su concepción de la política: "la política -repetía cada vez que tenía ocasión- es una actividad perniciosa. ¿A quién le cabe en la cabeza que unos hombres decidan imponer su voluntad a los demás? El que dice que tiene vocación de político o es un loco o un tonto o un sinvergüenza. Yo estoy convencida de que sólo pueden ser elegidos los hombres o la mujeres que sinceramente se crean incapaces para ocupar los puestos de mando. El que toma la iniciativa de ejercer el poder, aunque sea presentándose a unas elecciones, demuestra que es el menos indicado para ocupar esos puestos". Lola, sorprendida, escuchaba estas opiniones con atención y con interés, y, empujada por su afán de rigor, trataba de formularlas de una manera más ordenada y más precisa: "Yo estoy de acuerdo contigo en que las palabras "poder", "mando" y, sobre todo, "dominio" deberíamos borrarlas de diccionario o, al menos, explicarlas de otro modo más... eso, de un modo más humano. Los guardias municipales, por ejemplo, son necesarios para ordenar la circulación pero ellos no están investidos de mayor dignidad, no son más ni menos importantes que el resto de los ciudadanos y su tarea consiste, sobre todo, en que ellos cumplan las normas. Si este mismo principio lo aplicamos al alcalde, al gobernador, a los ministros y al mismísimo Jefe del Estado, nuestra vida sería más razonable y más justa".

Esta concepción de la política era la que fundamentaba la valoración tan positiva que las dos cuñadas hacían de la actitud de Juan y de su hijo Carmelo, quienes

despreciaban todos los puestos de mando; en estas mismas ideas se apoyaban los juicios tan negativos que las dos emitían, siempre que tenían ocasión, sobre las aspiraciones de grandezas de los dos Andrés, el tío y el sobrino, que luchaban permanentemente por conseguir cargos de relumbrón.

Trini, la aprendiza, no hacía reflexiones teóricas ni siquiera entendía algunas de las conversaciones de las dos cuñadas pero se reía de las "tonterías de las gentes tontas", de esos señores y señoras que gastan su escaso dinero en cuellos almidonados, en corbatas de seda o en trajes de pura lana y, sin embargo, no comen un plato de comida caliente". Trini disfrutaba yendo a vender los corselillos que Ana confeccionaba con los recortes de tela sobrantes de los pantalones de verano porque le hacía gracia la decoración de las casas de las señoritas y, sobre todo, sus maneras de vestir. La señorita Luisa, por ejemplo, era una viuda con cerca de ochenta años que, aunque vivía sola, en su domicilio, disponía de recibidor, de despacho, de biblioteca, de comedor, de vestidor, de salita de estar, de tres alcobas, de una cocina y de un office, de un cuarto de baño y de un espacioso corredor. Trini sabía que la señorita no compraría nada porque, como es natural, no tenía niños pequeños, pero siempre que pasaba por su casa, tocaba el timbre para escuchar los sonidos de los altos tacones y la voz aguda que, tras la mirilla metálica, le preguntaba ¿quién es? Ella le volvía a preguntar si necesitaba algún corselillo. Éste era el fácil recurso para que le contara, por enésima vez y con las mismas palabras, el tiempo que gastaba en limpiar de polvo a tantísimos muebles, lo cara que estaba la vida y lo mal que andaba el mundo por no obedecer a las autoridades ni hacer caso a los curas y ni a los obispos. "Vamos de mal a peor -le repetía-, ahora todo el mundo quiere opinar sobre el bien y sobre el mal y, hasta los obreros se atreven a discutir sobre unos asuntos tan complicados como las decisiones del Gobierno. Son

tan ignorantes que ni siquiera saben que el poder les viene directamente de Dios que es quien les dicta las leyes y les impone las decisiones que ellos adoptan. No sé a dónde vamos a llegar siguiendo este camino. El día menos pensado hasta los pobres van a querer gobernar". Trini, tras escuchar el sermón, le repetía también la misma pregunta: "Señorita Luisa ¿y usted por qué no se cambia de casa? ¿no dice usted que ésta es demasiada casa para usted?" Y la señorita Luisa siempre repetía la misma respuesta: "¿Tú crees, Trini, que yo puedo vivir en cualquier calle y en cualquier casa? Mi condición social me exige que resida en lugares dignos y en viviendas nobles. Ojalá pudiera cambiarme pero, desgraciadamente, me resulta imposible. ¿O es que tú piensas que puedo vestirme como cualquier otra mujer: yo no soy una mujer, soy una señora o, si quieres, una señorita".

A su vuelta, Trini repetía todo el discurso a Ana y a Lola imitando, incluso, los movimientos, las expresiones, los gestos y hasta el tono de voz de la señorita Luisa. Las dos se mostraban comprensivas y compasivas con una de se esa altas damas a las que ellas cosían y a las que les vendían de estraperlo los garbanzos y las alubias que compraban en los campos de Lebrija. Las tres coincidían en que la señorita Luisa era una señora pero no una mujer. Pero esta frase la entendía cada una de maneras notablemente diferentes: Lola sostenía que las señoras, a fuerza de sentirse y de ejercer tal "oficio", perdían muchas de las cualidades más preciadas de la feminidad como, por ejemplo, la intuición, la independencia, la ternura, la sensibilidad, la generosidad y, sobre todo, la entereza. Las señoras, por el contrario, son reflexivas, dependientes, duras, déspotas y débiles. Sirven, sobre todo, para decorar la casa, para cortejar al marido y para engalanar el séquito del señor.

Ana era la que, por su trabajo, se había relacionado más directamente con las señoritas era menos radical: afirmaba que ellas también se comportaban como mujeres pero utilizando otras armas que, aunque más sutiles, era igualmente poderosas. Es cierto que usaban caretas y disfraces pero, debajo de estas apariencias, guardaban un cuerpo y un espíritu tan femeninos como el de las demás mujeres. Contaba cómo, por ejemplo, la señorita Concha sabía perfectamente que su marido tenía una querida de la que conocía, incluso, que se llamaba Marina. Nunca se lo reprochó porque, como afirmaba a las amigas íntimas, "salgo siempre ganando yo: para tenerme contenta, Lucio, no sólo me hace los mismos regalos que a ella, sino que, además, me trata con respeto y con cierto miedo; teme que si me entero, le forme un escándalo, le obligue a dejarla o lo abandone. Me ha puesto dos criadas y, a pesar de lo bruto que es, tiene conmigo una serie de detalles de cortesía que eran inimaginables antes, cuando, recién casados no conocía aún a Marina; entonces sólo me repetía que me adoraba. Fíjate que ahora hasta me quita las espinas del pescado".

Trini, por el contrario, estaba convencida de que entre las señoritas y las mujeres existía un altísimo escalón que resultaba imposible de saltar. Y no es que pensara que las señoras eran mejores -más felices, más honradas, más listas o más guapas- que las mujeres, sino que tenían, como ella decía, "unas carnes, unas palabras, unos gustos totalmente diferentes a los míos". Para ella, el prototipo era la señorita Luisa que, a sus ochenta años, usaba esos tacones tan altos durante todo el santo día. "¿No se podría poner unas alpargatitas un ratito por la tarde? Además habla como si estuviera leyendo un libro y, sobre todo, siempre está dando consejos. A veces tengo la impresión de que esas carnes tan blancas son de porcelana como las de las muñecas caras. Yo me fijo, sobre todo, en su manera especial de andar, de sentarse y de gesticular. Las señoritas pueden tener mucha caridad pero no cariño; mucho arte, pero poco ángel; mucha belleza, pero poca hermosura. Yo estoy segura de que, aunque sean felices, no pueden estar contentas. Eso de estar permanentemente en exposición como si fueran cuadros y esculturas debe ser muy pesado".

Una llamada errónea puede abrirnos las puertas a un encuentro afortunado

Diez

Carmelo, cada vez más intranquilo por ignorar de qué quería hablarle Luis, se decidió finalmente a visitarlo en El Gavilán. Le pidió un chiclanita y tomó la iniciativa de la conversación preguntándole cómo le iba la vida; esperaba así que le dijera qué asuntos pretendía tratar con él. Luis, tras servirle la copa y una tapa de chorizo, le contestó con leve tono de entusiasmo: "La vida me va de puta madre". Los dos nuevamente permanecieron breves segundos en silencio hasta que el mismo Luis, al parecer, sorprendido por su propia respuesta, comentó: "Hasta ahora no había caído en la cuenta de lo machistas y de lo mal hablados que somos, y de la manera tan injusta que tratamos a las mujeres. Muchas veces me he preguntado qué sería de nosotros sin las mujeres". "Yo pienso -prosiguió Carmelo- que es una manera tonta o infantil de disimular ante ellas nuestra debilidad. Aunque nunca me he atrevido a confesarlo, yo me siento acobardado y cohibido con las mujeres, y fíjate que las estoy tratando durante todo el día. En mi casa vivo con tres mujeres -mi madre, mi tía y Trini, la aprendiza-; en el puesto, sólo atiendo a mujeres y, por la tarde, en casa de Momi, nada más que hay mujeres. Yo estoy convencido de que, por lo mucho que han sufrido y soportado, se han hecho más fuertes, más hábiles y, sobre todo, más humanas".

Luis, como él mismo confesaría más tarde, nunca había pensado en estas cuestiones. Sacó el tema por la sorpresa que, por primera vez, le produjo esta expresión que él usaba de una manera automática, sin reparar en el significado de las palabras, pero se quedó aún más asombrado por la explicación de Carmelo. Él estaba convencido de que las mujeres eran más débiles, más torpes y, sobre todo, más religiosas que los hombres. Sin embargo, si reflexionaba en lo que acababa de decir Carmelo, coincidía

con él sólo cuando observaba el comportamiento de mujeres concretas como, por ejemplo, su madre o sus abuelas, pero seguía opinando que, en general y en abstracto, las mujeres eran todo lo contrario de lo que decía Carmelo. Bueno, también por primera vez, había caído en la cuenta de que Belli era totalmente diferente, no sólo a las demás mujeres, sino también a aquella Belli con la que había jugado durante todos los años anteriores y de la que, incluso, en varias ocasiones se había "chufleado". "Yo no sé si ha cambiado ella o he cambiado yo -le explicaba a Carmelo-, pero desde el otro día, la veo más bonita, más simpática y más lista. ¿Será posible que, hasta ahora, no me haya fijado en su manera de mirar, de andar, de hablar y hasta de estar callada? La semana pasada, cuando la vi sentada ante su puerta con tu Momi, no me pude aguantar y le dije del tirón: Belli, voy a decirle a tu padre que quiero ser tu novio. Ella, que ni siquiera se puso colorada me contestó: entra en mi casa y se lo dices; él está en el comedor escuchando la radio".

Carmelo, tras comprobar que entraban más clientes a los que Luis tenía que atender, abonó la consumición y salió con mayor preocupación de la que había entrado en el bar. "Este tío -pensaba- con eso de la mujeres se le ha olvidado hablarme de los temas que quería tratar conmigo. No sé si es que no son tan importantes o que, por el contrario, le da miedo abordarlos". Lo cierto es que él tampoco se atrevió a preguntárselos. En cuanto llegó a casa de Momi, ésta le preguntó directamente "¿qué te ha dicho Luis?". "Nada", le contestó el novio. Porque, para Carmelo, en esta ocasión al menos, cualquier otro tema que no fuese la política era eso, "nada". Pero Momi le concretó más la pregunta: "¿Y de Belli, te ha contado algo?". "Sí -le contestó escuetamente- que ha hablado con su padre". Ella llegó a la conclusión de que estaba reinando en cualquier asunto de política y de que, por lo tanto, la única fórmula de

desbloquearlo era invitándolo a echar una partida de parchís. Cuando ya estaba terminando de tomar el puchero, le dijo a Paco, que acababa de entrar en el comedor: "Paco, un día de estos quiero hablar contigo". Curiosamente, mediante este rodeo, pretendía enterarse del tema que Luis quería tratar con él. Durante varios días había estado dándoles vueltas a varias suposiciones y había llegado a la conclusión de que sería el cambio repentino de sus convicciones políticas lo que pretendía comunicarle. "Estoy seguro de que es buena persona y de que, por lo tanto, se ha dado cuenta que esas tareas de chivato o, quién sabe si de policía, no son dignas de él. Yo le responderé que, si de verdad está arrepentido, aquí tiene al amigo de siempre; lo olvidaré todo y volveré a depositar en él toda la confianza que antes tenía".

Pasaron varios días sin que Carmelo se atreviera a hacerle la pregunta a Paco. Aunque había hablado con él en varias ocasiones, la conversación volvió a girar en torno a las Fiestas Típicas que se iban a celebrar en el mes de mayo ya cercano. Una tarde, al salir con prisa como siempre, tras tomar el caldo en casa de Momi, escuchó que lo llamaba y le preguntaba ¿no me dijiste el otro día que querías hablar conmigo? A punto estuvo de responderle que lo dejaría para otra ocasión, pero, sin pensarlo demasiado, le dijo: "Sí, te quiero preguntar si Luis ha cambiado de ideas políticas". Paco, en vez de responderle, le volvió a preguntar: "¿A qué ideas y a qué cambios te refieres?". Esta pregunta le provocó una profunda inquietud y conmovió los cimientos de algunas de sus convicciones: "¿Era o no era cierto que Luis había transmitido información a la policía sobre los que tenían ideas de izquierda?". A Paco le sorprendió aún más esta pregunta y dirigió la respuesta, en tono de recomendación, hacia la actitud de Carmelo: "Tú tienes el derecho a defender tus ideas y la obligación de difundirlas pero siempre que evites formular juicios sobre los comportamientos de los demás sin

poseer suficiente información; tengo la impresión de que recorres la vida clasificando a todos los seres a un lado y a otro de una línea rígida que marcas de forma inamovible. Y lo peor es que, sin advertirlo de manera muy consciente, el fundamento de esta división es más ético que político. A un lado sitúas a los buenos y al otro, a los malos. Pero es que, además, este juego tuyo te hace sufrir demasiado".

Esta reflexión de Paco, sí que le hizo sufrir demasiado porque le estaba descubriendo zonas muy profundas de su espíritu que, a pesar de orientar sus pasos, permanecían ocultas a su mirada. Le molestaba intensamente que fuera otro el que penetrara en las raíces de sus ideas, estimaciones, actitudes y comportamientos. A punto estuvo de reaccionar violentamente negando todo lo que acababa de escuchar pero, esta vez, prefirió guardar silencio y marcharse pretextando que tenía mucha prisa, que, al día siguiente se tendría que levantar a las cinco de la mañana. Antes de emprender la huida, aprovechó la ocasión para repetirle la pregunta inicial: otro día me dirás si era cierto que Luis había transmitido información a la policía sobre los que tenías ideas de izquierda?".

A pesar de lo cansado que se sentía, no logró conciliar el sueño hasta bien entrada la madrugada. La inquietud se le convirtió en irritación y la irritación en rabia. Le fastidiaba, efectivamente, que otro le descubriera su interior pero, sobre todo, que fuera el que él consideraba que era el modelo de izquierdista el que le reprochara de manera educada sus actitudes progresistas. "¿Creerá Paco que yo soy un fanático?". Y, sucesivamente, fue repasando uno a uno la lista de sus familiares y amigos más próximos y preguntándose sobre su localización ideológica y llegó a la conclusión de que la mayoría de ellos como, por ejemplo, su madre, su tía, Trini, Momi y Belli no

podían ser situadas a la derecha ni a la izquierda de esa frontera intraspasable y nítida que él había trazado. Otros, como, por ejemplo, su difunto padre, su tío Andrés, su hermano y él mismo, sí estaban claramente a uno o a otro lado. ¿Y Luis, el barman del bar El Gavilán? Hacía ya tiempo que, de manera irremisible, lo había instalado en la banda derecha y, ahora, tras contemplar el semblante de Paco, le asaltaban serias dudas. "¿Es posible -se preguntaba- que, de repente, tenga que cambiar no sólo mis ideas, sino también mis sentimientos y transformar mi rencor en aprecio, mi antipatía en comprensión y mi ira en simpatía?". Pero su preocupación aumentaba aún más cuando, tras buscar las razones de sus prejuicios iniciales, no lograba identificarlas. "¿Será posible que los seres racionales seamos tan irracionales?". Esta pregunta, paradójicamente lo tranquilizaba porque, en realidad, era la respuesta a sus contradicciones interiores: "Sí, por mucho que nos creamos lo contrario, somos seres irracionales que pensamos y actuamos como sentimos; los sentimientos y los presentimientos constituyen las explicaciones de nuestras ideas y las razones de nuestras conductas". Aunque estas reflexiones lo serenaron, le resultó imposible quedarse dormido porque su madre empezó a cantar a voz en grito el "diostesalvemaría". Carmelo y su tía Lola rodearon atentos la cama esperando conocer por qué misterio del Rosario iba porque, su padre, que en paz descanse, les había dicho que, cuando soñara en voz alta no se atrevieran a despertarla porque podría sufrir un infarto de miocardio. A los pocos minutos pudieron comprobar que iba por el primer misterio y que, por lo tanto, tenían que escuchar las más de cuarenta "avemarías" y la letanía lauretana entera en latín.

Al día siguiente, todavía medio dormido, se dirigió al matadero y, después, al puesto de la gandinga. Allí fue fijando su mirada en cada una de las clientas para tratar

de identificar si eran de derechas o de izquierdas porque -se decía a sí mismo-, aunque ellas no lo sepan explicar, al menos sus aspiraciones y sus deseos están orientados por ideas de derechas o de izquierdas. Hasta ahora, Carmelo había tenido en cuenta sólo la situación económica: los ricos, los que tenían un buen sueldo, vivían en casas amplias y en calles elegantes, eran de derechas; los pobres, los que carecían de los medios necesarios para la subsistencia, habitaban en casas inhabitables y en barrios miserables, eran de izquierdas; pero ahora caía en la cuenta de que la brújula que orientaba la vida y el motor que movía las acciones eran los deseos, muchas veces secretos e, incluso, no plenamente conscientes. "¿Los pobres que juegan a la lotería -se preguntaba sin atreverse a contestar- y sueñan con llegar a ser ricos, muy ricos, son de izquierdas o de derechas? ¿Y los políticos que ansían una revolución que los coloque a ellos en la cumbre del poder para, desde allí, hacer que todos cumplan su voluntad? Prefirió dejar estas cuestiones para tratarlas con Paco y, quién sabe, si a lo mejor con Luis o con su madre o con su tía Lola o con Belli o con su novia, Momi.

El nacimiento es la respuesta a una llamada.

Once

Belli y Momi, tal como lo habían acordado la tarde anterior, dedicaron toda la mañana a recorrer las calles comerciales contemplando los escaparates de las tiendas de tejido, de ropa interior y de corte y confección, pero su intención, más que buscar modelos de vestidos, era conversar distendidamente sobre los hombres. A ellas les ocurría exactamente lo contrario que a Carmelo y a Luis: mientras que éstos, cuando hablaban de sus respectivas novias, se referían a la manera de ser de las mujeres en general, ellas, cuando hablaban de los hombres, pensaban sólo en sus novios. En algunos aspectos, como es natural, las dos coincidían; en otros, a partir de sus experiencias personales, emitían juicios totalmente opuestos. Las dos estaban de acuerdo en que los hombres -Carmelo y Luis- eran tímidos, débiles y cobardes. No tenían la menor duda de que sus machadas, sus bravuconadas y sus fanfarronadas mostraban, sobre todo, su inseguridad y su temor de ser rechazados. "Los hombres -decían las dos a coro- acuden a las mujeres -a ti y a mí- en busca de protección. No es sólo que no sepan arreglarse en las tareas de la casa; es, sobre todo, que no se atreven a estar solos. Es posible, incluso, que les asuste entrar dentro de sí mismos. Algunos, como Carmelo, reflexionan demasiado, pero no precisamente sobre ellos mismos". "Los hombres -decía Belli- charlan mucho más que nosotras, pero siempre tratan de asuntos que tienen poco que ver con la vida. Fíjate, Momi, que Luis, desde hace unos días, nada más que habla de las Fiestas Típicas y del Fútbol". Pero Momi opinaba, por el contrario, que los hombres hablaban mucho menos que las mujeres porque, cuando decían algo era, precisamente, para evitar que se trataran los temas importantes: "intenta -le decía a Belli- hablarle a Luis de la boda, de los hijos o de la familia, ya verás cómo, inmediatamente, te cambia de conversación". Las dos estaban de acuerdo, también, en que los hombres -Carmelo y Luis- eran más vergonzosos que las mujeres. "Fíjate, Momi -siempre le repetía esta misma fórmula- que, el otro día, cuando le sugerí a Luis que, en el próximo verano, podríamos ir a bañarnos en la Caleta, me respondió que él conmigo no venía porque le daba

vergüenza de que los hombres me vieran a mí en bañador". Pero había un aspecto sobre el que, por falta de datos o, quizás, por pudor, no se atrevían a emitir un primer juicio, por eso Momi se lo propuso a Belli en forma de pregunta: "¿Tú piensas que los hombres son más o menos cariñosos que las mujeres?". Belli, en esta ocasión, tampoco quiso ser categórica y contestó con una respuesta muy frecuente en ella: "Depende de cada uno. Pero sí es cierto que tienen una manera de expresar el cariño muy diferente al de las mujeres".

Quizás, no de una manera muy consciente, cada una sentía y expresaba de forma indirecta una viva curiosidad por conocer el comportamiento afectivo de la otra pareja. "Es posible -decía Belli- que los hombres de ahora sean diferentes de los de antes. ¿Tú que piensas Momi?" "Yo no sé cómo eran los de antes pero los de ahora me parecen normales –respondió la amiga-. ¿Por qué me haces esa pregunta?" "Por nada, por saber qué piensas tú, ¿o es que no tenemos suficiente confianza?". "Yo creo que los hombres son atrevidos cuando están en grupo y, sobre todo, cuando las mujeres nos hacemos las tontas. Cuando, por el contrario, están solos con una mujer, sobre todo al comienzo de las relaciones, se sienten como asustados, esperando siempre que una les facilite las cosas". A pesar de que esta conversación fue excesivamente teórica, infundió ánimos a las dos amigas que regresaron a sus casas dispuestas a repetir el paseo y a continuar charlando sobre el mismo tema.

Cuando, por la tarde, Carmelo llegó a casa de Momi, las dos amigas estaban sentadas conversando, posiblemente del mismo tema y, quizás por eso, les sorprendió que, con cierto tono de burla, les dijera a las dos: "Hay que ver cómo sois las mujeres". Coincidieron en pensar que, posiblemente, se iba a referir a las relaciones amorosas pero el tema era muy diferente. "No os podéis imaginar los gritos que está lanzando en estos momentos Trini mientras mi madre y mi tía la contemplan muertas de risa. La pobre Trini repite que debe tener roto un hueso del culo". Las dos

se rieron creyendo que era un chiste o una exageración pero, inmediatamente, pudieron comprobar que había sufrido -como decía Carmelo- "un desafortunado accidente laboral". Acudieron las dos amigas a casa de Ana y allí advirtieron cómo, efectivamente, Trini contaba, entre lágrimas y sollozos, el ridículo batacazo ocasionado por el afán que tenía la señorita Luisa de que ella se comportara también como una verdadera "señorita". "Me dijo que, para lograrlo tenía que aprender a bajar las escaleras sin inclinar la cabeza hacia abajo. Para que me fuera acostumbrando, me invitó a que lo ensayara con dos enormes y pesados tomos de la Enciclopedia Hispanoamericana sobre la cabeza. Sólo fui capaz de hacerlo así en los dos primeros escalones porque los demás los bajé dando culazos hasta que llegué al patio. Menos mal que no me di con la cabeza porque, de lo contrario, estaría, quizás, en estos momentos en el Hospital Mora".

Cuando, tras la unción de árnica que le aplicó Ana, Trini se sintió un poco más calmada, los seis charlaron ampliamente sobre las duras pruebas a las que se someten las jovencitas que deciden convertirse en "señoritas". Ana insistía, sobre todo, en la rigurosa dieta para lograr y para mantener la "cinturita de avispa": "es que, de lo contrario, no tienen más remedio que ajustarse el corsé y eso, a la larga, es mucho más doloroso". Lola se fijaba en la manera tan artificial y tan "ñiñosa" -decía ella- de hablar: "¿os habéis dado cuenta de que todos sus familiares y amigos se llaman "Cuqui", "Geni", "Toti", "Fali", "Fofi" o "Chichi"? Momi y Belli, naturalmente, no estaban de acuerdo porque: "fijaos como nos dicen a nosotras y, sin embargo, todavía no somos señoritas". Ese "todavía" sirvió a Carmelo para que explicara sus teorías sobre la tentación que experimentamos los obreros y proletarios a desclasarnos: "Estoy convencido -insistió nuevamente- de que, para conocer el verdadero talante de las personas, hemos de penetrar en sus deseos, más que en sus actos; todos conocemos a pobres que sueñan con llegar a ser ricos, y a obreros que, siempre que pueden, se disfrazan de señoritos. Recordad al loco de mi tío Andrés, con su pecho cubierto de condecoraciones de hojalata, y al tontaina de mi hermanito, con sus banderas y sus medallas".

Momi recalcaba que a ella le llamaba la atención y le hacía gracia la manera tan falsa de comentar cualquier información: para la señorita Concha, por ejemplo, todo era “maravilloso y estupendo”. Belli se fijaba, sobre todo, en los altísimos tacones y en los complicados peinados, y Trini, naturalmente, no comprendía esa manía de bajar las escaleras sin fijarse en los escalones.

Luis entró en la salita donde se celebraba la reunión, preocupado por no haber encontrado en su casa a Belli, y algo sorprendido de que estuvieran allí reunidos, conversando sobre un tema teórico que a él siempre le había interesado. Desconocía el origen de tal charla pero, inmediatamente, expuso su teoría: “la gente cree que la vida social es una función de teatro pero yo estoy convencido de que su mejor explicación la encontramos en el carnaval. Todos, con mayor o con menor gracia y acierto, nos disfrazamos de nosotros mismos; y nosotros mismos somos lo que nos creemos que somos lo que queremos ser. No os podéis imaginar lo bien que lo paso contemplando y adivinando el papel que representa cada uno de los que pasan por los Callejones. Si nos fijamos en sus vestidos y, sobre todo, en sus maneras de caminar, podremos comprobar que, por allí, desfila una interminable cabalgata de toreros, de supervedettes, de cardenales, de futbolistas, de intelectuales, de bailarinas y toda la variedad de personajes grotescos que figuran en las comparsas y en las chirigotas. Todos los humanos y, especialmente los que presumen de ser naturales y auténticos nos disfrazamos para, ingenuamente, aparentar ante los demás y, sobre todo, para engañarnos a nosotros mismos. ¿No os habéis fijado cómo pretendemos disimular no sólo la edad, la calva, la delgadez o la gordura, sino también la ignorancia y la torpeza? Yo estoy convencido de que, si no todos estamos tan locos como tu tío Andrés cuando cada año se ponía una nueva carrera en la tarjeta de visitas, muchos nos equivocamos cuando, al mirarnos al espejo, nos vemos más guapos, más listos y más simpáticos de lo que realmente somos”.

Carmelo asentía a todas estas explicaciones pero trataba de poner mayor énfasis en un aspecto que, en su opinión, solía pasar desapercibido incluso a los observadores más perspicaces:

“para evitar esa locura, nos es suficiente con adquirir conciencia de los impulsos que nos empujan a disfrazarnos, sino que, además, hemos de distanciarnos, de vez en cuando, de nuestra imagen para, desde lejos, advertir que no somos tan guapos, tan listos ni tan simpáticos como creemos”. Todos, incluso Luis, se sorprendieron de estas reflexiones que escuchaban por primera vez pero Momi fue la única que, con desparpajo, dijo: “a mí lo que me interesa es saber cómo me ven los demás y, sobre todo, tú, Carmelo”.

Las llamadas son invitaciones a nuevas vidas.

Doce

A Ana y a Lola les sorprendió gratamente la reacción de Momi. Las dos habían hablado repetidas veces sobre el hábito tan frecuente de generalizar los juicios que tratan de interpretar los comportamientos humanos. “Cada uno es cada uno -repetía Ana-, fíjate como nosotras dos, que tanto nos parecemos, somos totalmente distintas. Tú, por ejemplo, eres reflexiva mientras que yo, por el contrario, soy intuitiva; Andrés es extrovertido y fanfarrón, Carmelo es introvertido y reservado”.

Pero Lola -que estaba de acuerdo con estas afirmaciones- pretendía centrar la atención en otro aspecto que, en su opinión, era más importante y menos valorado. Aunque estaba convencida de que tenía las ideas claras, también era consciente de su dificultad para explicarlas de una manera sencilla y convincente. “Para conocernos necesitamos preguntar a las personas que nos respetan y nos aprecian: somos más de la forma que ellos nos contemplan que como nos sentimos; de la misma manera que escuchamos nuestra voz distorsionada y con múltiples resonancias, nuestra personalidad, al no tener perspectiva, la vemos desfigurada. Estamos rodeados de personas que se llevan toda la vida pensando que son como no son: unos se creen mejores y otros peores. Mi amiga Juana, por ejemplo, está convencida de que, por lo delgada que está, resulta fea. Todos, sin embargo, le decimos que es guapa y, muchas nos querríamos parecer a ella. Es posible que su decisión de meterse a monja estuviera determinada, en parte al menos, por esa errónea idea de su propia imagen”.

Ana asentía con a cabeza y le agradecía la explicación que interpretaba y que tan bien definía su pensamiento sobre el noviazgo de Carmelo y Momi: “Yo estoy convencida de que Momi ha hecho de mi Carmelo un hombre; y no es que antes no lo

fuera sino que muchas de sus cualidades estaban sólo como en semillas, sin desarrollar. Él era cariñoso pero ni siquiera él mismo lo sabía hasta que se entusiasmó con los ojos y con la trenza de Momi. Aunque parezca que nada tiene que ver, desde que se echó la novia, es más cariñoso conmigo".

Pero Ana, desde antes de casarse con Juan, tenía en la cabeza una idea que no sabía explicar; estaba plenamente convencida de que los seres humanos -y quizás los animales y hasta las plantas a los que ella hablaba con palabras y con caricias- eran sólo y todo lenguaje: "Cuando se mueven, hacen gestos, hablan o callan; cuando se visten o se desnudan, expresan siempre un deseo o, mejor, hacen una llamada, solicitan comprensión y piden ayuda. Cada persona -decía- tiene su propia manera de llamar; yo me casé con Juan porque escuché cómo, con sus silencios, me pedía que lo acompañara, que descubriera sus deseos y que identificara sus sentimientos. Desde que me fijé en su mirada, advertí que me llamaba porque se sentía muy solo. La verdad es que la desolación que experimentamos al nacer, la mantenemos y la acrecentamos a lo largo de toda nuestra vida. Durante todo el tiempo que hemos estado casados lo único que he hecho ha sido escuchar con atención su llamada y tratar de responderle de la manera más acertada, aunque estoy convencida de que nunca acertamos plenamente".

Finalmente, Carmelo llegó a la conclusión de que Luis no era policía ni siquiera su confidente, aunque sí había sido un colaborador indirecto e inconsciente de múltiples detenciones y, hasta es posible, de algunos encarcelamientos y, quien sabe si de fusilamientos. Fue Paco, uno de los perjudicados, quien les abrió los ojos a los dos, a Luis y a Carmelo. La información la adquirió en la misma Comisaría y, posteriormente se la corroboraron en la cárcel. El primer y más sorprendente dato lo obtuvo cuando

respondía a las preguntas del Comisario. Aunque al principio no lo podía creer, no tuvo más remedio que aceptar que el policía que se acercaba al oído del Comisario era el mismísimo medio pordiosero y medio chulo que se pasaba el día entero en El Gavilán.

Luis estaba convencido de que era uno de los componentes de algún coro de los que saldrían en las próximas Fiestas Típicas porque, a casi todos los que acudían a la barra les hacía las mismas preguntas sobre el acierto de su celebración en el mes de mayo, sobre la calidad de los coros modernos y sobre la innegable influencia vasca, pero, cuando había logrado crear una atmósfera de amistad y de comunicación, siempre hacía la misma afirmación con tono de protesta: "Hay que ver lo mal que está la situación con los hijos de puta estos". Con esta imprecisa fórmula, sin referencia a nada ni a nadie determinados, lograba que hablaran los que, tenían ideas de izquierdas y, sobre todo, los integrantes de algún grupo de activistas. No sólo era muy mal hablado sino que, a veces, se le escapaban improperios contra lo que él denominaba "la administración". Éste era el segundo anzuelo en el que solían picar los que habían tomado más de dos copitas. Pero sus mayores galas de imaginación las exhibía cuando era él a quien, tras ser invitado en varias rondas, se le soltaba la lengua y cantaba antiguas coplas de carnaval que se prestaban a múltiples interpretaciones, como, por ejemplo:

La niña que aquí
no sepa guisar
con la olla exprés
lecciones se dan.

Con la condición

que no hay que tocar

con la mano al pito

que puede explotar.

Se está poniendo la cosa que arde,

aquí en España no se está seguro

aquel que más se entremete

más pronto le dan...diez duros.

Aquí se come pan y cebollas

el que no quiera que coma hierbas;

yo se lo juro por mi verdad

que antes de morir se la tengo yo sentenciá.

Esta detallada información impresionó profundamente, aunque de manera distinta, tanto a Luis como a Carmelo. Luis sintió de pronto gravitar sobre su conciencia todos el peso acumulado de las detenciones y encarcelamientos que él, de manera tan tonta, había facilitado, pero sobre todo, le preocupaba la imagen de chivato cretino y lelo que proyectaba sobre muchos de los clientes que, posiblemente, lo miraban con rencor, con desprecio y con lástima. Luis era consciente de que él era realmente, no como se creía, sino como lo veían los demás y, por eso, desde este momento estaba obligado a adoptar posturas que, contempladas con las atentas miradas de sus clientes, convecinos y amigos, fueran interpretadas como síntomas transparentes de su auténtica personalidad, de sus verdaderos sentimientos e, incluso, de sus más genuinos intereses. Aunque tarde, por fin, había comprendido que los comportamientos humanos

constituyen lenguajes que son interpretados y valorados desde distintas perspectivas y de acuerdo a los interrogantes a las -llamadas- que los diferentes interlocutores nos dirigen. Es probable que ni siquiera se hubiera dado cuenta de que la razón profunda por la que se había hecho novio de Belli era seguir ese impulso irreprimible que le empujaba hacia otra persona -al mismo tiempo próxima y lejana- que, con respeto y con cariño, respondiera, a lo largo del resto de su existencia, a su llamada vital, a su pregunta única: "¿Quién soy yo?".

La impresión de Carmelo fue más intensa y, sobre todo, mas profunda porque le estimuló una reflexión que le iba a trastocar algunos de sus esquemas mentales más sólidos e, incluso, diversas convicciones muy arraigadas desde su niñez. Por eso, su indignación, en esta ocasión, se dirigía contra sí mismo, contra sus principios y contra sus métodos de análisis de la realidad. Hasta este momento había partido del supuesto de que el motor de la vida social y de los comportamientos personales eran las ideas políticas; estaba convencido de que las únicas ideas válidas -y él entendía por ideas válidas los valores éticos- eran las de izquierda, pero llegó a estremecerse al comprobar que, en su escala de valores, las ideas estaban situadas por encima de las personas. Fue precisamente Paco quien, con su escueta reflexión le obligó a revisar todas sus teorías: "Allá cada uno con sus doctrinas, pero mi convicción más profunda es que el único valor absoluto es la persona humana concreta; para mí no existe una verdad, un principio ni una institución que estén por encima de las personas a las que quiero: sólo estoy dispuesto a dar mi propia vida por la vida de mi mujer o de cualquiera de mis dos hijos; ellos constituyen mis verdades, mis principios y mis instituciones". Estas palabras resonaron en el fondo de la conciencia de Carmelo como una llamada urgente para que

reconsiderara todas sus creencias y para que releyera toda su vida. “Siempre estamos a tiempo -le recalcó Paco- para recuperar las llamadas perdidas.

Tercera parte: **Llamada urgente**

Vivir humanamente es escuchar la llamada urgente que nos dirigen todos los seres. Desde el primer instante de la vida, la luz que baña nuestro cuerpo y penetra a través de nuestros ojos deslumbrados al fondo del espíritu, nos muestra las imágenes de las personas y de los objetos que nos ofrecen compañía, que solicitan nuestro reconocimiento y que reclaman nuestra solidaridad.

Por mucho que se alejen en el tiempo, algunas llamadas siguen resonando en nuestro espíritu con la misma intensidad que cuando las escuchamos por primera vez.

Uno

La primera noche que Andrés pasó en el Seminario tardó en conciliar el sueño. Extrañaba el colchón de virutas de corcho, las sábanas nuevas y, sobre todo, los intensos olores a humedad. El profundo silencio le sirvió de pantalla sobre la que proyectaba, en sentido inverso, la película de aquel largo día y, sucesivamente, las secuencias de los días, de las semanas, de los meses y de los años anteriores. Algunas escenas, no sólo transcurrían con mayor lentitud, sino que se repetían de manera machacona, pero lo que más le aturdía era la frecuente superposición de algunas insistentes imágenes. El rostro del padre, por ejemplo, que hacía más de un año que había fallecido, le aparecía, una y otra vez, profiriendo frases que había pronunciado en situaciones muy distantes a las actuales: "Me cago en los muertos de quien tiene la culpa de esta puta vida", se lo había escuchado cuando, extenuado, regresaba de su larga jornada de trabajo en el puesto de la gandinga, pero ahora, con la misma expresión de ira, se la decía a él precisamente cuando, agradecido por los respectivos regalos de cinco pesetas, Andrés se despedía de las señoritas Luisa, Mercedes o Conchita. En algunos momentos tenía la impresión de que escuchaba su profunda respiración y de que estaba acostado junto a él sobre un colchón situado en el suelo. Otra imagen reincidente era la cara redonda, con aquellas gafas también circulares, de Lorenzo, el portero del Seminario, que le había vendido la escoba con la que barrería semanalmente aquel cuarto que tan limpio le había dejado su madre y en el que, vanamente, intentaba dormir. Por primera vez en su vida podría dormir solo, sin escuchar el permanente repiqueteo de la máquina de coser de su madre ni los ronquidos de su difunto padre. Volvió a recordar con notable precisión las seis barras de regaliz que el Hermano Visitador le entregó como premio a su decisión de ingresar en el Seminario, y, de nuevo, escuchó aquella voz -aquella revelación y no un

sueño- que, con autoridad, le aseguraba que llegaría a ser importante y, sin duda alguna, el salvador de su familia, de su ciudad, de su nación y, quién sabe si del mundo entero. Un largo sonido de campana lo despertó; saltó de la cama y, mientras se lavaba la cara, se preguntó, sin atinar en la respuesta, si esas palabras eran el recuerdo de aquella revelación, un sueño evocador o una nueva profecía que confirmaba la primera.

Ana tampoco durmió esta noche demasiado porque tenía que recuperar el tiempo que había pasado en el Seminario preparando, con la ayuda de su cuñada Lola y de la aprendiza Trini, la habitación en la que Andrés permanecería los nueves meses del curso académico. Antes de las doce del medio día debía entregar la docena de pantalones del uniforme de verano de los marineros. Desde que falleció Juan, su marido, se vio obligada a doblar el número de la tarea de costura porque, desgraciadamente, a pesar de la buena voluntad de su hijo mayor, Carmelo, las ventas en el puesto de la gandinga iban de mal en peor. Se acostó aproximadamente a la misma hora, la seis de la mañana, en la que sonó la campana para que se levantara Andrés, pero sólo durmió hasta las nueve, hora en la que llegó Trini para empezar el trabajo y en la que ya Lola le tenía preparado el desayuno. El tema de conversación fue, lógicamente, la vida que llevaría de Andrés en el Seminario. Ellas tenían una amplia información gracias a los datos que les proporcionaban las señoritas Luisa, Mercedes o Conchita. Las tres tenían algún familiar cercano que era sacerdote o religioso.

La señorita Luisa le había dado detalles sobre los largos y duros estudios de esta carrera que era

> la más larga y la más difícil de todas: fíjate que los libros están todos escritos en latín y los profesores también explican las lecciones en latín; yo pienso que eso lo hacen por dos razones: primero porque las cosas difíciles, como son los misterios de la religión, sólo se pueden explicar en latín y,

segundo, para que las gentes corrientes no las entendamos, ¿tú has entendido alguna vez a un predicador?

La señorita Luisa estaba muy orgullosa de que su hijo hubiera ingresado, hacía más de diez años, en el Noviciado que los Jesuitas tienen en el Puerto de Santa María:

cualquiera sabe cuándo cantará su Primera Misa, ojalá Dios me conceda salud y vida para besar sus manos consagradas.

La señorita Mercedes conocía la vida del Seminario por las referencias de su cuñado, Cura Párroco, y además Arcipreste, que ya hacía más de treinta años que había cantado misa:

Tu Andrés aprenderá, por lo menos, la disciplina de la que tanto están necesitados los jóvenes de ahora; allí se tendrá que hacer diariamente la cama y fregar el suelo cada jueves; comerá garbanzos -o "trompitos", como ellos los llaman- todos los días del año; ya verás lo buenas que le saben las comidas que tú le hagas durante las vacaciones. Mi cuñado nos repite, sin embargo, que lo que más le costó durante los doce años fueron las duchas semanales de agua fría.

La señorita Conchita era la que, sin duda alguna, poseía mayor información ya que su hermano mayor, que en paz descanse, había sido director espiritual del Seminario durante cerca de quince años.

Yo no sé si el Seminario conseguirá que Andrés sea más sabio o más disciplinado, pero estoy segura de que será más santo. Ya verás cómo, con las pláticas, las misas, los rosarios, los Vía Crucis, los rezos, las meditaciones, los cilicios y las disciplinas, se vuelve más espiritual.

Pero, tanto Trini como Lola, cuando hablaban del Seminario, se referían al edificio.

A mí -dijo Trini- me impresionaron, sobre todo, aquellos largos y oscuros pasillos con tantísimas puertas a un lado y a otro; en el rato que estuve allí me perdí, por lo menos, tres veces; en mi vida he visto una casa tan triste.

A Lola, por el contrario, le llamó la atención la considerable altura de las fachadas blancas que daban a los patios que, en consecuencia, parecían más angostos de lo que en realidad eran. Desde el centro de cada uno de ellos, Lola sentía una sensación parecida al que está en el fondo de un hondo pozo.

Ana pensaba, sin embargo, en su hijo Andrés: le dolía la separación física pero, sin saberlo muy bien expresar, temía que tantos estudios, tanta disciplina y tantos rezos le pudieran perjudicar. Ese afán de grandeza, que según Lola la había heredado de su tío Andrés, se le podía disparar en cuanto leyera dos libros o se viera vestido con la negra sotana. Ella estaba convencida de que tanto los estudios como la santidad podían aumentar la idiotez y la locura:

Los tontos y los locos -eran sus palabras- cuanto más leen, más tontos y más locos se vuelven; y no digamos de la santidad: los santos del cielo o los de los altares serán muy buenos, pero los de la tierra, cuanto más rezan más insoportables se vuelven: son tristes, aguafiestas, exigentes con los demás y, sobre todo, orgullosos. Miedo me da ver a Andrés entrar por esa puerta convertido en un santo.

El hijo de la señorita Luisa, cuanto más estudia, no es como dice su madre, que se le entienda menos, sino que le crecen las tonterías y, desde su

altura de intelectual, nos mira a los demás ignorantes con orgullo y con lástima. ¿Qué necesidad tiene de decirme a mí frases en latín si sabe que no las entiendo? Bueno, la verdad es que tampoco sé qué significan la mayoría de las palabras españolas que él emplea. ¿Para eso estudia tanto? Estoy segura de que es para que no lo entendamos los demás o para podernos decir que somos unos paletos.

Ana también conocía al cuñado de la señorita Mercedes y había presenciado algunas escenas que el "perfecto señor cura y el venerado arcipreste" había protagonizado en sus frecuentes visitas y, sobre todo, durante la semana de vacaciones –"de descanso pastoral"- que se pasaba en la vivienda de su hermano y de su cuñada. La semana anterior a la visita todos los miembros de la familia la dedicaban a limpiar en profundidad y a ordenar todas las habitaciones. A los dos hijos y, sobre todo, a la hija, la madre le leía una y otra vez la cartilla del buen comportamiento en la mesa y le insistía, de manera especial, en el silencio que debían guardar durante todo el día. El tío era singularmente sensible -"maniático" decía Ana- al orden y a los ruidos. "El orden de la casa -repetía en cada visita- es el fiel reflejo del orden del alma, y un alma en desorden es un alma en pecado". Pero su sensibilidad era especialmente aguda con los ruidos por muy leves que fueran: "un grito -era su principio absoluto- es una agresión". Pero lo peor era que él llamaba "grito" a cualquier sonido aunque fuera delicado. En cuanto aparecía por las puertas, tenían que cubrir con un paño oscuro la jaula del canario para evitar que piara. Ana, que no tenía nada que ver con él, se angustiaba contemplando el sufrimiento de toda la familia y, en especial, los esfuerzos de la señorita Mercedes para evitar que su marido se sintiera mal.

El señor cura que, por lo visto, sólo había comido "trompitos en el Seminario" ponía siempre una pega a todas y a cada una de las comidas: decía -y

todos se lo creían- que era especialista en el gazpacho y, para demostrarlo, siempre encontraba un defecto o un exceso. A mí me molestaba, sobre todo, la manera delicada de hacer las críticas; ese tono beatífico, ese rostro angelical, esa mirada candorosa, esa manera blanda de mirar, de gesticular y de pronunciar las palabras. "Este gazpacho está buenísimo pero, quizás, estaría mejor con menos sal y con un poquito más de pan".

Pero el señor Arcipreste, con sus buenas formas, daba su opinión sobre todos los objetos y sobre todos los comportamientos de la casa:

¿No pensáis que estos cuadros estarían mejor un poco más bajos? ¿Y si pusiéramos la mesita menos arrinconada? Los vestidos de la niña son demasiado modernos; ¿no creéis que, si la falda fuera un poquito más larga, la niña estaría más elegante?

Nunca se le escaparon palabras de elogio o de agradecimiento pero, con toda la humildad del mundo, reclamaba el beneplácito de todos para cualquiera de sus innumerables buenas acciones. De que el cura era un jartible estaba convencida toda la familia y, sobre todo, su hermano que sufría por él pero, sobre todo, por su mujer, que era sobre quien caía toda la carga, y por sus tres hijos que hacían unos esfuerzos supremos para evitar que su rechazo lo advirtiera el perfecto y dichoso tío.

Ana vio al hermano de la señorita Conchita en escasas ocasiones y sólo lo escuchó una vez en un sermón de la Novena de la Inmaculada del Colegio de los Hermanos. Llegó a la conclusión de que, efectivamente, era un ser espiritual: que

carecía de cuerpo y, por lo tanto, de carne, de huesos, de nervios y, sobre todo, de cerebro y de corazón.

A pesar de que, de manera continua, repetía el superlativo "queridísimo", carecía completamente de sentimientos. Nunca lo vieron llorar ni reír. Pero su espiritualidad consistía, sobre todo, en el miedo que sentía por las mujeres.

> No comprendo que fuera tan devoto de la Virgen María cuando estaba convencido de que el resto de las mujeres constituía un peligro grave para su salvación eterna.

Es cierto que Ana fue la que luchó más para que, gracias a las ayudas de las señoritas, Andrés reuniera todo el ajuar necesario para el ingreso en el Seminario, pero también es verdad que lo animó para que quedara en su habitación el traje de paisano por si, en cualquier momento, decidía regresar a su casa.

> Tú, si piensas que no tienes suficiente vocación, te quitas la sotana y, sin dar más explicaciones, te vienes con tu madre y con tu hermano. Ya verás cómo yo te encuentro una oficinita o una tienda de tejidos en la que trabajar; tú tienes hechuras de buen dependiente.

Es posible que Ana, aunque no de una manera muy precisa, tuviera ciertos temores de que esas ansias de triunfos, tan parecidas a las de su tío, se inflaran en el Seminario y Andrés se convirtiera en un intelectual como el hijo de la señorita Luisa, en un perfeccionista como el cuñado de la señorita Mercedes o en un santo como el hermano de la señorita Conchita. Pero también es probable que esas facilidades para que se arrepintiera de su decisión estuvieran determinadas por la certeza de que su padre, si aún estuviera vivo, hubiera recibido un profundo disgusto al ver a Andrés vistiendo la

sotana. A él nadie podía quitarle de la cabeza que la Iglesia no tenía nada que ver con los trabajadores y sí mucho con esos señoritos que habían apoyado el Movimiento y se había aprovechado de él.

Lola trataba de tranquilizarla, convencida de que los estudios podían ayudarle a que abriera los ojos a la realidad, a que se diera cuenta del mundo en el que vivía, a enterarse de quiénes eran las personas a las que trataba y, quizás, a conocerse a sí mismo.

> No pierdas las esperanzas de que Andrés con los palos que allí va a recibir y, sobre todo, con el silencio al que lo van a someter, cambie de actitudes y asiente esa cabeza tan repleta de pajaritos.

Trini escuchaba esta conversación con atención y con desconfianza. Ella estaba convencida de que las personas cambiamos muy poco a lo largo de nuestra vida:

> Los tontos, los locos y los mariquitas, por mucho que estudien siguen siendo tontos, locos y mariquitas. A lo mejor aprenden a disimularlo o a explicarlo, pero el fondo de sus "asaúras" sigue siendo de la misma condición. Andrés por muchos libros que se meta en la cabeza, siempre seguirá siendo Andrés.

La vocación es una llamada que hace Dios a través de las necesidades urgentes de los hombres.

Dos

A las seis y media sonó nuevamente un repique de campana y, tras un breve silencio, dio una sola campanada que indicaba que los seminaristas debían dirigirse en fila a la capilla. Tras las oraciones de la mañana, el Padre Espiritual, sentado en el presbiterio ante una pequeña mesa, dirigió la primera meditación del curso en la que glosó el texto de San Pablo "*ex hominibus assumptus pro hominibus constitutus*", "tomado de entre los hombres -tradujo- está destinado a servir a los hombres"-; en esta frase sintetizaba el sentido profundo y la excelsa dignidad de la vocación sacerdotal. Andrés, no sólo entendió a la perfección todas las palabras, sino que las escuchó convencido de que estaban dirigidas a él de una manera especial:

> Sí -pensaba-, yo he sido llamado personalmente, con mi nombre y con mis dos apellidos, por el mismo Dios; he sido elegido, entre todos los niños de mi familia, de mi colegio, de mi ciudad; yo soy el predilecto. Dios se ha fijado en mí -por algo será- para que lo represente a Él, para que transmita sus palabras, para que actúe en su nombre. Es cierto que, como dice el padre espiritual, yo no soy merecedor de tanto honor, pero estoy dispuesto a sobrellevarlo con la mayor humildad y dignidad.

El segundo punto de la meditación -*pro hominibus constitutus*- coincidía con sus aspiraciones más profundas, y constituyó para él todo un estimulante objetivo que iba a dar sentido a sus esfuerzos en los estudios y en la disciplina:

> Tengo que ser el modelo, el ejemplo y el guía de mi pueblo; en mi rostro, en mis palabras, en mis actitudes y en mis comportamientos, todos

tendrán que ver reflejados el poder, la sabiduría y la bondad de Jesús, de Cristo Rey, el vencedor de este mundo ignorante y pecador.

Pero la emoción más profunda la sintió Andrés cuando el Prelado, en el rito solemne de apertura de curso, después de que todos los profesores hubieron pronunciado el juramento antimodernista, le impuso la roja beca como signo visible del comienzo de su larga carrera académica, disciplinar y ascética hacia la consagración sacerdotal. Terminada la ceremonia inaugural, el barbero le abrió por primera vez la coronilla en la cabeza; ésta era la señal visible que expresaba su renuncia a las vanidades mundanas.

Tras el almuerzo salió de paseo al Parque, formando parte de la larga fila que, -en palabras del pueblo- anunciaba el viento de levante, vestido ya con su negra sotana y con su beca roja, y tocado con su bonete de cuatro picos y de borla enhiesta. Era precisamente el Parque, el lugar en el que, hacía varios años y acompañado por su madre, había contemplado por primera vez a los seminaristas. Entonces prestó especial atención a uno cojo, calzado con un zapato provisto de una enorme plataforma; a otro gordo y colorado, con semblante amable y alegre, y a un tercero, esbelto y de porte distinguido que, con gestos ceremoniosos, dirigía la conversación de un grupo formado por otros tres. Ahora, recordando aquella escena, pensaba en que, quizás, algún otro niño estaría junto a su madre siguiendo los movimientos de él y, quién sabe si algún día sentiría la vocación y, siguiendo sus pasos, ingresaría en el seminario.

En este primer paseo se llevó la primera sorpresa de su nueva vida. Un alumno de segundo curso, Oliveras, le dijo con tono categórico y con cierto malhumor: "*noli me tangere*". Aunque no entendió el significado literal de la frase, advirtió por la expresión

del rostro que se trataba de un reproche. Se lo explicó Antonio Perulelo, otro compañero de segundo:

> Te ha dicho que no lo tocaras. Ésta fue la frase que pronunció Jesús de Nazaret a María Magdalena tras la resurrección. Nosotros la empleamos para evitar cualquier contacto o roce físico entre los compañeros. Tenemos que vivir la virtud de la pureza hasta en los más mínimos detalles. En cuanto se nos escape una pequeña puntada, corremos el riesgo que se nos descosa todo el vestido.

A Andrés le dolió aquel despiste suyo y, sobre todo, le preocupó que el hecho de haber puesto el brazo por encima del hombro del compañero, como acostumbraba a hacerlo en el Colegio de los Hermanos, constituyera un borrón en su hoja de servicios. Lo había hecho de una manera mecánica y no comprendía la relación de ese gesto tan inocente con la castidad que debían guardar, durante toda su vida, los sacerdotes. Pasadas varias semanas, en una de las pláticas del Padre Espiritual escucharía que, en materia de castidad no existe "parvedad de materia": cualquier pensamiento, cualquier palabra o cualquier hecho constituía pecado mortal o falta grave.

En este primer paseo conversó, sobre todo, con Esteban, con Manolo y con Ignacio; estos tres compañeros tenían en común ser hijos de Guardias Civiles quienes, junto a los maestros y a los escribientes, constituían, por aquel entonces, las canteras más fecundas de las vocaciones religiosas y sacerdotales; estos hombres discretos, comedidos y respetuosos, además de católicos practicantes, solían ser amigos de los curas párrocos de sus respectivos pueblos. Éste era, precisamente, el tema de conversación entre ellos:

> El Cuerpo de la Guardia Civil -explicaba Manolo, huérfano y hermano de guardias civiles- constituye mucho más que una profesión: es una manera de

concebir la vida, una forma de establecer relaciones con la sociedad, un estilo de pensamiento y una jerarquía de valores.

Fíjate -subrayaba Ignacio- que los Guardias Civiles salen del pueblo y defienden al pueblo, pero están separados del pueblo. Viven en la "Casa Cuartel" y tienen que vestir siempre de uniforme; en realidad, el color verde y el tricornio tienen mucho de hábito religioso.

Manolo no disimulaba su orgullo -su “noble orgullo”, decía él- por pertenecer al cuerpo de la Guardia Civil, por ser alumno de los salesianos y por ser monaguillo de don Anselmo que era salesiano y párroco de San José del Valle. Por eso se entusiasmaba tanto cuando, en la Plaza de la Catedral, contemplaba durante la Semana Santa la banda de cornetas y tambores de los "polillas" tras el paso del Cristo de la Misericordia.

El tema de conversación de este primer paseo fue el origen de sus respectivas vocaciones. Esteban explicó que había venido al Seminario por indicación del Hermano Ignacio, el director de Colegio de los Hermanos de la Salle. A Manolo lo trajo su párroco, don Anselmo, cuyo principal objetivo pastoral era seleccionar a los niños que, debido a su inteligencia despierta, a su laboriosidad y, sobre todo, a su buen corazón, tenían vocación sacerdotal. Ignacio declaró que lo que se dice sentir, él no había sentido nada pero el padre Muriel le había aconsejado a su padre que solicitara el ingreso en el Seminario donde, en el peor de los casos, le proporcionarían una buena preparación para que, al menos, llegara a ser un buen cristiano.

Andrés confesó a los tres compañeros que él sí tenía una verdadera vocación porque había escuchado directamente la llamada de una voz clara, modulada y categórica que le decía:

"Andrés, tú serás importante; harás grandes cosas; redimirás a tu familia de la pobreza y colocarás a tu ciudad en el lugar privilegiado que le corresponde".

Ricardo, que había escuchado toda la conversación en completo silencio, se vio obligado a intervenir cuando Ignacio le preguntó directamente si él había sentido la vocación o había escuchado alguna voz "clara, modulada y categórica":

Yo ni he sentido la vocación ni he escuchado esa voz. He solicitado el ingreso en el Seminario porque quería seguir estudiando. El director del Colegio me dijo que si aprobaba un examen en el Sindicato, me daban una beca para estudiar aquí durante doce años. Si soy capaz de terminar la carrera, a mí me gustaría, sobre todo, dar clases.

Aunque todos sabían que los curas se dedicaban a otro tipo de actividades, no les extrañó demasiado esta explicación porque conocían a sacerdotes o, al menos, a religiosos que eran profesores y, durante los días siguientes irían comprobando que todas las clases del Seminario las impartían sacerdotes. Sí les llamó la atención la respuesta que les dio Alfredo, una de las tres vocaciones tardías que habían ingresado con ellos este curso. Este joven, sargento de la aviación, a pesar tener algo más de treinta años, tenía un aspecto casi angelical muy parecido a la figura de San Francisco de Paula. Tras permanecer atento durante toda la conversación, les dio una respuesta que, en aquellos momentos, no supieron interpretar:

La medida de la vocación depende de las cosas que hemos abandonado en el mundo.

Pero todavía les resultaron más misteriosas cuando el Director Espiritual en una de sus meditaciones matutinas las repitió casi al pie de la letra y las explicó con ejemplos, según él, clarísimos:

La prueba de que vuestra vocación es auténtica reside en la cantidad de bienes a los que habéis renunciado: las riquezas materiales, los honores mundanos, los poderes políticos y, sobre todo, los placeres corporales.

El único que, según su propia confesión, había entendido todas estas palabras fue Andrés que enumeró y explicó a todos sus compañeros cómo él, para ser sacerdote, obispo, cardenal y quién sabe si papa, había abandonado la idea de ser rico, célebre y poderoso. Él sería el más virtuoso, el más santo, el más puro y el más humilde.

Las charlas sobre su trayectoria del sargento antes de entrar en el Seminario fueron uno de los temas preferidos en los paseos semanales, y, poco a poco, con sus respuestas y con la ayuda de la imaginación, fueron construyendo los trazos de una vida apasionante y ahondando en las raíces íntimas de su intensa vocación sacerdotal.

Alfredo era huérfano y sus primeros recuerdos se remontaban a la Casa Cuna, aquella enorme y soleada edificación que destruyó la explosión de un depósito de minas de la Base de Defensas Submarinas. Esta "catástrofe", en la que murió la mayoría de sus compañeros, le arrebató a su único amigo, a Luis, a la primera persona que realmente había querido. De la ausencia de su amigo se había ido dando cuenta de una manera progresiva conforme pasaban los años, a medida en que se revelaba en su memoria el rostro ensangrentado, con los ojos completamente abiertos.

Al principio deseaba sinceramente morir para encontrarme con él y, al menos, limpiarle la cara, pero, después, he descubierto que aquí puedo mantener la amistad y seguir charlando; lo malo es que, mientras que yo voy cumpliendo años, él se ha detenido en su niñez.

En el hogar de José Antonio, al que pasó tras cumplir los seis años, creyeron que estaba enfermo de los nervios porque,

por más que se esforzaba la directora, no lograba sacarme una palabra: nunca le dije que hablaba continuamente con mi amigo Luis al que le contaba, sobre todo, la enorme pena que sentía al comprobar que nunca había tenido padre, ni madre, ni hermanos, ni abuelos ni siquiera tíos como casi todos los compañeros. Aunque, aprobé el examen de ingreso en el instituto, antes de terminar el primer trimestre, deje los estudios de bachillerato porque me resultaba insoportable comprobar cómo todos hablaban de su familia, aunque la mayoría de las veces fuera por protestar. Esto no me había ocurrido hasta entonces porque, en la residencia de Auxilio Social, donde después se alojó, todos eran huérfanos, al menos del padre.

Alfredo ingresó como voluntario en el ejército del aire y, a las pocas semanas, llegó a la conclusión de que también se había equivocado.

Ingenuamente, yo había pensado que, desde el principio, estaría permanentemente volando entre las nubes, alejado de este mundo tan mal diseñado, tan desequilibrado y tan injusto.

A partir de las explicaciones parciales de Alfredo, los demás compañeros irían rellenando los vacíos con las ocurrencias de cada uno e iban construyendo una historia interesante y llena de apasionantes aventuras. Pero todos seguían sin saber interpretar el sentido de aquella frase en la que se refería a "las cosas que había abandonado en el mundo". A excepción de Andrés, todos confesaban que no habían abandonado nada y, también se extrañaban que él hiciera aquella declaración cuando, por lo que hasta ahora había contado, carecía de todo, incluso de familia.

Al regreso al Seminario, tras este primer paseo, a Andrés le sorprendió ver a su tía Lola que, con evidentes signos de preocupación, lo besó y le entregó un papel con varios dobleces. Ya en

su habitación, leyó el texto siguiente: “Reza por tu hermano Carmelo que, en estos momentos, atraviesa por una situación difícil”.

Lola había copiado esta misma frase de una carta algo enigmática que acababa de recibir, firmada por su amiga Juana, monja de clausura en un monasterio de Madrid.

Querida amiga Lola:

Ya te explicaré en otra ocasión las poderosas razones por las que me ha resultado imposible escribirte durante más de dos años. Tú sabes bien que Dios escribe derecho sobre renglones torcidos y con mala letra. Bueno, la “maldad” de la letra no depende de Dios sino de quien se empeña en ser su amanuense. Algunos escribientes tienen demasiada torpeza para interpretar las palabras, y escasa humildad para aceptar la voluntad de Dios. Si es malo negar a Dios, mucho peor es suplantarlo. A esta permanente y grave tentación sucumben quienes se creen llamados para ocupar las sedes, enarbolar los báculos, bendecir, maldecir, juzgar, perdonar y, sobre todo, condenar. Yo estoy convencida de que el diablo existe y, además, de que se encarna en todos los que se empeñan en ejercer de Dios o en sustituirlo aquí en nuestra tierra.

Por favor, no me respondas a esta carta ni vengas a visitarme, y te ruego que reces por mí porque, en estos momentos, atravieso por una situación difícil.

Un beso de tu amiga Juana.

Hemos de serenarnos antes de responder a una llamada, por muy urgente que sea.

Tres

Tras la lectura de la carta, Lola, como le ocurría siempre que recibía una noticia inesperada, se quedó con la mente en blanco y sin fuerzas para reaccionar. No fue capaz de interpretarla. Por eso ni siquiera se la mostró a Ana: la guardó y esperó que pasaran algunos días para, con mayor distancia, releerla y descifrarla. Hacía mucho tiempo que había llegado a la conclusión de que la distancia espacial y temporal agudiza la vista y permite distinguir con mayor claridad los perfiles, el volumen y el espesor de los episodios humanos.

La releyó cuando, transcurrida una semana, volvió a vestir la chaqueta en la que la había guardado. Tuvo necesidad de repetir varias veces su lectura porque, aunque reconocía la letra, sin embargo, las palabras, las expresiones y el tono agresivo, con el que le parecía que la carta estaba escrita, no correspondían al talante apacible de Juana y, menos, al de Sor Sagrario. Lo primero que le llamó la atención fue que hubiera suprimido la jaculatoria del principio -"Ave Maria Purísima"-, que la tratara sólo como amiga -en vez de "amiga en Cristo Jesús"- y que, al despedirse, en vez de hacerlo como "la hermana en Cristo, Sor Sagrario", lo hiciera simplemente con "un beso de tu amiga Juana". Pero, mucho más que estos aspectos formales, le impresionaron la denuncia tan grave que le hacía de unas actitudes y de unos comportamientos perversos. Su amiga, efectivamente, "atravesaba por una situación difícil", pero su dramatismo aumentaba porque no le proporcionaba datos concretos y porque le impedía la posibilidad de abrir un cauce de comunicación y una vía por la que ella pudiera proporcionarle ayuda.

En vez de dar pábulo a la imaginación elaborando hipótesis sobre las causas y sobre las consecuencias de este estado de ánimo, Lola prefirió hacer un silencio interior con el fin de evitar inquietarse antes de conocer la situación real.

Hasta es posible -pensaba- que estas reflexiones sean el resultado de una mayor lucidez y, sobre todo, de unas experiencias que la han hecho crecer. Juana era un ángel que, durante el tiempo que mantenía las alas desplegadas, volaba hacia ese cielo impoluto y limpio de nubes, que ella había construido en sus visitas al sagrario y en sus conversaciones con la Madre Abadesa. No es extraño que, a medida en que las alas han perdido lozanía, se vea obligada a pisar el suelo sinuoso y áspero en el que, también, se asientan los conventos por muy cerrados que estén. Pero yo estoy convencida de que palpar la realidad, por muy dura que sea, siempre es saludable.

Pero Lola evitaba hacer conjeturas sobre los hechos verosímiles que le hubieran podido impulsar a Juana a formular tales afirmaciones porque, aunque reconocía que la imaginación constituía una poderosa facultad para dotar de relieve y de colorido a los sucesos más anodinos, también estaba convencida de que, si se dejaba guiar por ella, corría el riesgo de ser llevada a unos mares en los que perdería pie.

A los pocos días recibió otra carta, esta vez remitida por Luis, aquel compañero de trabajo, tan tímido y tan frío, que estaba obsesionado con ascender y que empleaba todo el tiempo libre en copiar los apuntes que le proporcionaban sus compañeros de la Escuela de Periodismo. Le transmitía la noticia de que don Paco, el jefe tan católico practicante, que ponía especial cuidado en mantener las distancias, "había fallecido tras sufrir una larga y cruel enfermedad". Tras su firma, le añadía la siguiente post data:

Se me olvidaba: el otro día, mientras atravesaba un semáforo, vi a una señora casi idéntica a Juana. No me atreví a saludarla porque de pronto recordé

que estaba en el convento y porque me dio la impresión de que era demasiado mayor o de que estaba demasiado delgada para ser ella.

Estas palabras tampoco inquietaron inmediatamente a Lola pero, conforme fueron transcurriendo las horas, -como si se tratara de un negativo fotográfico- la imagen borrosa de una Juana deteriorada se le fue revelando más nítida y más persistente. De vez en cuando, escuchaba su voz con cierto tono de amargura. Por primera vez tuvo que hacer esfuerzos para evitar que le invadiera una sensación de desasosiego provocado por la ausencia de información. Decidió que, mientras careciera de datos seguros, ni haría conjeturas ni, mucho menos, tomaría decisiones. Hace ya tiempo que, a la misma Juana, en sus largos paseos madrileños antes de que ésta ingresara en el convento, le había comentado que el peligro de las imágenes y de los episodios creados por la imaginación estribaba en el contenido emotivo que todos encerraban:

> El daño de la locura -le explicaba textualmente- no lo producen las fantasías por muy extravagantes que sean, sino los temores, los odios y los rencores que provocan.

Un triple golpe en el aldabón de la puerta cortaron estas reflexiones disuasorias. La imagen enmarcada que apareció tras abrir confirmó sus teorías preventivas: allí estaba Juana con un aspecto luminoso y con una expresión que revelaba una profunda serenidad. A Lola le sorprendió que no le llamara la atención aquel corte de pelo tan juvenil, aquellos ojos tan perfilados, aquel vestido tan elegante ni siquiera aquel escote tan sugerente. Aunque era la primera vez que la había visto arreglada de esa manera, recibió la impresión de que aquella era la imagen que mejor transparentaba su perfil humano y su exquisita sensibilidad femenina. Pasaron a la

cocina y, durante más de dos horas, conversaron pausadamente siguiendo el mismo hilo y sobre los mismos asuntos teóricos y etéreos de sus charlas en el banco del jardín o en las incómodas sillas de la casa de Madrid. Las dos volvían a coincidir en la dulzura y en la serenidad que infundía el amor profundo, esa entrega incondicional que llena de contenido y que dota de sentido a la vida. Las dos seguían estando de acuerdo en que, cuando pensaban en la persona amada se les llenaba la boca de palabras y las palabras se convertían en sensaciones profundas, en emociones íntimas y, al mismo tiempo, envolventes.

> Cuando amo -repetía otra vez Juana- me siento habitada; tengo la impresión de que el ser que amo está dentro de mí. Me siento comprometida y, al mismo tiempo, libre.

Lola, que también en esta ocasión escuchaba estas palabras con atención y con fruición, recibía otra vez la impresión de que su amiga íntima le estaba adivinando y dibujando sus propias vivencias, pero, ahora, ya no hacía esfuerzos imaginativos por identificar el sujeto y el objeto de las emociones de Juana porque había descartado a todos aquellos compañeros que, recién llegadas a Madrid, podrían haber establecido relaciones con ella. Luis, según le había dicho en la carta, ni siquiera la había reconocido cuando, hace unos días, se cruzó con ella. Paco, a pesar de su egocentrismo, ya se había casado, y don Paco había fallecido.

Lola también se explayaba describiendo los sentimientos que nuevamente estaba volviendo a experimentar y que, en esta ocasión, estaban confirmando muchas de sus anteriores ideas y de sus profundas convicciones de que el amor es una puerta abierta a la libertad, que el que ama y el que se siente amado tienen la sensación de que los espacios se dilatan, de que los colores brillan con mayor intensidad, de que el aire se

hace más respirable y de que los tiempos se alargan; de que, efectivamente, el amor destruye las barreras físicas y deshace las vallas impuestas por las convenciones sociales; de que, incluso, nos desata las cadenas de las leyes humanas.

Las dos volvían a estar plenamente de acuerdo en que el amor es todo: proporciona bienestar, equilibrio, lucidez y, sobre todo, serenidad, repetían casi con idénticas palabras que el amor explica, justifica y perdona todo; que es la única ciencia, el único arte y la única religión: el amor es el cielo en la tierra. Como les ocurriera en sus conversaciones madrileñas, en esta ocasión tampoco se refirieron a personas concretas, pero ni siquiera mencionaron episodios protagonizados durante los dos últimos años. Daba la impresión de que este período se había borrado, no sólo de la mente de las dos, sino de sus propias vidas. Quizás esta fuera la razón por la que las dos habían rejuvenecido realmente y estaban dispuestas a emprender una existencia nueva. Es posible que ésta fuera la causa por la que se despidieron hasta el día siguiente con las siguientes frases:

- La vida empieza hoy.
- Tenemos toda la vida por delante.
- Lo mejor de la vida nos queda por vivir.
- Hasta mañana.

Las simples preguntas constituyen, a veces, llamadas urgentes.

Cuatro

- ¿Y tú, cuál crees que es el principal obstáculo para el amor?

Esta fue la pregunta directa que le formuló Lola a Juana cuando, a la mañana siguiente, salieron juntas para dar un paseo por el Campo del Sur por el borde de la muralla que tanto parecido guarda con el Malecón cubano.

- Sin duda alguna, el ansia de poder.

Esta respuesta aparentemente teórica constituyó para Lola una explicación detallada de la vida que Juana había llevado en el Convento y un relato pormenorizado de las razones que le empujaron para abandonarlo. Las dos amigas estaban conectadas por unas vías anchas de comunicación; por ellas se transmitían mensajes cifrados, sin necesidad de que ninguna de ellas articulara palabras. Juana tradujo con total precisión la pregunta de Lola y la respondió de una manera adecuada y detallada. Por eso Lola pudo visionar mentalmente toda la secuencia de la estancia de Sor Sagrario en el Convento. Contempló con una indisimulada consternación cómo la Abadesa, la citaba una y otra vez en su despacho y cómo, tras mantenerla en pie y en silencio durante cerca de media hora, le repetía siempre la misma pregunta:

- ¿Tiene su Caridad algo importante que contarme?
- Nada, Reverenda Madre.
- Pues váyase y esfuércese en ser un poco más humilde.

A Sor Sagrario le hacía sufrir, sobre todo, aquel prolongado y denso silencio de la espera. Tenía la impresión de que una pesada plancha de acero le aplastaba la cabeza

o, quizás, de que, durante aquel interminable rato de espera, estaba sujeta por una camisa de fuerza como la que usaban en el manicomio que ella visitaba de joven, para sujetar a los enfermos más violentos. Ella había descubierto por primera vez que algunos silencios agobian y oprimen: son aquéllos que imponen los poderosos. En contra de las apariencias, esos silencios no son espacios vacíos sino, por el contrario, reductos cerrados rellenos de gritos violentos, bombas repletas de materias explosivas. Estos silencios artificiales eran voces estentóreas que pretendían inútilmente cubrir esas otras palabras que surgen del fondo de la propia conciencia atormentada o, quizás, de los rostros serenos de interlocutores sanos y limpios. Juana sufría intensamente porque ella había ingresado en el Convento impulsada, precisamente, por el deseo de encontrar un ámbito privilegiado de silencio en el que, alejada de los perturbadores ruidos, pudiera escuchar las palabras suaves del Amado.

Tras el prolongado silencio que Lola dedicó a contemplar mentalmente las reacciones de Sor Sagrario ante las actitudes de la Madre Abadesa, las dos amigas prestaron su atención a un barco de pesca que, cabeceando al ritmo de las elevadas olas, regresaba a La Caleta, después de haber estado toda la noche pescando caballas.

- Hay que ver -comentó Lola- lo duro que hay que trabajar para llevar dos pesetas a su casa.
- El trabajo es mucho más duro -continuó Juana- cuando ni siquiera sirve para llevar dos pesetas a su casa.
-

Esta afirmación y, sobre todo, el tono de amargura con el que Juana la pronunció estimularon la imaginación de Lola para seguir visionando la película que su

amiga había protagonizado en aquella clausura monacal. Se detuvo, sobre todo, en las escenas en las que Sor Sagrario, arrodillada, fregaba aquellas interminables galerías, aquellos amplios patios y aquellas empinadas escaleras. La observó pelando y cortando patatas en la cocina, cavando en el jardín, encalando las paredes, lavando las sábanas y los manteles, planchando las almidonadas tocas, cosiendo los hábitos y, finalmente, confeccionando deliciosos pastelitos en el afamado obrador del convento. Pero, sobre todo, contempló con especial atención la desolación de su rostro demacrado. En él reflejaba esa sensación de frustración que experimentan quienes gastan todas sus energías en unas tareas que carecen de sentido, la amargura de quienes se ven forzados a correr sin destino cierto y, sobre todo, ese vacío de quienes acumulan unos dones sin tener a quien ofrecerlos. Sor Sagrario, más que extenuada por la dureza de los trabajos, estaba desalentada por la carencia de metas concretas, porque, por más que se esforzaba, era incapaz de vislumbrar las expresiones agradecidas de los que, hambrientos, reciben un trozo de pan, de los solitarios que se sienten acompañados, de los enfermos que experimentan alivio en sus dolencias, de los ignorantes que aprenden lecciones para la vida.

Cuando, finalmente, llegaron a la playa de La Caleta, se entretuvieron en contemplar el cariñoso recibimiento que las mujeres y los niños dispensaban a los pescadores. Tras abrazarlos y besarlos como si regresaran de un largo viaje, todos echaban una mano, colocaban ordenadamente las frescas caballas en unas bateas de madera para pregonarlas y venderlas por las calles del Barrio de la Viña.

- Cuando amamos de verdad a una persona, entonces, los trabajos, las privaciones, las palabras y los silencios se llenan de sentido.

Esta afirmación fue suficiente para que Lola llegara a la conclusión de que Juana estaba locamente enamorada. A partir de esta convicción, inició el proceso de construcción mental de un relato cuyos detalles fue posteriormente completando con algunas afirmaciones concretas que Juana, de vez en cuando le facilitaba. No tuvo necesidad de forzar su imaginación para, traspasando los muros y las rejas del Convento, contemplar el estado de postración en el que una severa depresión había sumido a Sor Sagrario. Se fijó en el rostro indignado de la Madre Abadesa cuando, por primera vez desde que ostentaba el báculo, retrasó durante varios interminables minutos el comienzo del rezo de los Maitines: eran las seis y cinco de la mañana y el reclinatorio de Sor Sagrario estaba vacío a pesar de que ella no había comunicado que padeciera dolencia alguna. Una rápida mirada de la Madre Abadesa fue suficiente para que la Madre Enfermera se dirigiera a la celda de Sor Sagrario donde la encontró sobre su cama, en postura fetal y con una respiración apenas imperceptible. Ni la luz, ni las tres veces que fue llamada por su nombre ni siquiera las leves palmadas sobre ambas mejillas fueron suficientes para despertarla. Sus ojos, sin embargo, estaban entreabiertos.

Don Juan Antonio, el médico de cabecera, a pesar de que la auscultó detenidamente, y una vez que examinó la radiografía de tórax y los resultados de los análisis de sangre y orina, no llegó a conclusiones seguras sobre el diagnóstico de la extraña enfermedad; le prescribió reposo absoluto, al menos, durante una semana, una dieta alimenticia más rica en calorías, una caja de diez inyecciones de calcio y vitaminas y, sobretodo, le recomendó que la examinara y la tratara un experto psicólogo.

Para Lola, ésta había sido la decisión más acertada. Ya en las largas charlas que había mantenido con Juana y con Rafael durante su estancia en Madrid, había mostrado

su convicción de que todas las enfermedades del cuerpo nacen en la mente y que, por lo tanto, además de pastillas e inyecciones, había que aplicar remedios mentales que serenaran el espíritu.

Las enfermedades causan dolores y sufrimientos -les había explicado- y, si los dolores se alivian con medicinas, los sufrimientos sólo los calman la mirada atenta y la escucha comprensiva de un confidente respetuoso.

Juana, tras este paseo reconfortante, se despidió de Lola y le prometió escribirle para contarle las peripecias de su nueva vida.

Para escuchar las llamadas hemos de acallar los ruidos interiores provocados por nuestros impulsos de supervivencia y por nuestros afanes de notoriedad.

Cinco

Poco duró la tranquilidad en casa de Ana porque, cuando, tras la muerte de Juan y una vez que Andrés había ingresado en el Seminario y Carmelo se había hecho novio de Momi, parecía que reinaría definitivamente la calma y que, por fin, todas las piezas estarían encajadas en los sitios adecuados, un hecho inesperado trastocó nuevamente el orden y alteró violentamente la bonanza. A las cuatro de la madrugada tres policías, empuñando sendas pistolas, aporrearon la puerta y entraron en la habitación. Despertaron a toda la familia y, mientras uno esposaba a Carmelo, los otros dos registraron los cajones y sacaron tres carpetas repletas de hojas escritas a máquina. "Tenga la bondad de acompañarnos" -dijeron a Carmelo-, y, sin proporcionar explicación alguna, se lo llevaron a la Comisaría.

Ana miró fijamente a Lola, pero no fue capaz de pronunciar palabra alguna. Las dos se sentaron y se mantuvieron en completo silencio hasta que amaneció el día. Durante esa densa quietud, Ana, atónita, fue comprobando cómo aquel vacío se iba llenando, poco a poco, de unas imágenes familiares que se agitaban, y de unos gritos estentóreos que le impedían hacerse cargo de la situación. Veía cómo el difunto Juan daba patadas a todos los muebles y repetía con voz atronadora la única frase que le había escuchado desde la fecha de su casamiento: "Me cago en los muertos de todos los que tienen la culpa de esta puta vida"; y advertía cómo Andrés, también indignado, se lamentaba de la afrenta que su hermano le infería a la reputación de la familia y, sobre todo, cómo se quejaba amargamente del daño que la detención de su hermano infligiría a la ascendente carrera que él estaba iniciando. A ella, en estos momentos, le preocupaba, por un lado, que, en vez de pensar en el sufrimiento de Carmelo, estuviera reinando en las imposibles reacciones de dos ausentes: la de su marido, ya muerto, y la de su otro hijo, interno en el Seminario. Por otro lado, le inquietaba no sentir

desasosiego por los hipotéticos delitos causantes de esta inesperada detención. Ella conocía perfectamente la integridad ética de su hijo y estaba convencida de que el arresto tenía su origen en un error de la policía, en una denuncia falsa o, quizás, en un exceso de coherencia política de su hijo. A pesar de que repetía que ella carecía de información y de ideología, en más de una ocasión había expresado su convencimiento de que manifestar y, mucho más, defender unas ideas tan elementales como las de justicia, libertad o solidaridad constituían una obligación moral y, al mismo tiempo, un grave peligro.

Lola, por el contrario, prefirió ahondar en el silencio para, en primer lugar, lograr que se distanciara el efecto del inesperado golpe que acababa de recibir y para, en segundo lugar, identificar la manera más eficaz de resolver unos problemas cuyos términos aún desconocía. Ella estaba convencida de que, en vez de reaccionar automáticamente, debía esperar, escuchar y medir la profundidad de los dolores reales causados. Se había acostumbrado a distinguir entre el efecto físico o lógico de los episodios y sus impactos emocionales, mucho menos definibles y controlables. Por eso, solía repetir cada vez que se producía un hecho lamentable: “una cosa es el dolor y otra el sufrimiento”. Y solía explicar que las heridas del dolor se curan con medicinas, pero las llagas del sufrimiento sólo se alivian con la comprensión y con el cariño. En estos momentos, más que identificar las causas o los culpables, debía buscar las sendas por las que pudiera encontrar la solución. Siempre le había molestado el afán de gastar energías para determinar el origen de los males y para señalar a sus responsables, en vez de concentrar los primeros esfuerzos en paliar las consecuencias negativas de los errores o de las maldades, en vez de tapar huecos para cortar las hemorragias. Uno de los temas

preferidos de las conversaciones entre Ana y Lola era el misterio insondable de los seres humanos.

Ana repetía una y otra vez que todos somos tan diferentes y tan raros que ella se negaba a gastar el tiempo en explicar por qué Juan era de una manera, Andrés de otra y Carmelo de otra. Estaba convencida de que cada uno tiene su condición y, por eso, cuanto más se esforzaba en encontrar las raíces de las diferentes reacciones ante un mismo hecho, más se perdía por los vericuetos de un laberinto sin posibles salidas. ¡Qué verdad más grande -decía- es esa de que cada uno es cada uno! Ella solía pensar mucho en eso de que nuestra vida son los ríos… y estaba convencida de que, en cada recodo, cambiamos de dirección y de velocidad; pero, además, de que continuamente estamos recibiendo afluentes que alteran la calidad de nuestros humores. Por eso no se explicaba tanto afán de conocer las fuentes y los orígenes cuando, a lo mejor, del aquel hilito del principio ya no nos quedaba nada.

Lola guardaba un silencio reverencial, la única actitud que, a juicio suyo, cabía adoptar ante los comportamientos humanos, todos ellos enigmáticos. Ella insistía en que la postura más positiva ante los problemas humanos era la de contemplarlos con atención para tratar de averiguar esas vías de salida a las que continuamente aludía Ana. Cuanto menos hablemos, mejor escucharemos las pistas que nos proporcionan los hechos, mejor advertiremos la dirección que toman y mejor apreciaremos el ritmo de su crecimiento. Ella callaba con la intención de dejar que los hechos se explicaran por sí mismos. Estaba plenamente convencida de que los comportamientos humanos seguían un curso biológico; crecían de manera parecida a la que se desarrollan todo los seres dotados de vida, las plantas, los animales y, sobre todo, las mujeres y los hombres.

Todos sabemos que, si tiramos de una mata, lo más que podemos conseguir es arrancarla. Cada cosa tiene su tiempo y, cuando lo forzamos, en vez de aligerarlo, impedimos su crecimiento.

Por la mañana, tras desayunar como si nada hubiera ocurrido, acordaron repartirse las tareas: Ana iría a la Comisaría para preguntar si podía llevar ropa limpia, objetos de aseo y algún alimento; Lola, a la hora del regreso del paseo, esperaría a los seminaristas para, mediante una leve pista, preparar a Andrés antes de que bien directamente, bien por medio de comentarios de unos terceros, recibiera la noticia de la detención de su hermano Carmelo.

Aproximadamente a las nueve de la mañana, llegó Trini, todavía más dispuesta que otros días. Había dormido profunda y largamente, y no disimulaba sus ganas de charlar. Ella repetía, una y otra vez, que estaba convencida de que hablar siempre es bueno para una y para los demás. Pero, cuando advirtió la seriedad de los rostros de Ana y de Lola, y comprobó cómo, pasados varios minutos, no pronunciaban palabra alguna, se puso en lo peor que, para ella, era el regreso de Andrés. Ella ya había anunciado que el "niño este" no duraría en el Seminario ni una semana. Entró en el dormitorio y descubrió que los cajones del armario estaban sobre la cama aún deshecha y que abundantes papeles estaban desparramados por el suelo. No podía imaginarse qué había ocurrido ni tampoco se atrevía a preguntar nada, conociendo, como conocía tan bien, lo excesivamente calladas que eran Ana y Lola. Optó, como hacía en situaciones parecidas, por hablar ella sola y por defender su profunda convicción de que hablando, no sólo se entiende la gente sino que, además, se queda una más tranquila:

Yo creo que hablar por hablar no hace daño a nadie. Por lo menos yo, cuando hablo, me siento que vivo y que soy alguien porque, aunque no me escuchen los demás, me escucho a mí misma. Mi propia voz me acompaña y me transmite cierta seguridad. Por eso, incluso cuando estoy sola, me hago preguntas y yo misma me las respondo. Con todo el respeto os digo que estoy convencida de que esto mismo os ocurre a vosotras dos; por muy calladas que parezca que estáis, siempre estáis hablando. En vuestras caras se nota que, por ejemplo, ahora mismo, me estáis respondiendo a las palabras que yo pronuncio. Yo me fijo en vuestras miradas y llego a la conclusión de que estáis pronunciando palabras que, aunque creáis que no las entiendo porque no las pronunciáis con los labios, las leo en vuestros ojos, en vuestras sonrisas o en vuestras caras largas. Por eso me parece que no es bueno que nos callemos cuando tenemos ganas de hablar, sino que, además, estoy convencida de es imposible. Charlar es la mejor medicina para aliviar las preocupaciones, es la única manera de desahogarnos.

Estas palabras, como en ocasiones anteriores, sólo sirvieron, efectivamente, para desahogarse porque no lograron sacar ni siquiera una palabra a Ana ni a Lola quienes, tras el almuerzo, salieron respectivamente a la Comisaría y al Seminario. Trini aprovechó la ocasión para contarle lo sucedido a Momi con la intención de, entre las dos, buscar una explicación a un hecho tan extraño.

Momi estaba aún fregando cuando entró Trini en su cocina y ésta, en vez de darle la noticia, le preguntó:

- ¿Tú sabes qué ha pasado, Momi?
- ¿Dónde?
- En casa de Ana
- ¿Qué ha pasado?
- Que Carmelo no está; que los cajones de su armario están abiertos y vacíos; que Ana y Lola no dicen nada; que tienen las caras como un tirapié y que se han ido las dos después de comer.

Momi se mantuvo unos larguísimos minutos en silencio, fija la mirada en los platos que estaba enjuagando.

- Niña, dime algo, por favor.
- Por favor te digo que nada. No se me ocurre nada. No tengo la menor idea de lo que ha ocurrido. Tú sabes que no soy capaz de hablar por hablar.

A Momi le ocurría lo contrario que a Trini. Ella estaba de acuerdo en que hablar era una necesidad, sobre todo, para los que les cuesta trabajo hablar. Incluso con Carmelo, pasaba largos ratos guardando silencio porque había llegado a la conclusión de que, cuanto más se esforzaba, menos temas de conversación se le ocurrían. Al principio de sus relaciones con él, le producía una enorme vergüenza quedarse callada. Ella había experimentado muchas veces que, por ejemplo, cuando estaba en la cola del pescado, se sentía muy violenta si no le decía algo a la que estaba a su lado, y la mayoría de las veces se refería al tiempo que hacía. Lo pasaba tan mal que, si advertía que iba a coincidir con alguna vecina, daba otra vuelta por el mercado para evitar estar con ella buscando palabras que rompieran ese silencio que tanto le aturdía.

Carmelo entendía y compartía plenamente estas consideraciones. A las escasas semanas de haberse hecho novios, le declaró que a él le ocurría lo mismo y, por eso debían no preocuparse cuando no le vinieran palabras a la boca.

> Hablar por compromiso -le había dicho- es una forma de ocultar nuestros verdaderos sentimientos. Mirándonos a los ojos nos comunicamos de una manera más directa y más sincera. Es posible que, a veces recurramos a los temas tópicos para romper un silencio que nos resulta agobiante precisamente porque transmite más sensaciones y descubre más sentimientos que las palabras.

Belli que, como siempre que oía voces en la cocina, entraba para "charlar un ratito", dijo enseguida que a ella le ocurría todo lo contrario. Como le había repetido una y otra vez a Momi, cada vez que salía este tema, como en su casa no la escuchaban ni la comprendían, se veía en la necesidad de buscar a personas desconocidas con las que, al menos, pudiera charlar libremente. Solía aprovechar las colas del pescado y, sobre todo, cuando iba a comprar al almacén, a la droguería o a la carbonería, donde, mientras no le despachaban, se acercaba a cualquiera de las clientas para, empezando por los comentarios sobre el tiempo o sobre lo cara que estaba la vida, hablar de cualquier tema.

> Pero donde mejor lo paso es en la cola de tranvía cuando voy a la playa, en la sala de espera de la visita al médico y, sobre todo, en los viajes a San Fernando en la carterilla, o al Puerto de Santa María en el vapor. Cuanto menos conocidos sean los acompañantes, más fácil me resulta conversar con ellos. Yo creo que charlando no hago daño a nadie y, además, vuelvo a vivir de una manera nueva los sucesos agradables y me olvido de los recuerdos que me

molestan. Tengo la impresión de que, cuando cuento las penas, me resultan menos amargas y más soportables. No comprendo las razones por las que, de una manera tan categórica, tratan de convencernos para que hablemos poco.

Tras terminar el fregado, pasaron las tres al comedor y, aunque Trini y Belli siguieron hablando, Momi sacó de la cartera una foto de Carmelo, totalmente abstraída y sin apenas parpadear siguió en completo silencio.

Las sensaciones, molestas o placenteras, son llamadas que hemos de interpretar

Seis

La carta de Juana no se hizo esperar y, aunque sin duda alguna hubiera resultado enigmática para cualquier otro lector, a Lola le proporcionó valiosos datos para completar el apasionante relato de "la vuelta al mundo" de Juana.

Querida amiga Lola:

Por primera vez en mi vida he experimentado que tengo cuerpo. Ni siquiera me desvelaron su existencia aquellos intensos dolores de cabeza que, hace ya tiempo, me atormentaban de vez en cuando. Hasta ahora no había descubierto que los ojos sirven para mirar, los oídos para escuchar, la nariz para oler, los labios y la lengua para saborear, y las manos, los brazos, las piernas y el cuerpo entero para tocar.

¿Y sabes cuándo he llegado a esta conclusión? Cuando, por primera vez en mi vida, me he sentido mirada, escuchada, olida, saboreada y tocada. Creo que, en alguna ocasión, te escuché decir que "la cara no es el espejo del alma, sino la misma alma"; ahora estoy convencida de que el alma es el cuerpo entero. Por eso, cuando lo alimentamos, lo cuidamos, lo fortalecemos y lo embellecemos, lo humanizamos y, en consecuencia, lo transformamos en espíritu.

Estas ideas no me las ha explicado con palabras Ernesto -¿Te dije que así se llama el psicólogo?- sino que me las ha transmitido directamente con la atención que me presta y con la delicada mirada que me dirige.

Te ruego encarecidamente que le des un beso de mi parte a Ana de la que no pude despedirme en mi última visita. He pensado más de una vez que,

posiblemente, ella es quien mejor vive todas estas experiencias y, por eso, nunca ha sentido la necesidad de explicarlas.

Otro beso de tu amiga Juana.

Igual que en ocasiones anteriores, Lola, tras leer la carta, la guardó y esperó confiadamente a que, como ocurría con el vaho que cubría los cristales de su dormitorio en aquellos fríos amaneceres del invierno madrileño, progresivamente se fuera desvaneciendo la ambigüedad de estas explicaciones y se dejaran ver con nitidez los mensajes que, al principio, parecían confusos.

La primera figura que emergió en su imaginación fue la de Ernesto, un cordobés madurito que, a pesar de sus estudios de psicología, no había logrado dominar completamente una leve timidez congénita que le proporcionaba un aspecto de casi adolescente. En la primera entrevista clínica a la que acudió Sor Sagrario, ya recibió la sensación de que, sin que ni siquiera le hubiera diagnosticado su dolencia ni prescrito medicina alguna, se estaba aliviando hasta tal punto que tenía la impresión de que renacía, de que, de manera lenta, recuperaba algunas zonas de su espíritu e, incluso, algunas partes de su cuerpo.

Aunque, en esta ocasión, Ernesto se había limitado a formularle una petición tan deliberadamente imprecisa como "cuénteme algo de su vida", ella le contestó aportándole unos datos muy concretos:

Me llamo Juana. He entrado en le convento impulsada por un intenso amor. Y ahora me siento muy sola. Tengo la profunda impresión de que me he

quedado vacía o, mejor, de que me invade un desoladora tristeza. No tengo fuerzas ni siquiera para llorar.

Sor Sagrario, conforme pronunciaba estas palabras, fue comprobando cómo esta escueta confesión era suficiente para experimentar un sensible alivio, pero, además, no le cupo la menor duda de que la energía que, inyectada en los pliegues de sus entrañas, comenzaba a activar todos los miembros que, durante largos meses, habían permanecido aletargados. Estaba convencida de que aquel vigor procedía de una fuente fácilmente localizable: los ojos de Ernesto. Al entrar en el despacho del psicólogo, le pareció que todo el recinto, la mesa, las sillas y los libros estaban iluminados por la luz suave y matizada de la mirada de aquel señor discreto, atento y cordial. Era la primera vez en su vida que ella se sentía enfocada y bañada de una luz cálida que revelaba los relieves y los colores de su mundo interior, de un paisaje íntimo que, durante la mayor parte de su vida, había permanecido cubierto por densas capas de convenciones sociales, de cánones eclesiásticos, de reglas monásticas, de prescripciones de la Madre Abadesa y de numerosos hábitos autorrepresivos. Probablemente era la primera vez en su vida que entrecruzaba una mirada con la de un hombre, y se veía proyectada en unas pupilas de color verde aceituna. Allí pudo contemplar, nítidamente dibujada -a pesar de estar envuelta en el hábito-, su silueta esbelta, su piel tersa y su cabello abundante; pero lo que más le llamó la atención fue que esas imágenes inéditas, en contra de todas sus convicciones, le resultaban gratas, amables, sí, dignas de amor. Descubrió que, efectivamente, todas esas cosas eran buenas.

En el Convento, todas las monjas advirtieron que la visita al psicólogo le había producido unos efectos casi milagrosos: el rostro había recobrado la misma expresión

luminosa que la caracterizaba cuando abandonó el mundo, los movimientos volvieron a ser ágiles y casi incontrolados -"excesivamente espontáneos", le había indicado la Maestra de Novicias- y la voz había perdido gran parte de la unción que tantos esfuerzos le había supuesto. Esta rápida recuperación produjo una notable alegría a la mayoría de las monjas, pero, por el contrario, fue recibida con claras muestras de preocupación por la Maestra de Novicias y por la Madre Vicaria y, con evidentes signos de disgusto por la Madre Abadesa:

> Estoy convencida de que esta visita ha echado por tierra todo el edificio que, durante cerca de cuatro años, hemos ido construyendo con infinita paciencia, con permanente sacrificio y, sobre todo, con fe, con mucha fe.

A pesar de que Sor Sagrario había advertido el malhumor que su mejoría había provocado en la Madre Abadesa, a los quince días de la primera visita al psicólogo, a la hora convenida -las diez de la mañana- acompañada de Sor Esperanza, la madre enfermera, y cubierta con el manto de calle, se dirigió a su despacho con el fin de solicitarle autorización para acudir a una segunda sesión clínica. La Madre Abadesa recibió la petición como si le hubiera propuesto que colaborara en un execrable crimen. Permaneció sentada en su sitial, tomó con la mano izquierda el báculo y, clavándole la mirada, con voz autoritaria le gritó las siguientes palabras:

> Con la autoridad que he recibido del cielo y recordándole las obligaciones graves que su caridad ha contraído con el voto solemne de obediencia, le prohíbo terminantemente que asista a esa visita. Todas las monjas hemos podido comprobar cómo, tras la primera entrevista con ese señor que no

es médico, su caridad ha vuelto demasiado disipada, y mucho nos tememos que haya tirado por la borda toda la formación ascética que, entre todas, le hemos proporcionado. Su caridad no está más aliviada sino que, por el contrario, ha contraído otra enfermedad porque ha regresado de esa consulta infectada con un virus mortal, el más peligroso de todos los que pueden afectar a un convento de clausura: el de la frivolidad. Y lo peor es que ha cometido el mayor de los pecados: el de profanación. Su caridad ha abierto un hueco por el que ha penetrado en el interior de este recinto sagrado el mundo, nuestro enemigo más peligroso. Debe arrepentirse, confesarse y hacer penitencia. Y, ahora, retírese a su celda.

Toda llamada es una petición y una oferta

Siete

Cuando llegó a su habitación, Andrés desplegó y leyó el papel que le había entregado su tía Lola y, sin sentir preocupación ni siquiera curiosidad por conocer la naturaleza del mal momento por el que atravesaba su hermano Carmelo, decidió encomendarlo en sus oraciones. Rezaría por él en la misa, en el rosario y en la visita particular al Santísimo que haría todas las tardes durante el recreo. Además de estos actos de oración, y de acuerdo con el Reglamento, dedicaría media hora diaria a la meditación antes de la misa, haría un examen de conciencia antes del almuerzo y otro, en las últimas preces, antes de retirarse a descansar por las noches. Pero, sobre todo, pediría por su hermano en su oración ante la Virgen del Tránsito, una pequeña imagen de María, situada al final de las escaleras que conducían a las habitaciones individuales. Durante la primera semana del curso tendría todavía más ocasiones de rezar porque estaba dedicada, toda ella, a los Ejercicios Espirituales.

Aunque los compañeros de los cursos superiores ya le habían proporcionado alguna información sobre los Ejercicios Espirituales, el hecho que más le impresionó -bastante más que las meditaciones sobre la Pasión de Cristo, sobre su propia muerte o sobre el infierno, en caso de que cometiera un solo pecado mortal- fue el silencio total que debía guardar durante toda la semana. José Carlos le había dicho que sólo podría pronunciar en voz alta las oraciones de la misa y las del rosario y, por supuesto, que podría hablar cuando, el último día de los Ejercicios, fuera a confesar sus pecados. Como después comentó a su compañero Esteban, él estaba muy acostumbrado a contemplar a Jesús azotado, cubierto con una corona de espinas, cargado con la cruz o clavado en ella. Desde muy pequeño no se había perdido ningún desfile procesional de la Semana Santa. Las llamas del infierno tampoco le impresionaban porque él iría, con

toda seguridad, al cielo. Ya, en más de una ocasión, había pensado cómo, en el caso de que alcanzara la santidad, disfrutaría conversando con otros santos colegas y, sobre todo, le ilusionaban las fiestas que se celebrarían con motivo de su canonización. Pero temía, sin embargo, que no fuera capaz de observar el silencio durante los ratos de tiempo libre y, en especial, durante las comidas.

> Hay cosas que no se pueden remediar. Una de ellas es que yo soy expresivo y comunicativo. Guardar silencio cuando uno tiene que decir cosas importantes es un pecado de egoísmo. Por eso no comprendo que me prohíban hablar y, mucho mrnos, en tiempo de Ejercicios Espirituales.

Sin embargo, Andrés logró superar la prueba aunque, a veces, lo traicionaran los nervios y prorrumpiera en carcajadas al advertir la cara tan rara que ponían los compañeros cuando se cruzaban tan serios con él en el patio o, sobre todo, cuando les indicaba con un gesto que le pasaran la sopera en el comedor.

En la primera plática, el Director Espiritual -un jesuita que, en palabras de Manolo, parecía que se había escapado de un cuadro del Greco- les dejó claro a todos que el silencio era la condición indispensable para escuchar la voz de Dios. Los seminaristas debían guiarse, en todo momento, por la voluntad explícita de Dios, que se pone de manifiesto en la oración silenciosa y, de manera concreta, en las normas disciplinarias dictadas por el Superior, en las enseñanzas de las diferentes materias impartidas por los profesores y, especialmente, en las pautas ascéticas explicadas por él mismo, el director de las conciencias.

Tras escuchar al Superior -hombre serio, rígido y antipático- Andrés aprendió que las normas de disciplina contenidas en el Reglamento debían de ser consideradas como la traducción más literal de la voluntad de Dios. Por eso, para estimular el cumplimiento riguroso de todas las normas, debería hacer ejercicios repetidos de la presencia de Dios:

> Si hay que guardar silencio, ser puntual, tocarse con el bonete, formar las filas, levantarse rápidamente, ducharse con agua fría, no leer los periódicos, ordenar el pupitre, limpiar la habitación y tener siempre cerradas sus ventanas para evitar la tentación de mirar al mundo, es porque existe una razón muy poderosa: porque Dios, que te está viendo, así lo quiere.
>
> ¿Cuántas veces te has olvidado de la presencia de Dios? -le preguntaban el Superior y, en ocasiones, algunos profesores-. Dios ve tus acciones, tus pensamientos, tus temores, tus deseos, tus sentimientos y tus sensaciones. Porque Dios está junto a ti y dentro de ti. Te acompaña durante el curso y durante las vacaciones, durante el día y durante la noche. Entra contigo en el estudio, en las clases, en tu habitación y en la ducha. Dios te habla desde el sagrario, y su voluntad está escrita en el Reglamento y se expresa de manera clara en las palabras de los superiores.

El padre Director Espiritual profundizaba algo más:

Dios se hace mucho más presente en tu vida, cuando tú piensas en él, cuando le hablas; por eso -le aconsejaba- debes llevar un control en una libreta, de las veces que te has acordado de Él.

Y Andrés iba aumentando progresivamente las crucecitas, y se sentía cada vez más satisfecho al comprobar cómo, en esa misma medida, crecía su talla o, mejor, su profundidad espiritual: cinco veces, seis, siete... veinte veces.

Pero el control directo del comportamiento de Andrés lo llevaba el Prefecto, un seminarista de los últimos cursos en quien el Superior delegaba algunas de sus funciones, tras haber comprobado que, durante varios años, había dado claras muestras de seriedad, de formalidad y, sobre todo, de sentido de la disciplina. El papel principal del Prefecto consistía en mantener el orden y el silencio en las filas y en el salón de estudios. Pero, a veces, el Prefecto también se sentía investido de poder sobrenatural y, consciente de que la "gracia de estado" iluminaba su mente para conocer la verdad y para acertar con el bien, se creía capacitado para ejercer la dirección espiritual y, no sólo aconsejaba las lecturas espirituales complementarias, sino que se ofrecía para ayudar a los más dóciles a vencer las tentaciones proponiéndoles algunos remedios ascéticos; a algunos, incluso, les facilitaba los cilicios y las disciplinas para dominar la carne.

El estudio constituía, como es lógico, la tarea fundamental: era el trabajo que ocupaba casi todas las horas del día y casi todos los días de la semana.

El sacerdote -le explicaba el Superior- tiene que ser sabio como San Juan de Ávila y, para ello, debes estudiar mucho. La prueba de que la vocación

sacerdotal es verdadera es la capacidad de estudio y, por eso, las calificaciones académicas constituyen su termómetro más fidedigno.

Por esta razón, en el colegio de los Hermanos de la Salle, habían encaminado hacia el Seminario a Andrés que, como decía el director, aunque no era el más inteligente, sí era el más voluntarioso. Este era, también, el argumento con el que el Rector, frecuentemente, mostraba a las madres y, a veces, a los párrocos por qué un determinado seminarista debía abandonar el Seminario:

> Por muy piadoso, humilde y dócil que sea, por muchas ganas de ser sacerdote que exprese, si lo catean en latín, es que no tiene vocación.

Así se comprende por qué, tras el primer curso, el Rector envió una carta al padre de Ignacio, en la que le decía textualmente:

> *Tras comprobar el escaso rendimiento académico de su hijo Ignacio, hemos llegado a la conclusión de que carece de los indicios suficientes para pensar que haya sido llamado al sacerdocio. Lamentamos tener que informarle que no puede continuar en el Seminario. Estamos convencidos, sin embargo, de que su bondad, su piedad, su espíritu obediente, generoso y caritativo harán de él un fervoroso cristiano.*
>
> *Reciba nuestro cordial saludo. El Rector del Seminario.*

A pesar de que su padre, acompañado de la madre y del párroco, hizo una visita al Rector para demostrarle la vocación tan intensa que tenía Ignacio, y a pesar de que

los tres le explicaron cómo el Cura de Ars, sin necesidad de ser muy listo, fue un santo sacerdote, no lograron la readmisión:

- Aquéllos -queridos amigos- eran otros tiempos y, de cualquier manera, el cura de Ars constituía una excepción que ponía de manifiesto el poder de Dios.

Además de esta razón, Andrés tenía otras para estudiar de una manera casi febril porque él conocía muy bien que los seminaristas más listos y los más estudiosos obtenían -además de buenas notas, la consideración de los profesores y la admiración de los compañeros- diversos cargos como, por ejemplo, el de enfermero, tendero o prefecto. A él le agradaba, de una manera especial, el puesto de capillé que solía estar ocupado por aquellos alumnos que eran visiblemente piadosos y puntuales ya que era el responsable del arreglo de la capilla, del orden de la sacristía y, sobre todo, el encargado de los toques de campana -la voz de Dios- que señalaba las tareas y marcaba los horarios. Andrés tenía especial interés en demostrar su peculiar arte para preparar el altar de las fiestas más solemnes y para colocar las flores en los jarrones; para encender las altísimas velas del plan de altar y para tocar la campana que despertaría a todos, los dirigiría a la capilla, al comedor, a las clases, al estudio, al recreo o, nuevamente, a dormir.

A pesar de que nunca logró que le encomendaran ninguno de estos cargos, Andrés cada vez se esforzaba más en obtener mejores calificaciones. Según le confesó a su amigo Esteban, su objetivo, mucho más ambicioso que el de los demás compañeros, era que el Rector, siguiendo las orientaciones del Obispo, enviara su expediente a la Universidad de Salamanca o a la de Comillas para allí obtener el título de Licenciado en

Teología. De esta manera regresaría nuevamente al Seminario, aunque fuera para enseñar Lengua Española, Latín, Historia, Geografía o Matemáticas. Él había descubierto que las universidades eclesiásticas gozaban de un alto prestigio ya que, no sólo eran las canteras de los obispos, de los canónigos y de los profesores, sino que en ellas enseñaban muchos de los autores de los libros que se estudiaban en el Seminario Diocesano. Los seminaristas matriculados en ellas, durante las vacaciones les hablaban también de los profesores más avanzados que relacionaban el Evangelio y la Teología con los problemas de la sociedad actual. Pero, desgraciadamente, Andrés fue comprobando cómo, año tras año, a pesar de que era el único que solicitaba el traslado, eran otros los compañeros preferidos.

Él era, efectivamente, un empollón pero nunca llegó a brillar como, por ejemplo, Pepe, a quien le llamaban "el astro", ni siquiera a destacar como Manolo por su facilidad para las lenguas o Esteban por su habilidad para hablar en latín. Andrés envidiaba aunque, como él decía, "en el mejor sentido de la palabra", a Alfonso que, a pesar de haberse incorporado a las clases a mitad de curso, a todos sorprendió por su profundidad, por su valentía y por su coherencia. Dejó los estudios de bachillerato tras experimentar la rápida curación de una enfermedad mortal y solicitó el ingreso en el Seminario.

Andrés era, como lo definió Alfredo, un agonía, un empollón o, como, irónicamente, lo calificaba el Superior, un estudiante ascético: adoptaba con los libros la misma actitud que los deportistas en las pruebas y en los entrenamientos; competía consigo mismo para que, aumentando su resistencia, pudiera superar con éxito los exámenes. Poseía un irresistible afán plusmarquista y se esforzaba por alcanzar nuevas metas. Aprovechaba todos los minutos de los tiempos de estudio, dedicaba los recreos y los paseos a repasar las lecciones y, en las fechas próximas a los exámenes, "navegaba"

hasta altas horas de la madrugada. El fundamento de esta imagen radica en las velas que empleaban los que estudiaban durante la noche para que la luz no delatara su falta al reglamento que prohibía, naturalmente, dicha práctica.

En la piedad, la otra de las cualidades del seminarista ejemplar, a pesar de sus esfuerzos, tampoco logró destacar. Él se esforzó para lograr que los demás comprobaran su virtud por la vista y, por eso, cuidaba, sobre todo, las miradas, las posturas y los andares. Llevaba la mirada baja y, a veces, los ojos casi totalmente cerrados; otras veces, cuando hacía oración, encogía los párpados de manera parecida a los miopes; otras, inclinaba la cabeza hacia adelante y alargaba desmesuradamente el cuello; otras, ladeaba el rostro suavemente hacia el lado derecho; otras, mostraba su espíritu de sacrificio mediante una discreta cojera que revelaba el mortificante dolor del cilicio. Otra de sus pruebas de piedad eran las vistas al Santísimo durante los recreos, el número de entrevistas con el padre espiritual y la progresiva extensión de las confesiones semanales para patentizar, no la cantidad de pecados sino, por el contrario, la delicadeza de su conciencia.

Ninguno de estos signos les sirvió para convencer a los demás de su honda espiritualidad mientras que otros compañeros, sin necesidad de hacer alardes, iban adquiriendo cierta reputación de piadosos, de ascéticos o, incluso, de místicos. Se notaba cómo Alfonso, por ejemplo, aspiraba a la perfección entendida como una relación personal con Cristo que, en el sagrario, lo esperaba para conversar.

No siempre las llamadas urgentes han de ser contestadas.

Ocho

En esta ocasión, Sor Esperanza, interpretando que, por razón de su cargo de enfermera, podía y debía acompañar a Sor Sagrario a su celda con el fin de atenderla en el caso probable de que la negativa de la Madre Abadesa le provocara una crisis nerviosa, permaneció durante toda la mañana a su lado. Pero, esta vez, en contra de todas las previsiones, fue ella la que no supo contener el llanto ni siquiera algunas frases que ponían de manifiesto su desasosiego y su incomprensión de la "arbitraria" decisión de la Madre Abadesa y, sobre todo, de su actitud autoritaria e, incluso, opresiva. Sor Sagrario, por el contrario, se mostraba visiblemente más serena que antes de la entrevista e, incluso, le sobraban ánimos para infundirlos a la compañera. Por eso, le dirigió dos preguntas que, más que esperar respuestas, pretendían propiciar una reflexión seria sobre las raíces evangélicas de la vida religiosa:

> ¿Quiénes cree su caridad que han de ser más humildes, los débiles o los poderosos, los torpes o los listos, los pecadores o los santos? Y ¿quiénes han de obedecer más, los inferiores o los superiores, el Papa o los simples fieles, las hermanas o la Madre Abadesa?

A Sor Esperanza le sorprendieron estas preguntas porque era consciente de que, a pesar de su obviedad, la mera formulación constituía una arriesgada provocación y porque cualquiera de las respuestas entrañaba serios peligros para la estabilidad de una comunidad de monjas de clausura.

Tras un largo y reconfortante silencio, Sor Sagrario le dirigió a Sor Esperanza otra pregunta más personal y más concreta que las anteriores. Esta vez la tuteó y la llamó por su nombre de pila:

Elena ¿de verdad que tú estás dispuesta a ayudarme?

Elena permaneció breves minutos pensativa, la miró fijamente esbozando una sonrisa generosa y complaciente, y le respondió:

Tú sabes, Juana, que, si está en mis manos, no dudaré lo más mínimo en proporcionarte toda la ayuda que me pidas.

Juana, efectivamente, estaba segura de la eficacia, de la lealtad y, sobre todo, de la "servicialidad", como ella decía, de su amiga Elena. En reiteradas ocasiones había comprobado cómo era capaz de saltarse todas las barreras para "servir" a sus hermanas.

Al convento -le había declarado a Sor Sagrario a los pocos días del ingreso de ésta- cada una ha venido para hacer algo y para ser alguien; yo me he metido a monja para servir. Por eso pedí el cargo de enfermera.

Y Sor Sagrario había podido comprobar con la esmerada dedicación y con la exquisita delicadeza con la que la había cuidado durante su penosa travesía por aquel angosto y oscuro túnel de la profunda apatía que acababa de transitar. Fue entonces cuando acordaron tutearse y llamarse por sus nombres de pila cuando se propusieran llevar a cabo algún "trabajito" que no estuviera previsto o permitido por las Santas

Reglas como, por ejemplo, tomar algún alimento entre las comidas, no raparse totalmente el pelo, depilarse levemente las cejas, dirigirse algunas frases en tiempo de silencio, reunirse en la celda y, alguna vez, enviar una carta sin pasar por Madre Abadesa.

En esta ocasión, el "trabajito" era menos habitual y, posiblemente, más arriesgado. Se trataba de pedir prestado a su cuñada Adela un vestido, unos zapatos de tacón alto, un juego completo de prendas interiores e, incluso, un neceser con sus diferentes cremas, maquillajes, barra de labios y un suave perfume.

El susto que le causó la aparición a la Madre Abadesa estuvo a punto de causarle una enfermedad irreversible. En varias ocasiones, cuando explicaba a las hermanas el tema de los enemigos del alma, exponía su teoría de que el demonio, en vez de la figura de varón con la que se ha representado a lo largo de toda la tradición, se suele encarnar en cuerpos femeninos: tiene la forma de mujer frívola que, con sus apariencias engañosas, oculta la vaciedad, la malicia y la perversidad que encierra en sus entrañas.

> Es cierto que, para tentar a Eva, adoptó el aspecto de una serpiente, pero también es verdad que, para seducir a los hombres, asume la imagen de mujer.

Por eso, cuando tras su consentimiento, se abrió la puerta de su despacho y apareció enmarcada la figura esbelta de una mujer mundana, no pudo reprimir la jaculatoria con la que, según la tradición, se ahuyentaba al Maligno. En esta ocasión, sin embargo, la imagen no se desvaneció sino que, por el contrario, siguió avanzando

lentamente hacia la mesa mientras que la Madre, con los ojos firmemente cerrados, repetía una y otra vez: "Apártate de mí, Satanás".

No soy Satanás. Sólo soy Juana, y vengo para despedirme de su Reverencia. Su Reverencia sabe que, por prescripción del médico, tengo necesidad de la ayuda de un psicólogo. Acudiré a su consulta hasta que me sienta completamente restablecida.

Tras unos minutos de silencio, sin levantar la mirada de la mesa y con voz entrecortada, la Madre Abadesa le respondió:

Le advierto que su caridad no es Juana, sino Sor Sagrario, una monja de clausura que está atada por los vínculos sagrados de los votos solemnes de pobreza, de castidad y de obediencia. Le recuerdo que entrar o salir de estas paredes santas sin autorización expresa de la Santa Sede constituye un pecado grave de profanación, y que abandonar el claustro sin la dispensa pontificia supone el riesgo de ser excomulgada.

Juana, tras hacer una leve reverencia con la cabeza, dio media vuelta y se encaminó hacia la puerta que, de manera intencionada, había dejado semiabierta. Detrás la esperaba Sor Esperanza, muy interesada en escuchar la reacción de la Madre Abadesa y, sobre todo, en acompañar a Juana hasta la salida del convento. Allí se encontraba la hermana portera que, gracias a la amistad que le unía con Sor Sagrario y con Sor Esperanza, estaba al tanto de toda la estrategia que entre las dos habían diseñado.

Juana, tras salir del convento entró en la Iglesia por la puerta que daba a la calle, la misma que traspasaba todos los martes, antes de ingresar en el convento. Arrodillada y fija su mirada en la Custodia expuesta, volvió a sentir aquel calor expansivo que, cuando aún era seglar, le penetraba por todos los sentidos, se le filtraba por todos los poros de su piel, le anegaba todas sus oquedades físicas y le colmaba todas sus cavidades espirituales. Nuevamente se sintió mirada, seleccionada e invitada.

Efectivamente -se dijo a sí misma- el amor lo es todo: ahora sí que, otra vez, experimento bienestar, equilibrio, lucidez y, sobre todo, serenidad. El amor explica, justifica y perdona todo. El amor es la única ciencia, el único arte y la única religión. El amor es el cielo en la tierra. Por eso, cuando amamos, ni siquiera duelen los dolores, hasta las penas me alegran.

Hemos de guardar silencio para escuchar la llamada de esa efímera y solitaria amapola que ha crecido al borde de nuestro camino.

Nueve

A Ana no le sorprendió encontrar a Carmelo tranquilo. Ella, que conocía su serenidad ante las dificultades y, sobre todo, que tenía plena confianza en su honradez, estaba convencida de que la policía no encontraría razones para imputarlo en delito alguno y, sobre todo, no albergaba la menor duda de que sus reacciones ante el comisario serían controladas y correctas. Le dejó una muda interior, una pastilla de jabón, una toalla y la maquinilla de afeitar. Tras unos minutos en silencio, le preguntó si había pasado mucho frío y si deseaba que le llevara algunos alimentos. Carmelo sólo respondió con un leve gesto negativo y le rogó que se cuidara ella. Guardaron otro rato de silencio y Ana se despidió con dos besos.

Lola la esperaba en la puerta de Comisaría. Después de entregarle a Andrés el papel con el mensaje, fue rápidamente para encontrarse con su cuñada. Ninguna de las dos se hizo preguntas sino que siguieron reflexionando en voz alta sobre una de las cuestiones que, desde la vuelta de Lola de Madrid, constituía el objeto preferido de sus conversaciones: el arte de vivir. Cualquiera que las escuchara podría pensar que la profundidad y la precisión de sus conversaciones eran impropias de su escasa formación académica, pero la clave de su clarividencia estribaba, como decía Lola,

> en la manía que tenían las dos de contemplar las cosas y los sucesos detenidamente para entrar en el fondo. Si nos fijamos con atención, podemos darnos cuenta de que todas las apariencias tienen un sentido, todas nos hablan de ellas y de nosotras mismas; pero, para que interpretemos adecuadamente lo que nos dicen, es necesario, que las rodeemos de silencio; ésta es la única atmósfera que nos permite escuchar las voces íntimas de la vida humana. Porque, aunque los libros digan lo contrario, todas las cosas tienen, al menos, un poco de vida

humana. Lo que ocurre es que, por las prisas y, sobre todo, por los ruidos, no nos fijamos suficientemente en ellas.

Ya en la casa, Lola, con la ayuda de Trini, se dedicó a ordenar la habitación de Carmelo, y Ana se sentó inmediatamente ante la máquina de coser para terminar la tarea de calzoncillos que había dejado a medio hacer la noche anterior. Trini, con repetidos y hondos suspiros, daba evidentes muestras de querer conocer lo que había ocurrido durante la madrugada, pero no se atrevía a preguntarlo porque estaba plenamente convencida de que no obtendría explicación alguna.

Carmelo también se quedó en completo silencio, "saboreando", como en alguna ocasión le había confesado a Momi, la imagen física de su madre. Todos lo que lo trataban, estaban convencidos de que su virtud o su vicio consistían en que daba demasiadas vueltas a los asuntos. Tanto Paco, el padre de Belli, como Luis, el barman del Gavilán, le habían puesto el apodo de "el pensador" porque "todo el santo día y toda la santa noche" se las llevaba pensando.

Yo creo -le decía Paco- que tú complicas demasiado las cosas y te complicas demasiado la vida. La mayoría de los sucesos tiene una explicación más sencilla de lo que tú piensas.

Pero Carmelo le aclaraba a Momi que él, más que pensar, miraba; más que reflexionar, escuchaba.

> Aunque los demás estén convencidos de que, cuando me fijo en algo, estoy discurriendo, en realidad, lo único que hago es eso: mirar. Pero también es verdad que, con sólo mirar, descubro muchos detalles que, a pesar de que son importantes, pasan desapercibidos a la mayoría de la gente. Si quieres, hacemos una prueba: cierra los ojos y dime, por ejemplo, como son mis ojos o mis orejas o mis dedos. Los fotógrafos, los pintores, los músicos, los escritores y los artistas en general lo son, no porque hayan aprendido una técnica, sino porque saben mirar. Lo que ocurre es que, a la mayoría de la gente nos da cierto apuro de mirar. Yo me he acostumbrado hasta tal punto a mirar que, incluso cuando cierro los ojos, sigo mirando. A lo mejor es una herencia de mi madre.

Y le decía a Momi que cerrara los ojos y que le dijera cómo eran los suyos y su nariz y sus orejas. Y Momi, cerraba los ojos y, tras unos segundos de silencio, le explicaba que los ojos eran grandes, las pestañas largas, las cejas estaban muy pobladas y casi siempre arqueadas, la punta de la nariz plana y las orejas prominentes.

En estos momentos, con los ojos cerrados, estaba, justamente, mirando el rostro de su madre cuando, tras el ruido seco de un portazo, escuchó una voz que, con cierto tono de complicidad, le preguntaba:

¿A ti por qué te han traído aquí, también por maricona?

Carmelo clavó sus ojos en el compañero y se limitó a esbozar un gesto ambiguo que igualmente podría interpretarse como de amabilidad o como de desconfianza.

El hijo puta “El Bigote”, después de disfrutar todo lo que le ha dado la gana con “La Chancla”, además de irse sin pagar, me ha cogido del brazo gritándome que tendrían que fusilarnos a todos los mariquitas. El muy sinvergüenza nos trae aquí, encima, para cachondearse de nosotras, pero, como intente darme un guantazo, el que lo va a denunciar por cabrón voy a ser yo.

Carmelo no tuvo tiempo de hacer comentarios porque un policía le dijo que entrara en el despacho del Comisario. Era, efectivamente, un individuo corpulento, de menos de cincuenta años, que compensaba la brillante calvicie, con un notable bigote negro. Estaba en mangas de camisa recorriendo el despacho de un lado a otro mientras que, a la derecha de la mesa principal, un policía de uniforme copiaba a máquina las preguntas y las respuestas.

Lo primero que te digo es que, como intentes tomarme el pelo, te voy a dar un bofetón que vas a tener que buscar las muelas en la Punta de San Felipe. Contéstame a todo y sólo a lo que te pregunte y no me vengas con rodeos que ya nos conocemos. Vamos a ver:

-¿Es cierto que tú has organizado una asociación ilegal?

- No es cierto, ni dudoso, ni probable, ni posible: no he organizado ninguna asociación ilegal ni legal.

Esta respuesta tan categórica enfureció a “El Bigote”, pero, paradójicamente, hizo que dominara sus expresiones y que su reacción fuera menos agresiva.

- Te vuelvo a preguntar si es cierto que has organizado una asociación ilegal y te repito que me contestes a todo y sólo a lo que yo te pregunte.

- Si usted me pide que le responda la verdad, no tengo más remedio que repetirle que no he organizado ninguna asociación.

Es probable que "El Bigote" se contagiara del tono controlado de la respuesta de Carmelo, pero lo cierto es que el resto del interrogatorio transcurrió por unos senderos, si no más apacibles, sí menos crispados.

- ¿Es cierto que, durante las últimas semanas, te has entrevistado con Gabriel Delgado, con Javier Fajardo, con Paco Mangano y con Luis Merino?

- Sí, efectivamente, durante las últimas semanas, he hablado con Gabriel, con Javier, con Paco, con Luis y, también, con Momi, con Belli, con mi madre, con mi tía y con mucha gente más.

El Bigote lo miró con mayor seriedad y, quizás, con menor rencor. Tras unos segundos de silencio le volvió a preguntar.

- ¿Tienes la bondad de decirme de qué hablaste con esos señores por los que te he preguntado?

- De todo: de lo dura que es la vida, de lo caras que están las cosas y del Carnaval.

- Tú sabes que algunos asuntos son delicados, peligrosos e inútiles de tratar. Te advierto que están prohibidas las reuniones de más de tres personas y quiero

que tengas claro que la próxima vez que nos lleguen denuncias de esas reuniones no te va a librar del talego, ni el Obispo. Puedes marcharte.

Tras firmar, sin haber leído, el escrito que le puso delante el policía con uniforme, Carmelo recogió el paquete que le había traído su madre e, inhalando una amplia bocanada de aire, salió de la Comisaría. Probablemente, la mayor sorpresa de la mañana la recibió cuando advirtió que un esbelto sacerdote, vestido de sotana y manteo, al cruzarse con él en las escaleras de la salida, le dijo, esbozando una leve sonrisa:

- ¿Tú eres el hermano de Andrés? ¿No?
-

Regresó a su casa con la vista puesta alternativamente en los dos últimos rostros que había observado con detención: el de "El Bigote" y el de ese cura esbelto que lo había reconocido.

Verdaderamente –pensaba recordando una frase de su tía Lola- la cara no es el espejo del alma sino que ella misma es el alma. En ella se concentran la vida pasada y el tiempo que nos queda por vivir; las buenas ideas y la mala leche.

Pero, más que pensar, miraba los ojos de estos dos nuevos personajes que, a partir de ahora, formarían parte de su nutrida colección de miradas. En la pupila negra y ahuecada de "El Bigote", había descubierto un profundo miedo y una agazapada cobardía. Sí; aquellas voces incontroladas del principio del interrogatorio revelaban, de manera clara, un temor a ser observado, un agobio ante la posibilidad de que, a través de

la ventana de sus ojos, alguien descubriera la podredumbre que trataba de cubrir con gritos destemplados, con carreras convulsas y con frases entrecortadas. El "Bigote" sentía pavor ante la posibilidad de verse reflejado en la pupila de algún atrevido que osara fijarse en su mirada. Este fue el procedimiento que, sin pretenderlo de forma consciente, él empleó para desactivar la rabia inicial.

La mirada del cura era, por el contrario, limpia, confiada y alentadora; sus ojos claros transmitían una sensación de confianza, de generosidad y de seguridad.

Constituían -como le explicó después a Momi- una leal invitación leal a la amistad.

Por más vueltas que dio no logró descubrir dónde y cómo lo conocía o quién y qué información le habría dado de él.

Momi, al verlo entrar en el comedor, lo saludó con el beso ritual, sin hacerle preguntas sobre los sucesos del día; ella sabía que, inmediatamente, a él no le agradaba dar información ni, mucho menos, hacer comentarios, sino que prefería que las experiencias se sedimentaran y, después, con la distancia del tiempo, podría desmenuzar cada uno de los detalles importantes.

Cuando regresó a su casa, Ana, con un deje de intensa sorpresa y de leve curiosidad, le dijo:

- Ha estado aquí un cura que ha preguntado por ti.

Carmelo, por el contrario, no mostró extrañeza ni, por supuesto, respondió.

Algunas llamadas son tan claras que apenas las percibimos.

Diez

A Juana le extrañó que Ernesto no se sorprendiera por su nueva imagen. Cuando, transcurridos varios meses de esta segunda entrevista, ella le preguntó por la impresión que le había producido el cambio de vestido, él le aseguró que casi le había pasado desapercibido.

> No sé muy bien -le explicó- si este despiste es un defecto congénito o una virtud profesional adquirida en mis entrevistas clínicas porque, desde el principio de mis trabajos como psicólogo, he adquirido el hábito de concentrar toda la atención en los ojos. Quizás por eso no me doy cuenta de los vestidos o del peinado. La luz de la mirada es a veces tan intensa que me deslumbra y me impide advertir el resto de los rasgos de mis interlocutores. ¿No te ocurre también, por ejemplo, cuando, en una oscura noche veraniega, miras a través de las ventanas abiertas la vida que bulle en el interior de un hogar? ¿No es cierto que apenas percibes la forma del edificio? Los ojos son -perdona el tópico- unas ventanas abiertas de par en par por las que, no sólo nos asomamos al mundo exterior, sino también por las que damos a conocer, a veces de manera involuntaria, nuestro mundo interior. Con los vestidos podemos ocultar, hasta cierto punto, el cuerpo, pero, a través de los ojos, podemos descubrir hasta las profundidades más secretas del espíritu.

Juana recibió esta explicación con claras muestras de alegría porque formulaban de una manera exacta sus propias experiencias personales. En aquellas conversaciones furtivas que, a veces, mantenía con Sor Esperanza -o, mejor dicho, con Elena- ya había comentado lo inútil que resultaba la estricta disciplina del silencio

porque, por mucho que las monjas cerraran la boca, las ideas -las buenas y las malas-, los deseos -los nobles y los perversos-, los temores -los fundados y los infundados-, las intenciones -las confesables y las inconfesables- se manifestaban, y, a veces a gritos, con la simple manera de mirar. En alguna ocasión, incluso, se habían entretenido traduciendo en palabras el significado del lenguaje visual de las madres que gobernaban el convento. La Abadesa, por ejemplo, con aquella mirada recogida, dirigida al suelo tanto cuando hablaba como cuando callaba, siempre dirigía un único mensaje: todas me inspiráis lástima; intento comprenderos y perdonar vuestra pequeñez. Me debéis la vida… sí, la vida sobrenatural. El Convento, la Iglesia y hasta el mismo Dios soy yo. Por la mirada de la Madre Abadesa, todas las monjas descubrían que estaba repleta de sí misma. La Madre Vicaria, por el contrario, tenía la mirada perdida, y descubría un mundo interior vacío en el que sólo resonaban las voces de la Madre Abadesa que ella se limitaba a repetir. Cuando hablaba o callaba no decía nada. En ella se podía descubrir un alma deshabitada, sin pensamientos ni sentimientos. La Madre Maestra de Novicias miraba de manera permanente hacia el cielo y, a través de sus ojos claros, mostraba un paisaje poblado de nubes blandas, un mundo inocente, candoroso, crédulo e ingenuo.

En su primera visita al psicólogo, Juana también había concentrado su mirada en sus ojos, pero ella sí se había fijado también en otros aspectos de su personalidad como, por ejemplo, en los labios, en los brazos y en las manos. Los labios le parecieron el lugar en el que se unían su cuerpo acogedor, su espíritu afable y su alma comprensiva. En ellos, como afirmaba el Catecismo sobre la hostia consagrada, se resumían el cuerpo, el alma y la divinidad de aquellos seres que por ser tan humanos, se transustanciaban en divinos, de la misma manera que otros, a medida en que se hacían más divinos, dejaban de ser humanos. También prestó atención al movimiento protector

de los brazos y, sobre todo, a los sobrios gestos de las manos. Con aquellas ondulaciones suaves y controladas, manifestaba su sensibilidad artística, su sentido del equilibrio y, en especial, su dominio de las emociones. Quizás ésta fuera la razón determinante del bienestar profundo que Juana había experimentado desde el comienzo de la primera entrevista: se sintió tan intensamente atraída por Ernesto que ya le resultó imposible cumplir la prohibición de volver a visitarlo.

> Algunos hombres -le diría varios meses después a Lola- tienen el poder milagroso de proporcionar confort a los espacios y bienestar a los tiempos. Cuando estoy con Ernesto, cualquier lugar me parece habitable y me siento como en mi propio hogar, pero lo más extraño que me ocurre es que los segundos se me hacen largos y los días cortos.

Esta segunda entrevista no fue ni a las horas ni en el despacho de consulta. Tras abandonar el Convento, Juana se dirigió al domicilio de Ernesto sin haber solicitado previamente visita. Le abrió él mismo la puerta y ambos pasaron a salita amueblada con una mesa camilla cubierta con un paño de color oro viejo, una estantería repleta de libros y dos butacones orejeros tapizados del mismo color que el paño de la mesita, pero de un tono más desvaído. Los dos se sentaron y permanecieron durante varios segundos en silencio hasta que Ernesto, tras notar un suave roce de la mano de Juana, le preguntó cómo lo había pasado desde la primera visita.

> Aunque no me gustaría exagerar -respondió ella-, es posible que estas tres semanas hayan sido las más venturosas de toda mi vida. Quizás sean las jornadas en las que me he sentido mejor conmigo misma, con las personas que

me han rodeado e, incluso, con los objetos que he usado. Por primera vez me he fijado atentamente en las diferentes partes de mi cuerpo y créeme que he empezado a quererme. He descubierto cómo el pelo, la piel, los labios, los brazos, las piernas y, sobre todo, los ojos, reflejaban los secretos más íntimos de mi espíritu. He dirigido la mirada, una nueva mirada, a las personas de mi alrededor y he sentido una grata sensación porque, en todas ellas, he percibido algún aspecto digno de admiración, incluso, en aquéllas que se empeñan en parecer desagradables. He repasado con atención mi pasado y mi presente, y he tratado de adivinar mi futuro, y he llegado a la conclusión que, hasta las decisiones que parecían equivocadas, me han abierto las puertas de un paraíso que es, al mismo tiempo, terrenal y celestial. Si no llega a ser por esa noche oscura, por ese túnel interminable, por ese pozo profundo, no hubiera encontrado este irrenunciable gozo que defenderé con todas mis fuerzas y, si es posible, me gustaría compartir con alguien.

Ernesto escuchó atentamente esta encendida respuesta y, sin hacerle comentarios, se limitó a preguntarle sobre sus proyectos inmediatos de vida. Juana interpretó la referencia a la inmediatez en su sentido más concreto y le contestó que saldría a comprar algo de comida para la cena, después iría a dormir a casa de la cuñada de su amiga Esperanza y, al día siguiente, regresaría para arreglarle a Ernesto la casa y para prepararle el almuerzo.

A veces, las llamadas nos suenan como inaplazables órdenes.

Once

La vida en el Seminario discurría con normalidad, siguiendo las estrictas sendas marcadas por el minucioso Reglamento, por el calendario y por el horario fijado al comienzo del curso, hasta que un hecho inesperado trastocó el ritmo y suspendió todas las actividades académicas. Un prolongado repique de campana seguido de un solo golpe convocaba a todos a la capilla, cuando apenas habían transcurrido veinte minutos de la clase de las diez. Tras unos minutos de expectante silencio, el Rector recorrió parsimoniosamente el pasillo central y, desde el presbiterio, con el rostro visiblemente apesadumbrado y con pausada voz, pronunció las siguientes palabras:

> Acaba de fallecer nuestro Obispo. Durante los tres días de luto, elevaremos oraciones en sufragio de su alma. Inmediatamente celebraremos la Santa Misa por su eterno descanso.

La noticia causó una profunda sorpresa porque, aunque todos sabían que el Obispo era ya bastante anciano, desconocían que, desde hacía ya varios años, lo estaban tratando de un cáncer de próstata. Es cierto que, desde varios meses atrás, no presidía pontificales, pero la semana anterior lo habían paseado en coche por toda la ciudad, coincidiendo con la actuación del Obispo Coadjutor en el Concilio. Todos los ciudadanos habrían podido comprobar que, si él no había acudido a Roma, no era porque padeciera una enfermedad grave. Transcurridos unos meses tras su muerte, los seminaristas se enteraron de que hacía ya catorce años que la Santa Sede -que sí conocía el diagnóstico y su estado de deterioro físico- había juzgado oportuno nombrarle, en vida, a un sucesor con el fin de que, progresivamente, se fuera haciendo cargo de las responsabilidades pastorales. Pero, como ingeniosamente advirtió el pueblo, la

presencia del Obispo Coadjutor tuvo el mismo efecto curativo que la recién descubierta penicilina: sanó, rejuveneció y resucitó al Obispo Titular que, desde entonces, multiplicó sus actividades. Al Obispo Coadjutor le asignó un pequeño despacho de la primera planta del palacio episcopal, pero la Diócesis seguía siendo gobernada desde el segundo piso en el que habitaba el Obispo Titular, y desde los despachos del Vicario General, y, sobre todo, desde la mesa del omnisciente y omnipotente Canciller-Secretario del Obispado.

En aquella mañana, se pudo comprobar cómo el Rector, uno de los superiores y varios profesores estaban visiblemente afectados por el fallecimiento del Prelado y seriamente preocupados por sus respectivos futuros; eran conscientes de que terminaba un periodo en el que ellos habían sido considerados como los colaboradores más directos del Obispo. Otros profesores y la mayoría de los seminaristas, por el contrario, no podían disimular su contenido entusiasmo por el cambio de rumbo que, sin duda alguna, imprimiría a la Diócesis el nuevo Obispo, más cercano, más cordial y, como decía Manolo, más evangélico que el titular. El padre Ricardo, por ejemplo, estaba convencido de que los movimientos obreros cristianos como la HOAC y la JOC, experimentarían unos impulsos saludables, Alfonso obtendría permiso para visitar las cárceles, Cruceyra podría dejarse el pelo largo, Carrillo formaría una orquesta de pulso y púa, Manolo acudiría a los entrenamientos de su equipo local de fútbol, Pepe leería la prensa y Andrés se mostraba seguro de que, por fin, estudiaría en la Universidad.

Estas expectativas estaban cimentadas en el estilo con el que el Obispo Coadjutor había actuado durante los largos años de ostracismo o, como decía Esteban, de destierro dentro de la propia Diócesis. Aunque había dirigido Ejercicios Espirituales

y retiros, había dictado conferencias sobre temas sociales, y había impartido cursillos sobre el mundo actual, su desbordante vitalidad estaba orientada, sobre todo, hacia el acercamiento físico y cordial a la gente sencilla. Además de reuniones con sacerdotes, religiosos, religiosas, seglares, profesores y alumnos, su agenda estaba repleta de visitas a los hospitales y a los conventos de clausura, a las cárceles y a los colegios.

Estas prácticas contrastaban violentamente con la idea que los seminaristas, a partir de las actitudes del Obispo Titular, se habían formado sobre los comportamientos episcopales. Hasta entonces, tenían el convencimiento de que un obispo debía estar inmunizado contra los sentimientos, sobre todo, contra los sentimientos alegres y, por eso, habían aceptado la teoría de que la formación sacerdotal era un aprendizaje de la soledad. Manolo, con su tono de medio de broma medio de veras, solía repetir:

> ¡Hay que ver el hombre este! Parece que está secado por dentro y curtido por fuera; yo estoy convencido de que es inservible para las emociones, ¿no os habéis fijado en que está recubierto de un caparazón impenetrable a la sensibilidad. Cuando estéis cerca de él, si lo contempláis con atención, descubriréis que, en su mirada, siempre quedan residuos de desconfianza y unas irreprimibles ganas de lanzarnos una reprimenda.

Todos sabían que, cuando se dirigía a los sacerdotes a los que concedía audiencia, su voz -saliendo de una boca seca y de unos labios apergaminados- sonaba polvorienta y antiquísima, como si estuviera lastrada por un equipaje de siglos. Escenificaba una ecuanimidad pontificia y una beatitud algo impostada. Poseía un lenguaje piadosísimo siempre situado en la cómoda escalada de los "grandes

principios". Soltaba, eso sí, amargas quejas y, a veces, truenos; pero siempre daba pruebas de una seguridad sin tanteo, de una asombrosa "universalidad" que iba desde el análisis del baile "agarrao", a la medida de las mangas y faldas o a la amplitud de los bañadores de señoras. Todas las normas pastorales estaban en el *Boletín de la Diócesis* que muy pocos leían o se leía en los púlpitos para oídos de sordos. Como advertía Cruceyra, el Obispo imitaba la infalibilidad de los papas.

El Obispo Coadjutor, por el contrario, empleaba un lenguaje sencillo, cordial y humano. Su estilo oratorio era totalmente diferente del que, por entonces, definía al resto de los oradores sagrados porque daba la impresión de que él no predicaba sino que, simplemente, hablaba: más que un orador era un comunicador. Su palabra era clara, directa e interesante, y sus frases eran condensadas y, a veces, aforísticas. La calidad oratoria de este Obispo no se debía -en opinión de Pepe- a sus conocimientos lingüísticos ni a sus estudios retóricos. Su intenso poder comunicativo se fundamentaba de manera particular en la atención permanente que prestaba a los destinatarios de sus mensajes, en la sensibilidad que poseía para captar las expectativas de los oyentes, en su capacidad de sintonía y en su convicción del poder de la palabra para formar los pensamientos, para orientar la actitudes, para estimular conductas nobles, para alimentar la fe y para construir la Iglesia.

Esta manera de hablar contrastaba violentamente con la del Obispo Titular, que estaba profundamente convencido de que todos sus conocimientos eran ciertos, todas las verdades eran dogmas, toda su ciencia era infalible. Él era un ser sagrado: omnipotente, omnisciente e inmortal.

El palacio episcopal, lóbrego y burocrático, poseía el ambiente de una madriguera cuyos olores evidenciaban un aire viciado. En el recibidor, a pesar de los

espejos, había un clima sombrío parecido al de las bodegas o al de las cavernas; por el balcón, siempre semicerrado, se destilaba una luz convaleciente y pálida que, tras lamer las paredes, las cortinas, la alfombra y los espejos, moría en el rincón opuesto. La espera hacía crecer una desazón que se iba internando en la carne y se instalaba en la médula de los huesos. Cuando aparecía, el Obispo daba la impresión de que, más que enjaulado, estaba embalsamado y momificado.

Es posible que los obispos de la primera mitad del siglo veinte tuvieran una obsesión disciplinar, quizás, porque estaban influidos por el carácter militarista de la ascética ignaciana y por la condición castrense de la dictadura del Generalísimo Franco. Esta concepción disciplinar -aplicable a la teología, a la moral, a la liturgia y hasta a la misma acción pastoral- se concentraba en tres elementos que, según él, constituían los rasgos distintivos del sacerdocio: el corte de pelo, la concordancia sintáctica y el ahorro de la peseta.

A su juicio, el pelo representaba el síntoma de la vocación: su longitud revelaba, en proporción inversa, el espíritu clerical y la vocación sacerdotal. No es extraño, por lo tanto, que el señor Rector, para demostrarle el alto nivel clerical del seminario, avisara al barbero siempre que el Obispo anunciaba una visita. Cuando el familiar-secretario pulsaba el timbre de la entrada, Lorenzo, el portero, abría de par en par las puertas principales y repicaba con toda su fuerza la campana. El Obispo, tras dar a besar la enorme amatista de su anillo pastoral, acercaba el dedo pulgar y el índice a las cabezas de los seminaristas que, rodilla en tierra, iban a saludarlo. Si era capaz de tirar de algún pelo, repetía por dos veces con su voz temblorosa: "simplex cultus capillorum", "simplex cultus capillorum"[1]. Si, por el contrario, no lograba asirse a

[1]El canon 136 prescribe literalmente lo siguiente: "Omnes clerici decentem habitum ecclesiasticum, secundum legitimas locorum consuetudines et Ordinarii loci praescripta, deferant, tonsuram seu coronam clericalem, nisi recepti populorum mores aliter ferant, gestent, et **capillorum simplicem cultum adhibeant".**

ningún cabello, se limitaba a esbozar una breve sonrisa y a repetir complacido: "bene", "bene".

Esta demonización capilar tuvo como efecto paradójico que todos los seminaristas prestaran excesiva atención a las medidas y a los cuidados de los cabellos. Algunos contraían la gripe el día que venía el barbero, otros aprovechaban para visitar al oculista y otros lo sobornaban con discretas propinas para que, en vez de usar la maquinilla del cero, empleara la del número dos o la del tres.

Entre las cabezas mejor decoradas destacaban las de los artistas: unos eran barrocos, otros neoclásicos, otros románticos y otros modernistas. Se podían distinguir los peinados de los deportistas; los de los intelectuales; los de los ascéticos y los de los místicos.

Los seminaristas más críticos se atrevían, en ocasiones, a dudar de la relación intrínseca entre la santidad y el peinado, y señalaban la media melena de San Juan Bosco, la raya en medio de San Juan Bautista de la Salle, los bucles de San Juan Evangelista y la gran cabellera del mismo Jesucristo. ¿No debíamos -se preguntaban con cierta malicia- imitar en todo a los santos?

No fue ésta, sin embargo, la razón que determinó el cambio de look sacerdotal sino todo lo contrario: fue el reconocimiento del "valor divino de lo humano" y de la eficacia pastoral del acercamiento a los hábitos sociales calificados, hasta entonces, como comportamientos frívolos o como corruptelas mundanas. Luis había contado que los sacerdotes del Opus Dei no sólo vestían sotanas de corte romano confeccionadas con lana "tamburini" y camisas de puños dobles abrochados con elegantes gemelos de diseño, sino que también cuidaban con esmero sus abundantes cabellos. Refirió cómo don Gabriel Elgorriaga sentado en un confortable sillón de piel verde en el despacho parroquial de la Palma, le había explicado que el Opus había enseñado a los curas a

afeitarse y a peinarse, y que, en otra ocasión, don José Domingo Gaviola antes de entrar en el despacho del párroco de las Virtudes, se detuvo para arreglarse los cabellos: "Hemos de estar presentables -le explicó- como si fuéramos a hablar con el Padre". Se refería, naturalmente, a Josemaría Escrivá de Balaguer.

Uno de los acontecimientos más dramáticos del curso académico eran los exámenes solemnes presididos por el obispo. Todos los compañeros recordaban, por ejemplo, la cara de pánico de Paco Cruceyra y, en especial, la expresión de susto de los profesores miembros del tribunal, temerosos de que el obispo les reprochara la falta de preparación de los alumnos y, en especial, las incorrecciones sintácticas en las frases latinas. El Obispo podía tolerar un defecto argumentativo, podía, incluso, perdonar una herejía dogmática, pero nunca pasaría por alto un error en la concordancia gramatical. No sabemos si el origen de esta obsesión pudiera estar en algún episodio de su niñez en la "preceptoría" o de su adolescencia en el Seminario Menor, en su estima por la lengua latina o en su conocimiento de las raíces lingüísticas de muchos errores bíblicos, dogmáticos e, incluso, de algunas desviaciones disciplinares de los eclesiásticos: “no podemos olvidar -solía repetir- que pensamos y actuamos como hablamos”.

La vivienda del Obispo Coadjutor era cómoda y confortable, su comida sobria y variada, sus vestidos discretos y elegantes. Renunció al Palacio Episcopal, viejo, destartalado y lúgubre, para vivir en un apartamento funcional, moderno y luminoso. Se despojó de colorines, birretes, manteos y fajines, pero su negra sotana, de corte impecable, estaba confeccionada de lana de calidad. Cuidaba, sobre todo, los modelos de zapatos. Don Antonio administraba su dinero con rigor, con generosidad y con eficacia, y, cuando llegaba el día de San Silvestre, tras hacer un detallado balance, entregaba a Caritas el superavit y partía de cero el Año Nuevo.

Doña Pilar, el ama de llaves del Obispo Titular, a pesar de su discreción, se solía quejar a sus más íntimas amigas del escaso presupuesto destinado a las comidas y a la limpieza. Los sacerdotes que entraron por primera vez en sus habitaciones particulares tras su fallecimiento, salieron admirados de su estricta sobriedad y de su rigurosa austeridad, pero todos reconocían que la pobreza del Obispo consistía, no en carecer de dinero, sino en no gastarlo. El Rector del Seminario, con cierta ironía no exenta de admiración, recordaba el lema del Prelado: "Guarda la peseta porque el duro se guarda solo".

Durante los tres días de luto oficial que estuvo expuesto en la nave central de la Iglesia Catedral, muchos diocesanos fueron desfilando ante su cuerpo presente revestido de los ornamentos pontificales y, tras tocar suavemente el féretro, se hacían devotamente la señal de la cruz. En el solemnísimo funeral de “corpore in sepulto”, al que, presidido por el Cardenal de la Iglesia Metropolitana, asistieron los obispos y todas las fuerzas vivas de la Provincia, pronunció la oración fúnebre el Canónigo Magistral.

Tras la Santa Misa, pasearon su cadáver por las calles principales de la ciudad, sobre un ambón de artillería escoltado por un piquete de corpulentos gastadores. Le precedían dos larguísimas hileras en las que figuraban los sacerdotes, los religiosos, las religiosas, los congregantes, los luises, los miembros de la Acción Católica y todas las autoridades civiles y militares.

A lo largo del recorrido, sobre el fondo de la película, en la que se sucedían los rostros compungidos de los ciudadanos que contemplaban el cadáver del Obispo con idéntico hieratismo de cuando aún vivía, Alfonso pensaba en los presos, Perulelo en la procesión del Santo Entierro, Cruceyra en los exámenes de final de curso, Esteban en el desamparo del ama de llaves, Manolo en los tres días de vacaciones y Andrés, en su

propio entierro, cuando ya anciano, terminara su alta misión de obispo o, quizás, de papa.

Algunas llamadas sólo las escuchan los sordos.

Doce

La salida de Sor Sagrario trastocó toda la vida del Convento. La Madre Abadesa convocó a la comunidad a la sala capitular y, desde su sede, flanqueada por la Madre Vicaria y por la Madre Maestra de Novicias, con un indisimulable tono de indignación, pronunció las siguientes palabras:

Reverendas Madres y Hermanas

Nuestra santa clausura acaba de ser gravemente profanada. En el interior de estos muros sagrados, han penetrado los enemigos mortales de nuestra vida espiritual: el demonio, el mundo y la carne. Estas tres fuerzas del mal se han apoderado del cuerpo de nuestra hermana Sor Sagrario quien, debilitada por su enfermedad mental, no ha sido capaz de vencerlas y se ha visto arrojada al mar tormentoso donde reina la mentira, la vanidad y la lujuria. En estos momentos de desolación, sólo nos resta el recurso a la oración y a la penitencia. Apoyándonos en las promesas de Jesús, confiamos que, con estas armas todopoderosas, el demonio, el mundo y la carne abandonen el cuerpo de nuestra hermana Sor Sagrario, y estamos convencida de que muy pronto regresará a este remanso de paz, a esta antesala del cielo en el que, todas juntas, gozaremos de la eterna felicidad.

Este hecho tan insólito enrareció el ambiente del Convento y creó un clima denso de incertidumbre y de temor. Algunas monjas llegaron a la conclusión de que las rejas, los cerrojos y los candados no eran suficientemente seguros, otras expresaban su convicción de la conveniencia de restringir aún más las visitas de los familiares, amigos

y protectores, otras pensaban en el peligro que suponían las salidas, incluso las que se hacían al médico, otras manifestaban su convencimiento de que debía de extremarse la selección de las postulantes y otras, finalmente, juzgaron que era necesario intensificar las prácticas de penitencia y de oración.

La Madre Abadesa ordenó a la Madre Maestra de Novicias que rociara con agua bendita, no sólo la celda, sino también todos los lugares por los que hubiera transitado Sor Sagrario disfrazada con aquellos vestidos tan provocativos y mundanos. Finalmente, envió un detallado informe al Obispo diocesano en el que, además de narrarle toda la historia, le solicitaba la pastoral bendición, el aliento de sus doctas palabras y la fuerza de sus piadosas oraciones.

La Hermana Enfermera, la Hermana Portera y la Hermana Sacristana se mostraban, sin embargo, visiblemente tranquilas e, incluso, disimuladamente contentas.

> Y yo que estaba convencida -decía la Enfermera- de que el Demonio tenía rabo, en el buen sentido de esta palabra; ahora resulta que es una mujer guapa. Si esto es verdad, ya podemos quedarnos más tranquilas porque estamos seguras de que a nosotras no nos va a tentar. ¿Os imagináis lo aburrido que debe ser un infierno en el que sólo hay mujeres por muy guapas que sean? A lo mejor la Madre Abadesa está convencida de que el infierno es un convento de monjas de clausura en el que todas estamos sin hábitos.

La Hermana Portera, que estaba menos dotada del sentido del humor que la Hermana Enfermera, le daba vueltas a la cabeza para descubrir la rendija por la que se

podría haber colado el mundo, y repetía, una y otra vez, que ella siempre había pronunciado la jaculatoria “Ave María Purísima”, antes y después de hablar con todas las personas del mundo que acudían al torno.

A la Hermana Sacristana las palabras de la Madre Abadesa le despertaron su irreprimible curiosidad y preguntaba, una y otra vez, por los detalles de la penetración carnal en el convento.

> A lo mejor es que soy demasiado despistada, pero de lo que se dice carne, en cualquiera de los sentidos de esta palabra, por más que me he fijado, no he logrado ver nada.

A veces, se nos abren puertas a las que, previamente, no habíamos llamado.

Trece

Ana y Lola experimentaron unos sentimientos casi idénticos cuando, tras escuchar dos suaves golpes, abrieron el portón y contemplaron la figura esbelta de un sacerdote revestido de sotana y tocado con una amplia teja. Las dos pensaron que sería un profesor del Seminario que vendría a quejarse de las actitudes petulantes de Andrés o, incluso, a anunciarles su inminente salida. En lo primero acertaron, pero, en lo segundo, se equivocaron.

Tras saludarlas con discreta cordialidad, simplemente les preguntó por Carmelo.

- A estas horas -respondió Lola- está en el puesto de la gandinga. Vendrá a almorzar ya cerca de las cuatro de la tarde. ¿Quiere usted que le diga algo?

- Sí. Tenga la bondad de decirle que, si lo cree conveniente, a partir de las seis de la tarde, acuda al piso segundo del número once de la calle San Francisco.

El silencio prolongado de las dos cuñadas era la manifestación directa de la sorpresa y, sobre todo, de la sensación de desorientación que les habían producido las palabras de aquel apuesto cura. Por más vueltas que después le dieron, no fueron capaces de aventurar una hipótesis verosímil.

- Yo pienso -decía Ana- que no será para hablarle de Andrés; por muy grave que fueran los asuntos, nos lo hubiera explicado a nosotras. ¿Será, quizás,

que no sabe que Carmelo ya tiene novia, y que, a lo mejor pretende que ingrese también en el Seminario?

- Es posible -opinaba Lola- que Andrés le haya manifestado su preocupación de que Carmelo no asiste a Misa los domingos, y que, quizás, él se haya ofrecido para intentar animarlo.

Carmelo recibió la noticia sin, apenas, mostrar extrañeza, pero, a pesar de que tampoco podía imaginar las razones de semejante cita y de que, en principio, no mostraba interés por acudir, tras el almuerzo, de manera automática, se dirigió a la dirección que su madre le había escrito en un trozo de papel cuadriculado. Aunque, coincidiendo con su tía Lola, también él esperaba que el cura le hablara sobre la misa dominical, no preparó respuesta alguna, sino que prefirió escucharlo con atención y, en cualquier caso, permanecer en silencio hasta que se sedimentaran las palabras. El padre lo recibió con extraña naturalidad. Desde el primer momento, se creó un clima familiar y casi de complicidad, quizás, tras haber advertido los dos que habían coincidido en la Comisaría.

- ¿Qué tal, cómo te ha ido?

A pesar de la atmósfera de confianza que reinaba, Carmelo no contestó hasta que pasaron varios segundos.

- A mí bien, ¿y a usted?

La intención de esta pregunta era comprobar si el cura era un sospechoso como él, o, por el contrario, un confidente de la policía.

Yo lo he pasado mal porque ni soy capaz de entender el lenguaje de esta gente, ni, mucho menos, ellos son capaces de entenderme a mí. Todas sus palabras me lastimaban como látigos y todos sus gestos me dolían como bofetadas. Tengo la impresión de que actúan como animales acorralados y de que se ven en permanente peligro. Por eso se esfuerzan en contagiar su ansiedad a todos los que estamos a su alrededor. Ni siquiera les pasa por la cabeza la posibilidad de que existan personas incapaces de causar conscientemente males a los demás.

Tras esta respuesta, los dos guardaron un prolongado silencio que, sorprendentemente, rompió Carmelo refiriendo que él había acudido a la Comisaría sin miedos, pero que había salido de ella con cierta sensación de lástima.

Yo también estoy convencido de que la expresión de la cara del Comisario y, sobre todo, aquellos ojos desencajados eran el vivo retrato de un ser atormentado por un peso que es incapaz de soportar. Las malas ideas, como decía mi padre, son un veneno que, además de estar muy amargo, nos come por dentro.

Esta imagen le sorprendió al padre y la aprovechó para, tras obtener algunos datos sobre la ideología de Carmelo, iniciar el tema sobre el que pretendía que girara la entrevista.

Ya que te has referido a las malas ideas, me agradaría que me hablaras algo sobre las buenas ideas. Yo también soy de la opinión de que, si las malas

ideas son venenosas, las buenas ideas son curativas. Por eso me esfuerzo en animar a los que tienen esas buenas ideas para que las difundan. Creo que tenemos obligación de hacerlo al menos para contrarrestar un poco la represión tan violenta que, en estos momentos, estamos padeciendo.

Carmelo respondió, inicialmente, con una expresión de extrañeza y, a continuación, le explicó su paradójica teoría sobre las ideas.

Yo no sé si las ideas curan o no curan porque nunca he tenido oportunidad de ocuparme de ellas. A mí sólo me han interesado los comportamientos de las personas.

Esta era la primera vez que iba a ordenar sus pensamientos y a formular con palabras una cuestión que siempre había constituido la pauta por la que interpretaba y valoraba todos los episodios.

A mí las ideas no me mueven para que me porte de una determinada manera ni me frenan para que actúe de otra forma. Yo me fijo en algunas personas, muy pocas, que me sirven de modelos. Algunas veces tengo la impresión de que, en mi interior, escucho sus palabras.

El cura no salía de su asombro al comprobar que una teoría que, desde hacía tiempo, bullía en su cabeza y en la que, a pesar de haber estudiado Teología o, quizás por haberla estudiado demasiado, no había sido capaz de formularla con tanta sencillez

y con tanta precisión. No quiso disimular su interés y le pidió que, si no tenía inconvenientes, le dijera quiénes eran esas personas que le servían de ejemplos.

Carmelo, esta vez de manera inmediata, respondió que, en primer lugar, era su padre quien, desde que él era pequeño, había constituido la pauta de su conducta.

> Mi padre, con su postura ante la vida y, sobre todo, con su reacción ante los poderosos, me ha inculcado, según dice mi madre, un espíritu rebelde. Mi tía Lola dice que es su alma la que, tras su muerte, se ha apoderado de mí. Lo cierto es que, desde entonces, no soy capaz de soportar a los -perdone que sea tan claro- cabrones que se aprovechan de los más débiles. Estoy demasiado pendiente de las injusticias y de las arbitrariedades de los que, por ostentar un cargo político, por tener una carrera o, todavía peor, por haber acumulado un capital, nos machacan a los demás. Pero le aseguro que, a pesar de mi cabreo, no soy violento ni siquiera con los violentos.

El padre Calleja o se le había olvidado de la razón de la entrevista o, quizás, debido a la claridad con la que Carmelo ahondaba las raíces de su perfil humano y los fundamentos de sus posturas éticas, en vez de proponer sus puntos de vista, prefirió hacer una pregunta que propiciara nuevas explicaciones.

Y, ¿alguien más ha influido en tu manera de interpretar esta vida?

A Carmelo no le pasó por alto el suave énfasis con el que había pronunciado la palabra “esta”. No sabía si interpretarlo como una oposición a la “otra vida” o como una

referencia a la situación social y política a la que él, de una manera implícita, se había referido. Se sintió animado porque tenía la impresión de que estaba siendo comprendido y aceptado, a pesar de que era la primera vez en su vida que hablaba de estas cuestiones. Es más, hasta ahora, nunca había pensado en ellas de una manera tan ordenada.

> La otra persona que orienta mi vida es mi madre. No es que yo sea como ella, sino, todo lo contrario, que me da vergüenza de no ser como ella. Su manera de estar atenta a los demás y, en especial, a los que sufren, me descubre mi escasa generosidad y mi egoísmo. No sé si usted sabe que ella se entregó a mi padre hasta tal punto que se olvidó totalmente de sí. Hasta en su manera de hablar demostraba que mi padre era el que daba sentido a todos sus actos. Suele repetir que las cosas no merecen por sí solas nuestra atención ni nuestro esfuerzo; que hacer las cosas por las cosas carece de valor y de interés: coser por coser, limpiar por limpiar o cocinar por cocinar no vale la pena. Por eso insistía una y otra vez: "Yo coso, limpio y cocino para mi Juan; yo vivo para él".

Esta respuesta impactó al padre, si cabe, aún más que las anteriores, pero, antes de hacer comentarios, prefirió seguir el hilo, con el fin de indagar algo sobre la personalidad de esa señora que le abrió el portón cuando fue a preguntar por Carmelo. La distinción de su porte y la serenidad de su mirada le habían impresionado hondamente. Con cierto temor de que Carmelo advirtiera su indiscreción le preguntó de manera directa:

- ¿Y la señora que acompaña a tu madre, te inspira algo?

- Esa señora es la hermana de mi padre y, posiblemente, con su silencio, es la persona que más influye en mi casa. De ella he aprendido a administrar las palabras y las pausas. Hablar, suele repetir ella, es una operación tan arriesgada como conducir un coche en pleno centro de Madrid. Por eso, el que no tenga seguridad en el manejo del freno es mejor que no hable. Si fuéramos un poco más conscientes del peligro que entraña hablar, tendríamos más cuidado. La palabra sí que es un arma de doble filo y, si no la usamos con habilidad, asesina y nos suicidamos con ella.

  Pero, aunque no me lo pregunte, le confieso que existe otra persona que me proporciona unas considerables energías vitales que hasta hace poco desconocía: es mi Momi. De ella he aprendido que la simple presencia, cuando es sentida, es como una semilla que crece y produce flores y frutos. Gracias a ella he descubierto que no es necesario hacer muchas cosas para sentirse vivir.

El padre Calleja, que durante toda la entrevista había permanecido atento a cada una de las palabras, a la expresión del rostro e, incluso, a los gestos de los brazos de Carmelo, tras una pausa, se levantó y alargó la mano con la clara intención de estrecharla con él para despedirse.

Este encuentro me ha resultado bastante más provechoso de lo que me había imaginado cuando decidí celebrarlo. Si a ti no te parece mal, podríamos repetirlo en otra ocasión; ya sabes que a las seis de la tarde me puedes encontrar aquí cuando lo desees. Te ruego que, de mi parte, saludes cordialmente a tu madre y a tu tía.

Carmelo salió desconcertado. El cura le había ofrecido un pitillo, no le había sugerido que ingresara en el Seminario, no se había referido a su hermano Andrés ni siquiera le había hablado de religión; pero, aunque no hacía planes de repetir la visita, experimentaba una inexplicable sensación de alivio y casi de gratitud. “En este cura -pensaba- se puede confiar”.

Escuchar las llamadas es abrirse y salir al encuentro de alguien.

Catorce

Tras los tres días de riguroso luto, y ya enterrado el Obispo en la cripta de la Catedral, se iniciaron los preparativos para la solemne ceremonia de toma de posesión del nuevo Obispo que, durante catorce años, había sido coadjutor. El ambiente, la música, los ornamentos, el tono, los gestos y las palabras pusieron de manifiesto que la situación había cambado de una manera radical. En su primera homilía como Titular, el Obispo recalcó de una manera especial las siguientes palabras:

> Jesús de Nazaret nos habla en los Evangelios, en la oración y, también, de una forma clara y apremiante, desde el clamor de los que no tienen voz. O nos acercamos respetuosamente a cada uno de los que sufren o no seremos capaces de escuchar la llamada de Jesús.

Ni las palabras ni el énfasis con el que las había pronunciado sorprendieron al clero ni a los creyentes porque, repetidas veces, ya se las habían escuchado durante su dilatada labor como Obispo Coadjutor. Las expectativas se centraban ahora en los cambios que se producirían en la alta cumbre de los cargos diocesanos.

Aún no habían transcurrido veinticuatro horas cuando fueron nombrados el nuevo Vicario General, el Canciller Secretario y el Rector del Seminario. Eran tres hombres menores de cincuenta años que, además de por su preparación intelectual, se habían distinguido por su acercamiento al pueblo. Todos coincidían en que eran muy humanos, pero mientras que los más jóvenes pronunciaban esta palabra con evidente complacencia, los mayores la articulaban con muestras de seria preocupación.

Fue en el Seminario donde, desde el primer momento, se advirtió que los cambios serían rápidos y visibles. Se abrieron las puertas y las ventanas, se eliminaron las celosías que impedían que las monjas y las cocineras vieran y fueran vistas, se contrataron a seis limpiadoras jóvenes para sustituir a los tres "mozos" ya ancianos, se llenaron los pasillos y los corredores de frondosas macetas y, en sus paredes, se colocaron cuadros rescatados del trastero, se dio libertad de corte de pelo y de peinados, se limitó el uso de la sotana y del bonete a las ceremonias litúrgicas, y se iniciaron los trámites para que, a partir del siguiente curso, en vez de Latín y Humanidades, los seminaristas menores estudiaran el bachillerato oficial y para que los mayores cursaran la Filosofía y la Teología en la Universidad Pontificia de Salamanca.

Lo más importante, sin embargo, fue el cambio de rumbo en los contenidos y en los métodos de la formación pastoral. Si, hasta entonces, los modelos en los que se inspiraba el funcionamiento del Seminario eran las grandes universidades eclesiásticas, los monasterios y las comunidades religiosas, a partir de este momento, su meta se situaría en la preparación de "agentes pastorales", en el "entrenamiento" -como decía Vicente- de los "amigos" de Jesús de Nazaret para que estuvieran dispuestos a acompañarlo en sus correrías por los caminos, por las calles y por las plazas; para que se habituaran a descubrir su rostro en las expresiones cansadas de los trabajadores, en las miradas desoladas de los moribundos, en los gestos provocativos de las prostitutas, en las ingenuas preguntas de los niños, en los cálculos esperanzados de los encarcelados, en las risas vacías de los subnormales, en la búsqueda desamparada de los huérfanos, en las manías persecutorias de los paranoicos, en los besos furtivos de los enamorados, en las dudas irresolubles de los filósofos, en las discusiones acaloradas de los forofos

deportivos, en las fantasías deslumbrantes de los poetas, en las ocurrencias sorprendentes de los humoristas, en las cabriolas espeluznantes de los titiriteros, en los carromatos multicolores de los gitanos, en la amable delicadeza de las Hermanas de la Caridad, en las ingenuas bromas de los payasos y hasta en la fría profesionalidad de los sepultureros.

Los contenidos de las asignaturas tenían, como puntos de partida y como destinos, los problemas reales de los hombres y de las mujeres contemporáneos que conviven en los pueblos y en las ciudades de la Diócesis.

Esteban acudía a recibir, según decía él, la catequesis al Barrio del Balón. Aunque era catequista encargado de preparar para la Primera Comunión a un grupo de doce niños de ocho años, a la vuelta de cada sesión explicaba a Vicente, a Luis, a Matías y a Pepe, las lecciones que había recibido de ellos.

> He comprendido de una manera nueva la importancia del silencio y de la escucha. Hasta ahora creía que tenía que aprender a hablar, pero, desde que acudo al Balón, me he dado cuenta de que callar es mucho más difícil y, a veces, más elocuente. Estoy aprendiendo no sólo a mirar las cosas y a escuchar a las personas sino, incluso, a rezar. He llegado a la conclusión de que rezar es, más que pronunciar palabras, mirar y escuchar. Los niños me están enseñando a preguntar y, sobre todo, a preguntarme sobre las cuestiones verdaderamente importantes y a despreocuparme de muchos asuntos intranscendentes que, hasta hace muy poco, me agobiaban. Pero la lección más importante que recibo cada semana es que admirar no es mirar bobaliconamente la vida, sino ver con buenos ojos a las gentes y a las cosas, es pasarlo bien fijándonos un poco más en los aspectos positivos de cada persona.

Matías, que asistía semanalmente a los círculos de estudio de los jóvenes de Acción Católica para aplicar las nociones aprendidas en las clases de Teología, decía que allí era donde profundizaba en los mensajes del Evangelio y, sobre todo, donde encontraba las claves para descubrir la validez actual de algunas enseñanzas hasta ahora consideradas como meramente teóricas.

> Yo estaba convencido de que la Teología era una asignatura cuyas lecciones teníamos que aprender para, después, en la predicación o en la catequesis, repetirlas con palabras distintas, acomodadas a cada uno a los diferentes oyentes. Ahora, gracias al método de encuesta que empleamos en nuestras reuniones semanales, he podido comprobar que la Teología es una manera de iluminar la vida real para lograr vivirla de una forma más consciente, más plena e, incluso, más humana. Allí empezamos comentando un hecho ocurrido durante la semana anterior; después nos preguntamos, por ejemplo, qué dice Jesús sobre este asunto o cómo lo hubiera afrontado o qué soluciones aportan los Evangelios y, después, nos comprometemos a actuar de una manera coherente.

Pero, a pesar de todas estas explicaciones, a Matías le sorprendieron, sobre todo, las actitudes y los comportamientos de los jóvenes que, sin tener vocación sacerdotal, mostraban con sus comentarios que estaban familiarizados con los Evangelios y que habían establecido unas relaciones de amistad con Jesús de Nazaret. Pedro, que era dependiente de una tienda de tejidos, afirmaba que no rezaba, pero que

todos los días hablaba e incluso discutía con Jesús sobre sus problemillas, sobre los asuntos políticos y, a veces, hasta de fútbol.

> Creo -solía repetir- que la amistad es el único camino, no sólo para conocernos mejor, para comprender nuestra manera de ser, sino también, el método más eficaz para conocer a Jesús y para comprender sus enseñanzas. Si, en vez de tantas teorías, explicáramos y viviéramos la amistad, adelantaríamos mucho terreno. Yo he llegado a la conclusión de que el cristianismo se reduce a ser amigo de Jesús y a cultivar la amistad con los demás seres humanos.

Juan, un alumno del primer curso de Medicina, había mostrado sus intenciones de ejercer la carrera en un país de misión. Manifestaba su preocupación por los millones de seres humanos que carecían de los medios más necesarios para sobrevivir y, sobre todo, le dolían

> esas criaturitas que, por no disponer de los cuidados sanitarios más básicos, mueren victimas de unas epidemias que, en la actualidad, son fáciles de evitar. Creo que la manera más evangélica de transmitirles la fe en Jesús y la forma más eficaz que predicarles es curarles las enfermedades y quitarles el hambre.

Paqui era escribiente de la Diputación y dedicaba dos tardes cada semana a acompañar a los ancianos de las Hermanitas de los Pobres. Uno de los temas preferidos en sus conversaciones era el amor:

A mí que me dejen de cuentos y de teorías; creo que, en vez de reflexionar tanto sobre el amor, tendríamos que querernos más y demostrar nuestro cariño con hechos, más que con palabras.

Matías comentaba con sus compañeros de curso, sobre todo, su sorpresa inicial al comprobar lo normales que eran aquellos jóvenes de Acción Católica, y la grata impresión que le producía la cordialidad con la que lo trataban. Todos recordaban las severas prohibiciones, en tiempos tan cercanos, de trabar amistad con jóvenes no seminaristas y, sobre todo, de tratar a personas del otros sexo, e, incluso, llegaban a hacer bromas sobre aquellos peligros en los que, según los superiores, se hubieran expuesto. Ahora estaban comprobando que no sólo los chicos no eran tan perversos ni las chicas tan diabólicas, sino que, a veces, eran más generosos, más sacrificados y más sinceros que algunos seminaristas. Comentaban con cierta ironía aquella pregunta del examen diario de conciencia sobre las “amistades peligrosas”.

Javier era especialmente sensible al misterio de la Encarnación. En las conversaciones con los compañeros repetía una y otra vez que la única manera de representar a Jesús en la sociedad actual era “encarnándolo” y “encarnándose”.

Encarnar a Jesús hoy es asumir los mensajes del Evangelio como pauta de la vida, y entablar un diálogo permanente en una forma de oración que consiste, sobre todo, en preguntar con palabras y en responder con la vida. “Encarnarse” es compartir con los demás hombres y mujeres sus preocupaciones, sus problemas y sus trabajos. Las palabras sólo sirven para

explicar a los que nos pregunten, por qué vivimos de una determinada manera: esto es predicar.

Estas reflexiones determinaron que, tres noches a la semana, ejerciera las labores de basurero. Aunque es cierto que nadie le preguntó por las razones de esa decisión y, por lo tanto, no tuvo ocasión de hablar de Jesús, él siguió trabajando, no sólo hasta el final del curso, sino también durante todas las vacaciones del verano. Una de las razones era la camaradería que había logrado con el resto de basureros, y otra, lo bien que se encontraba de los nervios.

Todos esos pájaros que tenía en la cabeza cuando me decidí a ingresar en el Seminario, han volado desde que trabajo por las noches. En muchas ocasiones soñaba con estudiar en la Universidad para, después, hacer oposiciones a canónigo y, quién sabe, si para llegar a ser obispo; ahora sólo pretendo seguir con estas gentes que, os lo juro, sin decirme ni una sola palabra, me están haciendo más feliz. Iré con vosotros a Salamanca, pero no sacaré la licenciatura en Teología para evitar la tentación de iniciar esa carrera ascendente hacia los beneficios eclesiásticos.

Luis, que en varias ocasiones había dado muestras de notable sensibilidad ante cualquier tipo de injustas desigualdades, también orientó sus intereses hacia el mundo obrero y, como decía el padre Calleja, hacia la "cuestión social". Estudiaba con especial intensidad las encíclicas del Papa y las exhortaciones pastorales de los obispos que trataban temas relacionados con la distribución de las riquezas y sobre los derechos de los trabajadores, y acudía con regularidad a las reuniones de los miembros de la HOAC.

Anteriormente, solía intervenir en las clases para, a veces de manera acalorada, exigir que los temas teológicos, por muy teóricos que fueran, se orientaran de una manera que sirvieran para iluminar los problemas sociales más sangrantes y para proponer vías cristianas de solución.

> El cristianismo no es sólo el anuncio de un cielo futuro -comentaba con los compañeros- sino la construcción de un pueblo de Dios desde ahora, desde aquí y para todos.
>
> Yo no estoy dispuesto a predicar la resignación ante las injusticias ni a alimentar la espera de una bienaventurada vida en la eternidad. O empezamos ya o no lo haremos nunca. Hemos de predicar como lo hicieron los profetas, Jesús de Nazaret y los apóstoles, denunciando las injusticias y las desigualdades. Ya sé que estas prácticas nos crean problemas, pero mayores son los problemas de quienes, hartos de trabajar, no tienen medios para sacar adelante la familia y para educar a sus hijos. El sacerdocio exige, sobre todo, optar de una manera decidida por los pobres.

En los recreos se reunía con Esteban, con Javier y con Matías para aplicar el método de revisión de vida a sus actitudes y a sus comportamientos en las actividades diarias del Seminario. Examinaban, por ejemplo, sus quejas ante el volumen del estudio -¿hemos de prepararnos como intelectuales o como pastores?-, sus comentarios sobre el frío que pasaban en las clases -¿qué nos fortalece más, el confort o las privaciones?-, los defectos que encontraban en las comidas -¿se alimenta así la mayoría de nuestros paisanos?- las reacciones violentas en los partidos de fútbol semanales -¿hemos de desahogarnos o controlar los impulsos?-, la impuntualidad -¿falta de disciplina, de

educación o respeto?- o, incluso, el desorden de sus habitaciones -¿expresión del desorden interno o despreocupación por las meras formas?-.

Todos insistían en que debían descender a situaciones más concretas, y Esteban, por ejemplo, describía cómo "ayer, tras entrar en la ducha y empezar a desnudarme, sentí tantos escalofríos que sólo me mojé la cabeza para dar la impresión de que me había duchado". Javier contaba que, a pesar de haber escuchado la campana, había permanecido veinte minutos en la cama, y Matías explicaba lo sumamente antipático que le resultaban los cuentos fantasiosos de Andrés, al que por mote, ya le habían puesto "el fantástico".

Pepe invertía los ratos libres en la lectura de libros en la Biblioteca pública; Enrique afirmaba que los mejores Ejercicios Espirituales consistían en la asistencia a los enfermos graves del Hospital Provincial; Alfonso prefería descubrir el rostro de Jesús en los presos, mientras que Manolo, para hacer "sacrificio", en vez de colocarse cilicios, se entrenaba con un equipo de fútbol de Segunda Regional.

Andrés, sin embargo, no podía disimular la intensa desilusión que le habían provocado todos esos cambios. No sólo a Esteban al que, por inspirarle mayor confianza le hacía de vez en cuando algunas confidencias, sino a todos los demás compañeros y, a veces, incluso pidiendo la palabra en las clases.

> El Rector y los Superiores van a ser los culpables de que muchos perdamos la vocación. Si nos dejan sin sotana y sin bonete, si ya no se estudia en latín, si trabajamos en cualquier sitio, si nos tutea todo el mundo, ¿qué clase de curas vamos a ser? Tenemos que demostrar, con nuestra manera de vestir, que

> hemos sido elegidos directamente por Dios para presidir su pueblo, y que estamos investidos de una dignidad divina; si hablamos, nos vestimos y actuamos como las demás gentes, nadie se dará cuenta de la importancia de nuestra misión trascendental; nos confundirán con cualquiera otra persona. Nuestra misión es la de predicar y bendecir y, por lo tanto, no podemos emplear nuestros labios para pronunciar unas palabras como las que, por ejemplo, dicen los vendedores de pescado o de periódicos, ni nuestras manos consagradas pueden hacer lo mismo que las de un albañil o un basurero. El Seminario está perdiendo su razón de ser, y como los cambios sigan este camino de relajación, tendrán que abandonarlo la mayoría de los seminaristas y algunos de los profesores y superiores que, de una manera peligrosa, se están aseglarando. Desde luego yo seguiré vistiendo la sotana, por lo menos en mi habitación.

Paradójicamente, sin embargo, desde que se abrieron las puertas, en el Seminario reinó mayor silencio y recogimiento; a medida en que los seminaristas salían a la calle se experimentó una menor relajación de la disciplina y, mientras más trataban con las gentes, menos se disipaban en la oración y en el estudio.

Algunas llamadas sólo las interpretamos cuando las escuchamos por segunda vez.

Quince

En esta ocasión, las vacaciones veraniegas, además de proporcionar una oportunidad para ampliar las actividades pastorales, sirvieron para que algunos seminaristas la aprovecharan trabajando y ganando algunas perras con las que ayudarían la economía de sus respectivas familias y ahorrarían para los gastos del traslado a la Universidad de Salamanca. Esteban suplió a un vecino en un almacén de comestibles; Matías ejerció de escribiente en las oficinas de los Servicios Eléctricos; Javier logró un puesto de peón en los Astilleros; Luis le ayudó a su padre en las labores del campo; Pepe suplió a un conserje de la Biblioteca Provincial; Enrique vendía todas las mañanas periódicos; Alfonso hacía pan durante las noches y, por las mañanas, los despachaba en la panadería de su tío; Manolo, por mucho que buscó, no logró colocarse y Andrés convirtió el comedor de su casa en "despacho parroquial" en el que repasaba una y otra vez los libros que había estudiado durante le curso.

En la última visita que le habían hecho su madre y su tía al Seminario, ya les había advertido, con toda serie de detalles, que deberían tener en cuenta su nueva condición:

> Quiero que no perdáis de vista que yo soy seminarista durante el curso y durante las vacaciones, cuando estoy despierto y cuando duermo, cuando estudio y cuando como. Os ruego que hagáis todo lo posible por respetar mi condición de elegido del Señor.

Las dos habían escuchado esta recomendación, pero no se imaginaban a qué hechos concretos se podría referir. Cuando, dispuestas a hacer las cosas lo mejor posible, repitieron casi las mismas palabras en su casa, Trini se mostró sinceramente

interesada y no disimulaba su curiosidad por descubrir cómo comería, estudiaría, dormiría o hablaría un seminarista. Pronto pudo comprobar algunos cambios de comportamiento como, por ejemplo, cuando, al llegar, Andrés le ofreció la mano para que se la besara, ella además de hacerlo con visible emoción, hizo una genuflexión y se persignó.

> No, por favor, sólo nos arrodillamos cuando besamos el anillo pastoral de los obispos; yo todavía soy un humilde seminarista.

Tras dejar en el dormitorio la maleta, salió revestido de sotana y colocó encima del almanaque un papel con la palabra "Silencio" y, sobre la mesa del comedor, dejó un libro, un cuaderno, un tintero y una pluma.

> Este será, durante todas la vacaciones, el despacho parroquial. Si no tenéis inconveniente, trasladamos el refectorio a la cocina.

Ni la madre ni la tía le respondieron, pero tampoco le hicieron caso; el almuerzo y la cena se siguieron tomando en el salón parroquial, pero Trini cada vez que cubría la mesa con el mantel de cuadros rojos, le decía:

> - Haga el favor, señor párroco, de permitirme que cambie su salón parroquial por el refectorio.
>
> - No te confundas, por favor, sólo soy todavía un humilde seminarista que se está preparando para llegar a ser un día ministro del Señor.

A pesar del cartel que prescribía silencio, mientras que, durante las comidas, Ana, Lola y Trini conversaban con toda naturalidad, Andrés leía un libro colocado al

lado izquierdo del plato. Diariamente, tras levantarse a las siete de la mañana, rezaba de rodillas tres avemarías, se lavaba y, revestido de sotana, se dirigía a la parroquia donde hacía media hora de meditación y ayudaba la Santa Misa.

Carmelo casi no tenía ocasión de coincidir con su hermano porque seguía levantándose a las cinco de la mañana para ir al matadero, regresaba a almorzar después de las cuatro de la tarde y, después, iba diariamente, a excepción de los jueves, a casa de Momi donde conversaba hasta después de cenar. Hacía ya más de un mes que todas las semanas asistía a la reunión con el padre Calleja donde también concurrían Luis y Alfonso, dos de los compañeros de Andrés.

Tras la primera entrevista, Carmelo dejó que pasaran varios días para reflexionar sobre el contenido y sobre la extraña manera de orientar la conversación que tenía aquel cura. Finalmente, decidió repetir la visita. Aquélla había sido la primera vez que había explicado a una persona su peculiar concepción de la vida, y aquel señor, a pesar de ser cura, era la primera persona que había mostrado interés por escucharlo. En la segunda visita, el padre Calleja le informó de unas reuniones semanales en las que algunos jóvenes de ideas parecidas a las suyas cambiaban impresiones sobre cuestiones de actualidad, y le propuso que asistiera, sin compromiso alguno, si tenía tiempo y si le apetecía. Esta vez no lo dudó y respondió que, con mucho gusto, asistiría. En estas reuniones hablaban de lo dura que era la vida para la mayoría de la gente, indagaban en las causas y, sobre todo, proponían un compromiso personal que, al menos, sirviera para que en los respectivos ambientes, poco a poco, se fueran tomando conciencia de que la mayoría de los problemas tenían su origen en comportamientos injustos de los que ocupaban cualquier parcela de poder. A Carmelo le sorprendieron la claridad y la

valentía con las que Alfonso, apoyándose en el Evangelio, denunciaba el peligro mortal que el poder encierra en sus entrañas y el daño irreversible que, la mayoría de las veces, causa en los que lo ejercen y en los que lo soportan.

> Yo estoy convencido de que todo el que tiene vocación de mando es un perverso o un psicópata. Esas ganas irreprimibles de obligar a otros seres humanos para que sientan, piensen o actúen como a uno le da la gana son indicios de una voluntad aniquiladora o de una manía invasora. Pero, a mi juicio, lo más grave es la facilidad e, incluso, la alegría con la que los subordinados secundamos las órdenes y los caprichos de los autoproclamados superiores. Sólo existen superiores cuando otros se creen inferiores. El principio fundamental de la convivencia es la igualdad radical de todos los seres humanos. Es cierto que, entre todos y de común acuerdo, hemos de establecer y garantizar un orden, pero el encargo para mantenerlo sólo podemos encomendarlo al que menos ganas tenga de ejercerlo, aunque sea el que menos dotado esté. Estar dotado de mando y tener ambición de poder constituyen, a mi juicio, las señales más elocuentes de incapacidad para ponerse al servicio de un grupo humano.

Luis se mostró aún más claro y concreto porque se refirió explícitamente al ejercicio del poder en la Iglesia. Carmelo tenía la impresión de que las palabras que estaba escuchando constituían, no sólo una denuncia explícita, sino también la formulación de unas ideas elementales que le bullían en su cabeza desde siempre, pero que nunca había sido capaz de explicar.

> Las palabras de Jesús de Nazaret –"No he venido a ser servido sino a servir"- la traducen los obispos y los curas diciendo "No he venido a ser mandado sino a mandar". "Jesús fue obediente hasta la muerte y muerte de cruz", y los obispos y los curas quieren ser obedecidos y, muchas veces, hasta la muerte. Si siguiéramos las pautas del Evangelio, cuanto más cerca estemos de la misión de Jesús, cuanto más nos identifiquemos con sus mensajes, cuanto más creyentes nos consideremos, deberíamos ser, eso, más servidores de los demás hermanos. Y ese oficio de servidores o de sirvientes deberíamos demostrarlo con hechos y mostrarlo, incluso, con signos: con nuestras maneras de vestir y con nuestra manera de hablar. ¿Tiene sentido -sentido evangélico o cristiano- que los sirvientes se hagan llamar padres, señores, monseñores, excelencia, excelentísimo, reverendísimo, eminencia y otras cosas por el estilo? Y no digamos nada de la manera de vestir: os aseguro que cuando contemplo a esos señores que dicen pomposamente que son "siervos inútiles", revestidos de capas y de sotanas, y luciendo llamativos colorines, me acuerdo, sobre todo, de las chirigotas del Carnaval.

Carmelo se acordaba, sobre todo, de su hermano Andrés. ¿De qué enfermedad -se preguntaba- se habrá contagiado el tontaina este, con ese afán de grandezas y con esos deseos de poder? Pero a él le preocupaban, sobre todo, los que ostentaban poderes políticos, sociales y económicos.

Al fin y al cabo -pensaba- por mucha importancia que se den los curas y las monjas, en la práctica sus poderes son tan espirituales que apenas influyen en la vida real, pero los poderes terrenales sí que nos fastidian y nos hacen desgraciados.

Esos señores tan importantes y tan poderosos son, en gran medida, los culpables del hambre que pasan muchas gentes, a pesar de lo mucho que trabajan; ellos son los que, además, nos cierran la boca y nos atan los brazos para impedirnos que reclamemos nuestros derechos y para que, al menos, nos defendamos de sus agresiones. Estoy convencido, además, de que, en cierta medida, también somos cómplices los que, siendo conscientes, no nos preocupamos de abrir los ojos a los que padecen tales injusticias o, al menos, para que se den cuenta de que esta situación es intolerable.

Tras estas vacaciones de verano, el curso se reanudó de una forma diferente a los anteriores y de un modo distinto para cada uno de los compañeros. Alfonso, Javier, Pepe y Enrique se trasladaron a la Universidad de Salamanca; Luis, Manolo, Esteban e, incluso Andrés, a pesar de sus muestras de disconformidad, seguirían, al menos durante un curso, en el Seminario Diocesano, y Matías solicitó un año de interrupción de los estudios con el fin de reflexionar sobre su vocación.

El tono de las llamadas nos dice más que las palabras

Dieciséis

El golpe del aldabón fue tan suave que las tres dudaron que fuera una llamada. Prestaron mayor atención y, tras escucharlo por tercera vez, Lola se decidió a abrir el portón. Pasados ya varios meses, Lola le declararía que, sólo por la delicadeza de la llamada, había tenido la intuición de que era él. Por eso no le sorprendió cuando comprobó que estaba allí, ni siquiera cuando advirtió que venía vestido de paisano, con un traje gris claro y un jersey del mismo color, pero de un tono más oscuro.

- Hay que ver lo despistado que soy. Ahora mismo, cuando has abierto la puerta, he caído en la cuenta de que, a estas horas, Carmelo está trabajando.

- No importa; si le apetece, pase para tomar un cafelito.

Durante cerca de una hora, Ana, Lola y el padre Calleja conversaron distendidamente sobre todo lo divino y lo humano o, mejor dicho, sobre todo lo divino que está encerrado en lo humano.

La mayoría de la gente, sobre todo de la gente de Iglesia, está convencida de que las cosas del espíritu son muy profundas o muy elevadas, y, por lo tanto, son incomprensibles para los hombres y para las mujeres normales. Es posible que tengan razón los que profesan otras religiones, pero los seguidores de Jesús de Nazaret deberíamos saber que el espíritu está en la piel, en la mirada, en la sonrisa, en el abrazo y en el beso. Es posible que el desconocimiento que muchos tienen de esta realidad tenga su origen en lo mal que lo explicamos los curas, en las palabras tan oscuras que empleamos. Pero, si prestamos un poco de atención a los relatos del Evangelio, comprenderíamos que, desde el momento

en el que Dios se hace hombre -se encarna-, nuestra carne, nuestro cuerpo, todos nuestros órganos y todos nuestros miembros se hacen espirituales y sagrados. La cara, suelo repetir para explicar esto mismo de una manera más sencilla, no es el espejo del alma sino que es el alma.

Ana, que durante esta larga reflexión había estado asintiendo mediante reiterados y leves movimientos de cabeza, se decidió a expresar sus opiniones o, más exactamente, a explicar sus sentimientos.

Yo no sé si voy a meter la pata hablando de unas cuestiones en las que no suelo pensar. Ni siquiera me atrevo a asegurar que acertaré explicando lo que siento, pero le confieso que nunca me he preocupado demasiado por no entender las palabras de los curas. Le digo todavía más: yo no sé si hablan con claridad o con oscuridad porque -perdóneme que se lo diga- no estoy atenta a la letra sino que sólo escucho la música. La melodía y el ritmo me dicen más cosas que las palabras. La manera de pronunciarlas me transmite tranquilidad, esperanza, alegría o, por el contrario, irritación, temor o tristeza. Fíjese que me da igual que hablen en latín o en castellano, con tal de que, en vez de lanzarlas como piedras, las propongan con la misma delicadeza con la que se ofrecen los regalos como, por ejemplo, una flor o un bombón.

Lola, aunque había estado preparando el café en la cocina, demostró que desde allí había seguido toda la conversación. Tras servirlo en un juego de tazas que, según Trini, era la primera vez que se usaba, se sentó y dejó que pasaran varios minutos. Su silencio, paradójicamente, intensificó el ambiente de apacible cordialidad. Durante este

paréntesis todos permanecieron expectantes y con rostros meditabundos, quizás porque esperaban un comentario que, como repetía Carmelo, sería "pertinente".

> Hablar del espíritu -igual que de la felicidad o del amor- es una manera de alejarse de él. Cuanto más humanas son las realidades, más sencillas de comprender nos resultan y, por lo tanto, más difíciles de explicar. Nosotros sentimos la fuerza del espíritu de una manera directa, igual que nos sucede, por ejemplo, con le calor del amor, pero cuanto más pensamos en él menos lo entendemos. Para sentir el espíritu, igual que para amar, hemos de dejar la mente en blanco y, sobre todo, hemos de guardar silencio.

Esta última palabra produjo un efecto casi mágico en los otros tres interlocutores porque todos permanecieron callados mientras saboreaban, sorbo a sorbo, aquel intenso café. Tras la cordial despedida del padre Calleja y del ofrecimiento de Ana para que regresara de vez en cuando, fue Trini la única que, aunque había permanecido en silencio durante toda la conversación, comentó las impresiones que le había producido aquella inesperada visita.

> Desde luego que a mí nadie me va a convencer de que este señor ha llamado a la puerta por una equivocación. Será todo lo que vosotras queráis que sea, pero no es un despistado. Él sabía muy bien que Carmelo trabaja todas las mañanas. Todos sabemos que los curas siempre van con la caña de pescar preparada. La verdad es que no nos ha hablado de Andrés pero a lo mejor es que estaba convencido de que nosotras sacaríamos la conversación sin que él nos preguntara. Tampoco nos ha aconsejado que vayamos a misa ni siquiera al rosario. Yo estoy segura de que pronto volverá y, entonces, ya veréis como nos

cuenta más cosas. ¿No os ha llamado la atención que no viniera vestido de cura? Yo creo que con la sotana estaba más guapo y parecía mucho más alto. Aunque no lo he entendido muy bien, tengo la impresión de que eso que ha dicho del espíritu ha sido para ver qué decíamos nosotras. A lo mejor nos ha querido examinar sobre el Catecismo, yo por eso no he abierto la boca. Quien sabe si hasta pretendía que nos confesáramos con él. Pero, si soy sincera, os diré que lo que más me ha llamado la atención ha sido su manera tan descarada de mirarnos. Yo estaba convencida de que los curas tenían prohibido mirar a las mujeres ¿no os habéis fijado que, cuando hablan con nosotras o tienen la mirada perdida o la dirigen a las nubes o al suelo? Bueno, no quiero pasarme de lista, pero, en algunos momentos, me daba la impresión de que no estábamos hablando con un cura.

Epílogo

El nuevo curso supuso cambios radicales de escenarios, de guiones y, por lo tanto, de personajes. Aunque los actores seguían siendo los mismos, los papeles eran ya diferentes y las palabras poseían significados y sonidos distintos.

En el Convento, por ejemplo, las monjas se mostraban inseguras y temerosas. Ellas, que en gran medida habían ingresado en la clausura en busca de protección, acababan de comprobar que ni los muros, ni las rejas, ni los votos, ni la oración, ni la penitencia garantizaban totalmente la invulnerabilidad. Por lo visto, a pesar de todas las barreras, el demonio, el mundo y la carne se habían colado de rondón, habían infectado todas las dependencias y, lo que es peor, habían sembrado la ansiedad en todos los espíritus. El remanso de paz, transformado en una jaula abierta a los vientos, a las tempestades y a los ruidos, se exponía a todos los peligros que acechan en el exterior. La omnipotencia de la Madre Abadesa se convirtió en patente debilidad, la fidelidad sin fisura de la Madre Vicaria se manifestó como una infantil dependencia, y la piedad beatífica de la Madre Maestra de Novicias se reveló como una incurable inmadurez afectiva. Las hermanas Portera, Enfermera y Cocinera, por el contrario, se mostraban más tranquilas que anteriormente y, en ocasiones, no podían disimular su alegría porque, como decía Sor Esperanza, “a Juana lo único que le ha ocurrido es que se ha enamorado. Ingresó en el Convento por amor y lo ha abandonado igualmente por amor”.

Juana, mientras tanto, se sentía más segura y más protegida que nunca. Ordenó la vivienda de Ernesto y organizó su consulta. ¿Te has dado cuenta -le preguntaba una y otra vez al psicólogo- que, para vernos y para sentirnos a nosotros mismos, no tenemos más remedio que mirar y palpar a otra persona?

La casa de Ana también había adquirido nuevas dimensiones, mayor luminosidad y, sobre todo, un calor más intenso. Las asiduas visitas del padre Calleja proporcionaron a todos los miembros de la familia una perspectiva diferente y, desde entonces, los episodios y los objetos anteriormente anodinos, se llenaron de inéditos significados. Trini no podía disimular la alegría que le producía contemplar "la forma de -como ella decía- encendérsele la cara a Lola cuando escucha esos golpes tan suaves de aldabón".

En Salamanca, Matías, Javier, Pepe y Alfonso descubrían cada día nuevos paisajes. Pero, cuando, entusiasmados, lo contaban, no se referían a las plazas, a las calles ni a los monumentos de la ciudad, ni siquiera a los puentes que cruzaban el río Tormes, ni a las praderas sobre las que éste discurría, sino a los nuevos contenidos que les ofrecían las clases de Teología, de Sagradas Escrituras y de Pastoral, y, sobre todo, a la vida de familia que hacían en los pisos que habían adaptado como residencia. En las cartas que dirigían a los compañeros que aún permanecían en el Seminario Diocesano, explicaban con detalle las profundas sensaciones humanas que experimentaban en sus correrías apostólicas por los pueblos cercanos, y las vivencias evangélicas que les aportaban las eucaristías que diariamente "concelebraban" con los chicos y con chicas de otras facultades universitarias.

En el Seminario Diocesano la vida discurría por los nuevos cauces del diálogo abierto, de la participación activa, de la autocrítica responsable y, sobre todo, de la apertura generosa a las demandas de los más necesitados. Todos se sentían integrados y colaboradores en la realización de un proyecto renovador; la excepción era Andrés

quien se lamentaba de un cambio de rumbo que, en palabras textuales, “podría llevar el buque a pique”. Para contrarrestar en lo posible tantos peligros, él logró que la Casa Rincón le confiara la representación de la confección de los trajes talares. En el catálogo que, sin a penas éxito, presentaba a todos los compañeros figuraban, además de los diferentes tejidos -algodón, lana, tergal y alpaca, los distintos modelos de botonadura y varios dibujos de los pespuntes con los que se decoraban los cuellos y los remates de los tres pliegues de la sotana.

Rincón

SASTRERIA ECLESIASTICA

PLAZA JESUS DE LA PASION, 9 - SEVILLA - Tnos 21349 - 15631

1ª casa de
ANDALUCIA
en la confección
a la **MEDIDA**
del
VESTIDO TALAR

ADEMAS

Les ofrecemos toda clase de ropa interior y artículos propios para su hogar

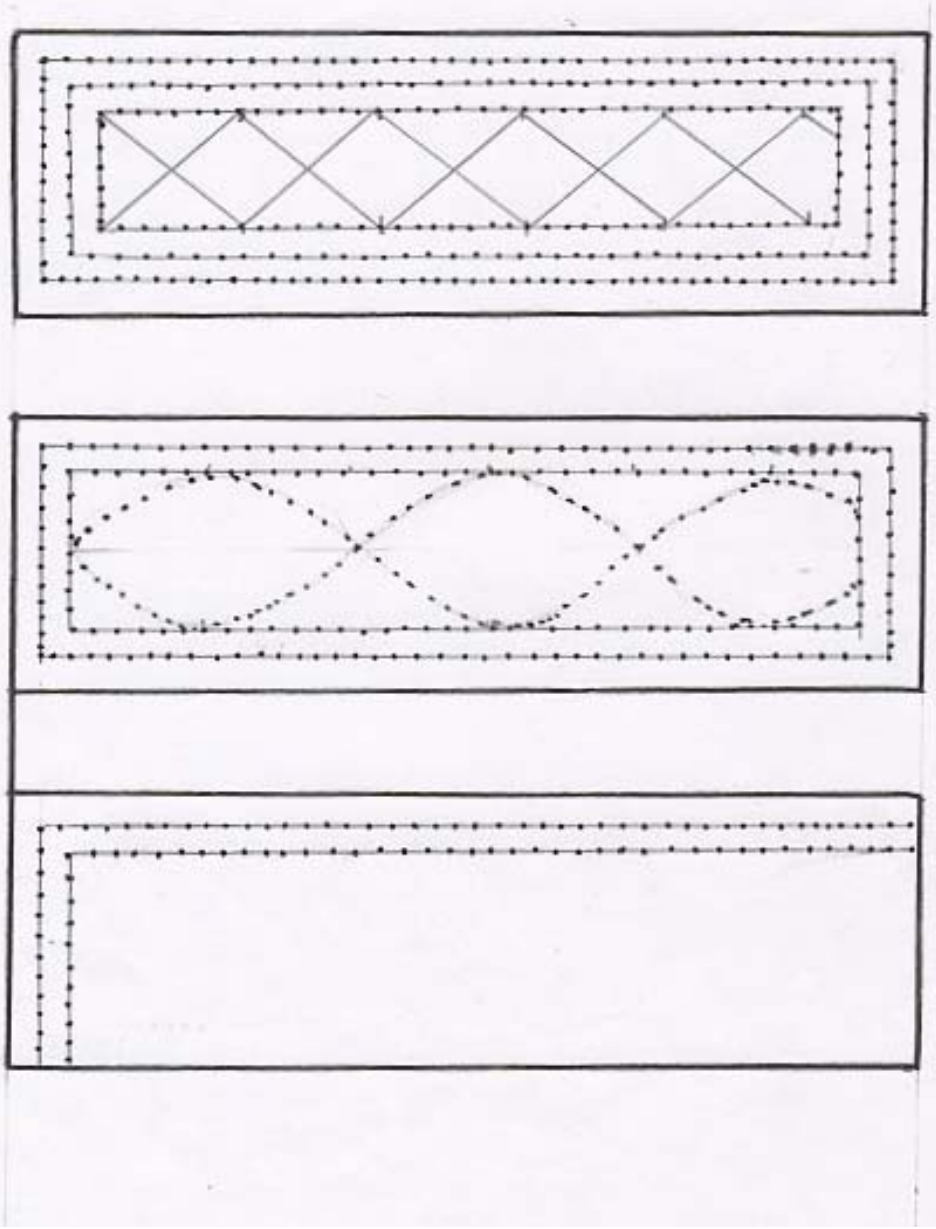
PROVEEDOR DE SU EMINENCIA EL CARDENAL ARZOBISPO DE SEVILLA

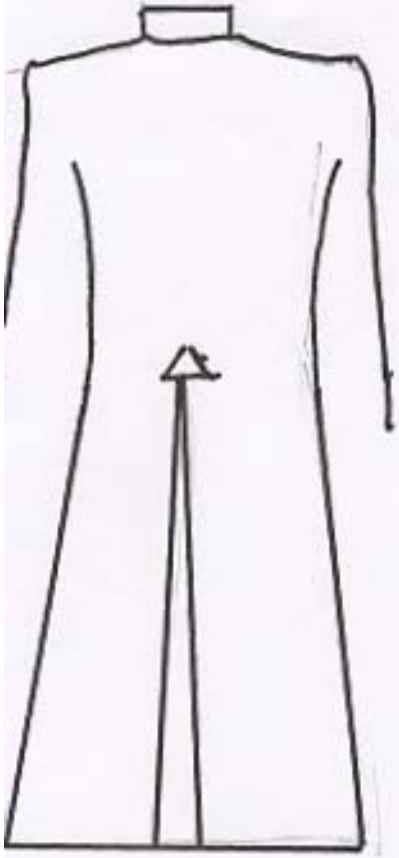
a.- Rectangulares

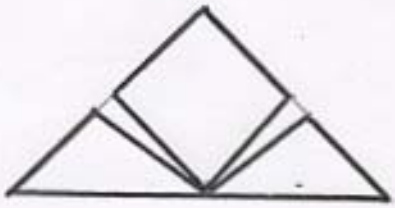
b.- Angulares

c.- Redondeados

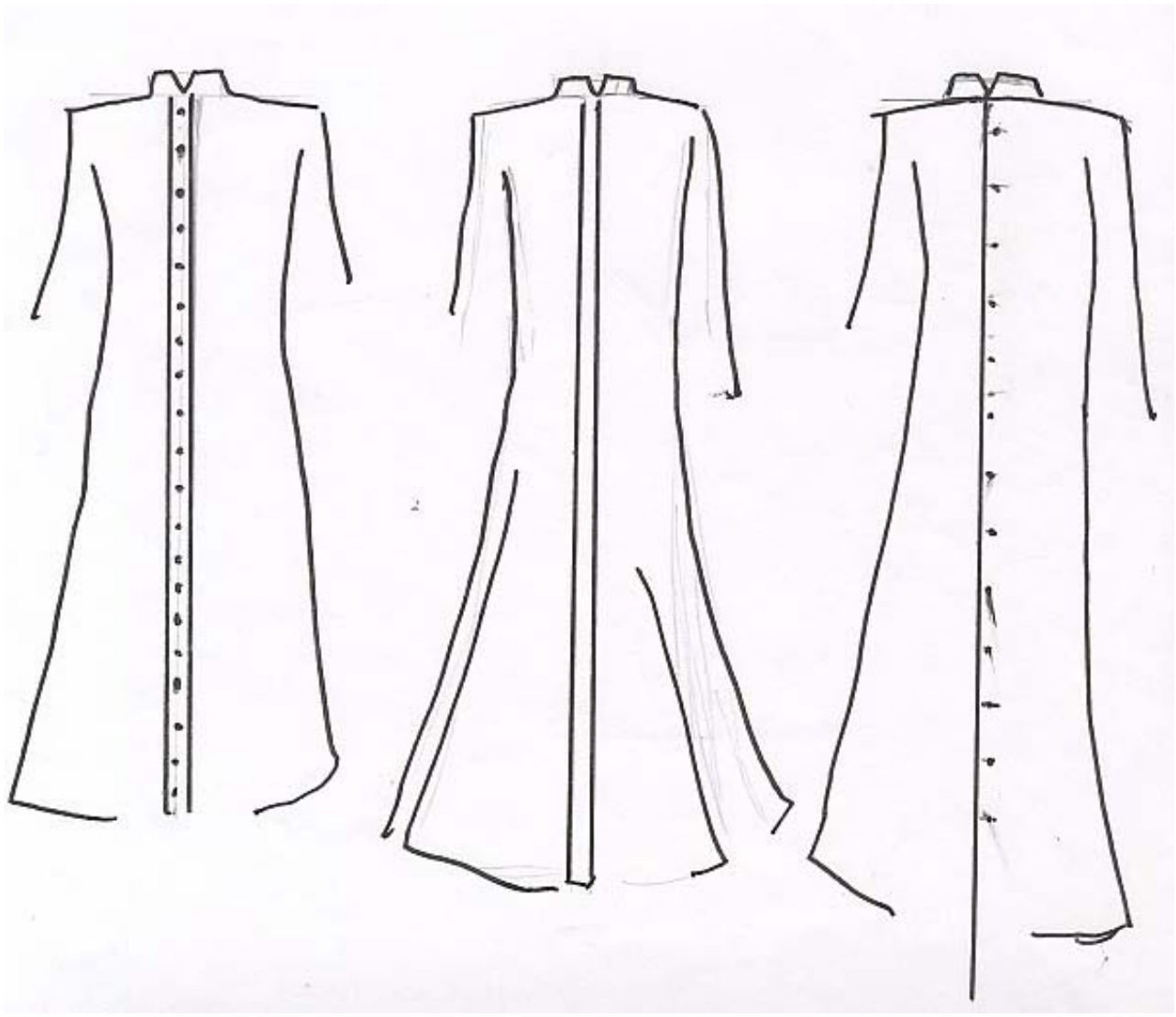
d.- Romanos







A **B** **C**



A.- Botones externos que cumplen una función meramente decorativa. La sotana se abrocha con otros botones internos que pueden ser sustituidos por una cremallera metálica.

B.- Se suprimen los botones externos para dar una imagen de mayor sobriedad.

C.- Botones forrados que se abrochan a través de unos ojales. Proporcionan una mayor elegancia

José Antonio Hernández Guerrero, Catedrático de Teoría de la Literatura y Literatura Comparada, y Director de la Escuela de Escritoras y Escritores de la Universidad de Cádiz. Doctor en Filología Hispánica por la Universidad de Sevilla, Doctor en Ciencias de la Información por la Universidad Complutense, Doctor en Teoría e Historia del Arte por la Universidad Autónoma de Madrid. Director del portal sobre Retórica y Poética de la Biblioteca Virtual Cervantes. Es autor de treinta y dos libros de ensayo sobre teoría y crítica, ciento ochenta y seis trabajos de investigación y más de dos millares artículos periodísticos y de reseñas bibliográficas.